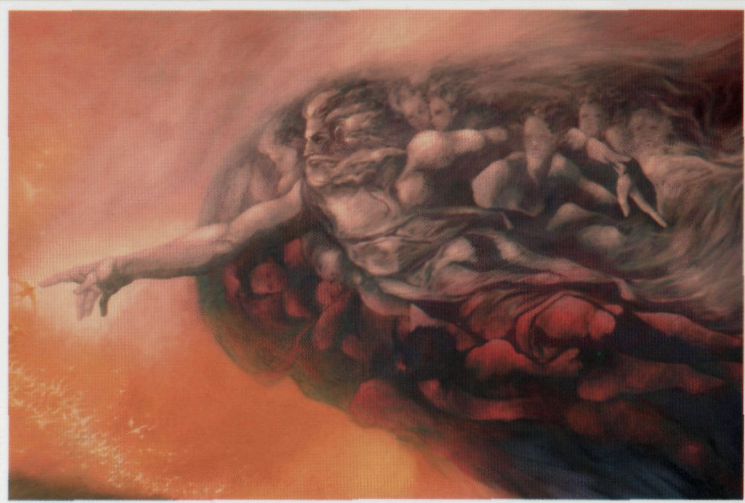


EL VERDADERO ISRAEL
TESTIGO DEL DIOS LIBERADOR
ITINERARIO DE VIDA CRISTIANA A LA LUZ
DEL PENTATEUCO Y LOS LIBROS HISTÓRICOS

Francesc Ramis Darder



La Casa de la Biblia



Francesc Ramis Darder



La Casa de la Biblia

**EL VERDADERO ISRAEL,
TESTIGO DEL DIOS LIBERADOR**

**Itinerario de vida cristiana a la luz
del Pentateuco y los Libros Históricos**



EDITORIAL VERBO DIVINO

Avda. de Pamplona, 41
31200 ESTELLA (Navarra)

2004

Han participado en la elaboración de las fichas de trabajo: Florencio Abajo, Rocío García, Carmen Soto y Emilio Velasco.

Dibujos: Ana M^a Gallinal

Portada: José Ramón Sánchez, de la exposición "Raíces de lo sagrado"

© La Casa de la Biblia 2004

© Editorial Verbo Divino

Avenida de Pamplona, 41, 31200 Estella (Navarra)

ISBN 84-8169-641-2

Fotocomposición: La Casa de la Biblia
Mayor, 81, 28013 Madrid

Impresión: Gráficas Lizarra, Villatuerta (Navarra)

Depósito legal: NA. 2.097-2004
Impreso en España

PRESENTACIÓN

El Pentateuco y los Libros Históricos describen la actuación liberadora de Dios en la vida del pueblo hebreo. La salvación de Dios no aconteció sólo en el pasado, sino que sigue produciéndose hoy entre nosotros. Las páginas de este libro desean ayudar al lector a percibir la actuación divina en el cauce de la historia de Israel. Pero no se limitan a eso, por importante que sea. La intención última radica en invitar al creyente a crecer en humanidad y a construir una sociedad trezada a imagen y semejanza de Dios.

La obra comienza mediante un *bloque introductorio*. Sitúa el Pentateuco y los Libros Históricos en el conjunto de la Sagrada Escritura y realiza después un esbozo de la cosmología y de la historia de Israel.

El *primer bloque* presenta el proyecto liberador de Dios y la ruptura humana respecto del proyecto divino. El Señor creó el cielo y la tierra y después al ser humano a su imagen y semejanza. La tarea del hombre consistía en cuidar la creación para que transparentara la imagen liberadora de Dios (Gn 1,1-2,4a). Sin embargo, el ser humano, representado por Adán y Eva, desobedeció el mandato divino. La humanidad abandonó el proyecto liberador de Dios y se aferró al poder tiránico de los ídolos (Gn 2,4b-3,21).

El *segundo bloque* describe cómo, a pesar del pecado, el Señor no abandonó a la humanidad al despotismo del destino. El capítulo comienza con una pregunta: ¿Cómo actúa el Dios liberador en la historia? El Señor actuó de nuevo en la historia y volvió a proponer al hombre su proyecto libera-

dor. Dios llamó a Abrán para renovar su Alianza con la humanidad (Gn 11,31-12,9), y se valió de Moisés para liberar a los israelitas esclavos en Egipto (Éx 3,1-14).

El Señor actúa en la historia porque llama y libera; así lo testimonian las narraciones de Abrán y Moisés. Pero ¿cómo podemos encontrarnos personalmente con el Señor que llama y libera? El *tercer bloque* responde a esta cuestión. Nos encontramos con el Señor cuando cumplimos sus Mandamientos y permanecemos fieles a su Alianza. Abordaremos los Mandamientos recordando el momento en el que Moisés conmina al pueblo a cumplirlos (Dt 5,6-22), y recordaremos el pacto del Señor con su pueblo aludiendo a la Alianza trabada por Dios con David y Salomón (2 Sm 7,1-17).

Sin embargo, el pueblo hebreo desobedeció los Mandamientos y quebró la Alianza pactada con el Señor. La consecuencia de los desmanes supuso la destrucción de Jerusalén y el exilio en Babilonia para un buen contingente de israelitas. Cuando parecía que todo estaba perdido, los deportados pudieron volver a su tierra. El Señor no se desentendió de su pueblo, y le ayudó a regenerarse actuando de nuevo en la historia de Israel.

Pero ¿qué actitudes debemos tener para percibir la actuación de Dios en la historia y en el corazón de cada persona? Esdras y Nehemías, en el *cuarto bloque*, mostrarán cómo inculcaron al pueblo la plegaria humilde y comprometida para palpar la actuación de Dios (Esd 9,5-15; Neh 8,1-12). La vida de Tobías recuerda que la escucha atenta del consejo de los sabios impulsa nuestra vida hacia la senda del proyecto liberador de Dios.

Nuestro largo recorrido a través del Pentateuco y los Libros Históricos desembocará en el Nuevo Testamento. Jesús manifiesta la actuación privilegiada y encarnada del Señor en la historia. El *quinto bloque* abordará las Bienaventuranzas con la intención de implicar nuestra vida en la construcción del Reino de Dios (Mt 5,1-12) siguiendo, de este modo, los pasos del verdadero Israel comprometido en el proyecto liberador de Dios.

Apuntamos, al final, una breve bibliografía que puede ayudarnos a profundizar en el conocimiento específico del Pentateuco, los Libros Históricos y las Bienaventuranzas.

METODOLOGÍA PARA LA LECTURA Y EL TRABAJO EN GRUPO

La vida cristiana reposa en dos certezas esenciales: la conciencia de que estamos en las manos buenas de Dios y el compromiso de vivir en nuestra vida el amor que el Señor nos ha entregado primero. Por tanto, al acercarnos a la lectura de la Biblia debemos tener claros estos dos aspectos: es necesario conocer bien la Sagrada Escritura y es imprescindible vivir la Palabra en la vida cotidiana. La lectura del Pentateuco y los Libros Históricos nos ayuda a entender la actuación de Dios en la historia humana y a actualizar la tarea divina en el ámbito de nuestra vida.

Ofrecemos dos posibilidades para el trabajo con este material:

1. Utilizar este libro para todos los miembros del grupo.
2. Utilizar este libro sólo para el animador.

1. Utilizar este libro para todos los miembros del grupo

Cada uno de los temas de este libro se divide en dos partes. La primera constituye lo que podríamos denominar un estudio bíblico. En ella se explican los elementos teóricos que pueden ayudar a una comprensión lúcida de la Palabra. La segunda parte propone la lectura de un pasaje concreto con el objetivo de encarnar en nuestra propia vida la Palabra de Dios. Ofrecemos una doble propuesta metodológica: la lectura comunitaria y la personal.

a) Lectura comunitaria

La lectura del Pentateuco y los Libros Históricos que presentamos está pensada para abarcar la duración de un curso. El grupo bíblico puede reunirse dos veces al mes, cada quince días. La primera reunión se dedica al estudio del texto bíblico correspondiente, mientras la segunda insiste en la aplicación a la vida. El grupo necesita un moderador que coordine y anime la tarea.

* La *reunión de estudio* parte de una convicción: una buena comprensión del texto bíblico es esencial para poder

vivir y transmitir su mensaje. Proponemos el siguiente itinerario para la sesión:

- Una vez reunido el grupo, comenzamos con una breve plegaria.
- Después leemos el pasaje bíblico correspondiente. Podemos realizar la lectura directamente desde la Biblia pero, para que haya un texto uniforme, proponemos leer la traducción que ofrecemos, entresacada de la edición de La Casa de la Biblia.
- Seguidamente comentamos las páginas de estudio, intentando comprender todos los puntos. Es importante que el animador del grupo y los participantes hayan leído la explicación con anterioridad, para que puedan compartir lo que han descubierto y aclarar las dudas existentes. Si la reunión no se lleva preparada, la sesión de trabajo se hace lenta, pesada, y apenas se aporta nada al grupo.
- La reunión concluye con una plegaria final.

* No nos acercamos al texto bíblico sólo para conocer lo que Dios dijo a su pueblo en la antigüedad. Necesitamos saber qué nos dice a nosotros desde la realidad que estamos viviendo hoy. Por eso, a cada sesión de estudio sucederá otra en la que intentaremos la aplicación a la vida. El método que sugerimos, inspirado en la *lectio divina*, puede ayudarnos a poner en relación la Palabra con nuestra vida.

b) Lectura personal

Aunque estos materiales están pensados para el trabajo en grupo, también es posible y enriquecedor realizar una lectura personal del libro. La lectura personal deberá tener, como la lectura en grupo, dos momentos, uno de estudio y otro de interiorización:

* *Momento de estudio.* Nos ponemos en silencio ante el Señor y le pedimos que nos permita acercarnos a la Escritura entendiéndola como Palabra de Dios. Después leemos despacio el texto elegido. A continuación, estudiamos la exposición teórica del tema para captar mejor el sentido del texto.

* *Momento de aplicación a la vida.* Al estudiar el texto hemos podido entender su sentido. Llega la hora de inte-

riorizar y actualizar lo que en él se dice. Para ello podemos utilizar la guía de lectura propuesta al final de cada capítulo, en la que encontraremos pistas para la meditación personal.

2. Utilizar este libro como ayuda para el animador

Si se elige esta opción, es necesario contar con dos libritos. Ambos tienen el mismo título, pero diferente subtítulo.

- La primera parte, la de *estudio bíblico*, pretende ofrecer al animador una serie de datos que le ayuden a completar las aportaciones de los miembros del grupo. Si lo considera necesario, puede incluso leer en la reunión algún párrafo que amplíe o aclare una cuestión. Para preparar en casa cada sesión cuenta con este libro del animador, que lleva por título: *El verdadero Israel, testigo del Dios liberador. Itinerario de vida cristiana a la luz del Pentateuco y los Libros Históricos.*

Para las sesiones de grupo necesita el libro del participante: *El verdadero Israel, testigo del Dios liberador. Guía para una lectura comunitaria del Pentateuco y los Libros Históricos.* Este libro está dividido en bloques que siguen un mismo esquema: relato para el estudio bíblico y guía de lectura para la reflexión y la oración.

El relato en el libro del participante va marcando pausas de estudio y reflexión que aparecen resaltadas en letra cursiva y precedidas de este icono: ☞.

Al final de esta primera parte, bajo el epígrafe "Para repasar lo que hemos aprendido", se encuentran algunas preguntas que pueden ayudar a retener y comprender distintos aspectos relacionados con el tema.

- La segunda parte de ambos libros, el del animador y el del participante, es idéntica. Propone la *lectura cristiana de un pasaje* concreto. Pretende descubrir al Dios que también se encarna en nuestra historia.

De lo que hemos señalado se deduce que esta segunda propuesta metodológica es conveniente realizarla en grupo. Pero esto no es impedimento para que pueda llevarse a cabo individualmente.

Observaciones

1. Al presentar dos reuniones, una de estudio bíblico y otra de *lectio divina*, debemos comprender que se trata de una división metodológica. No puede separarse el conocimiento de la Palabra de su vivencia concreta. Por tanto, notaremos que al realizar el estudio aparecen constantes aplicaciones a la vida, y viceversa: al practicar la *lectio divina* se suscitan interrogantes teóricos acerca del texto estudiado.

2. La lectura del material teórico es importante y no debe descuidarse. Todo cristiano tiene la obligación de saber dar razón de su esperanza. Para ello, es esencial comprender bien los detalles del texto y los contenidos teológicos. Debemos aprender a dar razón de nuestra fe a quien nos pregunte y acostumbrarnos a revisar en grupo nuestro compromiso cristiano.

3. Durante los tiempos fuertes del año litúrgico (Adviento, Navidad, Cuaresma y Pascua), es bueno que el grupo se reúna para la celebración de la Palabra o de la eucaristía.

4. Las reuniones deben realizarse en un clima de oración y compromiso. De ahí la importancia de cuidar la plegaria al principio y al final de cada reunión.

BLOQUE INTRODUCTORIO

VISIÓN PANORÁMICA DEL PENTATEUCO Y DE LOS LIBROS HISTÓRICOS

INTRODUCCIÓN AL PENTATEUCO Y A LOS LIBROS HISTÓRICOS

“Al principio creó Dios el cielo y la tierra”

(Gn 1,1)

Dios habla al ser humano de muchas maneras: una puesta de sol, la muerte de un ser querido, el amor de los esposos, el sufrimiento humano, el gozo de compartir la vida... Todo acontecimiento de la existencia humana, contemplado con los ojos de Dios, es una Palabra del Señor que penetra nuestra vida y la transforma.

El pueblo de Israel vivió profundas experiencias en su historia: la salida de Egipto, la conquista de la tierra prometida, el fracaso de la monarquía, el dolor del exilio, la ilusión de reconstruir Jerusalén, la espera del Mesías... Pero, además, contempló esos avatares de su historia con los ojos de Dios y, más tarde, los fue poniendo por escrito hasta formar el Antiguo Testamento. Por eso, el AT no es sólo un libro de historia antigua: narra desde la perspectiva creyente cómo el pueblo hebreo percibió su existencia entretrejida por las manos de Dios. Nosotros, al leer desde la fe el AT, percibimos la constante voluntad de Dios por liberar a su pueblo.

Recordemos que la palabra “Biblia” procede de la lengua griega y significa propiamente “biblioteca”. Así pues, la Biblia no es un único libro, sino una colección de 73 volúmenes: 46 integran el Antiguo Testamento y 27 el Nuevo Testamento. La Biblia narra la revelación de Dios al pueblo de Israel y a la Iglesia, y recoge la consiguiente respuesta humana a su proyecto.

A lo largo de esta introducción vamos a ofrecer una visión sintética del AT. Comenzaremos presentando su idea central y su estructura. La historia narrada en el AT acontece en el mundo; por eso, expondremos la visión del universo propia del pueblo hebreo y las notas básicas de la geografía israelita. Finalmente, ofreceremos una visión panorámica de la historia narrada en el AT.

1. ¿Cuál es la revelación fundamental del Antiguo Testamento?

La lectura completa de la Biblia muestra que Dios es de naturaleza divina no sólo porque sea eterno o todopoderoso, sino, básicamente, porque respetando la libertad humana interviene admirablemente en la historia. Ese punto es esencial: en la Biblia, Dios es Dios porque actúa en la historia y en el corazón de cada persona comunicándole la fuerza que fundamenta la vida.

El arquetipo de la intervención de Dios en el AT radica en la liberación israelita de la esclavitud de Egipto: “Éramos esclavos del faraón de Egipto y el Señor nos sacó de Egipto con mano fuerte [...] para introducirnos y darnos la tierra que había prometido a nuestros antepasados” (Dt 6,21-23). El momento culminante de la intervención divina en el NT lo encontramos en la resurrección de Jesús: “Cristo Jesús [...] se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó y le dio el nombre que está por encima de todo nombre [...] a fin de que toda lengua proclame que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre” (Flp 2,5-11).

La intervención divina a lo largo del AT acontece principalmente a través de mediadores: ángeles, jueces, reyes, sacerdotes, profetas, personajes paganos y el pueblo fiel. Sin embargo, Dios también actúa personalmente: el Señor libera (Éx 13-15), acompaña (Gn 12-50), crea (Gn 1,1-2,4a), perdona (Os 1-3) y promete la vida con él para siempre (Sab 3,1).

El NT une estas dos corrientes de la Antigua Alianza: en la persona de Jesús de Nazaret entronca el mediador divino con la misma presencia encarnada de Dios. Así lo relata el evangelio de Juan: “Al principio ya existía la Palabra [...] y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria, la gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad” (Jn 1,14).

La liberación de Israel de la esclavitud de Egipto es la vivencia crucial del AT, como la resurrección de Jesús es el acontecimiento fundante del NT. Si borráramos del AT la frase “el Señor nos sacó de Egipto con mano fuerte” (Dt 6,21), y

del NT “Jesús de Nazaret, el crucificado; ha resucitado, no está aquí” (Mc 16,6), la Biblia dejaría de ser un libro revelado para convertirse en una obra interesante de la literatura antigua. La Biblia expresa, mediante el lenguaje humano, la certeza de que Dios interviene en la historia y en el hondón de la existencia humana, a la vez que propone la respuesta del hombre al proyecto divino.

2. Estructura global del AT

Es posible estructurar el AT según diversos criterios. Vamos a presentar la visión propia del pueblo hebreo y también la perspectiva cristiana. No son posiciones enfrentadas, sino visiones del AT que deben complementarse mutuamente.

a) La perspectiva de la tradición hebrea

La tradición hebrea divide la Biblia en tres partes: Torá (Pentateuco), Nabiim (Profetas) y Ketubim (Escritos). Si unimos las letras iniciales de cada término, T (Torá), N (Nabiim) y K (Ketubim), resulta la palabra *Tanak*. Los judíos utilizan el término *Tanak* para referirse a lo que los cristianos llaman AT hebreo. Veamos cada sección de la Biblia hebrea.

* Torá

Habitualmente traducimos el término hebreo *Torá* mediante la voz “ley”. Pero el sentido de *Torá* va más allá del mero contenido de la ley, abarcando también el ámbito de la “instrucción” y la “enseñanza”. La voz *Torá*, en la estructura global del AT, apunta a los cinco primeros libros de la Biblia: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio. Constituye para el pueblo hebreo la parte más importante de la literatura sagrada.

* Nabiim

El término *Nabiim* significa básicamente “profetas”. Pero en la tradición hebrea los Libros Proféticos comprenden, además de los escritos referidos propiamente a los profetas, algunos otros de carácter histórico. Así, los libros que inte-

gran este segundo grupo son numerosos: Josué, Jueces, I-II Samuel, I-II Reyes, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías y Malaquías.

* *Ketubim*

La palabra hebrea *Ketubim* significa literalmente “escritos” y comprende el tercer cuerpo literario de la Biblia hebrea: Salmos, Job, Proverbios, Rut, Cantar de los Cantares, Eclesiastés, Lamentaciones, Ester, Daniel, Esdras, Nehemías y I-II Crónicas.

b) *La perspectiva de la tradición cristiana*

La tradición cristiana ha estructurado el AT desde diversas perspectivas. Acercándonos al tema desde una óptica catequética, podemos dividir la Antigua Alianza en cuatro secciones: Pentateuco, Libros Históricos, Proféticos y Sapienciales.

* *Pentateuco*

El término *Pentateuco* es el resultado de la unión de dos palabras griegas: *penta*, que significa “cinco”, y *teujos*, que significa “estuche”. Antiguamente, cada libro del AT se escribía sobre pergamino y se guardaba dentro de un ánfora de barro que, a modo de estuche, facilitaba la conservación del escrito. El término *Pentateuco* designa los cinco primeros libros de la Biblia guardados en su correspondiente estuche: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio.

Al leer el Pentateuco apreciamos la belleza de sus historias (Abrahán, Isaac, Jacob), pero, a menudo, nos abruma la cantidad de normas que contiene. Algunas historias no son sino la aplicación concreta de una determinada ley. Por eso, en la terminología judía, al Pentateuco se le llama el “Libro de la Ley”. Los cuerpos legales más importantes del Pentateuco son el Decálogo ético (Éx 20,1-17; Dt 5,6-22), el Decálogo cultural (Éx 34,11-26), el Dodecálogo de Siquem (Dt 27,15-26), el Código de la Alianza (Éx 20,22-23,19) y la Ley de Santidad (Lv 17-26). Destaca, igualmente, la legislación sobre el culto contenida en el libro del Levítico (Lv 1-10).

Las leyes regulan todos los ámbitos de la vida: desde la sacralidad de las ofrendas del templo (Lv 1-7) hasta el cuidado en la edificación del pretil de la azotea (Dt 22,8). Las leyes más importantes aparecen en el Decálogo ético, conocido popularmente bajo el nombre de Diez Mandamientos.

Si tuviéramos que resumir todas las leyes en una sola, quizá podríamos elegir ésta: “Sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo” (Lv 19,2). La lectura fiel del Pentateuco requiere la búsqueda de la santidad. Ser santo como Dios es santo significa esforzarse por intervenir en la historia, y en el corazón del prójimo, de la misma manera que Dios actúa: liberando, acompañando, creando, perdonando y anunciando el triunfo final de la vida.

* *Los Libros Históricos*

Los Libros Históricos son 16 y se subdividen en cuatro secciones: Historia Deuteronomista, Historia Cronista, Historias Ejemplares e Historia Macabea. Detengámonos en cada conjunto.

– Historia Deuteronomista

Constituye el grupo más importante y lo integran seis libros: Josué, Jueces, 1-2 Samuel y 1-2 Reyes. Esos escritos también se denominan Profetas Anteriores, para diferenciarlos de los libros propiamente proféticos, denominados Profetas Posteriores. La Historia Deuteronomista comienza narrando el gozo de la conquista de Palestina y acaba describiendo el dolor del exilio en Babilonia (597-538 a.C.). Sin embargo, esta historia no desemboca en el fracaso absoluto, pues los últimos versos alumbran la esperanza: el rey de Babilonia, Evil Merodac, se apiada del rey de Israel, Jeconías, y le concede trato de favor (2 Re 25,27-30).

Lo más importante es el punto de vista desde el que se relata la historia. Al valorar la grandeza de un rey no se fija en sus palacios o en las batallas que ganó, sino que se atiene a criterios meramente religiosos: si el monarca intentó guardar el gran precepto, “Sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo” (Lv 19,2), es considerado un buen rey; en cambio, si no lo guardó, por grandes que fueran sus construcciones o importantes sus victorias, se entiende que fue un mal gobernante. En definitiva, la Historia Deuterono-

mista es una lectura creyente de la realidad: describe los avatares de la vida de Israel desde la perspectiva de Dios.

- Historia Cronista

La Historia Cronista está formada por los libros I y II de las Crónicas, a los que añadimos, en perspectiva catequética, Esdras y Nehemías. ¿Cuál es la diferencia con la Historia Deuteronomista?

La Historia Deuteronomista analiza cada reinado desde la perspectiva religiosa y describe los hechos buenos y malos de cada soberano. Narra las victorias de David (2 Sm 5,1-8,18), pero también cuenta el pecado del rey al hacer asesinar a su amigo Urías para apoderarse de su esposa Betsabé (2 Sm 11). En cambio, la Historia Cronista tiende a omitir los pecados de los reyes y a magnificar sus virtudes. No cuenta el pecado de David descrito en 2 Sm 11 y suele exagerar los éxitos del monarca.

La razón del cambio de perspectiva respecto de la Historia Deuteronomista es compleja. Los israelitas habían experimentado el dolor del exilio y el gozo de regresar a Palestina donde reconstruyeron el templo (515 a.C.). Pero, en el momento de redactar la Historia Cronista, vivían sometidos por los monarcas helenistas que se repartieron el imperio de Alejandro Magno tras su muerte (324 a.C.). El pueblo hebreo soportaba la opresión extranjera y necesitaba coraje para volver a emprender la vida religiosa. Por eso reescribió su historia de manera que motivara positivamente a vivir la fe durante una época de oscuridad histórica y desánimo social.

- Historias Ejemplares

Las Historias Ejemplares constituyen narraciones que mueven el sentimiento del lector hacia la santidad. Cuentan la existencia de algunos israelitas que, en momentos difíciles, quieren ser santos como Dios es santo: Rut deposita la confianza en el Dios de Israel; Ester arriesga su vida para salvar al pueblo; Judit lucha por la liberación de Israel; Tobías, en tiempos de increencia, practica la misericordia.

- Historia Macabea

Los dos libros de los Macabeos narran la cruel guerra entre los judíos y los monarcas helenistas iniciada en el año

162 a.C. En el fondo de la crónica late el deseo de querer ser santo como Dios es santo. De la lectura de ambos libros se deduce la certeza de que la fe no es algo teórico; la fe reposa en la opción decidida por la liberación del oprimido: la entrega de la vida en favor de quienes sufren es la mejor ofrenda que podemos presentar al Señor.

* Los Libros Proféticos

Solemos tener una imagen distorsionada del profeta: pensamos que se dedica a adivinar el futuro. Pero un profeta no actúa de ese modo. Profeta es aquel que muestra a sus conciudadanos, con lo que piensa, dice y hace, que Dios es santo y exige la santidad. Los profetas enseñan a buscar la santidad en las situaciones concretas de la vida.

Amós predicó su mensaje en el siglo VIII a.C. en la ciudad de Samaría, en una época de miseria nacida de la injusticia. Un poco más tarde, pero también en el siglo VIII a.C., Isaías pregonó su mensaje en Jerusalén, aturdida por el miedo y atenazada por la idolatría. El mensaje de ambos profetas podría sintetizarse con estas palabras: en el siglo VIII a.C., ser santo como Dios es santo significa, en Samaría, luchar en favor de la justicia, y, en Jerusalén, abandonar la futilidad de los ídolos para sentirse acogidos en las buenas manos de Dios.

Los Libros Proféticos, desde la perspectiva catequética, se dividen en dos grupos atendiendo a la extensión de la obra. Profetas mayores: Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel. Y Profetas menores: Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías, Malaquías, Baruc y Carta de Jeremías.

* Libros Poéticos y Sapienciales

Los escritos poéticos y sapienciales suelen subdividirse en tres grupos: el gran libro de los Salmos, los Libros Sapienciales (Proverbios, Job, Eclesiastés, Eclesiástico y Sabiduría) y los Libros Poéticos (Cantar de los Cantares y Lamentaciones). Reflejan la alegría y el dolor que entretienen la existencia humana contemplándola desde la perspectiva de la fe. Contienen principalmente oraciones, consejos y súplicas de un pueblo que pide a Dios su misericordia y su ayuda para ser santos como él es santo.

A tenor de lo dicho podemos sintetizar el contenido del AT de la manera siguiente: el Pentateuco expone el gran precepto: "Sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo" (Lv 19,2); los Libros Históricos constatan cómo Israel ha cumplido o descuidado este mandato; los Libros Proféticos reclaman la búsqueda de la santidad con actitudes concretas; finalmente, los textos Poéticos y Sapienciales enseñan al pueblo a vivir la santidad implorando la ayuda de Dios en la vida cotidiana.

3. ¿Cómo es el universo descrito por el AT?

La historia narrada en el AT no acontece en el cielo, sino en el mundo habitado por el ser humano. Por esta razón, para comprender mejor esa historia es importante conocer las características del universo tal como lo percibe el AT. Veremos también unas notas sobre la geografía de Palestina.

a) *La concepción del universo según el pensamiento israelita*

Nuestra visión del universo es muy distinta de la que tenían los antiguos. Sabemos que el cosmos es inmenso y que continúa expandiéndose. Hoy, nadie duda de que el planeta Tierra gira alrededor del Sol, ni de que las estrellas son astros grandes y lejanos. El pensamiento antiguo, sin embargo, comprendía el universo de otro modo.

El pueblo hebreo percibía un universo pequeño. El planeta Tierra constituía una superficie plana, sostenida sobre unas columnas que, al temblar, ocasionaban terremotos (Sal 75,4; Job 9,5-6). Los pilares de la tierra se sostenían, a su vez, sobre el abismo de un mar ubicado bajo la superficie terrestre (Sal 24,1-2). Bajo la tierra y entre las columnas que la sostenían se hallaba un habitáculo al que llamaban "seol" (Gn 37,35). ¿Qué es el seol?

Los israelitas antiguos topaban con un dilema. Por una parte, no se atrevían a imaginar que después de la muerte pudieran vivir eternamente con Dios. Pero, por otra, tenían la certeza de que Dios, al modelar la existencia humana con amor apasionado, colocaba a la persona en una posición privilegiada en la creación (Sal 8,6-9). La grandeza humana

mostraba el absurdo de la desaparición del hombre con la muerte, pero, a la vez, la pequeñez humana hacía inimaginable que después del ocaso del hombre éste alcanzara la morada divina.

Para resolver el dilema, los israelitas supusieron que bajo la superficie terrestre existía un receptáculo al que llamaron "seol". Cuando alguien moría, su cuerpo se corrompía, pero "lo mejor" de la persona descendía al seol. De este modo, el ser humano no era aniquilado por la muerte, aunque tampoco iba hasta la morada divina: lo mejor de su ser quedaba en el seol aguardando la llegada del Mesías, a quien correspondería decidir el futuro de las sombras humanas allí almacenadas.

Bajo la superficie terrestre había, además, un gran depósito de agua que alimentaba los mares, las fuentes y los ríos (Prov 8,28).

Los extremos de la superficie terrestre veían erguirse altas montañas, las columnas del cielo (Job 26,11), que sostenían una especie de campana transparente: el firmamento (Gn 1,6-10). Sobre el firmamento reposaba una gran masa de agua, las aguas de encima del firmamento (Gn 1,7), y a lo largo del mismo existían las "compuertas del cielo" (Is 24,18), que, al abrirse por orden de Dios (Mal 3,10), ocasionaban la lluvia. El firmamento, es decir, la campana transparente asentada sobre las montañas de los extremos de la superficie terrestre, realizaba una doble función:

- Separaba las aguas de la superficie de la tierra (mares, lagos, ríos, fuentes) de las aguas situadas sobre el firmamento que provocaban la lluvia (Gn 1,6-7).

- Sostenía el Sol, la Luna, y las estrellas (Gn 1,14-18). El Sol y la Luna estaban en el firmamento para separar el día de la noche y servir de señales para distinguir las estaciones, y ejercían, además, la función de alumbrar la tierra. El Sol, durante el día, y la Luna, por la noche, recorrían el firmamento.

Las aguas emplazadas sobre el firmamento estaban, a su vez, recubiertas por otra superficie sólida que envolvía todo el universo. Más allá de esta segunda cubierta, o sea, más allá del universo, estaba la habitación de Dios, el trono de Yavé (Ez 1,22.26; 10,1), inaccesible para el ser humano.

b) Características básicas de la concepción israelita del universo

Si comparamos la visión del universo elaborada por el pueblo hebreo con las representaciones del cosmos descubiertas en Mesopotamia, apreciamos una gran semejanza, pero en el fondo palpita una diferencia crucial.

Para un habitante de Mesopotamia, el universo vagaba al azar; en cambio, para un israelita, el cosmos estaba sostenido en las buenas manos de Dios. En otras palabras, para la fe israelita, en el cosmos latía el proyecto de Dios en favor del hombre, mientras que, para los pobladores de Mesopotamia, el universo estaba sujeto al capricho de los dioses o a la fragilidad del destino.

El poema babilónico *Enuma Elish* (1100 a.C.) relata el origen del mundo conforme a la perspectiva mesopotámica. Los dioses habitaban el cielo. La diosa Tiamat entró en conflicto con las divinidades jóvenes. Los dioses adolescentes pidieron al dios Marduk que acabara con Tiamat. Marduk mató a Tiamat y después partió su cuerpo en dos. Con el fragmento mayor construyó el firmamento y con el menor formó la tierra. Después, los dioses, mezclando la sangre de Tiamat con el polvo terrestre, modelaron al hombre. Un día, los dioses decidieron jugar con el hombre. Desde el cielo arrojaban rayos contra los seres humanos, provocaban terremotos y suscitaban guerras para divertirse contemplando el pánico y el combate entre los hombres.

Las primeras páginas del AT (Gn 1,1-2,4) describen cómo Dios "crea" el cielo y la tierra, los monstruos marinos, el hombre y todas las cosas. El verbo hebreo "crear" es especial: sólo se usa cuando el sujeto de la acción es Dios. Los hombres "hacen" y "fabrican", pero sólo Dios "crea".

Los dioses mesopotámicos fabrican el mundo que abandonan a su suerte, y modelan al hombre para divertirse con él. Sin embargo, el Señor "crea" el mundo y al hombre no para divertirse, sino para imprimir en el corazón humano el proyecto divino. El autor de Gn 1,1-2,4 no pretendió escribir un libro de cosmología. Afirmó que bajo el mundo y en el corazón del hombre palpita el proyecto divino. El mapa del cosmos que presenta la Biblia se asemeja al de Mesopotamia, pero el fondo es distinto: el ser humano y el mundo es-

tán sostenidos por las buenas manos de Dios, y no aplastados por la fuerza de sus puños.

c) Nociones básicas sobre la geografía israelita

La región conocida generalmente con el nombre de Palestina ocupa la zona sur de la fachada más oriental del Mediterráneo. El territorio está actualmente repartido entre varios Estados: Israel, Jordania, los territorios dependientes de la Autoridad Nacional Palestina, y pequeñas porciones de Siria y Líbano. La característica geológica determinante la constituye una enorme fosa tectónica que comienza en la actual Turquía, atraviesa Palestina, origina el golfo de Áqaba y el mar Rojo y se interna después en el continente africano. La fosa tectónica provoca que la zona central de Palestina se encuentre hundida: concretamente, la superficie del mar Muerto se halla 403 metros por debajo del nivel del mar Mediterráneo.

Al observar el mapa de Palestina notamos cómo el país está atravesado de norte a sur por lo que podemos denominar una línea de agua. Al pie del monte Hermón están las fuentes del Jordán, que desembocan en el pequeño lago Hule, del cual parte el río Jordán, que vierte su caudal en el lago de Genesaret. Del lago sale de nuevo el Jordán hasta desembocar en el mar Muerto. En la región meridional del mar Muerto nace el Wadi-el-Araba, un torrente seco, que alcanza el golfo de Áqaba.

El río Jordán tiene tres afluentes orientales importantes: Yarmuk, Yabboq y Arnón. Desde la región occidental únicamente nutren al río algunos torrentes de cauce pobre, cuando no seco.

La región occidental del Jordán constituye la Cisjordania. Está atravesada por dos cadenas montañosas: la montaña de Samaria o Efraín, al norte, y la montaña de Judá, al sur. El AT refiere dos cumbres importantes en la región de Samaria: el monte Ebal y el Garizín. En la región de Judea destaca la colina de Sión, sobre la que se alza Jerusalén. Al oriente de Jerusalén sobresale el desierto de Judá. Descendiendo hacia el sur a través de Cisjordania, la altitud de las montañas va dulcificándose: aparecen las colinas de la Shefela y la región árida del Négueb.

Traspassando las cadenas montañosas hacia occidente topamos con la llanura costera del Mediterráneo. En la costa desembocan algunos torrentes. Destaca el puerto de Haifa.

Al oriente del Jordán se encuentra la región denominada Transjordania. Desde la perspectiva bíblica, las zonas más interesantes se sitúan en el norte (los Altos del Golán) y en el sur, donde cerca de la confluencia del Jordán con el mar Muerto se levanta el monte Nebo, desde el que Moisés contempló la tierra prometida (Dt 34).

4. Panorámica de la historia narrada en el AT

Como ha quedado dicho, la historia relatada por el AT contempla los avatares del pueblo hebreo desde la perspectiva de la fe. Los autores bíblicos redactaron la historia de forma distinta a como lo haría un autor contemporáneo: contemplaron a su pueblo con los ojos de Dios.

Vamos a comenzar explicando con cierto detalle la historia narrada en el AT, para exponer al final, muy brevemente, la peculiaridad religiosa de esa historia.

a) La historia narrada por el AT

* La historia de los orígenes (Gn 1-11)

Después de crear el mundo (Gn 1,1-2,4), Dios modeló a Adán (Gn 2,7) y de una de sus costillas formó a Eva (Gn 2,22). Adán y Eva habitaban el jardín del Edén (Gn 2,8-25), pero transgredieron el precepto divino y el Señor les expulsó (Gn 3). Fuera del paraíso engendraron a Caín y Abel. Caín mató a Abel y huyó al país de Nod (Gn 4,1-16). Después concibieron a Set (Gn 4,25). A partir de Set se sucedieron varias generaciones hasta llegar a Noé y sus hijos (Gn 5). La estirpe humana se corrompió por el pecado y un gran diluvio cayó sobre la tierra; sobrevivió la familia de Noé, con sus tres hijos: Sem, Cam y Jafet (Gn 6-8). Sus descendientes renovaron la población, pero los hombres persistieron en el pecado: el orgullo humano retó a la bondad divina erigiendo la Torre de Babel (Gn 11,1-9). Más tarde, Téráj, un descendiente de Sem, engendró a Abrán (Gn 11,10-32).

* Las historias patriarcales (Gn 12-50)

Dios llamó a Abrán y le encaminó hacia Canaán con la promesa de convertirle en un gran pueblo (Gn 12,1-6). Abrán y Saray, su esposa, no tenían hijos; por eso, y siguiendo una costumbre antigua, Saray entregó a Abrán a su esclava Agar, que concibió a Ismael (Gn 16). Más adelante, el Señor estableció una alianza con Abrán, prometiendo otorgarle la posesión de la tierra de Canaán y bendecirle con una gran descendencia. El rito de la circuncisión y el cambio de nombre (Abrán y Saray pasan a llamarse Abrahán y Sara) exteriorizaron la Alianza (Gn 17).

Un día, Abrahán hospedó en su casa a unos visitantes que le prometieron que Sara iba a concebir un hijo (Gn 18,1-15). Sara dio a luz a Isaac, que, desde ese momento, comenzó a sentir celos de Ismael, el hijo de Agar. Abrahán, instigado por su esposa, expulsó a Agar y a su hijo, pero el Señor se apiadó de ellos y convirtió a Ismael en un gran pueblo (Gn 21). A la muerte de Sara, Abrahán compró la cueva de Macpelá para sepultarla (Gn 23), donde también él, posteriormente, sería enterrado (Gn 25,9). La promesa divina comienza a cumplirse: Isaac inicia la descendencia, y la adquisición de la sepultura inaugura la posesión de la tierra.

Isaac contrajo matrimonio con Rebeca (Gn 24), quien concibió a Esaú y a Jacob. Esaú, el primogénito, era el heredero, pero vendió a Jacob su primogenitura por un plato de lentejas (Gn 25,31-34). Más tarde, Rebeca, mediante el engaño, consiguió que Isaac bendijera a Jacob (Gn 27). Esaú, enfurecido, quiso matar a su hermano, por lo que Jacob huyó a casa de su tío Labán y se casó con sus hijas: Lía y Raquel.

Jacob, con sus esposas y sus esclavas Zilpá y Bilá, tuvo doce hijos: Rubén, Simeón, Leví, Judá, Dan, Neftalí, Gad, Aser, Isacar, Zabulón, José y Benjamín. En su regreso a Canaán, Jacob luchó con Dios, quien le cambió el nombre llamándole Israel; también se reconcilió con Esaú y erigió un altar al Señor en Betel (Gn 32-35).

José era el hijo preferido de Jacob. Sus hermanos lo vendieron a Putifar, ministro del faraón (Gn 37). En Egipto, José interpretó un sueño que había tenido el faraón, quien

a modo de recompensa lo nombró primer ministro (Gn 41). El hambre azotó Oriente y los hijos de Jacob bajaron a Egipto a comprar trigo (Gn 42). Tras muchas peripecias, José invitó a sus hermanos y a su padre a vivir en Egipto, otorgándoles el territorio de Gosén (Gn 43-47). José, casado con Asenet, engendró a Manasés y Efraín (Gn 41,51-52), y Jacob, antes de morir, los bendijo adoptándolos como hijos (Gn 48).

** El Éxodo y la conquista de la tierra prometida
(Éx - Jos - Jue)*

En Egipto se multiplicó la descendencia de Jacob (Éx 1,7). El faraón, temiendo ante su pujanza, ordenó ahogar a los recién nacidos y sometió al pueblo a la esclavitud (Éx 1). Amrán y su esposa Yocabeb engendraron a Moisés (Éx 6,20). La astucia de la madre logró que el niño fuera adoptado por la hija del faraón. Siendo ya adulto, Moisés vio la opresión sufrida por los israelitas y huyó a Madián, donde se casó con Séfora (Éx 2).

Dios escuchó el clamor de su pueblo esclavizado en Egipto. Habló a Moisés desde el fuego de una zarza que ardía sin consumirse y le envió, junto a su hermano Aarón, a liberar a Israel de la esclavitud (Éx 3-4). El faraón no escuchó a Moisés, y Dios le humilló con diez plagas (Éx 5-12). La noche de la décima plaga, el ángel exterminador mató a los primogénitos de Egipto, mientras los israelitas comían la cena pascual.

Inicialmente, el desolado faraón permitió a los israelitas abandonar Egipto, pero, arrepentido de su decisión, les persiguió, dándoles alcance junto al mar. Moisés empuñó su cayado y golpeó las aguas, que se dividieron para que el pueblo cruzara a pie. Cuando el ejército egipcio cruzaba el mar para detener a Israel, las aguas se cerraron ahogando a las tropas del faraón (Éx 13-15).

Israel emprendió la ruta del desierto alimentado, sobre todo, por el maná y las codornices que Dios le proporcionaba. El pueblo llegó al Sinaí, donde se formalizó la Alianza con Dios, expresada en los Mandamientos (Éx 20,1-17) y concretada en el Código de la Alianza (Éx 20,22-23,19) y en las normas culturales (Éx 25-31). A pesar de la bondad de

Dios, Israel se rebeló construyendo el becerro de oro (Éx 32). El Señor aniquiló a los rebeldes (Éx 32,27-29), mientras el pueblo fiel renovó la Alianza con Dios (Éx 34), que se plasmó en numerosas normas legales, sacrificiales y morales (Éx 35-40; Lv 1-27).

Tras el censo de las tribus (Nm 1-8) y la celebración de la Pascua (Nm 9), el pueblo reemprendió la marcha. Pero al llegar a la tierra prometida, los israelitas temieron conquistarla, por lo que Dios mantuvo al pueblo errante por el desierto durante cuarenta años (Nm 13-14). Pasado el tiempo, Israel recomenzó el camino hacia la tierra, pero el rey de Edom le impidió el paso. Los israelitas tuvieron que combatir a los cananeos, derrotar a los ejércitos de Og y Sijón y, con ayuda de Balaán, vencer al rey de Moab (Nm 20-24).

A punto de penetrar en la tierra prometida, Moisés advirtió al pueblo: "Israel, escucha las leyes y los preceptos que os enseñé a practicar, para que viváis y entréis en posesión de la tierra que os da el Señor" (Dt 4,1). Moisés recordó las normas del Decálogo (Dt 5), el don de la tierra (Dt 8), las exigencias de la Alianza (Dt 10) y multitud de leyes culturales y moralés (Dt 12-28). Murió Moisés contemplando Palestina desde la cumbre del monte Nebo, habiendo designado a Josué como sucesor (Dt 31-34).

Josué cruzó el Jordán y tomó Jericó (Jos 3-6). Después conquistó la mayor parte de Palestina y la repartió entre las tribus (Jos 7-21). Una vez pacificado Israel, Josué convocó a las tribus en la ciudad de Siquén, donde todos se comprometieron a servir al Señor (Jos 24).

A la muerte de Josué, las regiones del país fueron gobernadas por jueces: Otoniel, Ehud, Samgar, Débora y Barac, Gedeón, Tolá, Yair, Jefté, Ibsan, Elón, Abdón y Sansón. En general, la valoración bíblica del período de los jueces es negativa: "En aquel tiempo no había rey en Israel, y cada uno hacía lo que le parecía" (Jue 21,25).

** La monarquía unida: David y Salomón*

Samuel era juez en Israel (1 Sm 7). El pueblo le pidió un rey y Samuel ungió a Saúl (1 Sm 8-9). David, uno de los generales de Saúl, triunfó contra los filisteos y mató a Goliat (1 Sm 16-17). El rey sintió envidia de David y éste tuvo que

huir con sus hombres (1 Sm 18-19). Tras la muerte de Saúl, David reinó en Hebrón y, más tarde, en todo Israel (2 Sm 2-5). Disfrutó de la amistad de Jonatán (1 Sm 20) y padeció la traición de Absalón (2 Sm 15). Cometió el pecado de asesinar a Urías para quitarle a su mujer Betsabé (2 Sm 11), pero también perdonó en dos ocasiones la vida de Saúl (1 Sm 24.26). David estableció la capital en Jerusalén, donde implantó la corte y el palacio.

Tuvo varias esposas: de Haggit engendró a Adonías, y de Betsabé a Salomón, quien a pesar de ser el menor fue ungido rey de Israel (1 Re 1). Al comienzo de su reinado, Salomón destacó por su sabiduría, por la organización del reino y por la edificación del templo (1 Re 3-10). En cambio, sus últimos años, aparecen teñidos por la corrupción y el mal gobierno (1 Re 11).

** La monarquía dividida: Israel y Judá*

A la muerte de Salomón estalló la guerra civil, y el pujante reino de David se fragmentó en dos países: Israel y Judá.

– Israel: el primer rey fue Jeroboán I. Su territorio ocupaba el centro y norte de Palestina. La capital se ubicó en Samaria. Comparado con Judá, era un país rico.

– Judá: gobernado por Roboán, hijo de Salomón, ocupaba el sur de Palestina y tenía su capital en Jerusalén. Los desiertos, la presencia del mar Muerto y la lejanía de las rutas comerciales hacían de Judá un reino pobre.

Ambos reinos coexistieron en permanente beligerancia. Los reyes de Israel oyeron la predicación de Elías y Eliseo (1 Re 17-19; 2 Re 2-8), la exigencia de justicia proclamada por Amós, y la pasión por la misericordia anunciada por Oseas, pero no hicieron caso a sus advertencias. El rey asirio Sargón II destruyó Samaria e incorporó Israel a su imperio. Deportó a la población, dispersándola en Asiria, y repobló Israel con habitantes de lejanas tierras, ajenos a la cultura y la religión hebreas (722 a.C.).

Sólo algunos habitantes del reino del norte se trasladaron a Jerusalén, legando a Judá los restos de su cultura y su fe. Desde entonces habrá un solo reino hebreo, Judá, cuya capital será Jerusalén (2 Re 9-17).

** Historia de Judá desde el fin de Samaria (722 a.C.) hasta el exilio de Babilonia (587 a.C.)*

El exiguo reino de Judá se limitaba a sobrevivir en medio de las convulsiones internacionales. En el año 701 a.C., el rey asirio Senaquerib sitió Jerusalén. Al rey Ezequías no le quedó más alternativa que entregar una cuantiosa suma al emperador asirio, aunque no consiguió aplacar su ira. Ezequías, aconsejado por el profeta Isaías, decidió resistir en la ciudad santa. Inesperadamente, el ejército de Asiria abandonó el asedio retirándose a Ninive (2 Re 18-20). Judá había resistido el embate asirio, pero el país quedó muy debilitado.

Ezequías fue sucedido por Manasés (698-643 a.C.), un monarca impío y despótico que vivió sometido a Asiria pagando fuertes tributos. Oprimía al pueblo y casi eliminó la fe del país. Le sucedió su hijo Amón (643-641 a.C.), que siguió la política de su padre hasta que fue asesinado (2 Re 21). El reino de Judá estaba sumido en la idolatría y la barbarie.

Muerto Amón, subió al trono su hijo Josías (641-609 a.C.). Aprovechando la debilidad de Asiria, comenzó a mostrarse independiente. Luchó contra la idolatría imperante, amplió las fronteras y reformó el templo de Jerusalén, donde descubrió en el año 622 a.C. el “Rollo de la Ley” (2 Re 22-23), que se conserva en el llamado Código Deuteronomico (Dt 12-26). El “Rollo de la Ley” constata la lealtad de Dios con su pueblo e insiste a la vez en la exigencia divina de guardar fidelidad a los preceptos de la ley. Con estas disposiciones, Josías inició la reforma religiosa del reino.

En el ámbito internacional, en el año 614 a.C. el ejército babilónico conquistó la capital de Asiria. Babilonia se convirtió en la potencia indiscutida del mundo antiguo. Su rey, Nabucodonosor, exigió vasallaje a los pequeños estados limítrofes con su imperio. Entre esos países estaba el reino de Judá.

El faraón egipcio envió un ejército contra Babilonia. Cuando las huestes egipcias atravesaban Palestina, Josías les presentó batalla en la llanura de Meggido: las milicias de Egipto vencieron y Josías murió en combate. Era el año 609 a.C.

La gente influyente de Jerusalén nombró rey a Joacaz (609 a.C.), hijo de Josías. Al faraón no le gustó la elección:

detuvo a Joacaz y lo llevó preso a Egipto. Colocó en el trono a Joaquín (609-597 a.C.), otro hijo de Josías. Joaquín fue vasallo del faraón hasta que Babilonia se impuso sobre Egipto, momento en el que se convirtió en vasallo de Nabucodonosor (603 a.C.).

En el año 601 a.C., Joaquín cometió un grave error: se rebeló contra el poder babilónico. En represalia, en el año 598 a.C. el rey de Babilonia sitió Jerusalén. A Joaquín, que fue asesinado en un tumulto, le sucedió su hijo Yehoyaquim. Éste se rindió ante Nabucodonosor, quien le cambió el nombre por Jeconías. Nabucodonosor apresó a Jeconías y a los dirigentes y artesanos de Jerusalén y los deportó a la capital de su imperio. A continuación puso en el trono de Jerusalén a Sedecías, hijo de Josías, que pronto se rebeló contra el yugo babilónico. Nabucodonosor conquistó Jerusalén (586 a.C.), torturó al rey y deportó a Babilonia otro contingente de población.

El reino de Judá llegaba a su fin. Nabucodonosor impuso como gobernador a Godolías. Pero un guerrillero, Ismael, asesinó a Godolías y capturó a un grupo de hombres, entre quienes se hallaba el profeta Jeremías y su secretario Baruc. Después, un pequeño cabecilla llamado Juan prendió a los cautivos de Ismael y los llevó a Egipto. Nabucodonosor arremetió contra las ruinas de Judá y deportó a otro grupo de habitantes (582 a.C.).

** El exilio de Babilonia (597-538 a.C.)*

La mayoría de los deportados no vivía en la capital de Babilonia, sino en la colonia de Abib, a orillas del río Qebar (Ez 3,15). El exilio fue duro. Muchos perdieron la fe en el Señor, Dios de Israel, y se adhirieron a los dioses babilónicos. Sólo un pequeño grupo de judíos decidió reforzar su fe apoyándola sobre cuatro ejes:

- La monarquía había tocado a su fin con Jeconías. Dieron entonces el gran salto de la fe: al carecer de rey humano, afirmaron que el Señor era el único y verdadero rey de Israel.

- En Babilonia carecían de templo para ofrecer sacrificios. Comenzaron entonces a reunirse en casas particulares para alabar al Señor e implorar su ayuda. Los encuentros

en las casas fueron el origen, mucho tiempo después, de la sinagoga, el lugar habitual de plegaria del pueblo judío.

- Los exiliados, al no poder celebrar las fiestas solemnes de antaño, potenciaron el sábado como día especial dedicado a Dios y a la vida comunitaria.

- Judá se integró en el imperio babilónico. Como pueblo, los judíos carecían de territorio propio. Entonces impulsaron el valor simbólico de la circuncisión: el rito practicado desde antiguo se convirtió en la señal de identidad para todo judío.

Los sacerdotes exiliados cuidaron para que el pequeño resto mantuviera la fidelidad al Señor, se reuniera en las casas para rezar, celebrara el sábado y comprendiera la circuncisión como el signo externo de la identidad judía. Dios no abandona a quienes ha llamado: en el año 538 a.C., Ciro el Grande, rey de medos y persas, conquistó Babilonia y permitió a los judíos volver a Jerusalén (2 Cr 36,22-24; Esd 1).

** De la vuelta del destierro (538 a.C.) a las guerras contra Roma (135 a.C.)*

Palestina estaba integrada en la provincia persa de Transeufratina, dividida, a su vez, en regiones menores, una de las cuales era Yehud (Judea). La primera expedición de repatriados fue encabezada por Sesbasar (537 a.C.), probablemente hijo del rey Joaquín. Recibió el título de gobernador y se le encomendó la reconstrucción del templo (Esd 5,14-16). Pocos años después, Zorobabel, con otra partida de exiliados, llegó a Jerusalén para continuar la obra de Sesbasar (Ag 1,1). Los judíos, animados por los profetas Zacarías y Ageo, consiguieron reconstruir el templo en el año 515 a.C.

Nehemías, un dignatario persa de origen judío, fue designado gobernador de Judea en el año 415 a.C. por el rey Artajerjes, con la misión de reconstruir la muralla de Jerusalén (Neh 5,14-19). Acabada su tarea, regresó a Persia, pero en el año 430 a.C. fue nombrado de nuevo gobernador de Judea. Le acompañó Esdras, sacerdote y escriba, para llevar adelante la reforma religiosa (Esd 7,11-26). A pesar de todo, Judea fue cayendo progresivamente en el desaliento de una vida lánguida, mientras lentamente el imperio persa se deshacía.

En el año 334 a.C., Alejandro Magno, rey de Macedonia (Grecia), inició la conquista de Oriente. En Jerusalén recibió el sometimiento del sumo sacerdote y de la población, pasando Judea a depender de los griegos. Tras la súbita muerte de Alejandro (323 a.C.), sus generales se repartieron el imperio.

Ptolomeo, uno de esos generales, gobernó Palestina con el título de rey (320 a.C.). Muchos años después, se hicieron con el poder los sucesores del general Seleuco (198 a.C.), uno de cuyos descendientes, el rey Antíoco IV Epifanes (175-164 a.C.), oprimió al pueblo hebreo intentando eliminar su cultura y su religión. Ante la agresión, los hermanos macabeos (167 a.C.) iniciaron una guerra de liberación nacional, en la que murió Judas Macabeo (161 a.C.), caudillo de la revuelta. Le sucedieron su hermano Jonatán y, más tarde, Simón (142 a.C.). La valentía de los macabeos y las dificultades internas en el gobierno del rey Antíoco permitieron a los judíos conseguir la independencia.

Juan Hircano (134 a.C.) sucedió a Simón. No sólo era jefe de los hebreos y sumo sacerdote, sino también el príncipe de un estado independiente. Su hijo Aristóbulo se proclamó rey, iniciando la dinastía asmonea (104 a.C.). Los monarcas asmoneos procuraron al principio la prosperidad del país, pero, a excepción de la reina Salomé Alejandra (77-67 a.C.), cayeron en la corrupción y las disputas internas.

Aprovechando las diferencias entre los asmoneos, el general romano Pompeyo conquistó Jerusalén en el año 63 a.C. Más tarde, el senado proclamó a Herodes (40-4 a.C.) rey de los judíos. Herodes reconstruyó el templo, levantó nuevas ciudades y edificó fortalezas, pero su carácter cínico desencadenó en el reino un régimen de terror.

A la muerte de Herodes, el reino se dividió entre tres de sus hijos: Arquelao gobernó Samaría, Judea e Idumea; Herodes Antipas heredó Galilea y Perea; Herodes Filipo recibió los territorios situados más al norte de Galilea. El año 6 d.C., el emperador destituyó a Arquelao y entregó su territorio al gobierno de un procurador romano.

Los procuradores romanos sometieron al país a un duro régimen tributario. El procurador más conocido es Poncio Pilato, en cuyo mandato (26-36 d.C.) tuvo lugar el ministe-

rio de Jesús. En el año 66 d.C., los judíos se rebelaron contra Roma. La respuesta romana no se hizo esperar: primero Vespasiano y después Tito reconquistaron el país, tomando Jerusalén (70 d.C.) y la fortaleza de Masada (73 d.C.) y convirtiendo Judea en provincia romana. Un nuevo levantamiento tuvo lugar en el año 132, encabezado por Bar Kokba. Como represalia, el emperador Adriano expulsa a los judíos de Jerusalén y convirtió la ciudad santa en la colonia romana de Aelia Capitolina (135 d.C.).

b) *¿Cuál es la peculiaridad religiosa de la historia narrada por el AT?*

La historia antigua de Israel, desde la óptica del historiador actual, es semejante a la de otros reinos pequeños del Próximo Oriente: Ammón, Moab o Edom. La peculiaridad de la Biblia radica en la perspectiva desde la que aprecia los acontecimientos. La historia bíblica constituye una lectura creyente de la realidad. Los autores percibían los avatares históricos con los ojos de la fe. La óptica creyente de los autores bíblicos les hace comprender que ningún suceso tiene su origen en la casualidad: el mundo está en las manos de Dios, y el mismo Señor conduce la historia a buen puerto. Los autores bíblicos confesaban sin ambages la actuación de Dios en la historia y en la entraña de cada ser humano.

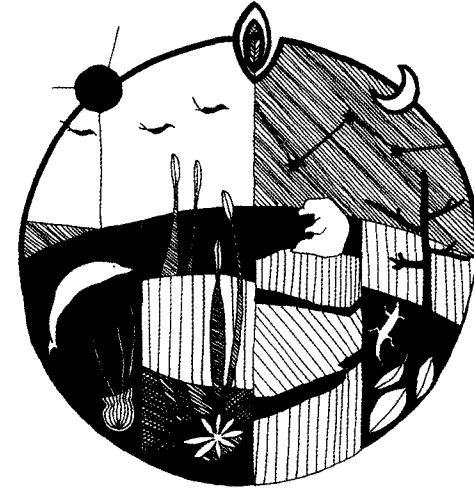
Desde la perspectiva del AT, la historia de Israel no es consecuencia del capricho de dioses ociosos, ni está sujeta a la eventualidad de las cambiantes iniciativas de los seres humanos. La vida de Israel está guiada por Yavé, Señor de la historia. Esta certeza constituye el prisma a través del cual el AT percibe la sucesión de todos los acontecimientos.

I

**EL PROYECTO LIBERADOR DE DIOS
Y LA RESPUESTA DEL SER HUMANO**

EL PROYECTO DE DIOS A FAVOR DE LA HUMANIDAD

El relato de la creación



La Biblia comienza con el relato de la creación. La narración representaba para los antiguos la descripción del origen del universo, pero implicaba mucho más que eso: el relato descubre ante la mirada humana la presencia divina en los recodos del mundo y, a la vez, ofrece al hombre el proyecto divino para edificar la sociedad a imagen y semejanza de Dios. Veamos, pues, la propuesta del Señor a la humanidad para que el ser humano pueda transformarse y transformar el mundo a imagen y semejanza del Creador.

1. Situación y sentido del relato de la creación en el conjunto de la Biblia

El relato de la creación encabeza la Sagrada Escritura y ejerce una función semejante a la del prólogo de todo libro. Por eso es importante preguntarse: ¿qué desea enseñarnos la narración de la creación?

Nuestra respuesta recorrerá dos etapas. Comenzaremos mostrando que el texto de la creación no es sólo la descripción científica propia del pensamiento antiguo sobre el origen del universo; el texto es, sobre todo, un relato religioso que contempla el sentido del universo con los ojos de la fe. Después veremos cómo la primera página del Génesis no se limita a ser la contemplación religiosa del mundo, sino que es la propuesta de Dios al hombre para que edifique la sociedad según el proyecto divino.

a) Sentido religioso del relato de la creación:

Gn 1,1-2,4a

Los autores antiguos percibieron en el relato de la creación la descripción física, geológica y biológica del origen y el desarrollo del universo. No les faltaba razón, pues el relato sigue un itinerario lógico. Sin embargo, los comentaristas antiguos no dejaban de hacerse preguntas acerca del proceso de la creación narrado en el Génesis.

La Biblia dice: "La tierra era una soledad caótica y vacía y las tinieblas cubrían el abismo" (Gn 1,2). Pero ¿cómo puede ser que al principio no existiera nada, si ya existía el abismo? El Sol y la Luna establecen la existencia del día y de la noche, luego ¿cómo es posible que Dios estableciera el día y la noche (Gn 1,5) antes de crear el Sol y la Luna (Gn 1,14)?

Éstas preguntas aluden sólo al contenido de la narración; sin embargo, las ciencias naturales plantearon cuestiones más serias. La geología probó que el mundo no surgió en seis días (Lyell), mientras la narración de la creación parece afirmarlo sin ambages. ¿Quién tiene razón: la geología o la Biblia? La biología constata la evolución de los seres vivos (Darwin), pero el relato de la creación sostiene que cada grupo de seres vivientes surgió independientemente de los demás. ¿Acaso miente la Biblia al relatar la creación?

El siglo XIX fue testigo de las disputas entre la verdad confesada por la Biblia y la evidencia de los descubrimientos científicos. Entonces los estudiosos de la Biblia comenzaron a abandonar la lectura literal del relato de la creación para adoptar una posición metafórica. Veamos un ejemplo.

La geología afirma que la Tierra se ha formado a lo largo de millones de años, mientras que el Génesis narra el

proceso de formación en seis días. Los estudiosos, para resolver el dilema, afirmaron que los días que aparecen en el relato de la creación tenían una duración mayor de veinticuatro horas, pudiendo alcanzar cada uno la duración de millones de años. Es decir, sostuvieron que los días de la creación eran muy largos.

Pero pronto tuvieron que enfrentarse al problema biológico de la edad de los patriarcas: "Después de engendrar a Set, vivió Adán ochocientos años, tuvo hijos e hijas y, a la edad de novecientos doce años, murió [...]. Tenía Matusalén ciento ochenta y siete años cuando engendró a Lámelec; después de engendrar a Lámelec, vivió setecientos ochenta y dos años, tuvo hijos e hijas y, a la edad de novecientos sesenta y nueve años, murió" (Gn 5,1-32).

La edad de los patriarcas parecía contradecir el texto bíblico. Si los patriarcas hubieran vivido tanto tiempo, habrían sobrevivido al diluvio y continuarían viviendo en la época del rey David, pero no aparecen tras el diluvio ni figuran en la historia de David. Los estudiosos, para resolver el problema, supusieron que la duración de los años referidos a la edad de los patriarcas era menor de trescientos sesenta y cinco días. En definitiva, afirmaron que los años tenían una duración mucho más corta que los años actuales.

Pero al leer conjuntamente el relato de la creación (Gn 1,1-2,4a) y las genealogías de los patriarcas (Gn 5,1-32), los eruditos llegaban a un dilema de imposible solución. ¿Como podía ser que los días duraran miles de años, mientras los años duraban menos de trescientos sesenta y cinco días? En otras palabras: ¿cómo puede ser que, alargando la duración de los días, se acorte la duración de los años?

Esta contradicción llevó a los naturalistas y biblistas a comprender que el lenguaje de la ciencia y el de la Biblia persiguen objetivos distintos. Las ciencias investigan el origen y la dinámica del universo, mientras que la Biblia sondea el sentido último del universo y de la historia. La Biblia busca el sentido de las cosas contemplando el universo y la historia con los ojos de la fe, y la ciencia descubre el funcionamiento de la naturaleza y de la historia utilizando la metodología de los estudios históricos y científicos.

b) *El relato de la creación ofrece el proyecto de Dios a la humanidad*

La Biblia es un libro religioso que busca el sentido del cosmos y de la historia. El relato de la creación es una narración religiosa que indaga acerca del sentido del universo y de la historia. Pero ¿qué tipo de lenguaje religioso utiliza el relato de la creación?

El lenguaje religioso adopta formas diversas: la homilía, la exhortación, la celebración del perdón, etc. El relato de la creación es una plegaria pensada para que descubramos la presencia divina en los entresijos del mundo y utilicemos el proyecto de Dios para transformar la sociedad a su imagen y semejanza. Por eso, al leer el relato de la creación como una plegaria conseguimos dos cosas. Por una parte, percibimos las huellas de Dios en los recodos del mundo y, por otra, pedimos al Señor que nos conceda su fuerza para construir una sociedad trenzada a su imagen y semejanza.

Pero ¿podemos entender el relato de la creación como una plegaria? Veámoslo desde la perspectiva de nuestros hermanos hebreos.

La primera letra del alfabeto hebreo se denomina *aleph*, y la segunda, *beth*. A veces, en la narración Dios comienza sus discursos más importantes con la primera letra del alfabeto: la *aleph*. Los Diez Mandamientos son el discurso más importante que Dios dirige a su pueblo a lo largo del AT. El Señor comienza su intervención diciendo: “Yo soy el Señor, tu Dios, el que te sacó de Egipto” (Éx 20,2). Más tarde, cuando Dios desea afirmar sus lazos de amor con Israel, afirma: “Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo” (Jr 30,22). Observemos que las dos citas empiezan con la palabra castellana “yo”, término que comienza en hebreo con la primera letra del alfabeto: la *aleph*.

El relato de la creación comienza con la locución “al principio” (Gn 1,1). La locución castellana “al principio” se pronuncia en hebreo mediante una sola palabra: *bereshit*, que comienza con la segunda letra del alfabeto hebreo: la letra *beth* (b).

Demos ahora un salto hasta el comienzo del salmo 4, donde un creyente implora la ayuda de Dios: “Respóndeme

cuando te invoco, oh Dios, mi salvador” (Sal 4,2). La palabra que encabeza la oración, “respóndeme”, comienza en hebreo con la letra *beth*. La referencia al salmo 4 muestra cómo la oración del hombre bíblico comienza, en algunas ocasiones importantes, con la segunda letra del alfabeto. Y recalca, de ese modo, y hasta de manera gráfica, cómo la plegaria es la respuesta del hombre al Dios que le habla y le ama primero. Dios comienza su discurso con la primera letra, la *aleph* contenida en el “yo”, y el hombre reza comenzando su plegaria con la segunda letra, la *beth*, que inicia al término “respóndeme”.

El lector hebreo, al leer la primera palabra del Génesis, observaba el término *bereshit*: “Al principio” (Gn 1,1). Al ver que la palabra *bereshit* comenzaba con la letra *beth*, la segunda del alfabeto, comprendía el texto como una plegaria. El orante, al convertir en plegaria el relato de la creación, percibía la huella de Dios en el mundo y, a la vez, pedía la fuerza de Dios para edificar la sociedad a imagen y semejanza del Creador.

Pero ¿cómo descubre el orante la presencia de Dios al utilizar el relato de la creación para su plegaria?

Si leemos con atención la narración de la creación, descubriremos que la palabra “Dios” aparece treinta y cinco veces. El significado de los números es importante para captar el sentido de la Sagrada Escritura. Saboreemos el significado del número treinta y cinco en el relato de la creación.

El número treinta y cinco es el resultado de multiplicar cinco por siete. El número cinco evoca el Pentateuco, que contiene los cinco libros que, para la tradición hebrea, constituyen el núcleo de la Biblia. El número siete indica la plenitud en el ámbito cultural judío. Por eso lo que alcanza la plenitud se relaciona con el número siete. El día sagrado de los judíos, el sábado, es el séptimo día de la semana, y el candelabro del templo tenía siete brazos. Aunando el significado de los números siete y cinco percibimos el significado del número treinta y cinco: núcleo y plenitud. La palabra “Dios” aparece treinta y cinco veces porque Dios palpita en el hondón de cada cosa y de cada persona para llevarlos a la plenitud.

Los lectores hebreos convertían la primera página de la Biblia en la contemplación de la presencia de Dios en el co-

razón del mundo y, a la vez, al leerla, adquirirían el compromiso de construir la sociedad según el proyecto divino.

La Biblia comienza con una plegaria: el relato de la creación. Y, desde la perspectiva cristiana, termina con la plegaria final del Apocalipsis: "¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!" (Ap 22,20). Desde la perspectiva cristiana, la Biblia puede entenderse como un libro de plegaria, pues desde el comienzo (Gn 1,1-2,4a) hasta el final (Ap 22,20) contempla con los ojos de la fe las huellas de Dios en el mundo y exige al ser humano que, con la ayuda divina, lleve a cabo el proyecto liberador de Dios.

Ahora leeremos el relato de la creación como la plegaria que muestra la huella de Dios en el mundo y, a la vez, compromete a cada persona a construir la sociedad desde los valores divinos.

2. Lectura del texto: Gn 1,1-2,4a

1.1 Al principio creó Dios el cielo y la tierra. 2 La tierra era una soledad caótica y las tinieblas cubrían el abismo, mientras el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas.

3 Y dijo Dios: Que exista la luz.

Y la luz existió. 4 Vio Dios que la luz era buena y la separó de las tinieblas. 5 A la luz la llamó día y a las tinieblas noche.

Pasó una tarde, pasó una mañana: el día primero.

6 Y dijo Dios: Que haya una bóveda entre las aguas para separar unas aguas de otras.

Y así fue. 7 Hizo Dios la bóveda y separó las aguas que hay debajo de las que hay encima de ella. 8 A la bóveda Dios la llamó cielo.

Pasó una tarde, pasó una mañana: el día segundo.

9 Y dijo Dios: Que las aguas que están bajo los cielos se reúnan en un solo lugar y aparezca lo seco.

Y así fue. 10 A lo seco lo llamó Dios tierra firme y al cúmulo de las aguas lo llamó mares. Y vio Dios que era bueno.

11 Y dijo Dios: Produzca la tierra vegetación: plantas con semilla y árboles frutales que den en la tierra frutos con semillas de su especie.

Y así fue. 12 Brotó de la tierra vegetación: plantas con semilla de su especie y árboles frutales que dan fruto con semillas de su especie. Y vio Dios que era bueno.

13 Pasó una tarde, pasó una mañana: el día tercero.

14 Y dijo Dios: Que haya lumbreras en la bóveda celeste para separar el día y la noche, y sirvan de señales para distinguir las estaciones, los días y los años; 15 que luzcan en la bóveda del cielo para alumbrar la tierra.

Y así fue. 16 Hizo Dios dos lumbreras grandes, la mayor para regir el día y la menor para regir la noche, y también las estrellas; 17 y las puso en la bóveda del cielo para alumbrar la tierra, 18 regir el día y la noche, y para separar la luz de las tinieblas. Y vio Dios que era bueno.

19 Pasó una tarde, pasó una mañana: el día cuarto.

20 Y dijo Dios: Rebozen las aguas de seres vivos y que las aves aleteen sobre la tierra a lo ancho de la bóveda celeste.

21 Y creó Dios por especies los cetáceos y todos los seres vivientes que se deslizan y pululan en las aguas, y creó también las aves por especies. Vio Dios que era bueno. 22 Y los bendijo diciendo: Creced, multiplicaos y llenad las aguas del mar, y que también las aves se multipliquen en la tierra.

23 Pasó una tarde, pasó una mañana: el día quinto.

24 Y dijo Dios: Produzca la tierra seres vivientes por especies: ganados, reptiles y bestias salvajes por especies.

Y así fue. 25 Hizo Dios las bestias salvajes, los ganados y los reptiles del campo según sus especies. Y vio Dios que era bueno.

26 Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, para que domine sobre los peces del mar, las aves del cielo, los ganados, las bestias salvajes y los reptiles de la tierra.

27 Y creó Dios a los hombres a su imagen; a imagen de Dios los creó; varón y mujer los creó. 28 Y los bendijo Dios diciéndoles: Creced y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad sobre los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que se mueven por la tierra.

29 Y añadió: Os entrego todas las plantas que existen sobre la tierra y tienen semilla para sembrar; y todos los árboles que producen fruto con semilla dentro os servirán de alimento;

³⁰ y a todos los animales del campo, a las aves del cielo y a todos los seres vivos que se mueven por la tierra les doy como alimento toda clase de hierba verde.

Y así fue. ³¹ Vio entonces Dios todo lo que había hecho, y todo era muy bueno. Pasó una tarde, pasó una mañana: el día sexto.

^{2.1} Así quedaron concluidos los cielos y la tierra con todo su ornato. ² Cuando llegó el día séptimo Dios había terminado su obra, y descansó el día séptimo de todo lo que había hecho. ³ Bendijo Dios el día séptimo y lo consagró, porque en él había descansado de toda su obra creadora.

⁴ Ésta es la historia de la creación del cielo y de la tierra.

3. Elementos del texto

El rey Nabucodonosor, en el año 587 a.C., conquistó Jerusalén y deportó parte de la población a Babilonia, la capital de su imperio. El exilio permitió a los hebreos familiarizarse con la ciencia babilónica. Los sabios babilónicos habían redactado la epopeya llamada *Atra-Hasis* y el poema denominado *Enuma Elish* para explicar el origen del universo y del hombre. Igualmente, habían compuesto la historia de Gilgamesh, donde describían la dureza de la condición humana. El exilio terminó en el año 538 a.C., cuando el rey Ciro conquistó Babilonia. El rey convirtió el país de Israel en una provincia del Imperio persa y permitió a los hebreos exiliados regresar a Jerusalén (Esd 1,2-4).

Los sacerdotes habían mantenido la cohesión del pueblo durante el exilio y continuaron rigiéndolo en Jerusalén. Asentados en la ciudad santa, los sacerdotes escribieron la historia que narraba los orígenes del pueblo. Esta historia se denomina, literariamente, "composición sacerdotal" y comienza con el relato de la creación.

La ciencia babilónica permitió a los hebreos dibujar el mapa científico del universo y posibilitó que los deportados comprendieran el universo desde esa lógica. Por eso, cuando los sacerdotes escribieron el relato de la creación tuvieron en cuenta el mapamundi aprendido en Babilonia. Pero no se limitaron a describir científicamente el mundo. Lo con-

templaron con los ojos de la fe y plasmaron en la narración de la creación el sentido del universo y de la historia: el mundo y la historia están sostenidos por las buenas manos de Dios. Pero afirmaron también que el Señor exige al ser humano el compromiso de construir la sociedad según los criterios divinos. Veamos algunos elementos del texto para poder ahondar en la perspectiva que implica edificar la sociedad según los criterios de Dios.

a) "Al principio..." (Gn 1,1)

La elaboración del relato de la creación fue lenta, pero entre los años 400-350 a.C. constituía ya la primera página del Génesis. En esas fechas, la provincia de Judá era una región marginal del Imperio persa. Las grandes proezas de David yacían sepultadas en el baúl del olvido y el magnífico templo de Salomón había sido sustituido por un templo modesto (Esd 3,12).

Al parangonar la pequeñez de Judá con el esplendor de los persas, los judíos experimentaban la amarga sensación de su fracaso. ¿Qué quedaba de la promesa de Dios a Abraham: "Yo haré de ti un gran pueblo, te bendeciré y haré famoso tu nombre" (Gn 12,2)? Judá comenzaba a carecer de fundamentos para creer en la bondad de Dios. En lugar de un gran pueblo, eran una región pequeña, y en vez de una nación bendita, eran súbditos del rey persa.

Pero mientras los fundamentos de la religión hebrea se disuelven, un grupo de sacerdotes escribe una plegaria para devolver al pueblo la esperanza (Gn 1,1-2,4a). Comienzan su oración diciendo: "Al principio creó Dios el cielo y la tierra" (Gn 1,1).

La palabra "principio" presenta en castellano dos acepciones principales. Por una parte, indica el comienzo de alguna cosa: el lunes es el "principio de la semana laboral". Por otra, indica que una persona o una cosa tiene fundamento. Por ejemplo, al ver a alguien que destaca por su rectitud ética, decimos: "Es una persona de principios". Al decir eso no indicamos que la persona tenga un "comienzo", sino que su vida está "fundamentada" en valores buenos. La locución "al principio" contenida en Gn 1,1 no significa "al inicio" o "al comienzo", sino "en el fundamento".

Los sacerdotes saben que los habitantes de Jerusalén, al sentirse la región marginal de un imperio lejano, se preguntan: ¿La vida y el mundo tienen algún sentido, algún fundamento? La respuesta de los sacerdotes es una profesión de fe: ¡Sí, la vida y el mundo tienen sentido porque se fundamentan en Dios! En el fundamento de todo, “al principio”, late la presencia de Dios. Sociológicamente hablando, los sacerdotes podrían pensar que la religión hebrea daba sus últimos estertores. Pero desde la óptica de la plegaria, comprenden que las cosas no son así: en el fundamento de todo está la presencia de Dios. O, dicho en lenguaje poético, afirmarían: la vida y el mundo tienen sentido porque reposan en las buenas manos de Dios.

b) “...creó Dios el cielo y la tierra” (Gn 1,1)

Los sacerdotes afirman que el universo tiene sentido al sostener que ha sido creado por Dios. El universo, el cielo y la tierra, reposa en las buenas manos de Dios porque él lo ha creado. La palabra “crear” es peculiar en el AT, pues sólo se utiliza para indicar acciones realizadas por Dios. El hombre “hace” y “fabrica”, pero sólo Dios “crea.”

¿Qué significa “crear”? El lenguaje actual explica que la acción de “crear” consiste en hacer surgir alguna cosa de la nada. Pero en tiempos antiguos el significado de la palabra “crear” era distinto. No implicaba hacer surgir algo de la nada, sino conferir sentido a lo existente.

Veamos un ejemplo tomado de Isaías. El profeta recuerda la cautividad de los israelitas en Babilonia y habla al pueblo en nombre de Dios: “Así dice el Señor, vuestro libertador, el Santo de Israel: Por amor a vosotros envié una expedición a Babilonia y arranqué los cerrojos de las puertas [...]. Yo soy el Señor, vuestro Santo, el Creador de Israel, vuestro Rey” (Is 43,14-15). Israel padecía el dolor de la deportación en Babilonia, pero el Señor lo liberó por mediación del rey Ciro (Is 41,1-5). El Señor dice a su pueblo: “Soy el Creador de Israel” (Is 43,15), pero con eso no indica que haga surgir a Israel de la nada, pues cuando Israel padecía el exilio babilónico (597-538) llevaba siglos existiendo como pueblo.

La locución “el Creador de Israel” (Is 43,15) es paralela a “vuestro libertador” (Is 43,14). El Señor crea a Israel

cuando le libera de las garras de Babilonia. Por tanto, en Is 43,14-15, la voz “crear” debe entenderse como “liberar”. Afirmar que Dios crea a su pueblo significa declarar que lo libera. El Señor otorga un sentido nuevo a la vida de su pueblo: la nación deportada se convierte en un pueblo libre.

La referencia a Isaías muestra que el sentido de la palabra “crear” no connota, en un primer momento, la acepción de hacer surgir alguna cosa de la nada. El contenido de la revelación evoluciona en el seno de la Biblia; la noción de “crear”, en el sentido de “hacer surgir una cosa de la nada”, aparecerá claramente más tarde (2 Mac 7,28). En tiempos antiguos la idea de “crear” implicaba la experiencia de la liberación y el descubrimiento del sentido de la vida. Y, precisamente, ése es el significado que adoptamos para la palabra “crear” en Gn 1,1. Cuando Dios crea el mundo, lo libera y le confiere sentido. Pero ¿de qué libera Dios al cosmos y qué sentido le otorga? Veámoslo en el apartado siguiente.

c) “La tierra era una soledad caótica y las tinieblas cubrían el abismo...” (Gn 1,2)

A primera vista, las palabras “soledad”, “caótica” y “abismo” parecen la reseña geográfica de la Tierra (Gn 1,2). Sin embargo, esos términos no constituyen una descripción geográfica. Indican la percepción religiosa de los sacerdotes al contemplar la desazón del pueblo. Los habitantes de Jerusalén, alejados de Dios, yacen en la idolatría. Y el alejamiento de Dios, la idolatría, se expresa en el relato de la creación mediante las palabras “soledad” “caótica”, “abismo”. Veámoslo.

La palabra “soledad” se pronuncia *tohu* en lengua hebrea. El libro de Samuel la asocia directamente a la idolatría: “No os apartéis del Señor, para seguir a los ídolos (*tohu*, “soledad”), que de nada sirven, porque son dioses vacíos (*tohu*, “soledad”)” (1 Sm 12,21). Isaías utiliza el término *tohu* para fustigar a los ídolos y a sus adoradores: “viento y vacío son sus estatuas (*tohu*, “soledad”)” (Is 41,29); “los que fabrican ídolos son inútiles (*tohu*, “soledad”)” (Is 44,9).

El vocablo de Gn 1,2 “caótica” en hebreo se escribe *bohu*. Figura sólo tres veces en la Biblia, y siempre asociado a la palabra “soledad” (*tohu*) (Gn 1,2; Is 34,11; Jr 4,23). ¿Cuál es el significado de la asociación de las palabras “sole-

dad" y "caótica"; (*tohu bohu*)? Tal vez sea en la profecía de Jeremías donde aparezca su relación de forma más clara.

Jeremías exige, en nombre de Dios, la conversión de Israel y Jerusalén (Jr 4,1.8.14). La situación del pueblo, insensato e incapaz de obrar el bien (Jr 4,22), se describe geográficamente. La tierra es caótica (*bohu*) y vacía (*tohu*, "soledad") (Jr 4,23), el cielo carece de luz (Jr 4,23), el hombre no existe (Jr 4,25) y las aves del cielo han huido (Jr 4,25). El texto de Jr 4,23-25 muestra la situación de Jerusalén alejada de los caminos de Dios. Situación que Jeremías describe de forma semejante a la del universo anterior a la creación. La tierra es caótica (*bohu*) y vacía (*tohu*, "solitaria") (Gn 1,2), no hay luz (Gn 1,3), todavía no hay aves en el cielo (Gn 1,20.21) y el hombre no ha aparecido (Gn 1,27).

En definitiva, Jeremías detalla la situación del pueblo idólatra e incapaz de obrar el bien (Jr 4,22), y para eso lo describe en la situación anterior a la creación: "Miro a la tierra: un vacío (*tohu*, "soledad"), un caos (*bohu*, "caótico")" (Jr 4,23).

La lengua hebrea escribe el término "abismo" mediante la voz *tehom*. El abismo representa en el AT el gran depósito de agua situado bajo la superficie terrestre (Prov 8,24). Pero, a la vez, esconde también el poder agresor capaz de asolar la tierra, tal como describe la narración del diluvio: "Era el año seiscientos de la vida de Noé, el día diecisiete del segundo mes, cuando reventaron las fuentes del abismo (*tehom*) [...] y fueron aniquilados todos los seres que había sobre la faz de la tierra [...], tan sólo quedó Noé y los que estaban con él en el arca" (Gn 7,11-24).

El diluvio no aconteció por casualidad; fue la consecuencia de la idolatría, fue la consecuencia del pecado humano: "Dios se fijó en la tierra y vio que estaba pervertida, porque la gente tenía una conducta perversa. Entonces dijo Dios a Noé: Tengo decidido poner fin a todos los seres vivos, porque toda la tierra está llena de maldad a causa de los hombres" (Gn 6,12-13). Sin embargo, la aniquilación no fue absoluta, pues Noé y su familia escaparon de la catástrofe: "El Señor dijo a Noé: Entra en el arca tú con toda tu familia, pues tú eres el único justo que he encontrado en esta generación" (Gn 7,1).

El profeta Jeremías describía la idolatría de su pueblo (Jr 4,22) diciendo que la tierra era caótica (*bohu*) y vacía (*tohu*, "soledad") (Jr 4,23). El autor de la narración del diluvio mostraba cómo el poder del abismo (*tehom*) había aniquilado a la tierra pervertida. Los sacerdotes redactores de la narración de la creación perciben la tierra sostenida en las malas manos de los ídolos: la soledad (*tohu*), el caos (*bohu*) y el abismo (*tehom*). Estas tres palabras simbolizan los ídolos que a lo largo de la historia apartaron a Israel de la bondad de Dios: el afán de poder, el ansia de poseer y el deseo de aparentar. Si observamos nuestra vida, constataremos cómo los ídolos que nos separan de Dios no están hechos de madera, sino de dinero, orgullo y falsedad.

Si los sacerdotes contemplaran Jerusalén sólo desde la perspectiva humana, no saldrían del desencanto. Jerusalén es una ciudad marginal del imperio persa, y sus habitantes abandonan la fe para medrar en la vida entregándose a los falsos dioses. Pero los sacerdotes, además de percibir la realidad con lucidez humana, la contemplan con los ojos de la fe. Perciben que su tierra está masacrada en las malas manos de los ídolos, pero creen firmemente que la salvación de Dios es más fuerte que el poder de los ídolos de muerte. Para captar cómo la misericordia de Dios puede más que el reto de los ídolos, vayamos al siguiente apartado.

d) *"...mientras el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas" (Gn 1,2)*

En tiempos de Noé, la tierra estaba pervertida, pero Dios salvó al patriarca y a su familia (Gn 7,1; Hb 11,7). Durante el exilio, el pueblo hebreo se precipitaba a la extinción, y Dios, por mediación de Ciro, salvó a Israel (Is 41,1-5). Los sacerdotes contemplan la ciudad santa machacada por el puño idólatrico, pero creen firmemente que Dios no abandonará a Jerusalén. Los sacerdotes manifiestan su convicción con estas palabras: "El espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas" (Gn 1,2). Mientras la idolatría, representada en este caso por las aguas, deshace Jerusalén, el espíritu de Dios, símbolo del mismo Señor, protege a su pueblo.

La palabra hebrea que traducimos por "aletear" aparece tres veces en la Biblia (Gn 1,2; Dt 32,11; Jr 23,9). El término "aletear" es sinónimo de "proteger" y "cuidar". Moisés

describe cómo Dios protegió y salvó a su pueblo mediante la alegoría del águila que aletea sobre sus polluelos: "El Señor abrazó y cuidó a su pueblo, lo guardó como la niña de sus ojos: como el águila que incita a su nidada y aletea sobre sus polluelos" (Dt 32,10-11). Cuando el águila aletea sobre sus crías es para protegerlas del enemigo y cuidarlas depositando comida en el nido. El águila simboliza a Dios, mientras que los polluelos representan a los israelitas. Los ídolos son los enemigos del pueblo de Dios, pero el Señor, como el águila, no abandona a sus hijos, sino que los cuida y protege.

Los sacerdotes muestran en su plegaria cómo el mundo, a pesar de su pecado, cuenta con el auxilio del Señor, pues el espíritu de Dios sigue aleteando sobre las aguas. Pero saben que la decisión de abandonar las manos perversas de los ídolos para permitir al Señor que nos sostenga en sus buenas manos incumbe al ser humano. Dios es bueno y acompaña siempre al hombre, pero no suple nunca la responsabilidad humana. ¿Cómo se pueden abandonar las manos de los ídolos para vivir en las manos de Dios? En otras palabras, ¿qué metodología debe emplear el ser humano para edificar la sociedad utilizando los criterios de Dios? Veámoslo.

e) El proceso de la creación (Gn 1,3-31)

La oración compuesta por los sacerdotes incluye la metodología para huir de los ídolos y reposar en las buenas manos de Dios. Lo primero que Dios hizo fue la luz. Después estableció la bóveda del cielo. Luego reunió las aguas ubicadas bajo el firmamento en la región que denominó "mares". Al congregarse las aguas emergió lo seco, que Dios llamó "tierra". Acto seguido ordenó que la tierra produjera la vegetación. Seguidamente colocó en la bóveda celeste dos lumbreras grandes (sol y luna) y las estrellas. A continuación Dios ordenó que las aguas produjeran seres vivos capaces de nadar y creó, más tarde, los cetáceos y las aves. Ordenó a la tierra que produjera ganados, reptiles y bestias salvajes. Y, finalmente, Dios creó al ser humano otorgándole el señorío sobre la creación. Dios realizó su obra en seis días y el día séptimo descansó.

Para describir el proceso de la creación, los sacerdotes se basaron en los grandes relatos aprendidos en Babilonia: *Enuma Elish* y *Atra-Hasis*. Sin embargo, la intención sacer-

dotal no radica en la explicación geológica y biológica del mundo, sino en ofrecer al hombre una propuesta para construir la sociedad con los criterios de Dios. Los criterios exigidos por los sacerdotes para edificar la sociedad plenamente humanizada son dos.

** La alusión al cumplimiento de los Mandamientos*

El relato de la creación muestra cómo Dios creó el mundo en seis días; por eso solemos pensar, erróneamente, que hizo una cosa cada día. Si leemos atentamente el relato, veremos que Dios no creó el mundo mediante seis órdenes, sino a través de diez: "Que exista la luz"; "que haya una bóveda"; "que las aguas [...] se reúnan"; "produzca la tierra vegetación"; "que haya lumbreras"; "que rebosen las aguas de seres vivos"; "creced y multiplicaos" [referido a los animales]; "produzca la tierra seres vivientes"; "hagamos al hombre"; "creced y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla". Tras la ejecución de cada orden, el Señor observa el resultado y dice "era bueno"; y al final contempla el universo y exclama: "Todo era muy bueno" (Gn 1,31).

El universo fue creado mediante diez mandatos de Dios o a través de "Diez Palabras", según dicen nuestros hermanos hebreos. En el Sinaí, el Señor prescribió otras "Diez Palabras", los "Diez Mandamientos" (Éx 20,1-17), para que el pueblo practicara la justicia y, como consecuencia, viviera en paz. Los sacerdotes escribieron de forma premeditada la creación mediante diez mandatos divinos, para que el lector asociara las "Diez Palabras" con los "Diez Mandamientos". De ese modo, el lector aprendía una lección: "Dios, con Diez Palabras, creó un mundo muy bueno; ahora depende de mí que continúe siendo bueno, y la forma de conseguirlo estriba en vivir en plenitud los Diez Mandamientos".

** La exigencia del compromiso personal en el proceso de liberación humana y social*

No basta conocer los Diez Mandamientos. Para construir la sociedad justa y pacífica hay que ponerlos en práctica. Los sacerdotes, al ofrecer el proyecto de Dios, son incisivos en el compromiso personal. Oigamos el relato: "Entonces dijo Dios: Hagamos a los hombres a nuestra imagen y semejanza" (Gn 1,26). La palabra "hagamos" ha inquietado siempre a los

intérpretes. ¿Por qué habla Dios en plural? ¿No sería más lógico que lo hiciera en singular: “Haré al hombre a mi imagen y semejanza”? Las interpretaciones del término “hagamos” son diversas, pero centrémonos en las más importantes.

La primera interpretación comprende la palabra “hagamos” en sentido mayestático. Antiguamente, las personas importantes hablaban en plural. El papa, antiguamente, hablaba en plural: no decía “yo decido”, sino “nos decidimos”. La palabra “nos”, utilizada por los papas, constituye un plural mayestático para realzar la importancia de quien habla. La segunda interpretación caracterizó a muchos padres de la Iglesia antigua, quienes tras el término “hagamos” percibían la presencia de la Santísima Trinidad.

El relato de la creación constituye el proyecto de Dios a la humanidad para que construya una sociedad según los criterios divinos. Cuando Dios dice “hagamos a los hombres a nuestra imagen y semejanza” (Gn 1,26), se dirige directamente a nosotros, que estamos leyendo este libro. Dios nos hace una propuesta: “Hagamos a los hombres”. Es decir, el Señor afirma: “Yo y vosotros construyamos una sociedad plenamente humanizada”. El Señor nos ofrece su ley y su ayuda para comprometernos en la construcción de la sociedad pacífica y solidaria. Dicho en términos del NT, el Señor nos compromete a edificar el Reino de Dios.

f) El compromiso específico del ser humano (Gn 1,26-31)

El relato destaca la importancia del ser humano describiendo su origen mediante la triple utilización del término “crear” (Gn 1,27). Dios no establece diferencias entre el varón y la mujer: ambos tienen el mismo rango. La especificidad de la creación del hombre radica en un matiz crucial, dice el Señor: “a nuestra imagen, según nuestra semejanza” (Gn 1,26.27).

Los términos “imagen” y “semejanza” indican que el ser humano es semejante a Dios, porque es el único ser de la creación capaz de entender lo que Dios manda y, además, cumplirlo. La persona entiende la voz de Dios, y por eso puede vivir según el proyecto divino, preguntándose si lo que hace sirve para que la sociedad y el mundo se conviertan en algo “muy bueno” (Gn 1,31).

El Señor añade una característica a la condición humana: “Para que domine sobre los peces del mar, las aves del cielo, los ganados, las bestias salvajes y los reptiles de la tierra” (Gn 1,26). El hombre es el vértice de la creación, pues domina sobre la tierra y los animales. El verbo “dominar” no significa “oprimir” ni “aplastar”; la palabra “dominar” significa propiamente “cuidar”, procurar que la creación continúe siendo “muy buena” (Gn 1,31). Toda persona debe cuidar el mundo y mimar la historia para descubrir las huellas de Dios.

Dios no deja solo al hombre, sino que se compromete con él para que lleve adelante el proyecto divino. Y el compromiso divino se llama bendición: “Dios los bendijo” (Gn 1,28). La bendición contiene la solidaridad de Dios con el hombre para que se sienta arropado por su ternura. Dios afina las características de su bendición: “Creced y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad sobre los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que se mueven por la tierra” (Gn 1,28).

Destaquemos otro matiz de la bendición divina: “someter”. El término “someter”, en el relato de la creación, no alude a la acción de “tiranizar” o “subyugar”, sino que se asemeja al término “velar”. El hombre debe velar para que la creación se desarrolle según el proyecto de Dios, y velar también para que los ídolos no le aparten a él del proyecto divino. Someter la tierra indica “estar por encima de la tierra”, es decir, velar para que las riquezas terrenales no aparten el corazón humano del plan de Dios.

4. Síntesis y reflexión final

El relato de la creación es una plegaria ideada para que descubramos la presencia divina en los entresijos del mundo y pongamos en práctica el proyecto de Dios para transformar la humanidad a su imagen y semejanza. Por eso, al leer el relato como una plegaria, conseguimos dos cosas. Por una parte percibimos las huellas de Dios en los recodos del mundo; por otra, pedimos al Señor que nos conceda su fuerza para construir una sociedad trenzada a su imagen y semejanza.

La creación consiste en la acción divina por la que el mundo deja de estar oprimido por el poder de los ídolos, para sostenerse en las buenas manos de Dios. El Señor es el autor de la creación, pero demanda del ser humano la colaboración para que el mundo sea una realidad "muy buena". La colaboración humana estriba en el cumplimiento de los Mandamientos y en el compromiso personal en la humanización de la sociedad. Sin embargo, Dios no permanece ajeno al compromiso humano: e Señor le concede, mediante su bendición, la gracia para cuidar y velar sobre la tierra, convirtiéndola en imagen y semejanza del mismo Creador.

Finalizada la redacción del relato de la creación, el pensamiento hebreo se enriqueció con la aportación cultural griega. El pensamiento griego entendía la creación como el resultado de hacer surgir alguna cosa de la nada. La sabiduría griega quedó recogida en los últimos libros del AT. De ese modo, la epopeya de los Macabeos relata la creación como el acto mediante el cual Dios hace surgir todas las cosas de la nada.

La historia Macabea cuenta cómo una madre sufre ante el martirio de sus siete hijos y dice al último: "Te pido, hijo mío, que mires al cielo y a la tierra y lo que hay en ella; que sepas que Dios hizo todo esto de la nada y del mismo modo fue creado el hombre" (2 Mac 7,28). Ese detalle muestra que el pensamiento bíblico evoluciona y se perfecciona en el seno de la Sagrada Escritura, para llevarnos de la mano hacia el conocimiento de Dios: el amigo fiel que nos protege y nos cuida.

"Y todo era muy bueno"

Ambientación

Al volver del exilio, muchos israelitas seguían desanimados y pensaban que Yavé había sido vencido por los dioses de Babilonia. Para ayudarles a ver las cosas de otra manera, los sacerdotes de Jerusalén escribieron un relato de la historia de Israel y lo encabezaron con un precioso himno sobre la creación. Así mostraron que lo que sostiene el mundo y le da sentido es el poder de Yavé, y no el de los ídolos. Todo lo que existe es obra de sus manos. Por eso es bueno. Pero es el ser humano quien tiene la enorme responsabilidad de cuidarlo para que continúe siéndolo.

Antes de comenzar, buscamos **Gn 1,1-2,4a**.

Miramos nuestra vida

Vivimos en una época en la que la defensa del medio ambiente se ha convertido en una preocupación de todos. Se multiplican las organizaciones ecologistas y cada vez nos hacemos más conscientes de lo mucho que nos jugamos en la manera de administrar y gestionar los recursos naturales. Pero hay demasiados intereses en juego y no siempre es fácil conjugar el progreso con el respeto a la naturaleza.

- *¿Te preocupa la defensa del medio ambiente? ¿Crees que son justas las reivindicaciones de los grupos ecologistas?*

- *¿Qué relación descubres entre el problema ecológico y otros problemas que aquejan a nuestro mundo? ¿De qué manera nos jugamos el futuro en la forma de resolverlo?*

Escuchamos la Palabra de Dios

La primera página de la Biblia nos habla de la creación del cielo y de la tierra. No como quien hace una descripción científica del origen del universo, sino como quien desde la fe nos invita a captar la presencia de Dios en todo lo que existe y a edificar la sociedad según el proyecto divino.

- Antes de escuchar la Palabra, nos preparamos para acogerla. En silencio, invocamos la presencia del Espíritu.

- Un miembro del grupo lee en voz alta Gn 1,1-2,4a.

- Reflexionamos en silencio: leemos el pasaje personalmente y consultamos las notas de nuestra Biblia para entenderlo mejor.

- Respondemos juntos a estas preguntas:

- *¿Qué expresiones se repiten más en este himno? ¿Qué ideas se subrayan con estas repeticiones?*

- *¿En qué consiste la acción creadora de Dios según este pasaje?*

- *¿Qué se dice sobre la dignidad del ser humano? ¿Cómo se enfoca la relación entre el varón y la mujer?*

- *¿De qué manera se habla de su responsabilidad sobre lo que Dios ha creado?*

Volvemos sobre nuestra vida

Dios nos ha dado el poder de ser "creativos", puesto que nos ha hecho sus colaboradores en la obra de la creación. Lo malo es que el ser humano ha interpretado de un modo abusivo su mandato de "someter" la tierra, hasta el punto de que son muchas las fuerzas destructoras que amenazan con aniquilarlo. Para reconducir esta situación según el proyecto del Creador, no basta con defender los espacios naturales y las especies animales. La verdadera ecología ha de reivindicar todo aquello que hace falta para que nuestro mundo vuelva a ser un verdadero espacio de humanización.

- *¿Qué deberíamos aportar los creyentes a la ecología?*

- *¿Qué podemos hacer para contrarrestar en nuestros ambientes las fuerzas "anti-creación" y hacer que nuestro mundo sea todo lo bueno que Dios quiso?*

Oramos

Terminamos nuestro encuentro con un momento de oración. Lo hacemos movidos por aquel mismo Espíritu que, en el día de la creación, "aleteaba sobre las aguas".

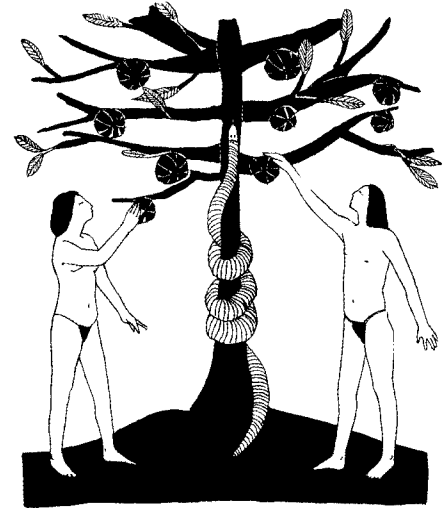
- Leemos de nuevo Gn 1,1-2,4a.

- Oramos personalmente a partir del pasaje proclamado.

- Oramos comunitariamente expresando en forma de petición o de alabanza lo que hemos compartido en este encuentro.

- Acabamos alabando a Dios por la obra de la creación. Lo hacemos recitando el Sal 8: "Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra" o entonando *Hoy, Señor, te damos gracias* u otro canto semejante.

ADÁN Y EVA: LA RESPUESTA HUMANA AL PROYECTO DE DIOS El paraíso terrenal



La creación, tal como aparece en Gn 1,1-2,4a, consiste en un hecho singular. El cosmos sometido al poder de los ídolos (*tohu, bohu, tehom*) pasa a estar sostenido, metafóricamente, en las buenas manos de Dios. El mismo relato revela al ser humano el proyecto divino. El Señor desea que el hombre convierta la sociedad en lo que debe ser: imagen y semejanza de Dios. Pero el hombre se mostrará incapaz de edificar el cosmos a imagen y semejanza del Señor. El pecado enturbiará las relaciones entre Dios y el hombre, como manifiesta el relato de Adán y Eva (Gn 2,4b-3,21). Sin embargo, la bondad de Dios es más fuerte que la maldad humana. El Señor no abandonará a Adán y Eva, sino que seguirá cuidándolos, como revelan simbólicamente las túnicas de piel con que les viste (Gn 3,20-21).

Acerquémonos al relato de Adán y Eva (Gn 2,4b-3,21) para captar la razón por la que el hombre desobedece a Dios. Pero no nos detendremos sólo en la culpa. También observaremos cómo, a pesar del pecado, el Señor continúa

preocupándose del hombre a quien modeló con sus manos e infundió el aliento de la vida.

1. Situación del relato de Adán y Eva en las Narraciones de los orígenes: Gn 1-11

El relato de la creación (Gn 1,1-2,4a) propone al ser humano la construcción de la sociedad a imagen y semejanza de Dios. La narración del paraíso terrenal (Gn 2,4b-3,21) figura tras el relato de la creación y recalca tres aspectos. Por una parte relata, desde otra perspectiva, el origen del mundo y del hombre (Gn 2,4a-25). Por otra, describe el pecado como la desobediencia humana al designio divino (Gn 3,1-19). Y, finalmente, destaca cómo Dios, a pesar del pecado, sigue interesándose por el ser humano (Gn 3,19). El Señor continúa creyendo en la posibilidad del hombre para encauzar su vida en el proyecto divino.

Vamos a perfilar el sentido de la narración del paraíso dentro del conjunto de los relatos de los orígenes: Gn 1-11. Para ello, debemos insinuar las grandes etapas de la redacción del Pentateuco y, en parte, la historia de la redacción de los primeros Libros Históricos. Los estudiosos no han alcanzado un acuerdo firme acerca de las etapas de su redacción, pero lentamente van obteniendo cierto consenso.

Israel, como cualquier otro pueblo, contaba desde tiempos inmemoriales con relatos para recordar su historia. Disponía de leyes para regular las estructuras sociales. Poseía textos litúrgicos para celebrar el culto. Disfrutaba con las enseñanzas sapienciales transmitidas por los sabios. Y recordaba los oráculos proféticos que exigían fidelidad a los preceptos divinos.

Nabucodonosor, rey de Babilonia, en tres ocasiones atacó Jerusalén (597 a.C.; 587a.C.; 582 a.C. cf. Jr 52,30) y deportó a parte de la población a la capital de su imperio, Babilonia. Los deportados tuvieron tiempo de meditar durante el exilio sobre las causas de su desgracia. En el año 538 a.C., Ciro el Grande conquistó Babilonia y permitió a los judíos que lo desearan regresar a su patria.

Asentados de nuevo en Israel, los judíos emprendieron la tarea de escribir su historia, para lo cual contaron con tres tipos de elementos. Por una parte, disponían de las tradiciones anteriores al exilio, consistentes en materiales históricos, jurídicos, culturales, sapienciales y proféticos. Por otra, habían aprendido muchas cosas de la cultura babilónica. Por último, en Babilonia habían comprendido que la razón religiosa del desastre israelita radicaba en la desobediencia a los preceptos divinos.

La primera generación retornada de Babilonia a Jerusalén comenzó a componer la historia del pueblo para evitar una nueva caída en los mismos errores. La historia se fue enriqueciendo gracias a las aportaciones de sacerdotes e historiadores durante toda la época persa (538-333 a.C.). La historia redactada adquirió un volumen considerable: comenzaba en Gn 12,1 y culminaba en 2 Re 25,27-30. Aunque está transida por el pecado de Israel, la historia tiene un buen inicio y un buen final. Comienza relatando la bendición de Dios a Abrán (Gn 12,1-3) y culmina cuando el rey de Babilonia rehabilita al rey judío deportado, Jeconías, concediéndole un trato preferencial.

La historia está redactada desde la perspectiva religiosa y constituye una lectura creyente de los avatares del pueblo de Dios. A pesar del pecado humano, la historia de Israel pone de manifiesto que Dios no deja de preocuparse por el destino del hombre.

Imaginemos ahora que los autores leen solemnemente ante el pueblo la historia que han redactado. Los israelitas la escuchan con atención y quedan admirados ante la actuación salvadora de Dios. Pues aunque los pecados de los israelitas fueran innumerables, el Señor llamó a Abrán (Gn 12,1-3), liberó a Israel de la esclavitud de Egipto (Éx 13-15), estableció un pacto con el pueblo en el Sinaí (Éx 19-20), regaló a Israel la tierra prometida (Josué), trabajó un Alianza con David (2 Sm 7) [...] y, al final, hasta el rey de Babilonia, Evil Merodac, concedió a Jeconías, el rey israelita deportado, un trato de favor (2 Re 27-30). Los israelitas que escuchaban la historia llegaban a una conclusión: Dios es tan bueno que ni siquiera el pecado humano eclipsa su misericordia.

Pero enseguida surgió una pregunta: ¿Cómo es posible que, si Dios es tan bueno, exista el mal en el mundo? ¿Cómo

encaja la existencia del Dios liberador con la existencia del dolor que salpica la existencia humana? Los autores habían leído la historia ante el pueblo con enorme ilusión. Pero al oír esta pregunta, quedaron desconcertados. En su interior sienten que la historia está incompleta. Y comienzan a preguntarse: ¿Por qué existe el sufrimiento entre los hombres que Dios libera y acompaña?

Los autores carecen de respuesta inmediata a las preguntas planteadas por el pueblo. Entonces surge en su mente una idea luminosa. Deciden colocar un prólogo a su historia, una introducción poética que describa el comienzo de la historia humana. En este prólogo expondrán el proyecto divino respecto del mundo y del hombre en Gn 1,1-2,4a. Y, a la vez, demostrarán cómo el pecado humano ha empañado las relaciones entre Dios y el hombre a lo largo de Gn 2,4b-11,32. Los autores de las historias en Gn 1-11, recogieron materiales y tradiciones antiguas y las reelaboran profundamente, para que ejercieran la función propia de un prólogo.

El prólogo aparece al inicio del libro del Génesis en los Relatos de los orígenes: Gn 1-11. Tras el relato de la creación (Gn 1,2-4a), el pecado desgarró la relación con Dios mientras el hombre destroza, cada vez con mayor virulencia, los vínculos sociales (Gn 2,4b-11,32). El relato de Adán y Eva cuenta la expulsión de la pareja humana del paraíso. La historia de Caín y Abel describe el fratricidio. El diluvio muestra la destrucción de la mayor parte de la humanidad. Y el relato de la torre de Babel manifiesta cómo toda la humanidad se dispersa.

En definitiva, el pecado envenena cada vez más la relación entre el hombre y Dios y es la carcoma de las relaciones sociales. Pero la bondad de Dios es más fuerte que el aguijón del pecado. A pesar del pecado de Adán y Eva, el Señor les cuida regalándoles túnicas de piel (Gn 3,21). Y tras la dispersión posterior a la construcción de la torre de Babel, el Señor se fijará en Térá y Abrán para reiniciar su proyecto: que el ser humano edifique la sociedad a imagen y semejanza de Dios (Gn 11,31-32; 12,1-3).

La historia de los orígenes (Gn 1,11) entrelaza narraciones y genealogías: relato de la creación (Gn 1,1-2,4a);

historia de Adán y Eva (Gn 2,4b-3,24); tragedia de Caín y Abel (Gn 4,1-16); descendencia de Caín y nacimiento de Set (Gn 4,17-26); genealogía de Adán hasta Noé (Gn 5); diluvio universal (Gn 6,1-9,28); genealogía de los hijos de Noé (Gn 10,1-32); la torre de Babel (Gn 11,1-9); y descendencia de Sem (Gn 11,10-32). En nuestro estudio nos detendremos a considerar la historia de Adán y Eva en el paraíso: Gn 2,4b-3,21.

2. Lectura de Gn 2,4b-3,21

4b Cuando el Señor hizo la tierra y el cielo ⁵ no había en la tierra arbusto alguno, ni brotaba hierba en el campo, porque el Señor Dios no había enviado aún la lluvia sobre la tierra, ni existía nadie que cultivara el suelo; ⁶ sin embargo, un manantial brotaba de la tierra y regaba la superficie del suelo. ⁷ Entonces el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra y sopló en su nariz un hálito vital, y el hombre se convirtió en un ser viviente.

⁸ El Señor Dios plantó un huerto en Edén, al oriente, y en él puso al hombre que había formado. ⁹ El Señor Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles hermosos de ver y buenos para comer, así como el árbol de la vida en medio del huerto, y el árbol del conocimiento del bien y del mal. ¹⁰ De Edén salía un río que regaba el huerto y desde aquí se partía en cuatro brazos. ¹¹ El primero se llama Pisón: es el que bordea la región de Evita, donde hay oro; ¹² el oro de esta región es puro y también hay allí resina olorosa y ónice. ¹³ El segundo se llama Guijón: es el que bordea la región de Cus. ¹⁴ El tercero se llama Tigris: es el que pasa al este de Asiria. El cuarto es el Éufrates. ¹⁵ Así que el Señor Dios tomó al hombre y lo puso en el huerto de Edén para que lo cultivara y lo guardara. ¹⁶ Y dio al hombre este mandato: "Puedes comer de todos los árboles del huerto, ¹⁷ pero no comas del árbol del conocimiento del bien y del mal, porque si comes de él morirás sin remedio".

¹⁸ Después el Señor pensó: "No es bueno que el hombre esté solo; voy a proporcionarle una ayuda adecuada". ¹⁹ Entonces el Señor Dios formó de la tierra toda clase de animales del campo y aves del cielo, y se los presentó al hombre para

ver cómo los iba a llamar, porque todos los seres vivos llevarían el nombre que él les diera. ²⁰ Y el hombre fue poniendo nombres a todos los ganados, a todas las aves del cielo y a todas las bestias salvajes, pero no encontró una ayuda adecuada para sí. ²¹ Entonces el Señor Dios hizo caer al hombre en un letargo y, mientras dormía, le sacó una costilla y llenó el hueco con carne. ²² Después de la costilla que había sacado al hombre, el Señor Dios formó una mujer y se la presentó al hombre. ²³ Entonces éste exclamó: "Ahora sí; esto es hueso de mis huesos y carne de mi carne; por eso se llamará varona, porque del varón ha sido sacada".

²⁴ Por esta razón deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y los dos se hacen una sola carne.

²⁵ Estaban los dos desnudos, el hombre y su mujer, pero no sentían vergüenza el uno del otro.

^{3.1} La serpiente era el más astuto de todos los animales del campo que había hecho el Señor Dios. Fue y dijo a la mujer: "¿Así que Dios os ha dicho que no comáis de ninguno de los árboles del huerto?"

² La mujer respondió a la serpiente: "¡No! Podemos comer del fruto de los árboles del huerto; ³ sólo nos ha prohibido, bajo pena de muerte, comer o tocar el fruto del árbol que está en medio del huerto".

⁴ Replicó la serpiente a la mujer: "¡No moriréis! ⁵ Lo que pasa es que Dios sabe que en el momento en que comáis se os abrirán los ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal".

⁶ La mujer se dio cuenta entonces de que el árbol era bueno para comer, hermoso de ver y deseable para adquirir sabiduría. Así que tomó del fruto y comió; se lo dio también a su marido, que estaba junto a ella, y él también comió. ⁷ Entonces se les abrieron los ojos, se dieron cuenta de que estaban desnudos, entrelazaron hojas de higuera y se hicieron unos ceñidores.

⁸ Oyeron después los pasos del Señor Dios, que paseaba por el huerto al fresco de la tarde, y el hombre y la mujer se escondieron de su vista entre los árboles del huerto. ⁹ Pero el Señor Dios llamó al hombre diciendo: "¿Dónde estás?"

El hombre respondió: ¹⁰ "Oí tus pasos en el huerto, tuve miedo y me escondí porque estaba desnudo".

¹¹ El Señor Dios le replicó: "¿Quién te hizo saber que estabas desnudo? ¿Has comido acaso del árbol del que te prohibí comer?"

¹² Respondió el hombre: "La mujer que me diste por compañera me ofreció el fruto del árbol y comí".

¹³ Entonces el Señor Dios dijo a la mujer: "¿Qué es lo que has hecho?"

Y ella respondió: "La serpiente me engañó y comí".

¹⁴ Entonces el Señor Dios dijo a la serpiente: "Por haber hecho eso, serás maldita entre todos los animales y entre todas las bestias del campo. Te arrastrarás sobre tu vientre y comerás polvo todos los días de tu vida. ¹⁵ Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo; él te herirá en la cabeza, pero tú sólo herirás su talón".

¹⁶ A la mujer le dijo: "Multiplicaré los dolores de tu preñez, parirás a tus hijos con dolor; desearás a tu marido y él te dominará".

¹⁷ Al hombre le dijo: "Por haber hecho caso a tu mujer y haber comido del árbol prohibido, maldita sea la tierra por tu culpa. Con fatiga comerás sus frutos todos los días de tu vida. ¹⁸ Ella te dará espinas y cardos, y comerás la hierba de los campos. ¹⁹ Con el sudor de tu frente comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra de la que fuiste formado, porque eres polvo y al polvo volverás".

²⁰ El hombre puso a su mujer el nombre de Eva –es decir, Vitalidad–, porque ella sería madre de todos los vivientes. ²¹ El Señor Dios hizo para Adán y su mujer unas túnicas de piel y los vistió.

3. Elementos del texto

La historia de Adán y Eva es hermosa en cuanto a su forma literaria y profunda en su significación religiosa. Respecto del contenido, podemos dividirla en tres partes. La primera relata de forma diversa (Gn 1,1-2,4a) el proyecto de Dios respecto del hombre y el mundo (Gn 2,4b-25). La segunda describe el pecado de Adán y Eva (Gn 3,1-19). Y la tercera muestra cómo, a pesar del pecado de nuestros primeros padres, el Señor sigue cuidando de ellos (Gn 3,20-21).

a) *El proyecto de Dios respecto del mundo y del hombre:*
Gn 2,4b-25

El texto comienza con una afirmación chocante para la mentalidad occidental: "Cuando el Señor Dios hizo la tierra y el cielo no había todavía en la tierra arbusto alguno" (Gn 2,4b-5a). ¿Cómo es posible afirmar que cuando el Señor hizo la tierra todavía no había en la tierra ningún arbusto? ¡Antes de hacer la tierra, no podía haber arbustos en la tierra porque la tierra no existía!

Sin embargo, el pensamiento semita percibe las cosas de otro modo. La noción filosófica de la "nada" es extraña al pensamiento semita antiguo. Los hebreos no utilizaban nuestro concepto de "la nada". Afirmaban que la tierra existía desde tiempos antiguos, es decir, desde siempre (2 Pe 3,5), pero carecía de árboles "porque el Señor Dios no había enviado aún lluvia sobre la tierra, ni existía nadie que cultivase el suelo" (Gn 2,5). Por esa razón, el Señor, para hacer la tierra, no la extrae de la nada, puesto que la tierra existe desde los tiempos más remotos. El Señor Dios forma al hombre del polvo de la tierra y planta un jardín (Gn 2,7-8).

El primer relato de la creación utilizaba el apelativo genérico de la divinidad, "Dios", cuando describía el proceso de la creación del cosmos (Gn 1,1-2,4a). Pero el segundo relato (Gn 2,4b-25) acompaña el apelativo "Dios" con el nombre propio de la divinidad: "el Señor". El primer relato mostraba la creación del hombre de forma genérica: "Hagamos al hombre" (Gn 1,26). El segundo refiere la formación de personas concretas: Adán y Eva (Gn ,20-21). La referencia a la divinidad mediante su nombre completo, "el Señor Dios", revela que Dios se compromete personalmente con el ser humano revelándole su intimidad. La utilización de los nombres propios de "Adán y Eva" y la referencia concreta al huerto en "el Edén" manifiestan que el Señor traba una relación íntima con la humanidad y la tierra que ha formado.

El Señor Dios establece una relación personal con el ser humano porque lo ha creado como ser libre. Sin libertad no existe la relación personal y sólo es posible el nexo de la esclavitud. Nuestros hermanos hebreos ofrecen una explicación muy bella para resaltar la libertad humana. Dice la Biblia: "Entonces el Señor Dios formó al hombre del polvo de

la tierra" (Gn 2,7,) y más adelante afirma: "Entonces el Señor Dios formó de la tierra toda clase de animales del campo" (Gn 2,19).

En castellano utilizamos la misma palabra para decir que el Señor Dios "formó" al hombre y "formó" a los animales. La lengua hebrea utiliza también la misma palabra, pero con un matiz sutil. Para expresar cómo el Señor Dios formó al hombre utiliza el término *wayyiser*, y para referirse a los animales se vale de *wayiser*.

Notemos que la palabra hebrea utilizada para referirse al hombre incluye dos veces la letra "y", mientras que el término empleado para describir la formación de los animales contiene sólo una vez la letra "y". La letra "y", en la simbología hebrea, indica la voluntad. Los animales sólo tienen la voluntad del instinto, y por eso el proceso de su formación se describe con la palabra *wayyiser*, que contiene una sola "y", una sola voluntad. En cambio, el hombre, además de la capacidad instintiva, puede obrar el bien o el mal; tiene por tanto dos voluntades, expresadas en la duplicidad de la letra "y" en la palabra *wayyiser*. Y esa doble voluntad refleja la libertad humana.

Además, el Señor Dios infunde en el hombre el aliento de vida: "Entonces el Señor Dios [...] sopló en su nariz un hálito de vida, y el hombre se convirtió en un ser viviente" (Gn 2,7). El Señor Dios no realiza esta acción con los animales (Gn 2,19), sino sólo con el hombre, lo que indica la relación especial y personal de Dios con el ser humano.

El Señor Dios no abandona al hombre en una tierra árida (Gn 2,5). En la tierra reseca, el Señor Dios construye un paraíso para el hombre: el Edén. El paraíso es un jardín con árboles agradables cargados de frutos buenos. Cuatro ríos caudalosos riegan el vergel, y por todas partes aparecen piedras preciosas: oro, bedelio y ónice (Gn 2,8-9). El Señor coloca al hombre en el Edén para que lo cuide y lo guarde (Gn 2,15). La misión del hombre consiste en llevar adelante el proyecto iniciado por Dios. El trabajo no tiene como finalidad la supervivencia del hombre, sino que constituye la experiencia humana de cuidar y hacer crecer el proyecto divino.

Los reyes antiguos poseían jardines que cultivaban por afición. Estos grandes jardines eran atributo de emperadores

y reyes. Una persona del pueblo no podía poseer una propiedad de tal magnitud. Cuando el autor bíblico dice que Dios otorga al hombre un jardín para que lo cuide por afición, indica que Dios confiere al hombre la característica propia de los reyes: poseer un jardín. El hombre es el rey de la creación.

Más adelante, el texto manifiesta la superioridad del hombre sobre todo lo creado: "Entonces el Señor Dios formó de la tierra toda clase de animales [...] y el hombre fue poniendo nombre a todos los ganados, a todas las aves del cielo y a todas las bestias salvajes" (Gn 2,19-20). Poner nombre a alguna cosa significa otorgarle identidad. El hombre "pone nombre", es decir, "otorga identidad", a los animales y de este modo ordena la realidad existente. El hombre participa de la función creadora de Dios porque el mismo Señor le concede la potestad de "dar nombre", de "dar identidad", a los animales del Edén.

Pero ¿cómo es ese Dios que ha engrandecido tanto al hombre? Leamos el texto: "El Señor Dios se paseaba por el huerto al fresco de la tarde" (Gn 3,8). El Señor no es una deidad lejana, sino el Dios amigo que habla con el hombre cuando llega la brisa de la tarde. El Señor se manifiesta con rasgos de profunda humanidad: aparece como jardinero (Gn 2,8), alfarero (Gn 2,7) y sastre (Gn 3,21).

El Señor Dios sabe que el aislamiento no es bueno. El ser humano aislado, aunque esté acompañado de animales, no puede humanizarse. El Señor busca una ayuda para humanizarlo y hace pasar ante su criatura predilecta todos los animales del Edén. Pero ninguno posibilita la humanización del hombre.

El Señor comprende que sólo alguien de la misma naturaleza humana puede humanizar al hombre. Nosotros sabemos que lo que nos humaniza no son los títulos (rey de la creación); lo que nos humaniza es el contacto sincero con los demás. Lo que nos humaniza es nuestra relación positiva con el prójimo.

Entonces el Señor hace caer al hombre en un profundo sueño, le arranca una costilla y llena el vacío con carne (Gn 2,21). A partir de la costilla, el Señor Dios forma a la mujer. Pero ¿a qué costilla se refiere el texto?

Los guerreros consideraban el abdomen uno de sus puntos débiles. Cuando la espada del adversario se hundía en el abdomen del soldado, los intestinos salían fuera del cuerpo y el guerrero moría entre estertores. Para proteger el abdomen, los soldados se colocaban una coraza. Pero entre ellos surgía esta pregunta: ¿Por qué si el abdomen es vulnerable no hay ningún hueso que lo proteja?

La mitología babilónica daba una curiosa respuesta: los primeros hombres tenían el abdomen protegido por una gran costilla. Cuando la espada enemiga les hería, la costilla evitaba que los intestinos saliesen del cuerpo. Pero cuando Dios creó a la mujer, quitó al hombre la costilla que protegía el abdomen. Por tanto, a causa de la mujer, según la mitología antigua, el hombre se habría convertido en un ser vulnerable. A partir de pensamientos como éste nació el injusto menosprecio por la mujer.

Cuando el hombre contempla a la mujer que Dios le presenta, exclama: "Ahora si; esto es hueso de mis huesos y carne de mi carne" (Gn 2,23). Y Adán llamó a su mujer Eva (Gn 3,20-21). Los nombres Adán y Eva denotan un gran sentido metafórico.

El término "Adán" no significa sólo "hombre" en el sentido de individuo aislado; la palabra "Adán" significa metafóricamente "la humanidad". A partir de la tierra el Señor Dios ha modelado la humanidad que puebla la tierra.

La palabra "Eva" tampoco es un nombre propio, sino simbólico. Eva representa lo que humaniza al ser humano. Eva representa metafóricamente "la sociedad". Únicamente el contacto fraternal con los demás hace que la vida sea plenamente humana. El hombre, Adán, que Dios ha modelado, termina de formarse en "Eva". El hombre se hace verdadera "humanidad" cuando es capaz de vivir en "sociedad", y la sociedad es buena cuando posibilita al ser humano desarrollar su humanidad. Notemos que los términos "humanidad" y "sociedad" son complementarios: no pueden entenderse el uno sin el otro.

Las relaciones entre los hombres, es decir, entre la "humanidad" que vive en "sociedad", entre Adán y Eva, son transparentes. Dice el texto: "Estaban ambos desnudos, el hombre y su mujer, pero no sentían vergüenza el uno del

otro” (Gn 2,25). Mediante esas palabras, el Génesis afirma que al principio las relaciones sociales eran limpias. Cuando alguien miraba a su hermano, su mirada llegaba al corazón. Ningún hombre temía hacer partícipe a otro de sus ideas, pues las relaciones sociales eran transparentes, es decir, no estaban empañadas por el afán de poder, tener o aparentar.

Hasta ahora hemos entresacado del texto cuatro elementos. Resumamos la textura de cada uno. El hombre, Adán, metáfora de la humanidad, es el rey de la creación y participa de la tarea divina dando nombre a los animales. La mujer, Eva, simboliza la vida en la sociedad que permite la humanización del hombre. El Éden representa la Tierra cargada de árboles frutales que el hombre cuida por afición. El Señor Dios es el amigo del hombre que se relaciona con el ser humano durante el fresco de la tarde.

Las relaciones entre estos cuatro elementos son transparentes. La humanidad y la sociedad pueden verse desnudos, no tienen nada que ocultarse. La sociedad ha nacido de algo inherente al hombre permitiéndole desarrollar su humanidad. El mundo es un espacio agradable. El trabajo del hombre consiste en la experiencia feliz de ver crecer el mundo que Dios ha formado. El Señor Dios ha formado el mundo y modelado al hombre para después terminar de humanizarlo en sociedad.

Esta situación en la que las relaciones entre Dios, el mundo, la sociedad y la humanidad son de total transparencia se denomina, bíblicamente, Reino de Dios. El Reino de Dios se manifiesta cuando los seres humanos experimentan plenamente el amor entre ellos y con Dios.

Pero preguntémonos: ¿Qué es lo que sostiene la existencia del Reino de Dios? Dios hace crecer un árbol en medio del jardín (Gn 3,2), el árbol de la ciencia del bien y del mal (Gn 2,17). La función simbólica del árbol es profunda, y recogeremos de ella sólo un aspecto. Este árbol es el elemento que vertebra las relaciones entre los cuatro elementos del texto: Dios, mundo, humanidad y sociedad. El árbol es una especie de columna que sostiene la realidad del Reino de Dios.

El Señor Dios ordena al hombre un precepto concreto: “Puedes comer de todos los árboles del huerto, pero no co-

mas del árbol del conocimiento del bien y del mal, porque si comes de él morirás sin remedio” (Gn 2,16-17). Obedecer no significa la sumisión ciega a la voluntad de otro, sino la capacidad de saber escuchar la necesidad del hermano y la voluntad de Dios. “Saber escuchar” es “saber amar”. Sabe amar quien busca el bien del prójimo, sabe escuchar quien comprende la necesidad de su hermano y el deseo de Dios.

La orden de Dios tiene un significado profundo. La traducción de la orden divina al lenguaje actual podría ser ésta: “No comas del árbol de la vida que está en el centro del jardín. Si comes de él, destruirás la columna de la obediencia amorosa que sostiene las relaciones de transparencia entre Dios, el mundo y los hombres. El día en que comas del árbol devorarás el amor y arrasarás la columna que sostiene el Reino de Dios. Entonces, al derrumbarse el edificio, experimentarás el dolor y la muerte”.

La primera parte del relato describe el proyecto de Dios: la construcción de su Reino. El Reino de Dios se manifiesta cuando la humanidad sabe escuchar la voz de Dios, cuando los hombres son transparentes en la sociedad en la que viven, cuando cada hombre es para el otro “hueso de mis huesos y carne de mi carne”, cuando el hombre considera el mundo como un jardín y como el lugar donde encontrarse con Dios y hablar con él. El Reino de Dios es su proyecto en favor de los hombres. El Reino de Dios es la utopía que guía la historia de Israel y la nuestra.

b) La ruptura del ser humano con el Señor Dios: Gn 3,1-19

Volvamos otra vez a los autores de la historia de los orígenes (Gn 1-11). En la primera parte del relato de Adán y Eva (Gn 2,4b-25), los autores han explicado el proyecto de Dios en favor de la humanidad. El Reino de Dios es el estado de felicidad y transparencia que aparece entre Dios, el mundo y los hombres cuando sus relaciones están sostenidas por la columna del amor.

Nuestros autores constataban cómo la situación social de su tiempo distaba mucho de la propuesta del Reino de Dios. La realidad no reposaba en la columna del amor: en todas partes percibían el dolor y el sufrimiento. El hombre explotaba el mundo sin cuidarlo como jardín de Dios. La so-

ciudad, surgida de la cohesión humana, no se distinguía por ser la matriz humanizadora de la persona. Unos hombres explotaban a otros con la esclavitud y les violentaban con la guerra. El hombre había olvidado la bondad de Dios, para someterse a la perversidad de los ídolos: el poder, el tener y la falsa apariencia (cf. 1 Jn 2,16).

Los autores del relato de Adán y Eva comparan el proyecto divino (Gn 2,4b-25) con la realidad cotidiana. Constatan con amargura la falta de parecido entre el sueño de Dios y la realidad tangible. Pero saben que la tristeza y el desencanto no llevan a ningún sitio (Eclo 30,21-25). Entonces se formulan una pregunta: ¿Qué se ha roto en las relaciones del Reino de Dios para que vivamos en un mundo tan duro?

La respuesta a esta pregunta es difícil y, tal vez, humanamente imposible. Pero recordemos que nuestros autores contemplan la realidad desde la perspectiva creyente. La mirada de la fe es profunda. Desde la fe responden a la cuestión mediante una narración poética: la historia de la Caída (Gn 3,1-19).

La serpiente, el más astuto de los animales (Gn 3,1), se reduce a Eva y le obliga a comer del fruto del árbol prohibido (Gn 3,5). La mujer come e invita a Adán a probarlo (Gn 3,6). Adán también come del fruto proscrito (Gn 3,6). Cuando el Señor Dios descubre el pecado del hombre y la mujer, los expulsa del paraíso (Gn 3,23a). Y a partir de entonces deberán ganarse el pan con el sudor de su frente (Gn 3,16). El mundo ya no será un jardín, sino que se convertirá en un erial de espinas y abrojos (Gn 3,18).

Pero ¿cuál es la significación mitológica de la serpiente?

La mitología presenta, muchas veces, a la serpiente como un animal peligroso, capaz de atacar sin ser visto y de matar sin hacer ruido. La epopeya babilónica de Gilgamesh relata cómo un muchacho recorrió el mundo buscando la flor de la inmortalidad. Al cabo de mucho esfuerzo consiguió dar con la preciada flor. La recogió con pasión y la llevó a casa con rapidez. Al llegar al hogar dejó la flor junto a la puerta y se dirigió a la fuente a beber un sorbo de agua. En un momento de descuido apareció la serpiente, que devoró la flor, y el joven perdió la posibilidad de ser inmortal.

La maldad de la serpiente se manifiesta en el relato de la caída de una forma ingeniosa. La globalidad de la historia de Adán y Eva se refiere a la divinidad mediante este apelativo: el Señor Dios. La serpiente menciona tres veces a Dios, pero lo hace simplemente con el nombre genérico "Dios" (Gn 3,1.5a.5b). ¡Cuidado!, cuando perdemos la relación personal con el Señor y Dios se convierte en algo etéreo, podemos convertirnos en serpientes para nuestro prójimo.

Fijémonos en el argumento de la serpiente para convencer a Eva de que coma del fruto del árbol: "Lo que pasa es que Dios sabe que en el momento en que comáis se abrirán vuestros ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal" (Gn 3,5). Detengámonos en dos aspectos del argumento de la serpiente: "seréis como Dios" y "conocedores del bien y del mal".

El "conocimiento" propuesto por la serpiente no es el conocimiento intelectual. No consiste en adquirir sabiduría; el "conocimiento" sugerido por la serpiente está en función del poder: "Seréis como Dios".

El pecado del hombre y la mujer no se reduce al hecho banal de comer un fruto. La serpiente tienta a la mujer con el deseo de poder. La serpiente dice a Eva que coma, que destruya la columna de la obediencia y del amor situada en medio del jardín y la sustituya por otra columna, por otro árbol, enraizado en el poder.

En síntesis, el ser humano, llamado a vivir en una sociedad feliz basada en el amor, ha sustituido el amor por el árbol del poder, y de ahí nace la injusticia social engendradora de dolor y sufrimiento.

Nuestros autores han presentado, poéticamente, una respuesta a la pregunta de siempre: ¿Por qué si Dios es bueno existe el mal en el mundo? Los autores no se detienen en la pregunta; ofrecen una respuesta: existe el dolor y el sufrimiento porque el ser humano ha sustituido la columna del amor que sostenía el proyecto divino por la columna del poder que sostiene la ambición humana. Y esa sustitución se denomina pecado. El pecado consiste en la renuncia a fundamentar la vida en el amor, y en la decisión de someterla al dominio de los ídolos: poseer, poder y aparentar.

El texto presenta los cambios producidos en la hermosura del Edén cuando el hombre (humanidad y sociedad) ha devorado el árbol del amor que sostenía el Reino de Dios y ha colocado la columna de la idolatría.

El ser humano (humanidad y sociedad) cambia por completo. Los hombres comienzan a temerse. Tienen miedo de ser sinceros. Para resaltar simbólicamente el pánico a la sinceridad, el texto dice: “Se dieron cuenta de que estaban desnudos, entrelazaron hojas de higuera y se hicieron unos ceñidores” (Gn 3,7). Los hombres no pueden ser sinceros; el afán de poder les obliga a tener cuidado con lo que dicen porque saben que los demás pueden utilizarlo en contra de ellos. El afán de poder, como toda idolatría, provoca el miedo. Y el miedo impide cualquier relación; ahora hay que cubrirse, ocultarse, defenderse del otro.

La opción por el poder tiene como consecuencia el miedo. Miedo a que los demás tengan mayor prestancia que uno mismo, miedo a que posean más, miedo a que tengan mayor poder que nosotros. Al cambiar el árbol del amor por el árbol del poder, el hombre ha sustituido las relaciones de amistad por las de competitividad.

Las relaciones del hombre con el mundo también han variado. El mundo ya no es el paraíso de piedras preciosas y árboles hermosos. Tampoco se caracteriza por los ríos de caudal amplio. El mundo se ha vuelto árido, plagado de espinas y cardos (Gn 3,17-18): un lugar desértico y duro. El hombre ya no guardará ni cuidará el jardín por afición. El mundo se ha convertido en un adversario al que hay que arrancar con sufrimiento el pan de cada día: “Con el sudor de tu frente comerás el pan” (Gn 3,19). El afán de poder provoca que el encanto del mundo original se esfume de la perspectiva humana.

El texto también constata el cambio acaecido en las relaciones del hombre con Dios. El Señor Dios había formado al hombre, le había erigido rey de la creación, le había hecho partícipe de su tarea creadora y le había envuelto en la sociedad para humanizarlo plenamente.

El hombre, en lugar de optar por el amor, ha preferido el poder. El Señor Dios aparece de nuevo en el jardín. Adán y Eva se asustan ante la presencia divina: “El hombre y su

mujer se escondieron de su vista entre los árboles del huerto” (Gn 3,8). El Señor Dios pregunta al hombre: “¿Dónde estás?” (Gn 3,9). El hombre responde con pánico a la pregunta: “Oí tus pasos en el huerto, tuve miedo y me escondí, porque estaba desnudo” (Gn 3,10).

El proyecto del Señor Dios establecía que sus relaciones con el hombre rezumarán amistad. Pero el ser humano ha rechazado el proyecto divino para elaborar su propio destino. La trampa del poder ha enturbiado la relación fraterna entre el Señor Dios y el ser humano.

La relación del hombre con Dios deja de estar presidida por la amistad y comienza a estar atenazada por el miedo (cf. Jue 6,22-23). Cuando el hombre oye la voz de Dios, dice a su Creador: “Tuve miedo y me escondí, porque estaba desnudo” (Gn 3,10). El miedo delata la desconfianza ante Dios, pues quien confía en el poder no sabe fiarse del Señor. El hombre no quiere presentarse desnudo ante Dios. No puede ser sincero ante el Señor porque su ambición le ha distanciado del proyecto divino.

c) El Señor Dios no abandona al hombre en la tiniebla del pecado: Gn 3,20-21

La serpiente a la que el hombre había dado nombre (Gn 2,20) lo ha convertido en esclavo. El animal que se arrastra por el suelo ha desbancado al ser humano del trono en el que Dios le había instalado. La columna del poder, el árbol de la muerte, erigida por el hombre, ha hecho añicos el proyecto divino, provocando las guerras de nuestro mundo.

Los autores de las narraciones de los orígenes perciben en su entorno el estado de dolor y de muerte. Pero haciendo alarde de su categoría de sabios no se dejan abatir por la situación. Creen firmemente que, a pesar del pecado, el Señor Dios no abandona al ser humano. Los sabios expresan su convencimiento con palabras que reflejan la ternura de Dios: “El Señor Dios hizo para Adán y su mujer unas túnicas de piel y los vistió” (Gn 3,21). Tejer una túnica supone un trabajo, y ponérsela al hombre que rompió el proyecto divino supone por parte del Señor un acto de amor gratuito. Dios no desea la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, y por eso protege a Adán y Eva.

En tres pasajes de la Biblia se habla de la acción del espíritu divino sobre el hombre empleando la imagen del vestido: el espíritu se introduce en el hombre igual que éste en su vestido (Jue 6,34; 1 Cr 12,19; 2 Cr 24,20). El texto que analizamos, Gn 3,21, se aparta de esta perspectiva, pero en una lectura metafórica no deja de evocarla. El Señor Dios protege al hombre y a la mujer mediante una túnica. La túnica es la metáfora del espíritu divino que acompaña al hombre en el deambular de la vida, hasta alcanzar un día la visión plena del Señor Dios en el Reino de los Cielos.

Los redactores de las historias de los orígenes (Gn 1-11) creen que llegará el día en que el árbol de la vida, la columna del amor, sostendrá de nuevo las relaciones entre Dios, la humanidad, la sociedad y el mundo, permitiendo de ese modo el nacimiento de un mundo nuevo: el Reino de Dios. El pecado no anula el amor sincero de Dios por el hombre. El Señor dejará con vida al ser humano y le protegerá bajo el simbolismo de las túnicas de piel.

4. Síntesis final

El relato de Adán y Eva ofrece el proyecto liberador de Dios en favor del ser humano. A partir del polvo de la tierra el Señor formó a la humanidad, representada por Adán. Dios quiso que la sociedad, personificada en Eva, fuera la matriz humanizadora del hombre. La Tierra, simbolizada por el Edén, era el paraíso donde habitaba el hombre en sociedad. Dios se presenta como el amigo del hombre, pues desciende del cielo para conversar con el ser humano a la hora de la brisa.

Las relaciones armoniosas entre Dios, la humanidad, la sociedad y la Tierra se sostienen gracias a la columna del amor. Dicha columna aparece encarnada en el árbol plantado en medio del jardín. Esas relaciones armoniosas sostenidas por la columna del amor constituyen el Reino de Dios.

Sin embargo, un día aparece la serpiente, símbolo del afán de poder. La serpiente tienta a los hombres que viven en sociedad a destruir el árbol del amor, para sustituirlo por el árbol del poder. El ser humano cae en la tentación y des-

truye la columna del amor. La destrucción se produce, metafóricamente, cuando Adán y Eva comen el fruto del árbol del jardín.

Cuando el árbol del amor es suplantado por el árbol del poder, el Reino de Dios se derrumba. Irrumpe el reino de las tinieblas. En el reino de las tinieblas, la tierra deja de ser un jardín para convertirse en una estepa de zarzas y abrojos hostiles al hombre. El hombre ya no percibe al resto de la sociedad como sus amigos, sino que les teme como adversarios. Pero a pesar del pecado humano, Dios aún confía en el hombre. No lo elimina, le deja vivir y le protege mediante túnicas de piel.

El Antiguo Testamento es la espera anhelante de la llegada del Reino de Dios. En el corazón de la antigua Alianza late el deseo de que el Señor Dios descienda de nuevo al jardín a conversar con el hombre a la hora de la brisa. El AT mantiene la esperanza en la llegada del Maestro, del Profeta, del Mesías, del Hombre Nuevo que arrancará el árbol de la muerte y plantará de nuevo el árbol de la vida, para construir el Reino de Dios.

El Hombre Nuevo es Jesús de Nazaret. Él morirá crucificado en el árbol de la cruz, símbolo de la desdicha humana causada por el poder despótico. Pero al morir en la cruz y resucitar después, sustituirá el árbol del poder por el árbol del amor. Jesús de Nazaret pone fin al reino de las tinieblas e inicia el camino definitivo hacia el Reino de Dios.

“Seréis como Dios”

Ambientación

Los relatos de la Biblia pueden parecer arcaicos e ingenuos en su forma. Pero en el fondo nos revelan un admirable intento de responder a esas preguntas fundamentales que a todos nos preocupan y que afloran en tantos momentos de la vida. La historia de Adán y Eva trata de dar una respuesta a la cuestión sobre el origen del mal y la naturaleza del pecado. Si hacemos un esfuerzo por traducir su lenguaje simbólico, descubriremos la tremenda actualidad de su mensaje.

Antes de comenzar, buscamos **Gn 3,1-21**.

Miramos nuestra vida

En esta sociedad competitiva en la que vivimos, quien más y quien menos procura imponerse a los demás. En la familia, en el trabajo, en la política y hasta en nuestras comunidades eclesiales, todos tratamos de mantener y aumentar nuestros espacios de poder. Este afán de dominar sobre los otros crea multitud de conflictos, daña las relaciones y nos hace vernos como adversarios más que como hermanos.

– ¿Qué conflictos de poder has experimentado en tu casa, en tu empresa, en tu comunidad o en otros ámbitos donde se desenvuelve tu vida? ¿Cómo han influido en tus relaciones con los demás?

– ¿Por qué los seres humanos ambicionamos el poder? ¿Qué buscamos con ello? ¿Qué consecuencias tiene esa actitud para nuestra sociedad y nuestro mundo?

Escuchamos la Palabra de Dios

La historia de Adán y Eva –tan popular, tan conocida– nos revela que quienes escribieron esta página bíblica ya habían descubierto que la tentación del poder es algo tan viejo como la humanidad misma. Los hombres quieren “ser más”, desean “ser como Dios”. Ésa es, según la Biblia, la raíz de todo pecado.

- Antes de escuchar la Palabra, nos preparamos para acogerla con un momento de silencio. Invocamos la presencia del Espíritu: que él nos ayude a entenderla de verdad.

- Un miembro del grupo lee en voz alta Gn 3,1-21.

- Reflexionamos en silencio: leemos el pasaje personalmente y consultamos las notas de nuestra Biblia para comprenderlo mejor.

- Respondemos juntos a estas preguntas:

- *¿Cómo está caracterizada la serpiente en esa escena? ¿En qué se demuestra su astucia?*

- *¿Qué promete la serpiente a Eva si come del fruto prohibido? Comentad la diferencia con lo que Dios había dicho en Gn 2,17.*

- *¿Qué efectos reales tiene la desobediencia de Adán y Eva?*

- *¿En qué consiste el pecado de nuestros primeros padres y cuáles son sus consecuencias según este pasaje? Tratad de decir con vuestras palabras lo que en el texto está expresado a través de símbolos e imágenes.*

Volvemos sobre nuestra vida

El orgullo es, sin duda, el “gran pecado”. Cuando el ser humano se siente autosuficiente; cuando se rebela contra el plan del Creador y se emancipa de su voluntad; cuando ansía “ser como Dios” y utiliza sus posibilidades de conocimiento para decidir a su antojo lo que está bien y lo que está mal, come un fruto que envenena su vida y la de quienes le rodean. Nosotros, en cambio, queremos seguir el ejemplo de Jesús que venció la tentación del poder y se hizo servidor de todos por amor.

– *¿De qué manera podríamos enfocar nuestras relaciones con los demás y con Dios para no dejarnos dominar por la tentación del orgullo y del poder?*

– *¿Puedes contar alguna experiencia concreta en la que, a ejemplo de Jesús, hayas renunciado a dominar sobre otros para establecer con ellos relaciones de amor y de servicio?*

Oramos

Acabamos transformando en oración lo que hemos compartido juntos en este encuentro.

- Leemos de nuevo Gn 3,1-21.

- Oramos personalmente a partir del pasaje proclamado.

- Oramos comunitariamente pidiendo perdón por las veces en que nos dejamos llevar por el afán de poder en nuestras relaciones con los demás.

- Acabamos nuestra oración rezando juntos con el Sal 19 (18): “Los cielos proclaman la gloria de Dios”.

II

**¿CÓMO ACTÚA EL DIOS LIBERADOR
EN LA HISTORIA HUMANA?**

ABRAHÁN Y SARA

La llamada y la bendición



El relato de la creación que encabeza el Génesis presenta ante el ser humano el proyecto divino (Gn 1,1-2,4a). El Señor desea que el hombre y la sociedad se conviertan en imagen y semejanza suya (Gn 1,26). El relato del paraíso trunca la esperanza divina. Muestra cómo la humanidad ha sido incapaz de edificar una sociedad a imagen y semejanza de Dios (Gn 2,4b-3,21). Pero, a pesar del pecado, el Señor no abandona al ser humano a los caprichos del destino. El Señor protege a Adán y Eva tejiendo para ellos túnicas de piel y vistiéndolos (Gn 3,21). Sin embargo, el Señor no se limitará a proteger al hombre con túnicas de piel. El AT presenta la actuación decidida de Dios en la historia para que el ser humano, con la ayuda divina, erija una sociedad trezada a imagen y semejanza del Señor.

El compromiso de Dios en favor de su pueblo es amplio, pero podemos distinguir dos aspectos cruciales. En primer lugar, el Señor llama y acompaña a su pueblo en el deambular de su existencia, tal como relatan las historias patriarcales. En segundo término, Dios libera a Israel de la esclavitud

de Egipto y le regala la tierra prometida, como muestran los avatares de la vida de Moisés. En definitiva, el Señor es nuestro amigo porque se alía con nosotros en el proyecto liberador: Abrahán recuerda que es Dios quien nos llama, y Moisés destaca cómo es el Señor quien nos libera y nos ofrece la tierra prometida.

Centrémonos en la figura de Abrahán para percibir cómo el Señor que llamó al patriarca, también nos acompaña a lo largo de nuestra vida.

1. Situación de Gn 11,31-12,9 en el conjunto de las historias patriarcales

La experiencia de Dios, que llama y acompaña a su pueblo, es tan importante que la Biblia le dedica gran parte del libro del Génesis: Gn 12-50. Las historias de los patriarcas, Abrahán, Isaac, Jacob y José a menudo parecen ingenuas, pero manifiestan la serena certeza de que el Señor en todo momento cuida y acompaña a su pueblo. Veámoslo.

El Señor llama a Abrahán (Gn 12,1-3), pero no le abandona en la senda de la vida. El Señor le cubre de bienes (Gn 13), traba una Alianza con él (Gn 17), atiende su plegaria (Gn 18) y le concede descendencia (Gn 21). El criado de Abrahán, confiando en Dios, obtiene esposa para Isaac, hijo de Abrahán (Gn 24). Jacob, hijo de Isaac, recibe la revelación de Dios (Gn 28,10-22) y disfruta de prosperidad y descendencia (Gn 30,25-43). La historia de José (Gn 37-50) describe muy bien el cuidado de Dios por José, el undécimo hijo de Jacob, pues el texto repite con frecuencia esta locución: "Dios estaba con José" (Gn 39,2,3).

Llama la atención, al leer las historias patriarcales, que sus protagonistas no son siempre modelos de santidad. Abrahán entrega a su esposa al faraón para enriquecerse a costa de ella (Gn 12,10-20). Jacob roba la primogenitura a su hermano Esaú (Gn 27) y despoja de los rebaños a su tío Labán, que gentilmente le había acogido (Gn 30,32-43).

Ciertamente, Abrahán y Jacob con su conducta se alejan de Dios, pero el Señor es fiel y permanece a su lado. Isaías

pone en labios de Dios una frase enigmática: "Yo formo la luz y creo la tiniebla" (Is 45,7). Cuando obramos el bien caminamos hacia la luz, hacia Dios. Cuando perpetramos el mal nos dirigimos a la tiniebla. En los momentos en que la vida se tiñe de oscuridad, también está Dios a nuestro lado: no para incitarnos a urdir la maldad, sino para estar presto a recogerlos cuando decidamos volver a él y engendrar el bien.

Un segundo elemento de los relatos patriarcales suscita la sorpresa: en todas las historias siempre triunfa el más pequeño.

Los hijos de Isaac se llaman Esaú y Jacob. Esaú era el hermano mayor y Jacob el menor, pero Dios se inclina por el menor y continúa su Alianza con el pueblo a través de Jacob. Lía y Raquel eran hermanas. Lía era la mayor y Raquel la menor. Sin embargo, el Señor se inclinó por la menor, Raquel, la más amada por su marido, Jacob, al que dio dos hijos: José y Benjamín. Jacob con sus esposas Lía y Raquel, y sus concubinas Bilhá y Zilpá, tuvo doce hijos y una hija, pero el predilecto fue José, el undécimo hijo. Dios acompaña a toda persona en cualquier situación, pero tiene unos privilegios: los pequeños, los pobres, los débiles. Así lo revela también el NT: Dios elige a los sencillos para llevar a término su proyecto. "Dios ha elegido lo que el mundo considera débil para confundir a los fuertes" (1 Cor 1,27).

La llamada y la compañía de Dios son gratificantes y a la vez exigentes para los patriarcas. Pero los profetas afirman que la amistad con Dios no significa que el Señor tolere la injusticia. Dice Amós a los israelitas: "Escuchad quienes oprimis a los débiles y maltratáis a los pobres [...] vendrán días en que os sacarán con garfios y con arpones de pesca" (Am 4,1-3). Saberse llamado y acompañado por Dios implica esforzarse en cumplir con amor las exigencias de la justicia. La constancia de nuestra plegaria refleja la certeza de saber-nos acompañados por Dios, y nuestra proximidad a los pobres manifiesta la veracidad de nuestro deseo de encontrarnos con el Señor.

Observemos un instante el elemento que confiere orden a las narraciones patriarcales y al libro del Génesis: las genealogías. Llamamos genealogías a las listas que relatan la descendencia de una persona.

El Génesis presenta diez listas genealógicas. El origen del cielo y la tierra finaliza en Gn 2,4. La descendencia de Adán comienza en Gn 5,1. La posteridad de Noé en Gn 6,9. La genealogía de los hijos de Noé se inicia en Gn 10,1. El relato que comienza en Gn 11,10 esboza la estirpe de Sem. La estirpe de Têraj consta en Gn 11,27. El linaje de Ismael, en Gn 25,12. La posteridad de Isaac, en Gn 25,19. La casta de Esaú, en Gn 36,1. Finalmente, la genealogía de Jacob comienza en Gn 37,2. La historia de Abrahán comienza realmente en la genealogía de Têraj (Gn 11,27), por eso nos detendremos en el estudio de este linaje.

Fijémonos también en un detalle interesante. El Señor crea a su pueblo mediante diez generaciones y prescribe sus preceptos al pueblo mediante las Diez Palabras contenidas en los Diez Mandamientos (Éx 20,1-17; Dt 5,6-22). De ahí podemos extraer una lección: el pueblo de Dios se desarrolla mediante el cumplimiento de los Mandamientos; igualmente, nosotros nos hacemos verdaderamente cristianos cumpliendo los preceptos de Dios.

2. Lectura del texto: Gn 11,31-12,9

³¹ Têraj tomó a su hijo Abrán, a su nieto Lot y a su nuera Saray, mujer de Abrán, y los sacó de Ur de los caldeos para ir al país de Canaán. Pero al llegar a Jarán se quedaron allí.

³² Têraj vivió doscientos cinco años y murió en Jarán.

^{12.1} El Señor dijo a Abrán: "Sal de tu tierra, de entre tus parientes y de la casa de tu padre, y vete a la tierra que yo te indicaré.

² Yo haré de ti un gran pueblo, te bendeciré y haré famoso tu nombre, que será una bendición.

³ Bendeciré a los que te bendigan y maldeciré a los que te maldigan. Por ti serán benditas todas las naciones de la tierra".

⁴ Partió Abrán, como le había dicho el Señor, y Lot marchó con él. Tenía Abrán setenta y cinco años cuando salió de Jarán. ⁵ Tomó consigo a su mujer, Saray, y a su sobrino Lot,

con todas sus posesiones y los esclavos que tenía en Jarán, y se pusieron en camino hacia la tierra de Canaán. Cuando llegaron, ⁶ Abrán atravesó el país hasta el lugar santo de Siquén, hasta el encinar de Moré (los cananeos vivían entonces en el país).

⁷ El Señor se apareció a Abrán y le dijo: "A tu descendencia le daré esta tierra".

Y Abrán levantó allí un altar al Señor, que se le había aparecido. ⁸ De allí siguió hasta las montañas, al este de Betel, y plantó su tienda, teniendo Betel al oeste y Ay al este. Allí levantó un altar al Señor e invocó su nombre. ⁹ Después se trasladó por etapas al Négueb.

3. Elementos del texto

a) Têraj

La genealogía de los descendientes de Sem relata algunos acontecimientos de la vida de Têraj (Gn 11,10-31). Têraj residía en Ur de los caldeos (Gn 11,28). A los setenta años engendró a sus tres hijos: Abrán, Najor y Aram (Gn 11,26). Uno de sus hijos, Aram, murió en Ur de los caldeos, dejándole a Têraj un nieto: Lot (Gn 11,27-28). Más tarde, Têraj tomó a su hijo Abrán, a la esposa de éste, Saray, y a su nieto Lot y los sacó de Ur de los caldeos para dirigirse al país de Canaán, pero al llegar a Jarán se quedaron allí. La historia de Têraj concluye indicándonos la edad del patriarca cuando falleció: doscientos cinco años.

La avanzada edad de la muerte de Têraj es un elemento simbólico y, por eso, no debe tomarse literalmente. Cuando el libro del Génesis refiere las edades de los patriarcas suministra datos desconcertantes. Adán vivió 930 años; Set, 912; Quenán, 910; Lamek, 777; Najor, 148; etc. (Gn 5,11-32). La Biblia presenta la verdad de la fe envuelta en el lenguaje propio del tiempo de redacción de los libros bíblicos. Lo que debemos creer son las verdades reveladas, no los ropajes culturales que envuelven dichas verdades.

Observemos cómo las edades de los patriarcas son muy elevadas, pero, salvo algunas oscilaciones, disminuyen continuamente (Gn 5,1-32; 11,10-32). La progresiva disminución

de la edad de los patriarcas revela una verdad: el pecado, descrito en la narración de Adán y Eva (Gn 2-3) alejó al hombre de Dios, y el distanciamiento de Dios supone una disminución en la plenitud de la vida, y la disminución de la plenitud de la vida se manifiesta en el texto bíblico mostrando cómo la edad de los patriarcas se reduce constantemente.

Sólo junto a Dios se encuentra la vida plena. Cuando el hombre se aparta de Dios, va perdiendo la plenitud de su existencia. El Génesis presenta esta certeza revestida bajo la edad de los patriarcas. Al comienzo les otorga una edad próxima a los mil años (Adán, 930 años). Pero después del pecado, el hombre se aparta de Dios y su vida comienza a disminuir, separándose de la plenitud indicada por la edad cercana a los mil años. La Biblia no pretende indicar la edad cronológica de los patriarcas; enseña que el pecado disminuye la plenitud de la existencia humana al alejar nuestra vida de Dios.

b) Ur de los caldeos, Jarán y Canaán

Téraj sacó a Abrán, Saray y Lot de la ciudad de Ur de los caldeos para dirigirse al país de Canaán, pero al llegar a Jarán se quedaron allí (Gn 11,31). El texto bíblico describe, a grandes trazos, la ruta de un viaje, pero tras el ropaje geográfico se esconde una gran riqueza simbólica.

La ciudad de Ur de los caldeos se levantaba al sudeste de la región de Mesopotamia, al sur de la actual Irak. Los habitantes de Ur eran politeístas, pero adoraban principalmente al Dios Sin, simbolizado por la luna. En medio de la ciudad estaba el templo en cuyo centro se erguía la torre escalonada (zigurat), sobre la que se rendía culto a los dioses. Durante el tercer milenio antes de Cristo la ciudad alcanzó gran esplendor. Su proximidad al golfo pérsico y su comunicación con el río Éufrates la dotaban de condiciones óptimas para el comercio.

Sin embargo, en la Biblia hebrea la palabra "Ur" muestra una curiosa coincidencia. El término "Ur" denota la ciudad de Ur de los caldeos (Gn 11,28.31; 15,7; Neh 9,7), pero también refiere la lumbre producida cuando se quema la madera sobrante en la fabricación de los ídolos (Is 44,16). La palabra "lumbre" en hebreo se dice *ur*, igual que el nombre

de la ciudad "Ur". Evidentemente, puede ser una casualidad la coincidencia de ambas palabras, pero desentrañan el significado simbólico del viaje de Abrahán. El patriarca deja el sinsentido de la idolatría para penetrar en Israel, lugar que simboliza la presencia del Dios liberador.

No en vano la Biblia relaciona la región de Mesopotamia, donde se encuentra Ur, con la idolatría: "Así dice el Señor, Dios de Israel: Vuestros antepasados, Téraj, padre de Abrahán y de Najor, vivían antiguamente en Mesopotamia y servían a otros dioses" (Jos 24,2). De ese modo, la descripción del viaje de Téraj no consiste simplemente en la enumeración de las etapas geográficas del camino; refleja el esfuerzo del patriarca Téraj para salir del vacío de la idolatría y alcanzar la plenitud de la vida representada por el país de Canaán.

El país de Canaán es el territorio que abarca, aproximadamente, la tierra de Israel. Los israelitas denominaron cananeos a quienes permanecieron en el país tras la conquista realizada en tiempos de Josué. El país de Canaán aparece ya en el segundo milenio antes de Cristo en algunos documentos comerciales de Egipto y Mesopotamia. El significado de la palabra "Canaán" es objeto de debate, pero parece relacionarse con el término "púrpura", pues en la zona costera del país era importante la producción purpúrea, que dio lugar a un comercio próspero.

Pero el país de Canaán no representa sólo un enclave geográfico; simboliza la "tierra que mana leche y miel" (Éx 13,5), la tierra prometida que el Señor regala a su pueblo (Dt 8,1). En esa tierra Dios tramará una Alianza inquebrantable con David (2 Sm 7), y su hijo Salomón erigirá un templo al Señor (1 Re 6). En contraposición a Ur de los caldeos, la ciudad del sinsentido adoradora de ídolos, la tierra prometida representa el lugar del pleno sentido, el ámbito del encuentro con Dios.

Téraj y sus acompañantes comienzan a rechazar la idolatría representada por la ciudad de Ur para dirigirse, metafóricamente, hacia el encuentro con Dios en Canaán. Sin embargo, el patriarca y sus allegados se detienen en Jarán. La ciudad de Jarán se encuentra al noroeste de la región de Mesopotamia. En la antigüedad constituía un nudo comercial importante debido al paso de caravanas de mercaderes.

Alcanzó su apogeo entre los siglos XIX-XVIII a.C. y, como la ciudad de Ur, adoraba entre otras muchas divinidades al dios de la luna, Sin.

El proyecto de Têraj es ambicioso, pero el resultado mediocre. Têraj partió de Ur de los caldeos para alcanzar Canaán; sin embargo, se quedó a medio camino, en Jarán. La ciudad está al noroeste de Mesopotamia y, aunque se halla muy lejos de Ur, continua estando en Mesopotamia, el país de la idolatría.

¿Cuántas veces nosotros en el camino de la vida cristiana nos quedamos como Têraj a medio camino? Ha llegado el momento de la historia en el que si el evangelio no lo significa todo en nuestra vida no significa casi nada. No vale la pena quedarse en la frontera del sinsentido: hay que llegar a la tierra prometida.

El texto bíblico no explica la razón por la que Têraj se detiene y muere en Jarán, pero podemos deducirlo mediante la lectura simbólica. Têraj muere en Jarán porque el apego a la idolatría mata toda esperanza humana, y Jarán, aunque esté en la frontera, continúa estando en Mesopotamia, y por eso sometida al poder idólatrico.

c) La llamada del Señor y la respuesta de Abrán

Podríamos aducir aún otra razón por la que Têraj llegó sólo hasta Jarán. Al leer la historia de Têraj (Gn 11,24-32), notamos que la palabra "Dios" no aparece en ningún lugar. Têraj contó únicamente con sus propias fuerzas para abandonar la idolatría, y, a pesar de intentarlo, no alcanzó la tierra de Canaán.

Las fuerzas humanas no bastan para abandonar la idolatría; para huir de la tupida red de los ídolos se precisa la fuerza de Dios. Abrán escucha la voz de Dios (Gn 12,1-3), obedece su mandato (Gn 12,4a), abandona Jarán (Gn 12,4b) y alcanza el país de Canaán (Gn 12,5b). Abandona la idolatría representada por Jarán y Ur, y alcanza la presencia de Dios, simbolizada por la futura tierra prometida. Efectivamente, los proyectos de Dios triunfan cuando el hombre colabora con la fuerza divina para llevarlos a término.

El Señor, por pura iniciativa suya, dirige su palabra a Abrán. Siempre es Dios quien se adelanta a hablarnos, por-

que nos ama antes de que le conociéramos. Los salmos no se cansan de recordar que Dios nos ama y nos llama primero: "Señor, tú conoces lo profundo de mi ser, nada mío te era desconocido cuando me iba formando en lo oculto y tejiendo en las honduras de la tierra" (Sal 139 [138],14-15).

Dios se adelanta a llamarnos sin fijarse en la negatividad que pueda envolver nuestra vida. El Señor se dirige a Abrán cuando, como Têraj, se halla detenido en Jarán, el país de la idolatría. Y, además, el Señor llama al patriarca por su nombre propio: Abrán. El sustantivo "Abrán" significa literalmente "mi padre (es decir, la divinidad) es excelso".

La palabra "Abrahán" es, lingüísticamente, sólo una prolongación fonética del término "Abrán"; sin embargo, la Biblia le confiere una significación profunda. Cuando Dios pacta la Alianza definitiva con Abrán le dice: "No te llamarás ya Abrán, sino que tu nombre será Abrahán, porque yo te hago padre de una muchedumbre de pueblos" (Gn 17,5). Igualmente, Dios cambia el nombre primigenio de la esposa de Abrán, Saray, que pasa a llamarse Sara (Gn 17,15).

La respuesta del hombre a la llamada de Dios transforma su vida. Al principio, cuando el patriarca desconocía al Señor, su nombre era "Abrán" (Gn 12,1). Tras la llamada, Abrán inicia su relación personal con Dios. El Señor le muestra el país de Canaán (Gn 13,14), le ordena habitar en Mambré (Gn 13,18); Abrán jura por el nombre del Señor (Gn 14,22) y recibe la protección divina (Gn 15,1). La relación personal con Dios cambia nuestra vida, de la misma manera que transformó la existencia de Abrán. Y para expresar que la relación amical con Dios cambió la existencia de Abrán, el texto bíblico permuta el nombre "Abrán" por "Abrahán" e, igualmente, transmuta el de "Saray" por "Sara". De ese modo el patriarca y la matriarca devienen prototipos de quienes se dejan modelar por la voluntad de Dios.

El Señor es misericordioso pero no es un dios de juguete. La llamada de Dios a Abrán manifiesta la exigencia divina: "Sal de tu tierra, de entre tus parientes y de la casa de tu padre, y vete a la tierra que yo te indicaré" (Gn 12,1). Cuando Dios llama a Abrán lo primero que le anuncia no es el regalo de la tierra ni la futura descendencia; lo primero que el Señor revela al patriarca es aquello que debe dejar pa-

ra adentrarse en la ruta de Dios. Abrán dejó su tierra de Jarán (Gn 12,4) y su parentela: concretamente a Najor, Melcá y Jescá (Gn 11,29-30).

La decisión de seguir la senda de Dios supone dejar elementos que nos parecen imprescindibles en nuestra vida. Para seguir a Jesús, Simón y Andrés dejaron las redes (Mc 1,16); Santiago y Juan dejaron a su padre en la barca con los jornaleros (Mc 1,19-20). Y nosotros ¿qué estamos dispuestos a dejar para seguir al Señor con fidelidad?

Abrán deja muchas cosas para encaminarse por la senda de Dios, pero no las deja en un arrebatado de entusiasmo adolescente. Las deja porque se da cuenta de que es Dios quien le habla, y, en consecuencia, toma la decisión de obedecerle: “Partió Abrán como le había dicho el Señor” (Gn 12,4a). La obediencia, en el lenguaje bíblico, no implica la sumisión ciega a la voluntad de otro. El término “obediencia” denota la capacidad de saber escuchar la veracidad que contiene la palabra de quien nos habla. Obedecer a Dios implica fiarse de él.

Abrán podría tener dos obstáculos que le impidieran fiarse de Dios y obedecerle. Por una parte, Abrán tiene setenta y cinco años cuando sale de Jarán (Gn 12,4b), una edad avanzada para cambiar radicalmente el rumbo de la vida. Por otra parte, el Señor no le indica claramente el lugar donde debe dirigirse; dice simplemente: “Vete a la tierra que yo te indicaré” (Gn 12,1).

Sin embargo, las dificultades no arredran a Abrán, porque se fía de Dios, le obedece. Sabe escuchar la verdad escondida y transformadora que late en la Palabra de Dios y emprende el camino. Por eso la Sagrada Escritura reconoce en Abrán al amigo de Dios (Is 41,8), aquel que se fió del Señor y se sintió sostenido en sus buenas manos.

d) Las promesas de Dios a Abrán

El Señor bendice a Abrán y le promete una gran descendencia: “Yo haré de ti un gran pueblo” (Gn 12,2). Cuando Abrán alcanza el país de Canaán, concretamente el lugar santo de Siquén, el Señor se le aparece y le dice: “A tu descendencia le daré esta tierra” (Gn 12,7). Ésa es la doble promesa de Dios a Abrán: el regalo de la tierra y el don de la

descendencia. Pero el Señor no se limita a comunicar lacónicamente su promesa, sino que lo hace de forma solemne: bendice al patriarca y se le aparece. Cuando Dios bendice a alguien le comunica su fuerza salvadora, y cuando se aparece al hombre, le muestra su intimidad.

Téráj emprendió la marcha contando sólo con sus propias fuerzas y únicamente consiguió llegar a Jarán. Abrán también utiliza sus propios medios para emprender el viaje: “Abrán tomó consigo a su mujer, Saray, y a su sobrino Lot, con todas sus posesiones y los esclavos que tenía en Jarán, y se pusieron en camino hacia la tierra de Canaán” (Gn 12,5). Pero, cuenta, sobre todo, con la fuerza que le confiere la bendición de Dios (Gn 12,2-3). Abrán, contando con la fuerza divina y el tesón de su voluntad, alcanza la tierra de Canaán. Y nosotros al emprender un camino en el curso de nuestra vida ¿contamos con la fuerza de Dios o nos fiamos sólo de nuestras propias fuerzas?

La primera promesa de Dios a Abrán es espléndida: “Yo haré de ti un gran pueblo y [...] por ti serán benditas todas las naciones” (Gn 12,2-3). El texto parece indicar que la promesa de la descendencia se cumplirá de inmediato; sin embargo, pasan los años y Abrán carece de herederos. Ciertamente, el plan de Dios suele ser distinto de la expectativa humana: “Mis planes no son como vuestros planes, ni vuestros caminos como los míos, dice el Señor” (Is 55,8). Y por eso el ser humano, a veces, pierde la esperanza en el cumplimiento de la promesa de divina; ése fue el caso de Abrán y Saray.

Abrahán y Saray desean acelerar la promesa de la descendencia anunciada por Dios, pues desde la perspectiva humana la edad del patriarca comenzaba a ser excesiva para engendrar un hijo. Abrahán y Saray abandonaron Jarán cuando el patriarca contaba setenta y cinco años, sin tener ningún hijo. Diez años después (Gn 16,3), cuando Abrán tenía ochenta y cinco años, Saray tomó a su esclava Agar y la entregó a su marido como esposa (Gn 16,3). Abrán engendró con Agar un hijo a los ochenta y seis años, al que llamó Ismael (Gn 16,15).

Saray, ante la falta de descendencia, se había acogido a la legislación antigua. Cuando una mujer no daba hijos a su marido compraba una esclava y se la entregaba a su esposo,

el cual engendraba un hijo con la esclava, y el hijo que nacía era legalmente hijo del padre que lo había engendrado.

Cuando Abrán engendró a Ismael en el seno de Agar, estallaron los celos entre Saray y su esclava. Saray maltrató a su esclava, hasta el punto de que Agar huyó de las garras de su señora (Gn 16,6-7). Pero como Dios no abandona a nadie, se compadeció de Agar por la villanía que le había infligido Saray. El Señor protegió a Agar y bendijo a su hijo Ismael (Gn 16,9-11).

El Señor cumple siempre sus promesas. Pero a veces no acabamos de fiarnos de Dios y emprendemos nuestros caminos sin contar con él. El Señor nunca dijo a Saray que entregara a su esclava a Abrán como esposa. Dios nunca ordenó a Abrán que concibiera un hijo con Agar. Pero Abrán y Saray ponen en duda el cumplimiento del proyecto divino. Abandonan la senda de Dios y emprenden su propio camino. Abrán engendra a Ismael, pero no lo consigue por su fidelidad al proyecto divino, sino valiéndose del subterfugio de las leyes antiguas que permitían obtener descendencia con las esclavas.

Abrán y Saray quieren acelerar la promesa de Dios acogiéndose a las prerrogativas injustas de las leyes humanas, y eso engendra los celos de Saray y el ultraje contra la esclava Agar. ¿Cuántas veces buscamos atajos al proyecto de Dios que sólo nos reportan sufrimiento? Cuando parezca que los planes del Señor se retrasan, recordemos el Salmo 37(36): "Encomienda al Señor tu camino, confía en él, que él actuará en tu vida".

El paso del tiempo acrecentó la amistad entre Dios y Abrán. Como fruto de esta relación, el Señor trocó los nombres de Abrán y Saray en Abrahán y Sara. Abrahán y Sara eran muy viejos (Gn 18,11), pero cuando Abrahán tenía cien años engendró un hijo con su esposa Sara al que llamó Isaac (Gn 21,5). Verdaderamente, para Dios nada hay imposible (Lc 1,37; cf. Gn 18,14). Tras la muerte de Sara (Gn 23,1), Abrahán contrajo matrimonio con Queturá, de quien tuvo seis hijos (Gn 25,1-2).

La segunda promesa de Dios a Abrán estriba en el don de la tierra de Canaán a su descendencia (Gn 12,7). Otra vez los planes de Dios divergen de la expectativa humana.

Abrahán sólo llegó a poseer una pequeña porción del país de Canaán: la tumba de Sara, que compró a Efrón, el hitita (Gn 23). Jacob, descendiente de Abrahán, amplió sus posesiones en Canaán comprando a los hijos de Jamor un campo junto a la ciudad de Siquén (Gn 33,18-20).

Abrán y su descendiente Jacob quieren comprar la tierra con el poder de su dinero. Pero los dones de Dios no se compran; es el Señor quien los regala. Tras la liberación de los israelitas de la esclavitud de Egipto, Dios ofrece a su pueblo el don generoso de la tierra prometida. Dice el Señor: "Viviréis, os multiplicaréis y entraréis a tomar posesión de la tierra que el Señor prometió con juramento a vuestros padres" (Dt 8,1). La promesa de Dios a los padres se refiere a la promesa divina dirigida a la descendencia de Abrán (Gn 12,7). La promesa alcanza la plenitud cuando Josué conquista la tierra prometida y la reparte entre las tribus israelitas.

e) Significado de la bendición divina a Abrán

La bendición divina a Abrán abraza también a todas las naciones de la tierra. Dice el Señor a Abrán: "Por ti serán benditas todas las naciones de la tierra" (Gn 12,3b). La explicación de esa frase la proporciona la misma Biblia. Dice Dios respecto a Abrahán: "Él se convertirá en un pueblo grande y fuerte, y por él serán bendecidas todas las naciones de la tierra, porque le he escogido para que enseñe a sus hijos y a su familia a mantenerse en el camino del Señor, haciendo lo que es justo y recto, para que de este modo el Señor cumpla a Abrahán todo lo que le ha prometido" (Gn 18,18-19).

La bendición divina a Abrán se extenderá a todas las naciones porque el patriarca enseñará el camino del Señor a su descendencia. Abrán revelará la senda de Dios porque él mismo actuará con justicia y rectitud. Ambos términos, "justicia" y "rectitud", aparecen con frecuencia unidos en la Escritura, y sus significados se complementan mutuamente (2 Sm 8,15; 1 Re 10,9).

La obediencia de Abrán a la voluntad de Dios (Gn 12,1) le convierte en un hombre justo (Gn 18,19). El AT presenta varias acepciones del término "justicia". Es justo quien dice

la verdad en los tribunales, practica la misericordia con el prójimo y combate las causas de la injusticia. Además, debemos añadir otro matiz situado en la raíz de los tres anteriores: es justo quien encaja su proyecto de vida en el proyecto de Dios.

Abrán es el prototipo de quien encauza su vida en el plan de Dios. Abrán habitaba en Jarán. El Señor le pide que abandone su tierra y su parentela para dirigirse a otro país. Y Abrán, sin discutir ningún punto del plan divino, abandona su proyecto de vida en Jarán y se dirige al lugar que el Señor le propone.

Abrán es justo porque encaja su vida en el plan de Dios, y actúa como un hombre recto porque permanece fiel a los designios divinos y actúa lealmente con su prójimo. La rectitud de Abrán se manifiesta en su lealtad hacia su nieto Lot, al permitirle el pastoreo en el valle del Jordán, la zona fértil del sudeste de Palestina (Gn 13,10-12). Abrahán también manifiesta su rectitud en la plegaria de intercesión en favor de las ciudades de Sodoma y Gomorra, prototipos del pecado y la impiedad (Gn 18,20-33).

La bendición de Dios a Abrán se transmitirá a quienes bendigan al patriarca: "Bendeciré a los que te bendigan, dice el Señor" (Gn 12,3a). Bendecir al patriarca significa tomarle como modelo de rectitud y justicia. Quien es recto en su conducta y justo en su comportamiento refleja ante el prójimo la luz que nace de la bendición de Dios.

El Señor añade una contrapartida a la bendición: "Y maldeciré a los que te maldigan" (Gn 12,3b). Quien maldice a Abrán se niega a practicar la justicia y vivir la rectitud, por eso su existencia no refleja la bondad de Dios. Y quien no refleja la bondad, refleja la maldad o la indiferencia, y en la Biblia se le denomina maldito. Sin embargo, la frase "maldeciré a los que te maldigan" muestra además un segundo significado. El Señor protegerá a Abrán ante sus adversarios, de la misma manera que cuidará a su pueblo en las adversidades. Dios nunca abandona a quienes ha llamado.

La lealtad de Abrán al proyecto divino le impele a cruzar el país de Canaán. Alcanza el lugar santo de Siquén (Gn 12,6), transita entre las ciudades de Betel y Ay (Gn 12,8) y alcanza los territorios del Négueb ubicados al sur de Canaán

(Gn 12,9). La rectitud de Abrán le impulsa a levantar dos altares al Señor en acción de gracias y a invocar su nombre.

El Señor se aparece a Abrán en Siquén, junto al encinar de Moré, donde promete a la descendencia del patriarca la posesión de la tierra. Allí levanta Abrán el primer altar (Gn 12,7). El segundo altar lo erige entre Betel y Ay donde había plantado su tienda (Gn 12,8).

Levantar un altar implica reconocer que Dios ha actuado en la historia. Un lugar santo es una zona donde el hombre ha experimentado la presencia de Dios. El Señor es Dios no sólo porque sea eterno u omnisciente, sino porque actúa en la historia y en el corazón de cada persona. La experiencia de la actuación de Dios confiere al ser humano la sabiduría divina: la certeza de que Dios nos acompaña en la senda de la vida y vela la ruta de nuestro caminar. El libro del Eclesiástico destaca la actuación de Dios en favor de Abrahán y realza la sabiduría del patriarca (Eccl 44,19-21).

La experiencia religiosa de Abrán desemboca en el descubrimiento de la plegaria. Dice el texto bíblico: "Abrán levantó un altar al Señor e invocó su nombre" (Gn 12,8). En la Biblia, conocer el nombre de alguien significa penetrar en su intimidad. Abrán no se dirige a la divinidad con el término genérico "Dios", sino que adopta el nombre propio de la deidad: el Señor. Invocar a Dios como el Señor indica la relación personal con la divinidad.

5. Síntesis final

Cuando Dios creó el cosmos, confió al hombre la misión de construir la sociedad a imagen y semejanza del Creador. El Señor formó a Adán y Eva para confiarles personalmente su proyecto liberador. Pero la tentación del poder, representado por la serpiente, provocó la desobediencia de Adán y Eva y truncó de ese modo el proyecto de Dios. Sin embargo, la bondad de Dios es más fuerte que el pecado humano. El Señor no abandonó a su suerte a nuestros primeros padres. Los protegió y los cuidó vistiéndolos con túnicas de piel.

El Señor no se conformó con proteger, metafóricamente, con túnicas de piel al ser humano. El Señor no es una divi-

nidad distante, sino el amigo del hombre. El Señor volvió a confiar en el ser humano. Dios habló a Abrán y, a través del patriarca, renovó su confianza en la humanidad.

Abrán con su padre Téráj partió de Ur de los caldeos y alcanzó la ciudad de Jarán. Téráj murió en Jarán. Más tarde el Señor llamó a Abrán para conducirlo a una nueva tierra. La nueva tierra es el país de Canaán. El viaje de Abrán desde Ur de los caldeos hasta Canaán contiene un gran simbolismo. Abrán abandona el sinsentido de la idolatría, representado por la ciudad de Ur, para alcanzar la plenitud de la amistad con Dios, simbolizada por el país de Canaán, la futura tierra prometida.

Abrán responde a la llamada del Señor y esta respuesta tejerá la amistad entre Dios y el patriarca. Fruto de esta relación personal, el Señor cambiará el nombre de Abrán por Abrahán (Gn 17,5), y el patriarca se dirigirá a Dios con su nombre propio: el Señor (Gn 12,8).

La relación personal con el Señor nacida en el seno de la plegaria transforma nuestra vida a imagen y semejanza de Dios. Abrán habitaba Jarán en Mesopotamia, el país del sinsentido de la idolatría. La obediencia de Abrán a Dios, caracterizada por la rectitud y la justicia, permite al patriarca encontrarse personalmente con el Señor en la futura tierra prometida, la tierra del encuentro íntimo entre Dios y la humanidad.

GUÍA DE LECTURA: Gn 12,1-7

“Partió Abrán como le había dicho el Señor”

Ambientación

Reservamos este tiempo para la lectura orante de la Palabra. Si dejamos que cale en nuestro corazón, será luz para nuestros pasos y guía en nuestro sendero. Podemos comenzar invocando al Espíritu Santo: que él nos ayude a comprender y a transformar en vida lo que escuchamos, meditamos y oramos.

Antes de comenzar, buscamos **Gn 12,1-7**.

Miramos nuestra vida

Si hiciéramos una encuesta a la gente de la calle preguntándoles qué significa para ellos ser creyente, encontraríamos respuestas muy variadas. Algunos pensarían que ser creyente consiste en ir a misa los domingos; otros opinarían que eso es cosa de beatas o de gente que está todo el día metida en las iglesias. Tal vez algunos se expresarían en términos puramente humanos y relacionarían el ser creyente con la experiencia de fiarse de un amigo o saber que alguien es digno de crédito.

– Y tú ¿qué piensas?, ¿qué significa para ti “ser creyente”?

Escuchamos la Palabra de Dios

Un escrito del NT, la carta a los Romanos, dice que Abrahán es padre de todos los creyentes. Basa su afirmación en los relatos del AT que lo presentan como un antepasado ejemplar en el trato con Dios. Vamos a reflexionar en torno a

un pasaje bíblico del libro del Génesis que puede ayudarnos a entender por qué se le da este título privilegiado.

- Con un momento de silencio, preparamos nuestro corazón para acoger lo que Dios quiere decirnos hoy a través de su Palabra.

- Un miembro del grupo proclama Gn 12,1-7.

- Cada uno vuelve a leer el pasaje consultando las notas que trae la Biblia.

- Tratamos de responder juntos a estas preguntas:

- *¿Qué pide Dios a Abrahán? ¿Qué le promete?*

- *¿Cómo actúan Abrahán y Sara? ¿Qué actitud está detrás de su puesta en marcha?*

- *¿Qué imagen de Dios presenta el texto?*

Volvemos sobre nuestra vida

Abrahán es modelo de creyente porque actúa "como le había dicho el Señor". Escucha a Dios, se fía totalmente de él y se pone en camino. Su actitud puede servirnos de espejo en el que mirar nuestra vida como creyentes y seguidores del Resucitado.

- *¿Qué "salidas" y qué promesas te está sugiriendo Dios en estos momentos de tu vida?*

- *¿En qué sentido es Abrahán modelo de creyente para ti?*

Oramos

No es fácil escuchar a Dios, y mucho menos fiarse de él. Siempre pide que abandonemos algo que nos es muy querido: Pedro y Andrés dejaron las redes; Santiago y Juan comprendieron que debían abandonar su familia y su trabajo; Abrahán y Sara se hicieron emigrantes al aceptar la petición de Dios. En estos momentos de reflexión, también a nosotros nos ha pedido que "salgamos" de algo y nos dirijamos a una tierra distinta. En unos momentos de oración, vamos a dialogar con él. Pidámosle lo que necesitamos: fuerza y valor para cambiar; confianza para creer en la promesa; una esperanza más firme... Cada uno puede hacerlo desde su experiencia y con sus propias palabras.

- Leemos de nuevo Gn 12,1-7.

- Oramos individualmente. Después podemos hacer en voz alta nuestra plegaria. Si el grupo lo ve conveniente, repite tras cada intervención: "Señor, danos confianza, danos fe".

- Podemos terminar recitando juntos el Sal 37(36),1-7. Este fragmento invita a colocar toda nuestra confianza en el Señor. También podemos pedir juntos la protección de María, la madre de los creyentes, la mujer que siempre fue fiel a los proyectos de Dios para su vida.

MOISÉS

La llamada y la liberación



El Señor actúa en nuestra vida mediante su palabra liberadora. Dios llamó a Abrán desde la situación idolátrica simbolizada por la ciudad de Ur de los caldeos, para conducirlo al país de Canaán, donde se encontró con el Señor. La llamada de Dios al patriarca se completó con la bendición divina, concretada en la promesa de la gran descendencia y la posesión de la tierra prometida. Pero la actuación de Dios en favor del hombre no se limita a la llamada y a la bendición. Dios se compromete especialmente con el ser humano cuando le libera de la opresión. El Señor es el Dios liberador.

El acontecimiento privilegiado de la actuación liberadora de Dios a lo largo del AT es la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto. Vamos a detenernos en este suceso y en la figura de Moisés, el mediador del proyecto liberador de Dios. La historia del Éxodo es amplia. Por eso nos centraremos en el pasaje donde figura la llamada de Dios a Moisés, el anuncio de la liberación del pueblo esclavizado, y la promesa de la tierra prometida a los israelitas recién salidos de Egipto: Éx 3,1-15.

1. La figura de Moisés en el marco de la liberación de Israel esclavo en Egipto

La liberación de Israel de la esclavitud de Egipto constituye el acontecimiento central del AT. Si elimináramos las referencias a la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto, la Antigua Alianza perdería gran parte de su sentido religioso, pues carecería en gran medida de la presencia del Dios liberador.

Los israelitas compusieron una profesión de fe en la que destacaron la liberación de la esclavitud de Egipto como el suceso crucial de su historia. El credo de Israel aparece en varias ocasiones en el AT. Los estudiosos han denominado a esos pasajes "Pequeño credo histórico de Israel": Dt 6,20-24; 26,5-9; Jos 24,2-13.

Leamos un breve retazo: "Nosotros éramos esclavos del faraón de Egipto y el Señor nos sacó de Egipto con mano fuerte. El Señor hizo a nuestros ojos milagros y prodigios grandes y terribles en Egipto, ante el faraón y toda su corte. Y a nosotros nos sacó de allí para introducirnos y darnos la tierra que había prometido a nuestros antepasados" (Dt 6,21-23). El credo que acabamos de leer destaca dos aspectos: la liberación de la esclavitud y el don de la tierra a la descendencia de Abrahán (cf. Gn 12,7).

La Biblia relata con detalle la historia de la liberación de Israel de la esclavitud en Egipto. El Señor, por mediación de Moisés y su hermano Aarón, sacó a Israel de Egipto (Éx 3,1-15,21). Los egipcios persiguieron a los israelitas por el desierto hasta acorralarlos junto al mar. "Moisés extendió su mano sobre el mar y el Señor, mediante un recio viento del este, empujó el mar, dejándolo seco y partiendo en dos las aguas" (Éx 14,21). El pueblo cruzó el mar a pie enjuto sobre la tierra seca (Éx 14,29).

Tras cruzar el mar, el pueblo emprendió la ruta del desierto. El Señor acompañó a su pueblo a través de la aridez del yermo. Le alimentó con el maná y las codornices y volvió dulces las aguas amargas de Mará para calmar la sed de los israelitas (Éx 15,22-18,27). El pueblo continuó su camino hasta llegar al monte Sinaí, donde el Señor les entregó las tablas de la ley por mediación de Moisés (Éx 20,1-17).

Moisés condujo a los israelitas hasta la entrada de la tierra prometida. El Señor mostró a Moisés, desde la cima del monte Nebo, la tierra de promisión (Dt 34,1), advirtiéndole: "Ésta es la tierra que prometí a Abrahán, Isaac y Jacob, diciendo: Se la daré a tu descendencia. Te la hago ver con tus ojos, pero tú no entrarás en ella" (Dt 34,4). Tras contemplar la tierra prometida, Moisés murió en el valle de Moab que circunda el monte Nebo y fue enterrado allí (Dt 34,5).

Tras la muerte de Moisés, Josué fue el jefe del pueblo liberado (Dt 34,9). Bajo su mando los israelitas cruzaron el río Jordán (Jos 3,1-4,9), conquistaron la ciudad de Jericó (Jos 6) y tras numerosas batallas tomaron posesión de la tierra de Canaán. Una vez conquistada la tierra y repartida entre las tribus, Josué convocó a todos los israelitas en la asamblea celebrada en la ciudad de Siquén (Jos 24). Allí el pueblo liberado manifestó su adhesión al Señor. Los israelitas exclamaron con emoción: "El Señor es nuestro Dios; él fue quien nos sacó de Egipto a nosotros y a nuestros padres [...]. Por tanto, serviremos al Señor, nuestro Dios, y obedeceremos su voz" (Jos 24,17.24).

El relato de la vocación narra la llamada de Dios a Moisés para comprometerle en el proceso liberador del pueblo hebreo (Éx 3,1-15). Cuando Dios nos llama es para implicarnos en su proyecto liberador en favor de la humanidad. No leamos el texto referente a la llamada y misión de Moisés asépticamente; sintamos cómo el Señor nos elige también a nosotros para participar en su proyecto de vida.

2. Lectura del texto: Éx 3,1-15

¹ Moisés pastoreaba el rebaño de Jetró, su suegro, sacerdote de Madián. Trashumando por el desierto llegó al Horeb, el monte de Dios, ² y allí se le apareció un ángel del Señor, como una llama que ardía en medio de una zarza. Al fijarse, vio que la zarza estaba ardiendo pero no se consumía.

³ Entonces Moisés dijo: "Voy a acercarme para contemplar esta maravillosa visión y ver por qué no se consume la zarza".

⁴ Cuando el Señor vio que se acercaba para mirar, le llamó desde la zarza: "¡Moisés! ¡Moisés!".

Él respondió: "Aquí estoy".

⁵ Dios le dijo: "No te acerques; quítate las sandalias, porque el lugar que pisas es sagrado".

Y añadió: ⁶ "Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob".

Moisés se cubrió el rostro, porque temía mirar a Dios.

⁷ El Señor siguió diciendo: "He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he oído el clamor que le arrancan sus opresores y conozco sus angustias. ⁸ Voy a bajar para librarlo del poder de los egipcios. Lo sacaré de este país y lo llevaré a una tierra nueva y espaciosa, a una tierra que mana leche y miel, a la tierra de los cananeos, hititas, amorreos, pereceos, jeveos y jebuseos. ⁹ El clamor de los israelitas ha llegado hasta mí. He visto también la opresión a que los egipcios los someten. ¹⁰ Ve, pues; yo te envío al faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, a los israelitas.

¹¹ Moisés dijo al Señor: "¿Quién soy yo para ir al faraón y sacar de Egipto a los israelitas?".

¹² Dios le respondió: "Yo estaré contigo, y ésta será la señal de que yo te he enviado: cuando hayas sacado al pueblo de Egipto, me daréis culto en este monte".

¹³ Moisés replicó a Dios: "Bien, yo me presentaré a los israelitas y les diré: El Dios de vuestros antepasados me envía a vosotros. Pero si ellos me preguntan cuál es su nombre, ¿qué les responderé?".

¹⁴ Dios contestó a Moisés: "Yo soy el que soy. Explicaselo así a los israelitas: 'Yo soy' me envía a vosotros".

¹⁵ Y añadió: "Así dirás a los israelitas: El Señor, el Dios de vuestros antepasados, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, me envía a vosotros. Éste es mi nombre para siempre, así me recordarán de generación en generación".

3. Elementos del texto

a) Moisés pastoreaba el rebaño de Jetró

Los padres de Moisés pertenecían a la tribu de Leví (Éx 2,1); se llamaban Amrán y Yocabed (Éx 6,20). La tribu de Leví gozaba de ciertas particularidades. Tras la conquista de Canaán no recibieron territorios y sólo disponían de algunas ciudades donde habitar (Jos 21). Sin embargo, no estaban

desamparados económicamente. Oficiaban el culto de la comunidad israelita y recibían donativos como signo de agradecimiento. La riqueza de los levitas no consistía en la posesión de tierras; estribaba en la certeza de sentirse la heredad privilegiada del Señor. Cuando el texto revela el origen levítico de Moisés, anuncia la sacralidad del personaje, pues los levitas se consagraban al servicio del Señor.

Los israelitas habían llegado a Egipto de la mano de Jacob. Un hijo de Jacob, José, ministro del faraón, ofreció a su padre y a sus hermanos el territorio egipcio de Gosén para que lo habitaran. Los israelitas se multiplicaron tanto que el faraón temió su pujanza y decidió exterminarlos. Ordenó esclavizar a los hebreos (Éx 1,13) y arrojar al río a los varones recién nacidos (Éx 1,22).

Moisés debía ser arrojado al Nilo, pero, gracias a la astucia de su madre y de su hermana, fue adoptado por la hija del faraón (Éx 2,10). Siendo mayor, cierto día vio cómo un egipcio maltrataba a un hebreo. Moisés mató al egipcio. Al enterarse el faraón, persiguió a Moisés, y él, asustado, huyó al país de Madián para buscar refugio.

Los madianitas constituían una confederación de caravaneros que recorrían las dos orillas del golfo de Áqaba. En Madián, Moisés contrajo matrimonio con Séfora, y engendró a su hijo Guersón. Notemos que el suegro de Moisés recibe diversos nombres: Ragüel (Éx 2,18); Jetró (Éx 3,1; 4,18) y Jobab (Jue 1,16; 4,11). Esa discrepancia en los nombres recalca que el Pentateuco no se escribió de un tirón, sino durante un largo período de tiempo en el que los redactores recababan información en diferentes lugares. El nombre del suegro de Moisés más frecuente es Jetró, sacerdote de Madián. El hecho de que Jetró sea sacerdote le sitúa en una posición semejante a la de Moisés, quien procede de una familia levítica.

b) El Horeb, el monte de Dios

Moisés pastoreaba el rebaño de su suegro Jetró y llegó al Horeb, el monte de Dios. El AT contemplaba la montaña como un lugar sagrado, pues al estar más cerca del cielo posibilitaba el diálogo diáfano entre el hombre y Dios. Grandes acontecimientos narrados por la Biblia acontecen sobre una

montaña: el Señor establece la Alianza con su pueblo en el monte Sináí (Éx 19,1-14), y Jesús se transfigura ante los discípulos sobre un monte (Mc 9,2-13), que la tradición cristiana ha identificado con el Tabor.

Moisés llegó al Horeb, pero ¿dónde está este monte?

Los geógrafos no han determinado la posición del Horeb, como tampoco han establecido la del Sináí. La tradición bíblica parece incluso identificar ambas montañas (Dt 5,2). Pero al identificarlas surge una aparente contradicción. Por una parte, el Señor entregó las tablas de la ley a Moisés en el Sináí (Éx 19-20), que la tradición sitúa, preferentemente, en la zona sur de la península del Sináí; por otra, Moisés pastoreaba el rebaño de Jetró en la zona de Madián, en la cual parece estar el monte Horeb. ¿Pudo Moisés pastorear un rebaño a través de un espacio tan vasto como el situado entre Madián y el sur de la península del Sináí siendo, además, el territorio un desierto duro?

El interés de los autores bíblicos no radica en la exactitud de los detalles cartográficos. La importancia del Horeb no se debe a su magnificencia geográfica, sino al hecho de ser "el monte de Dios" (Éx 3,1). La significación del Horeb y del Sináí estriba en que son los lugares del encuentro personal entre Dios y Moisés.

La cima de una montaña es silenciosa y permite contemplar una panorámica espléndida. Podemos encontrarnos con Dios en todas partes, pero un lugar privilegiado es la cumbre de una montaña. Tal vez no podamos ascender físicamente a la cima, pero interiormente podemos alcanzar los mismos resultados. Coronar la cima de nuestro corazón significa penetrar en nosotros mismos, para contemplar en silencio la panorámica de nuestra vida. Cuando guardamos silencio ante el horizonte de nuestra existencia, percibimos la voz de Dios que nos habla desde el hondón del alma.

c) La vocación de Moisés

Moisés llega al monte Horeb. El texto bíblico señala la importancia del Horeb al denominarlo "el monte de Dios" (Éx 3,1). Pero además la sacralidad de la montaña queda recalcada cuando Dios dice a Moisés: "Quítate las sandalias, porque el lugar que pisas es sagrado" (Éx 3,5). La santidad

del lugar permite intuir la importancia de la misión que Dios encomendará a Moisés.

La relación entre Dios y Moisés se establece mediante el ángel del Señor (Éx 3,2). La palabra "ángel" procede de la lengua griega y significa "mensajero". Los ángeles revelan a los hombres los designios divinos (cf. Jue 6,11), pero no se limitan a eso. El libro de Job los describe como la corte celestial, llamándoles "los hijos de Dios" (Job 21,6a). Los ángeles son mensajeros de la divinidad y participan de la proximidad divina. No son simplemente transmisores del mensaje divino, sino portadores de la buena noticia cargada con la fuerza liberadora de Dios. Uniendo ambos matices, podemos afirmar que los ángeles simbolizan un "don" de Dios al hombre. El mejor "don" de Dios consiste en la ocasión ofrecida al ser humano para que pueda encontrarse personalmente con él.

Estamos acostumbrados a contemplar representaciones de ángeles alados. Sin embargo, el ángel que figura en Éx 3,2 no tiene alas; es "como una llama que ardía en medio de una zarza [...] que estaba ardiendo pero no se consumía" (Éx 3,2). Sorprendido ante el prodigio, Moisés se acerca para contemplar la maravillosa visión y, entonces, Dios aprovecha la oportunidad para llamarle desde la zarza (Éx 3,4). El ángel simboliza la "ocasión" que el Señor ofrece a Moisés para llamarle y encomendarle después la tarea liberadora. Hasta la "ocasión" propiciada por la zarza, el texto bíblico no ha revelado ninguna relación entre Dios y Moisés (Éx 2,1-21; 3,1a). Pero a partir de la experiencia de la zarza comenzará la relación personal entre el Señor y Moisés.

Los ángeles simbolizan las "ocasiones" que Dios ofrece en cada recodo de la vida para trabar una relación personal con nosotros. Cuando aprovechamos la ocasión permitimos al Señor convertirse en nuestro amigo. Y la amistad personal con el Señor abre nuestro corazón a la fuerza liberadora de Dios. Preguntémonos con sinceridad: a lo largo del día, ¿sabemos aprovechar las ocasiones que Dios nos regala para ahondar su amistad con nosotros?

Moisés se acerca atónito hacia la zarza. La tradición cristiana ha captado en el prodigio de la zarza que arde sin consumirse un gran contenido simbólico. La zarza simboliza a los creyentes que siguen al Dios liberador. Muchas son las

dificultades de la vida que, como el fuego de la zarza, quemaron nuestra existencia. Quien persevera en el seguimiento del Dios liberador siente en su carne la quemazón de los ídolos de muerte: poder, dinero, prestigio. Sin embargo, el cristiano cree que por duro que sea el resquemor de la vida, su existencia nunca llegará a consumirse porque a su lado está la presencia del Dios que libera.

Moisés aprovecha la ocasión que le brinda Dios a través de la zarza: saca partido de la oportunidad que Dios le regala para encontrarse personalmente con él. Moisés no huye ante la presencia misteriosa de la zarza ardiendo, sino que se fija en ella y se acerca a verla. Dios está presente en cada acontecimiento de nuestra vida. Pero para encontrarnos con él no podemos huir de la realidad que envuelve nuestra existencia. Necesitamos fijarnos en la realidad y contemplarla. Por eso Moisés no huye, sino que se acerca y mira la zarza.

Desde la zarza, Dios llama a Moisés por su nombre: “¡Moisés! ¡Moisés!” (Éx 3,4). En la mirada de Dios no existen personas anónimas. El Señor nos conoce personalmente por nuestro propio nombre.

El apelativo “Moisés” es un nombre de origen egipcio, pero la Biblia le otorga un significado catequético. La hija del faraón descubrió junto a los juncos del Nilo una cestilla embarrancada en cuyo interior había un niño hebreo. Cuando el niño se hizo mayor, la princesa lo adoptó como hijo y “le dio el nombre de Moisés, diciendo: yo lo saqué de las aguas” (Éx 2,10).

La palabra hebrea que hemos traducido utilizando el término “diciendo” también puede entenderse como “que significa” y la locución “yo lo saqué de las aguas” podría interpretarse como “salvado de las aguas”. De ese modo podríamos entender: “Le dio el nombre de Moisés, que significa salvado de las aguas” (Éx 2,10). Ésa es la traducción clásica que figura, correctamente, en algunas traducciones bíblicas.

Sin embargo, el nombre “Moisés” no significa “salvado de las aguas”, ni “yo lo salvé de las aguas”; ésas son buenas interpretaciones catequéticas ofrecidas por la Biblia. Moisés es un nombre egipcio. Muchos nombres egipcios acaban con la palabra “Mosés”, término de significado idéntico a “Moisés”. Thutmosés es el nombre del faraón reinante entre 1506-

1494 a.C. La palabra *Thutmosés* se descompone en dos: *Thut* y *Mosés*. El término *Thut* se refiere al dios egipcio Thot, y *Mosés* significa aproximadamente “se ha manifestado el dios”. De este modo, la palabra *Thutmosés* quiere decir “se ha manifestado el dios Thot”.

La palabra “Moisés”, referida al libertador de los israelitas esclavos en Egipto, es la segunda parte del nombre egipcio que significa “se ha manifestado el dios”. No sabemos cuál era la palabra que precedía al nombre de Moisés, pero el término “Moisés” deja clara la naturaleza egipcia del nombre.

Fijémonos en un detalle importante. Moisés tiene un nombre egipcio, pero Dios le elige para liberar a los israelitas esclavos en el país del Nilo. Dios no hace acepción de personas: dirige su llamada a toda persona de buena voluntad. Quien participa en el proceso de liberación humana, participa en el proyecto liberador de Dios en favor de la humanidad.

La llamada de Dios a Moisés es insistente; pronuncia dos veces su nombre con voz potente: “¡Moisés! ¡Moisés!” (Éx 3,4). La duplicidad del nombre de Moisés expresa la constancia divina en llamarnos. Un caso semejante aparece en el relato de la vocación de Samuel, donde el Señor llama al joven cuatro veces y en dos repite su nombre: “¡Samuel!, ¡Samuel!” (1 Sm 3,4,10). Y Samuel responde a la llamada del Señor diciendo: “Aquí estoy” (1 Sm 3,16). La misma respuesta de Moisés a Dios, que le llama desde la zarza: “Aquí estoy” (Éx 3,4).

La locución “aquí estoy” significa que Moisés deposita la confianza en Dios y se dispone a servirle. La disponibilidad y la confianza en Dios permitirán a Moisés liberar a Israel de Egipto, y a Samuel, mucho más tarde, gobernar el país como juez y ungir después a David como rey (1 Sm 16,13). Nuestra respuesta a la llamada de Dios no puede ser otra que la confianza y la docilidad a su palabra liberadora.

d) La identidad de Dios

Cuando Moisés ha manifestado su disponibilidad, el Señor le revela su nombre. En la mentalidad hebrea, el nombre no sólo es la palabra utilizada para denominar a alguien, sino que define la naturaleza íntima de la persona (1 Sm 25,25). Cuando Dios comunica su nombre a Moisés, le revela los rasgos de su intimidad y traba una relación profunda con él.

Dios comienza revelando su identidad de forma genérica apelando a la historia de los patriarcas. Abrahán, Isaac y Jacob eran nómadas (Gn 12-50) y, como tales, adoraban a la divinidad del jefe del clan. Por eso dice el Señor a Moisés: "Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob" (Éx 3,6). Esta revelación establece que la divinidad que llamó a Abrán (Gn 12,1-3) y la divinidad que se revela a Moisés (Éx 3,6.15) es la misma. El Señor que llamó a Abrán liberará a los israelitas de Egipto.

Sin embargo, Dios todavía no ha revelado su nombre propio; se ha limitado a decir que es el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob. Pero ¿cuál es el nombre propio del Dios que llama y libera? Moisés pregunta con insistencia y el Señor le revela su nombre: "Yo soy el que soy. Explicáselo a los israelitas: 'Yo soy' me envía a vosotros" (Éx 3,14). Por tanto, el nombre de Dios es: "Yo soy el que soy" o, más sintéticamente "Yo soy". Detengámonos a perfilar el significado de la frase "Yo soy".

La locución "Yo soy" puesta en labios de Dios presenta un doble significado a lo largo del AT.

1°. En los tiempos antiguos, cuando los israelitas eran nómadas, la expresión "Yo soy" se comprendía como "el que hace ser". El Señor no habita en el cielo sin más; se preocupa y auxilia a su pueblo "haciéndole ser Israel". Notemos la semejanza con la tarea de un alfarero. El artesano toma barro y modelándolo lo "hace ser" una vasija. Dios actúa igual: elige a Abrán prometiéndole que le "hará ser un gran pueblo": "Yo haré de ti un gran pueblo" (Gn 12,2), Israel.

Un segundo relato de la vocación de Moisés describe plásticamente cómo Dios convierte (hace ser) a un grupo nómada en el pueblo de su propiedad. "Yo soy el Señor. Yo me manifesté a Abrahán, a Isaac y a Jacob [...]; yo establecí con ellos mi Alianza prometiéndoles la tierra de Canaán [...] y ahora he oído el clamor de los israelitas, a quienes los egipcios tienen sometidos a esclavitud [...]. Yo soy el Señor [...]. Os libraré de la esclavitud [...], os tomaré para que seáis mi pueblo y yo seré vuestro Dios [...]. Os llevaré a la tierra que juré dar a Abrahán, a Isaac y a Jacob, y os la daré en posesión. Yo, el Señor" (Éx 6,2-9). La frase "os tomaré para que seáis mi pueblo" puede entenderse, en un sentido más literal, como "os haré mi pueblo" (Éx 6,7).

El Señor "hace a su pueblo" (Éx 6,7). Convierte a un grupo nómada en el pueblo de su propiedad mediante un intenso proceso: le habla, se le aparece, establece una Alianza con él, le escucha, comprende su dolor, le libera de la esclavitud y le ofrece la tierra prometida a los antepasados (Éx 6,2-9). El proceso divino en favor de su pueblo no es una actividad aséptica. Dios actúa siempre con amor apasionado porque él mismo es amor (cf. 1 Jn 4,8). Dice el Señor a su pueblo: "Yo soy el Señor, tu Dios [...], tú vales mucho para mí, eres valioso y te amo" (Is 43,3-4). En definitiva, Dios convierte un grupo nómada en su propio pueblo modelándolo con amor apasionado. El Señor también desea "hacernos ser" personas plenamente humanas, actuando sobre nosotros con amor apasionado.

2°. Con el paso del tiempo, los israelitas liberados se asentaron en Canaán. Lentamente la condición nómada fue perdiéndose y se convirtieron en un pueblo sedentario. El cambio en el estilo de vida implicó una variación en el lenguaje. La comprensión de la locución "Yo soy" como "el que hace ser" se fue perdiendo y se quedó sólo en "Yo soy". Veamos qué significa "Yo soy" cuando los israelitas se han convertido en un pueblo sedentario.

Antes de que los israelitas llegaran a Canaán, la zona estaba ocupada por los cananeos. Cuando los hebreos se establecieron en Canaán, trabaron relaciones con los cananeos. La religión cananea contaba con muchos dioses (Baal, Aserá, etc.) a quienes adoraban mediante numerosas imágenes y rituales complejos. Los israelitas fueron atraídos por la exuberancia del culto cananeo, olvidaron al Señor que les había liberado de Egipto y adoraron a las divinidades cananeas.

Los profetas fueron los encargados de recordar al pueblo que sólo el Señor es Dios y que, como consecuencia, los ídolos no tienen carácter divino. El profeta Isaías cuando se dirige a los ídolos les llama "los que no son" (Is 41,29), "nada" (Is 41,24), "nulidad" (Is 45,29). En contraposición a los ídolos, el Señor aparece como el único Dios: "Yo soy el Señor, y no hay otro" (Is 45,5). Isaías enseña que la salvación se halla sólo en las manos del Señor y no en el falso poder de los ídolos. El Señor es autor de la creación (Is 40,26) y dirige la historia (Is 41,1-5) para propiciar la liberación de Israel (Is 43,1). Los ídolos son incapaces de cualquier actua-

ción (Is 41,23) sencillamente porque “no son” dioses, y por tanto es absurdo elegirlos (Is 41,24).

Las dos acepciones de la locución “Yo soy” exponen claramente la intimidad de Dios. El Señor es el único Dios y no hay otro; por tanto, el Señor no es sólo el Dios de Israel, sino de toda la humanidad. Al ser el único Dios, el Señor es el único capaz de salvar, es decir, de modelar a Israel y a todos los pueblos con amor apasionado.

Moisés es el personaje del AT que capta con mayor profundidad el nombre de Dios. La razón aparece en el libro del Eclesiástico, donde se define a Moisés como “un hombre de bien” (Eclo 45,1). El hombre de bien transmite la bondad divina que brota del corazón abierto a la ternura de Dios.

e) La misión de Moisés

Los israelitas gemían por la opresión de los egipcios (Éx 2,23). El dolor del pueblo oprimido conmovió las entrañas del Señor, que dijo a Moisés: “He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto [...] voy a bajar para librarlo del poder de los egipcios” (Éx 3,7-8). Notemos un detalle importante: Israel sufre en Egipto, pero, antes de que ofrezca sacrificios complejos implorando la salvación, el Señor se adelanta a liberarlo. El Señor se adelanta a liberar a Israel porque Dios se adelanta siempre a amarnos. El Señor nos ama antes de que le conozcamos: ¡Dios nos ama primero! (cf. 1 Jn 4,1).

Las religiones antiguas muestran al hombre angustiado ante los avatares de la vida. El hombre oprimido ofrece sacrificios para conquistar el favor de Dios y obtener su ayuda en las dificultades. Israel también padece oprobio en Egipto. Pero, y ahí radica la diferencia, no es Israel quien conquista el favor de Dios con sacrificios; es el Señor quien escucha el clamor del pueblo y se adelanta a amarlo y liberarlo (Éx 3,7-9).

Nuestro Dios no es indiferente ante el sufrimiento humano: “Los israelitas, esclavizados, gemían y clamaban, y sus gritos de socorro llegaron a Dios [...]. Dios se fijó y comprendió su situación” (Éx 2,23-25). Desde la perspectiva divina, “comprender una situación de opresión” no implica sólo entenderla racionalmente; desde la óptica divina, “comprender” significa “comprometerse” en la liberación de quien sufre.

El Señor se compromete de muchas maneras, pero la forma privilegiada del compromiso divino pasa a través del compromiso humano en la liberación de quien padece. El hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios (Gn 1,27) y es, por tanto, quien vigila en nombre de Dios el deambular de la sociedad para estructurarla a imagen y semejanza del Creador.

El Señor elige a Moisés, un hombre, para liberar a los israelitas oprimidos. Dios le da una orden taxativa: “Ve, pues, yo te envío al faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, a los israelitas” (Éx 3,10). Moisés no se siente preparado para la misión encomendada por Dios. Pero el Señor le regala la fuerza necesaria para llevar adelante el proyecto liberador: “Yo estaré contigo” (Éx 3,12). Demasiadas veces pensamos que los proyectos de Dios salen adelante sólo con las fuerzas humanas, y no es verdad. Los proyectos de Dios triunfan cuando utilizamos las herramientas de Dios: la humildad, la plegaria, la entrega, la gracia, etc.

El Señor no promete a Moisés una fuerza teórica, sino una energía eficaz para llevar adelante el plan divino. Dice Dios a Moisés: “Ésta será la señal de que yo te he enviado; cuando hayas sacado al pueblo de Egipto, me daréis culto en este monte” (Éx 3,12). El monte donde se halla Moisés es el Horeb (Éx 3,1); cuando Moisés ha sacado a los israelitas de Egipto se detiene mucho tiempo en el monte Sinaí (Éx 19; Nm 10,11). En el Sinaí, el Señor entrega al pueblo por mediación de Moisés las tablas de la ley y prescribe muchas normas culturales y sociales.

La localización geográfica del Horeb y del Sinaí sigue siendo incierta, pero la tradición bíblica identifica ambas montañas (Dt 5,2). Ambas constituyen el monte de Dios; el Señor envía a Moisés desde una montaña, el Horeb, y recibirá el culto agradecido del pueblo liberado en la misma montaña, el Sinaí.

Moisés se entrega al Señor y con la fuerza divina emprende la tarea liberadora. Vuelve a Egipto, habla con el faraón, recibe la ayuda de su hermano Aarón, constriñe al faraón mediante las plagas, celebra la Pascua, sale de Egipto con el pueblo liberado, divide las aguas del mar que atraviesa junto a los israelitas, cruza el desierto, lleva al pueblo

hasta las estepas de Moab y muere en la cima del monte Nebo contemplando la tierra prometida (Éx 4-Dt 34). Durante el camino son innumerables las ocasiones en las que Moisés recurre al Señor para recibir su fuerza y perseverar en el camino. No nos fiemos sólo de nuestras fuerzas: nuestra gran fuerza es la presencia en nosotros del Dios liberador.

f) El prodigio del Éxodo

El Éxodo implica dos acontecimientos: la salida de los israelitas de Egipto y el camino por el desierto hasta alcanzar la tierra prometida. La Biblia narra la salida de los israelitas de Egipto de forma exuberante: “Los israelitas partieron de Rameses hacia Sucot; eran unos seiscientos mil los que iban a pie, sin contar a las mujeres y a los niños. Partió también con ellos una gran muchedumbre de gentes con ovejas y vacas en gran cantidad” (Éx 12,37-38). Aparece aún otro elemento: “Siguiendo la orden de Moisés, los israelitas pidieron a los egipcios vestidos y objetos de plata y oro [...]. Así despojaron a los egipcios” (Éx 12,35-36). La lectura antigua de la Biblia entendía esos datos literalmente. Pero hagámonos algunas preguntas.

Los israelitas recién salidos de Egipto deben cruzar la península del Sinaí antes de llegar a la tierra prometida. La península constituye un desierto árido, donde sólo pueden subsistir grupos humanos reducidos. ¿Pueden cruzar a la vez el desierto del Sinaí seiscientos mil hombres, sin contar las mujeres y los niños? Si consideramos la gran muchedumbre de gente que les acompañaba, llegamos a una contradicción. En el desierto del Sinaí no hay agua ni comida suficiente para alimentar a tanta gente durante cuarenta años (cf. Nm 14,33). ¿Puede una multitud de vacas encontrar pastos en un desierto baldío? ¿Es creíble que los esclavos israelitas pidieran a sus dueños egipcios oro y plata y que éstos les regalaran los metales preciosos sin objeción alguna?

Además, cuando analizamos el itinerario del Éxodo expuesto en la Biblia (Nm 33), aparecen dos paradojas. Por una parte, muchas localidades citadas en Nm 33 no han sido halladas por los geógrafos ni excavadas por los arqueólogos; por otra, el itinerario de Nm 33 ubica algunas localidades como si fueran vecinas, cuando están muy alejadas entre sí en la península del Sinaí. Esas cuestiones y algunas otras lleva-

ron a los investigadores a profundizar en la realidad histórica del Éxodo.

Los estudiosos observaron la existencia de textos donde la salida de los israelitas de Egipto aparece como una huida, mientras otros pasajes la describen como una expulsión. Y de ahí dedujeron la existencia de dos éxodos distintos, cuyas descripciones se entrelazaron después al redactarse la historia de Israel. Los arqueólogos denominaron al primer éxodo de Egipto éxodo-expulsión, y al segundo, éxodo-huida.

El éxodo-expulsión habría acontecido en torno al año 1550 a.C., tras una historia compleja. Los hicsos eran un pueblo de raza semita que ocupó casi todo Egipto hacia el año 1720 a.C. Sin embargo, los faraones pudieron refugiarse en el sur de Egipto y, con el paso del tiempo, emprendieron la reconquista del país, hasta que en el año 1552 retomaron el poder expulsando a los hicsos. Aprovechando la presencia de los hicsos, los hijos de Jacob, también de raza semita, llegaron a Egipto y ocuparon el territorio de Gosén. Pero cuando el faraón Kamoses expulsó a los hicsos, también echó a la mayor parte de los descendientes de Jacob asentados en el país del Nilo. Los descendientes de Jacob tomaron la ruta que cruza la zona norte de la península del Sinaí y penetraron en el país de Canaán por el sur.

El éxodo-huida podría situarse hacia el año 1250 a.C. Tras la expulsión de la mayoría de los hijos de Jacob, habría permanecido en Egipto una minoría relevante de israelitas: escribas, administradores y comerciantes. En torno al año 1250 a.C. se habría producido en Egipto una concatenación de catástrofes naturales, delineadas en la Biblia mediante el relato de las plagas. Aprovechando la desgracia de los egipcios, algunos israelitas al mando de Moisés habrían conspirado contra el poder faraónico, pero al ser descubierta su intriga habrían tenido que huir de Egipto. Empezarían la huida a través de la zona norte de la península del Sinaí, se dirigirían luego hasta la zona sur y, finalmente, al mando de Josué entrarían en Canaán por el este tras cruzar el Jordán.

La hipótesis del doble Éxodo es interesante, pero está repleta de conjeturas y, lentamente se ha ido descartando. Ciertamente tuvo lugar el Éxodo de los israelitas esclavos en

Egipto hasta el país de Canaán, pero aconteció de una forma distinta a la expuesta por la teoría del doble Éxodo.

Los israelitas vivían en Egipto como esclavos, pero también como obreros y soldados mercenarios. Los obreros, con el tiempo, podían adquirir un mejor nivel de vida. Los soldados se licenciaban al final de su servicio. Los esclavos podían emanciparse valiéndose de las turbulencias políticas, frecuentes en el imperio de los faraones. De ese modo y lentamente, los israelitas regresaban al país de Canaán donde residían sus hermanos. En el conjunto de esta lenta salida debió de producirse algún suceso político en el que un personaje destacado, Moisés, salió de Egipto con un grupo israelita. Moisés y sus acompañantes anduvieron por el desierto del Sinaí, donde experimentaron la presencia del Señor, y se comprometieron a llevar una existencia acorde con los Mandamientos divinos.

La Biblia no es un libro de historia en el sentido moderno del término. La Biblia contempla los acontecimientos desde la perspectiva de la fe. Por eso, donde la razón percibe sólo la casualidad, la Escritura descubre la providencia de Dios en favor del ser humano.

El acontecimiento del Éxodo fue un entresijo de sucesos económicos, políticos y sociales que propiciaron la liberación de los israelitas de Egipto. La Biblia no circunscribe la comprensión de los hechos a los factores variables de la situación social. La Sagrada Escritura percibe en la liberación de los israelitas la actuación privilegiada de Dios en la historia del pueblo hebreo; actuación realizada por mediación de Moisés, en nombre de Dios. Así lo atestigua la fe israelita aludida antes en el "Pequeño credo histórico de Israel": Dt 6,20-24; 26,5-9; Jos 24,2-13.

4. Síntesis y aplicación a la vida

El acontecimiento central del AT estriba en la liberación de los israelitas de la esclavitud de Egipto. El Señor liberó a su pueblo y lo condujo hasta la tierra prometida por mediación de Moisés. La tierra regalada por el Señor a su pueblo es la misma que prometió a Abrahán, Isaac y Jacob.

La centralidad del acontecimiento del Éxodo y de la figura de Moisés es crucial en todo el AT. La Biblia resalta por todas partes la figura de Moisés, pero, tal vez, el mejor elogio proviene del libro del Deuteronomio: "No ha vuelto a surgir en Israel un profeta semejante a Moisés, con quien el Señor trataba cara a cara. Nadie ha vuelto a hacer los milagros y maravillas que el Señor le mandó hacer en el país de Egipto ante el faraón, sus siervos y su territorio. No ha habido nadie tan poderoso como Moisés, pues nadie ha realizado las grandes hazañas que él realizó a la vista de todo Israel" (Dt 34,10-12).

Moisés libera al pueblo esclavizado y traba una amistad personal con el Señor. Según la mentalidad antigua, la percepción del significado del nombre de alguien implicaba la existencia de una relación profunda entre ambas personas.

Moisés descubre el nombre de Dios desde una doble perspectiva. Por una parte, el Señor se manifiesta como el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob (Éx 3,6.15). Utilizando esa forma de hablar, el Señor se revela a Moisés como el Dios amigo: el Dios que acompañó a los patriarcas es el mismo que habla a Moisés desde la zarza. Por otra parte, al descubrirse a Moisés como "Yo soy el que soy" (Éx 3,14), le manifiesta su compromiso de transformar con amor apasionado al pueblo esclavizado convirtiéndolo en el pueblo liberado.

Yavé es el Dios que libera; no sólo salvó a Israel de Egipto, sino que también nos libera hoy. Sentirse liberado significa creer que Dios nos ha ganado para sí, nos ha amado primero. Significa confiar en que si nos mantenemos fieles al Dios del amor, luchando por la liberación de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, no habrá contrariedad capaz de aniquilarnos para siempre.

“He visto..., he oído..., ve, pues, yo te envío”

Ambientación

La liberación de la esclavitud de Egipto constituye el acontecimiento central del AT y es un tema que continúa siendo actual para los cristianos, porque ese rostro del Dios liberador se nos ha hecho cercano en Jesucristo y, por tanto, estamos llamados a hacerlo visible en la sociedad en la que nos toca vivir.

Antes de comenzar, buscamos **Éx 3,1-15**.

Miramos nuestra vida

Hace mucho que fue abolida la esclavitud; sin embargo, basta abrir los ojos para darnos cuenta de que mucha gente continúa, de una manera u otra, cautiva. Pero la cautividad del siglo XXI es taimada y adopta múltiples caras: la servidumbre de los niños vendidos a proxenetas, el silencio de las mujeres atemorizadas por la violencia de género, el clamor de los pueblos aplastados por el peso del hambre...

– *¿Qué otros casos actuales de cautividad conoces?*

– *¿Cómo reacciona nuestra sociedad? ¿Y tú?*

Escuchamos la Palabra de Dios

La Biblia nos habla de un tiempo en el que un grupo de israelitas estuvieron cautivos, marcados por la opresión. Pero un hombre llamado por Dios puso en marcha el drama de la liberación del pueblo, esclavo en Egipto. Vamos a leerlo sin prisas, con respeto, poniéndonos en el lugar de los anti-

guos israelitas y tratando de descubrir el mensaje de fe que encierra el texto.

- Antes de escuchar la Palabra, dejamos unos momentos de silencio e invocamos la presencia del Espíritu.

- Un miembro del grupo proclama en voz alta Éx 3,1-15.

- Guardamos unos momentos de silencio. Leemos de nuevo el pasaje personalmente, consultamos las notas de nuestra Biblia y recordamos el contenido de la reunión anterior.

- Respondemos juntos a estas preguntas para entender mejor el texto:

- *¿De qué manera se revela Dios a Moisés en este episodio? Fíjate en los signos y en las palabras.*

- *¿Como reacciona Moisés ante la presencia de Dios?*

- *¿A qué envía Dios a Moisés? ¿Por qué lo hace?*

- *¿Qué objeciones pone Moisés frente a la misión a la que Dios le envía?*

- *¿Cómo responde Dios a cada una de esas objeciones?*

- *¿Qué significa el nombre de Dios revelado en el versículo 14?*

- *¿Qué rasgos de Dios resaltan más en este pasaje?*

Volvemos sobre nuestra vida

El Éxodo no es sólo un acontecimiento del pasado. Ya hemos recordado que en muchos lugares y situaciones, los hombres y mujeres de nuestro mundo siguen clamando por la libertad, como los israelitas oprimidos en Egipto. Con la luz que nos ha ofrecido el pasaje bíblico, vamos a iluminar la experiencia inicial, subrayando nuestro compromiso de fe. Pueden ayudaros las siguientes preguntas:

- *Recuerda los casos de cautividad de los que hablábamos al comienzo de la sesión. ¿Quiénes son los "israelitas oprimidos" de hoy? ¿Quiénes están de la parte de Dios, como Moisés? ¿Quiénes de la parte del "faraón"?*

- *¿Crees que Dios se sigue conmoviendo ante el clamor de su pueblo? ¿Qué dirías a los que afirman que Dios se ha*

vuelto sordo y mudo y no atiende los gemidos de los que sufren?

- *¿Oyes tú ese clamor? ¿Cómo te compromete?*

Oramos

Dios sigue presente en nuestra historia para intervenir en ella; continúa enviando portavoces para liberar a su pueblo de quienes lo aprisionan. Sentir esta pasión de Dios es ponerse apasionadamente al lado de los aplastados por las fuerzas faraónicas. Pero necesitamos ser liberados para después liberar, ser "agarrados" por Dios para dejarnos después "enviar". Vamos a pedírselo al Señor.

En el centro de la sala colocamos un cirio pascual encendido, símbolo de Cristo resucitado, y, al lado, unas cadenas, símbolo de las esclavitudes que hoy mantienen atadas a tantas personas.

- Suena la *Sinfonía del nuevo mundo*, de A. Dvorak. Mientras, se proclama Éx 3,1-15.

- Tras la lectura, los participantes oran en silencio. Escriben en un papel algunas situaciones que mantienen atados a los hombres y mujeres de nuestro mundo o a ellos mismos.

- Cada participante quema el papel de las esclavitudes en la llama del cirio rezando una breve oración en voz alta. De este modo, manifestamos el deseo de acabar con todos los cautiverios y de comprometernos, con la fuerza de Cristo resucitado, en la tarea de liberar.

- Terminamos cantando una canción que sepamos todos. Por ejemplo, *Habrá un día en que todos al levantar la vista...*, de J. A. Labordeta.

III

**¿DÓNDE PUEDO ENCONTRARME
CON EL DIOS LIBERADOR?**

LOS MANDAMIENTOS

El encuentro con Dios en la vida cotidiana



Tras el pecado, simbolizado en la narración de Adán y Eva, el Señor no abandonó al ser humano a los caprichos del destino. Dios confió de nuevo en el hombre. Llamó a Abrahán y le bendijo, prometiéndole una descendencia numerosa y la posesión de la tierra de Canaán (Gn 12,1-9). Más tarde, cuando los israelitas sufrían la esclavitud en Egipto, el Señor los liberó por mediación de Moisés (Éx 3,1-14). ¿Dónde podemos encontrarnos personalmente con el Dios bueno que llama y libera?

La Sagrada Escritura insiste en que Dios está en todas partes. Pero hay dos lugares privilegiados donde podemos encontrar personalmente al Dios liberador. Conocemos a Dios cuando cumplimos sus Mandamientos (Dt 5,1-22) y cuando somos fieles a la Alianza que ha trabado con nosotros (2 Sm 7,1-29). Comenzaremos analizando los Mandamientos tal como los presenta el libro del Deuteronomio y, en el próximo tema, reflexionaremos sobre la Alianza entablada por Dios con el rey David.

1. Los Mandamientos en el conjunto de la legislación israelita

Las leyes nacen de la necesidad que tiene la sociedad de conducirse de una manera ordenada que fomente su cohesión y desarrollo. Las diversas situaciones sociales originan la aparición de leyes que, al agruparse, constituyen los códigos legales. El AT realiza una lectura creyente de los acontecimientos y percibe en ellos la intervención de Dios en la historia. Por eso no atribuye el ordenamiento jurídico sólo a la necesidad social, sino a la intervención divina en la historia.

Salvo casos particulares y tardíos, la Biblia muestra que las leyes israelitas emanan de la voluntad de Dios, quien las promulga por mediación de Moisés. El monte Sinaí contempla la proclamación del Decálogo ético (Éx 20,1-17), el Decálogo cultural (Éx 34,14-28), el Código de la Alianza (Éx 20,22-23,19), la Ley de Santidad (Lv 17-26) y los preceptos rituales y culturales (Lv 1-7; 8-10; 11-16). En las estepas de Moab, Moisés ordenará pregonar el llamado Dodecálogo siquemita (Dt 27,15-26), recordará el Decálogo ético (Dt 5,6-22) y proclamará el Código Deuteronomico (Dt 12-25).

La sociedad israelita antigua constituía una realidad compleja, cuya unidad básica era la familia. Un conjunto de familias formaba un clan, y la asociación de clanes constituía la tribu. En los ámbitos de la familia, el clan y la tribu, fueron naciendo leyes para regular la conducta de los individuos y los grupos. Durante el período de la conquista de la tierra, los procesos judiciales tenían lugar a las puertas de la ciudad, donde los ancianos dirimían los litigios (Rut 4,1-12). Pero existían también personajes que impartían justicia; un ejemplo concreto lo constituye la profetisa Débora, que era juez en Israel (Jue 4,4).

Una vez constituidos los reinos de Judá e Israel, la corte adquirió importancia jurídica. El rey asumió la tarea de impartir justicia. Saúl inflige un castigo a Amalec cumpliendo la orden divina transmitida por Samuel (1 Sm 15,1-4), y ha llegado a ser paradigmático el juicio de Salomón (1 Re 3,16-28).

La religión constituía una pieza clave de la sociedad, y los santuarios desempeñaban un notable papel legislativo. Además de regular el ceremonial litúrgico, dirimían cuestio-

nes penales y civiles. Junto a los santuarios importantes (Guilgal, Betel, Siló, Siquén) se celebraban encuentros (cf. Jos 24) donde las tribus intercambiaban su experiencia jurídica y, frecuentemente, copiaban la normativa legal de los pueblos vecinos adaptándola a sus necesidades. Erigido el templo de Jerusalén, los sacerdotes de la ciudad santa legislaron sobre cuestiones religiosas, civiles y penales.

La legislación israelita es compleja, pero, en síntesis, presenta dos tipos de leyes: leyes apodícticas y casuísticas. Las leyes apodícticas prohíben u ordenan algo sin matización ninguna. Cuando manifiestan una prohibición se denominan "leyes apodícticas prohibitivas", y cuando expresan una orden de obligado cumplimiento se llaman "apodícticas imperativas". Las leyes casuísticas matizan las condiciones en las que debe aplicarse la ley en cada caso concreto. Veámoslo mediante algunos ejemplos.

Ley apodíctica prohibitiva: "No robarás" (Éx 20,15). La ley es apodíctica porque implica una prohibición que no consiente matiz alguno: no prevé ningún caso en el que sea lícito robar. A menudo, las leyes apodícticas incluyen una explicación encabezada por la palabra "porque": "No moles-tes ni oprimas al forastero, porque vosotros también fuisteis forasteros en Egipto" (Éx 22,20).

Ley apodíctica imperativa: "Guardaréis mis sábados y honraréis mi santuario" (Lv 19,30). Esta ley es apodíctica imperativa porque ordena respetar el sábado y honrar el santuario en cualquier situación. Debido a su concisión, las leyes apodícticas suelen incluir una explicación o una exhortación o ambas cláusulas a la vez: "Honra a tu padre y a tu madre como te ha mandado el Señor, tu Dios, para que se prolonguen tus días y seas feliz en la tierra que el Señor, tu Dios, te da" (Dt 5,16).

Las leyes casuísticas refieren un caso concreto y pronuncian una sentencia precisa: "Si uno causa daño en el campo o la viña de otro dejando pacer en ellos su ganado, resarcirá el daño con lo mejor de su campo o de su viña" (Éx 22,4). Las leyes casuísticas, a menudo, incorporan matizaciones que manifiestan la continua readaptación de la ley a nuevas circunstancias: "Si uno deja en custodia dinero o utensilios y éstos son robados de su casa, cuando se en-

cuentre al ladrón restituirá el doble, pero, si no lo encuentran, el dueño de la casa se presentará ante Dios y jurará que no se ha apropiado de los bienes del otro” (Éx 22,6-7).

Las leyes emitidas por los jueces, el rey, los santuarios y el templo de Jerusalén fueron multiplicándose por la necesidad de aplicar los principios generales a casos concretos, y por la necesidad de adaptar la ley a nuevas situaciones.

Los grandes principios legales debían aplicarse a casos precisos, naciendo de ese modo la casuística. Veamos un ejemplo de aplicación y adaptación de leyes antiguas a casos más recientes. El castigo derivado del incumplimiento del Mandamiento “no matarás” (Éx 20,13) depende de diversos aspectos. Debe determinarse si hubo alevosía en el asesinato (Éx 21,12-15) o si la persona muerta estaba cometiendo alguna tropelía contra quien le mató (Éx 22,1-2).

Los cambios en la situación social determinan la abolición de algunas leyes y la aparición de otras. Al principio, los israelitas, como pueblo nómada, se guiaban, entre otras, por dos leyes fundamentales: la ley de la hospitalidad y la ley de la venganza de sangre.

El deber de la hospitalidad hacia los extraños es fundamental entre los nómadas. El desierto es un hábitat inhóspito, por eso quien llega a un campamento no es un intruso, sino que goza de la hospitalidad durante tres días y tiene derecho a protección durante otros tres. Abrahán practica la hospitalidad acogiendo a tres caminantes que pasan junto a su tienda en Mambré (Gn 18,1-8).

La ley de la venganza de sangre reposa en el principio de solidaridad tribal. La deshonra recibida por un miembro de la comunidad repercute en todo el grupo y por eso debe ser vengada por algún miembro del grupo ofendido. Veamos algún ejemplo: el Génesis narra el pasaje metafórico en el que Simeón y Leví vengan la deshonra sufrida por su hermana Dina (Gn 34,27-31), y Joab mata a Abner para vengar la muerte de su hermano Asael (2 Sm 2,22-23; 3,22-27).

Los israelitas, al convertirse en un pueblo sedentario, establecieron nuevas leyes para encauzar la sociedad urbana. Las leyes regularon el préstamo y la usura (Éx 22,24-26; Dt 24,10-13) y el salario de los trabajadores (Dt 24,14-15).

El asentamiento propició la importancia del templo de Jerusalén, con lo cual debieron establecerse nuevas normas para la celebración del culto. A partir del siglo V a.C., mediante la reforma de Nehemías, nacerá la ley según la cual los matrimonios (Neh 10,31) deben celebrarse en el seno del mismo clan para salvaguardar el patrimonio familiar (Gn 24,3-4).

Los redactores de la Biblia, desde una perspectiva espiritual, colocaron las leyes bajo la autoridad de Dios y situaron su proclamación en labios de Moisés en el monte Siná o en las estepas de Moab. De este modo, dotaron a las leyes de autoridad divina.

Sin embargo, desde la perspectiva histórica, las leyes fueron redactadas para el buen funcionamiento de la sociedad y fueron recopilándose a lo largo del tiempo según varios criterios. El criterio mnemotécnico permite memorizar los preceptos fundamentales. Con este método, y apelando al número de dedos de las manos, se confeccionaron el Decálogo ético (Éx 20,1-17; Dt 5,6-22) y el Decálogo cultural (Éx 34,14-28). Utilizando el sistema sexagesimal se elaboró el Dodecálogo siquemita (Dt 27,15-26). Algunos preceptos se aglutinaron por la semejanza de estilo en su formulación jurídica (Éx 21,12-17), y otros, por abarcar un contenido parejo (Éx 23,14-19; Lv 1-16; 18,6-23). Aparecen, además, notables agrupaciones de leyes en tres códigos: Código de la Alianza (Éx 20,22-23,19), Código Deuteronomico (Dt 12-25) y Ley de Santidad (Lv 17-26).

2. Lectura del texto: Dt 5,1-22

¹ Moisés convocó a todo Israel y les dijo: “Escucha, Israel, las leyes y preceptos que os doy a conocer hoy. Apréndelos y procura ponerlos en práctica. ² El Señor, nuestro Dios, hizo con nosotros una Alianza en el Horeb. ³ No hizo el Señor esta Alianza con nuestros antepasados, sino con nosotros, los mismos que todavía hoy estamos aquí vivos. ⁴ El Señor os habló cara a cara en la montaña desde el fuego. ⁵ Yo estaba entonces entre el Señor y vosotros para transmitir sus palabras, porque tuvisteis miedo de aquel fuego y no subisteis a la montaña. ⁶ Él dijo:

Yo soy el Señor, tu Dios; yo te he sacado de Egipto, de aquel lugar de esclavitud.

7 No tendrás otros dioses fuera de mí.

8 No te harás ídolos, ni imagen tallada alguna de lo que hay arriba en los cielos, o abajo en la tierra, o en las aguas, debajo de la tierra. 9 No te postrarás ante ellos ni les darás culto, porque yo, el Señor, tu Dios, soy un Dios celoso, que castigo la maldad de los padres en los hijos hasta la tercera y la cuarta generación, cuando me aborrecen, 10 pero tengo misericordia por mil generaciones de los que me aman y guardan mis Mandamientos.

11 No pronunciarás el nombre del Señor, tu Dios, en vano, porque el Señor no dejará impune a quien pronuncie su nombre en vano.

12 Guarda el sábado, santificalo, como el Señor, tu Dios, te ha mandado. 13 Trabajarás seis días y en ellos harás tus faenas, 14 pero el séptimo día es día de descanso consagrado al Señor, tu Dios. No harás en él trabajo alguno, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu esclavo ni tu esclava, ni tu buey, ni tu asno, ni ninguna de tus bestias, ni el inmigrante que vive en tus ciudades, de modo que tu esclavo y tu esclava descansen lo mismo que tú. 15 Acuérdate de que tú también fuiste esclavo en el país de Egipto y de que el Señor, tu Dios, te sacó de allí con mano fuerte y brazo poderoso. Por eso el Señor, tu Dios, te manda guardar el sábado.

16 Honra a tu padre y a tu madre como te ha mandado el Señor, tu Dios, para que se prolonguen tus días y seas feliz en la tierra que el Señor, tu Dios, te da.

17 No matarás.

18 No cometerás adulterio.

19 No robarás.

20 No levantarás falso testimonio contra tu prójimo.

21 No codiciarás la mujer de tu prójimo, ni desearás la casa de tu prójimo, su campo, su esclavo o su esclava, su buey o su asno, ni nada de lo que le pertenece'.

22 Éstos son los Mandamientos que el Señor proclamó a toda vuestra asamblea en la montaña, en medio de densos nubarrones. No añadió más. Los escribió en dos losas de piedra que me entregó".

3. Elementos del texto: Dt 5,1-22

a) El escenario donde se proclaman los Diez Mandamientos

El Decálogo ético, llamado coloquialmente "los Diez Mandamientos", aparece en dos lugares de la Escritura: Éx 20,1-17 y Dt 5,6-22.

La primera proclamación del Decálogo la realiza el mismo Dios en el monte Sinaí. El texto comienza la enumeración de los Mandamientos diciendo: "Entonces Dios pronunció estas palabras..." (Éx 20,1), y tras esa frase aparecen escritos los Mandamientos concretos (Éx 20,2-17).

El escenario de la entrega de los Mandamientos a Moisés en el Sinaí constituye una manifestación de la divinidad. Moisés sube al monte mientras el pueblo espera en la falda de la montaña. El Sinaí está envuelto en humo, pues el Señor ha descendido en medio del fuego. En la cima, Dios habla con Moisés y ordena la purificación del pueblo. Moisés baja de la montaña y decreta la puesta en práctica de las normas de purificación ordenadas por Dios. Después, el Señor proclama el Decálogo solemnemente (Éx 20,1-17).

La segunda proclamación del Decálogo figura en el libro del Deuteronomio. ¿Qué narra el Deuteronomio?

Para comprenderlo mejor, retrocedamos un poco en el relato de la historia sagrada. El libro del Éxodo explica la esclavitud de los israelitas en Egipto y su posterior liberación (Éx 1-15,21). Continúa narrando cómo el pueblo liberado peregrinó hasta el monte Sinaí, donde recibió el Decálogo y otras leyes culturales y morales (Éx 15,22-40,38). Acampados junto al Sinaí, los israelitas recibieron otras leyes contenidas en el libro del Levítico y en el de los Números (Lv 1,1; Nm 10,10). El día veinte del segundo mes del segundo año desde la salida de Egipto, los israelitas reemprenden la marcha (Nm 10,11-12) hasta alcanzar el país de Moab, al otro lado del Jordán, frente a la tierra prometida (cf. Dt 1,5).

Cuando los israelitas alcanzan el país de Moab, desde donde se ve la tierra prometida, comienza la historia narrada por el Deuteronomio. El libro del Deuteronomio contiene tres discursos dirigidos por Moisés a los israelitas antes de

que el pueblo penetre en la tierra de promisión (Dt 1,6-4,43; 4,44-28,68; 28,69-30,20). El libro concluye con unas disposiciones finales y la narración de la muerte de Moisés (Dt 31-34). Moisés pronuncia los tres discursos y muere el mismo día. Los Libros Históricos narran los sucesos acaecidos durante largos periodos; sin embargo, el Deuteronomio se limita a describir un solo día de la vida de Moisés y de los israelitas.

El relato del Decálogo (Dt 5,1-22) aparece en el segundo discurso de Moisés al pueblo (Dt 4,44-28,68). En la proclamación del Decálogo realizada en el Sinaí era Dios quien hablaba directamente a su pueblo. Pero en la narración del Deuteronomio es Moisés quien rememora la Alianza establecida por Dios con su pueblo y quien recuerda la obligación de cumplir los Mandamientos divinos.

Tal como relata el libro del Éxodo, Dios estableció la Alianza y dio los Mandamientos a su pueblo en la cima del Sinaí (Éx 19,1-21). Sin embargo, Moisés, en su discurso al pueblo contenido en el Deuteronomio, no sitúa la recepción de los Mandamientos en el Sinaí, sino en el monte Horeb (Dt 5,2). Este dato atestigua cómo la tradición bíblica ubicaba la revelación de Dios a Moisés sobre una montaña conocida bajo dos nombres: Sinaí y Horeb.

Moisés recuerda al pueblo la Alianza y los Mandamientos en las estepas de Moab, pero realiza dos matizaciones importantes. Los Mandamientos imperados por Dios en el Sinaí no pertenecen al pasado, sino que adquieren su validez en el momento presente. Por eso utiliza Moisés la palabra "hoy": "las leyes y los preceptos que os doy a conocer hoy. Apréndelos y procura ponerlos en práctica" (Dt 5,1). También recuerda al pueblo reunido que la Alianza divina no la trabó Dios sólo con "nuestros antepasados, sino con nosotros" (Dt 5,3).

Los términos "hoy" y "nosotros", utilizados por Moisés, no se refieren sólo a la generación que penetró en Canaán. El "hoy" y el "nosotros" también aluden a la realidad cotidiana que vivimos. Es aquí y ahora donde Dios exige la vivencia radical de los Mandamientos. No basta conocer los Mandamientos: hay que ponerlos en práctica y de forma ejemplar.

b) Las dos versiones del Decálogo

El Decálogo ético se conserva en dos versiones parecidas, pero no idénticas (Éx 20,1-17; Dt 5,6-22). Veamos las identidades y discrepancias más importantes.

1ª. Cuatro Mandamientos figuran de la misma manera en ambos códigos: "No tendrás otros dioses fuera de mí" (Éx 20,3; Dt 5,7), "no matarás" (Éx 20,13; Dt 5,17), "no cometerás adulterio" (Éx 20,14; Dt 5,18), "no robarás" (Éx 20,15; Dt 5,19), "no darás falso testimonio contra tu prójimo" (Éx 20,16; Dt 5,20).

2ª. El libro del Éxodo vincula el descanso sabático a la creación del mundo, aludiendo de ese modo al séptimo día en el que Dios reposó tras la creación: "Porque en seis días hizo el Señor el cielo y la tierra [...] y el séptimo día descansó. Por ello bendijo el Señor el día del sábado y lo declaró santo" (Éx 20,11). El Deuteronomio, por su parte, asocia el descanso sabático a la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto: "Fuiste esclavo en el país de Egipto y el Señor, tu Dios, te sacó de allí [...]. Por eso el Señor, tu Dios, te manda guardar el sábado" (Dt 5,15).

3ª. La mujer constituye en el Decálogo promulgado en el libro del Éxodo uno de los bienes pertenecientes al varón: "No codiciarás la casa de tu prójimo, ni su mujer, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni nada de lo que le pertenezca" (Éx 20,17). En cambio, el Deuteronomio marca una diferencia entre la mujer y los enseres del varón. Una traducción literal diría: "No pretenderás la mujer de tu prójimo. No codiciarás su casa, ni sus tierras, ni su esclavo, ni su esclava, ni su buey, ni su asno, ni nada que sea de él" (Dt 5,21).

4ª. Notemos que Dt 5,21 habla de "casa" y "tierras", elementos propios de una sociedad sedentaria, mientras que la referencia a la "casa" y las "tierras" no aparece en Éx 20,17, que alude preferentemente a una sociedad nómada.

5ª. Apreciamos distintas maneras de formular los Mandamientos. Algunos constituyen una sentencia apodictica prohibitiva: "No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio contra tu prójimo" (Éx 20,13-16; Dt 5,17-20). Otros contienen una explicación detallada: "No te harás escultura, ni imagen alguna de nada de lo que hay

aquí arriba en el cielo, o aquí abajo en la tierra, o en el agua de debajo de la tierra" (Éx 20,4; Dt 5,8).

Algún Mandamiento añade una motivación para obligar el cumplimiento del precepto: "No tomarás el nombre de Dios en vano, porque el Señor no deja sin castigo al que toma su nombre en vano" (Éx 20,7; Dt 5,11). Otro añade la recompensa ofrecida a quien guarde el Mandamiento: "Honra a tu padre y a tu madre, para que vivas muchos años en la tierra que el Señor, tu Dios, te va a dar" (Éx 20,12; Dt 5,16).

6ª. En algunos Mandamientos, Dios habla en primera persona: "Yo soy el Señor, tu Dios, el que te sacó de Egipto [...] no te postrarás ante las imágenes ni les darás culto, porque yo, el Señor, tu Dios, soy un Dios celoso..." (Éx 20,2.5-6; Dt 5,6.9-10). Otros contienen una alusión al Señor formulada en tercera persona: "No tomarás en vano el nombre del Señor" (Éx 20,7; Dt 5,11); "porque en seis días hizo el Señor el cielo y la tierra..." (Éx 20,11); "acuérdate de que tú también fuiste esclavo en el país de Egipto y de que el Señor, tu Dios, te sacó de allí" (Dt 5,15); "para que vivas muchos años en la tierra que el Señor, tu Dios, te va a dar" (Éx 20,12; Dt 5,16).

7ª. El precepto sobre la observancia del sábado (Éx 20,8; Dt 2,12) y el referente a la honra debida a los padres constan en forma apodíctica imperativa (Éx 20,12; Dt 5,16): "Acuérdate del sábado para santificarlo [...] honra a tu padre y a tu madre". Mientras, los demás Mandamientos aparecen en la formulación apodíctica prohibitiva: "No matarás [...], no robarás" (Éx 20,13.15; Dt 5,17.19).

Las diferencias y analogías entre las dos formulaciones del Decálogo ofrecen una enseñanza importante. Según los estudiosos, existía un único Decálogo original, pero, con el paso del tiempo, fue recibiendo añadidos consistentes en pequeños comentarios legales y catequéticos. Fruto de esos retoques, el código primigenio ha llegado hasta nosotros en dos formulaciones muy semejantes, pero no idénticas: Éx 20,1-17 y Dt 5,6-22.

Este detalle debe hacernos comprender que el Pentateuco no se escribió de un tirón, sino en un lapso de tiempo prolongado. El Pentateuco recogió tradiciones antiguas de Israel, pero las fue adaptando a las nuevas situaciones sociales que vivía el pueblo. Cuando se adaptaba una ley anti-

gua a una situación nueva, no se abandonaba el recuerdo de la antigua ley. La antigua ley se conservaba con respeto. Por eso, cuando se publicó el Pentateuco se recogieron las leyes más importantes del pueblo hebreo, tanto las antiguas como las más recientes.

El interés de quienes redactaron las leyes del Pentateuco, y especialmente del Deuteronomio, no estribaba en acumular conjuntos legales porque sí. Los compiladores centraban el interés en que los israelitas vivieran según los preceptos de Dios en cualquier momento de su vida. De ahí que el Deuteronomio sea tan repetitivo en cuanto al contenido y recuerde siempre que los Mandamientos están escritos para ser cumplidos en el momento presente. Hoy, ahora, es el tiempo para poner en práctica la ley de Dios.

c) El contenido ético del Decálogo

Habitualmente, el Decálogo se ha subdividido en dos secciones. La primera sección refiere las obligaciones del hombre con Dios, mientras que la segunda especifica las relaciones entre los seres humanos. Los tres primeros Mandamientos del Decálogo se refieren a la relación del hombre con Dios (Dt 5,7-11) y los siete restantes contemplan el comportamiento del ser humano con el prójimo (Dt 5,12-21). Ambas partes están profundamente relacionadas: no existe amor a Dios si no se verifica en el amor al prójimo. Pero observemos los matices que condicionan cada apartado.

** Las relaciones del hombre con Dios: Dt 5,7-9*

El encabezamiento de ambos códigos (Éx 20,1-17; Dt 5,6-22) revela su contenido religioso y su dimensión ética. Los dos comienzan relatando la intervención privilegiada de Dios en la historia de Israel: "Yo soy el Señor, tu Dios, el que te sacó de Egipto, de aquel lugar de esclavitud" (Éx 20,2; Dt 5,6). El Señor se revela como el Dios liberador, y la vivencia del código promulgado debe propiciar la liberación del pueblo.

Los Mandamientos referidos a la relación entre el hombre y Dios muestran una enorme originalidad respecto a las religiones circundantes a Israel, tal como las presenta la Biblia. El AT caracteriza las religiones de los países vecinos de Israel como politeístas e idolátricas (Dt 8,19).

El primer Mandamiento ordena adorar a un solo Dios (Éx 20,3; Dt 5,7): el Señor, que liberó a su pueblo de la esclavitud de Egipto (cf. Dt 5,6). La interpretación del primer Mandamiento "no tendrás otros dioses fuera de mí" (Éx 20,3; Dt 5,7) debe realizarse con cuidado. No podemos interpretarlo en el sentido literal del monoteísmo estricto, como si los israelitas tuvieran desde el principio de los tiempos la convicción de la existencia de un solo Dios. La Biblia, redactada desde la perspectiva de la mentalidad antigua, atestigua cómo Israel concedió carta de naturaleza divina a los dioses de otras naciones (Jue 11,24; 1 Sm 26,19). Al principio, los israelitas, como el resto de las naciones vecinas, eran politeístas, pero con el tiempo el politeísmo fue abandonándose en favor del monoteísmo.

El primer Mandamiento, contemplado desde el pensamiento israelita antiguo, indica la certeza de que el Señor es el Dios que redimió a Israel de la esclavitud de Egipto (Dt 5,15; cf. Éx 12-15) y también quien liberó al universo del poder de los ídolos mediante el prodigio de la creación (Éx 20,10; cf. Gn 1,1-2,3).

La sociedad en la que vivimos nos incita a depositar la confianza en otros dioses. Demasiadas veces, caemos en la trampa de considerar dioses a cosas que no son más que ídolos de muerte. ¿Cuántas veces hemos rendido culto al dios del poder, al dios del poseer o a la divinidad que nos impulsa a aparentar aquello que no somos? ¿Cuántas veces hemos encontrado tiempo para todo menos para hacer crecer la amistad con el Dios liberador? Nuestro único Señor es el Dios liberador, y no hay otro (cf. Is 43,11).

Las religiones circundantes a Israel se caracterizaban por la exuberancia de la imaginería religiosa; sin embargo, el Decálogo prohíbe la construcción y la adoración de las imágenes (Éx 20,4-6; Dt 5,8-10). La arqueología y los estudios históricos muestran que Israel, al principio, como el resto de los pueblos orientales, era politeísta. Pero con el paso del tiempo, y especialmente con la influencia de los profetas, el politeísmo fue abandonado poco a poco en favor del monoteísmo. Igualmente, los israelitas, al principio, construían imágenes de divinidades; sin embargo, con la progresiva implantación del monoteísmo, la construcción y adoración de imágenes fue desapareciendo.

El uso de imágenes aparece en varios casos que describen la actividad cultural de los israelitas antiguos: la serpiente de bronce erigida por Moisés en el desierto (Nm 21,4-9; 2 Re 18,4), el ídolo de Micá entronizado en el santuario de Dan (Jue 17,1-12) o los becerros de oro de Jeroboán (1 Re 12,26-33).

Sin embargo, debemos considerar que la Biblia no refiere la existencia de imágenes del Señor ni siquiera en tiempos remotos. Eso induce a pensar que la prohibición de las imágenes no apareció de improviso, sino que existía antiguamente. Pero el mandato de prohibición sólo fue llevado a la práctica de manera eficaz en una época más reciente. La prohibición de construir imágenes pudo originarse en la religión de los primitivos grupos nómadas que, con el paso del tiempo, constituyeron el pueblo de Israel.

El fundamento de la prohibición de fabricar y adorar imágenes en el culto israelita puede tener diversos orígenes. La prohibición de las imágenes remarcaba la trascendencia del Señor y evitaba la manipulación de la divinidad. En la mentalidad antigua, si el dios representado ayudaba al suplicante, éste le recompensaba ungiendo la imagen. En cambio, si el dios no accedía a su deseo, el oferente le privaba de cualquier ofrenda.

La prohibición de fabricar y adorar imágenes reposa en un motivo específicamente religioso. El Señor, a lo largo de la Biblia, demuestra su divinidad interviniendo prodigiosamente en la historia humana. Dios llama a Moisés para liberar a los israelitas esclavizados en Egipto (Éx 3,1-14) y, mediante el Decálogo, instaura una Alianza con su pueblo (Dt 5,6-22). En contraposición a la actuación del Señor en la historia, las imágenes no son dioses, porque son incapaces de cualquier actuación, ya sea en favor o en contra del hombre. Isaías denuncia la incapacidad de actuación de los ídolos en cualquier aspecto de la vida humana y les dice irónicamente: "Haced algo bueno o malo, para que nos sorprenda y temamos" (Is 41,23).

Al referirnos a las imágenes, no podemos obviar la diferencia existente entre la mentalidad antigua y la nuestra. Cuando veneramos la imagen de Jesús crucificado sabemos que no imploramos la ayuda de un trozo de madera tallada.

El crucifijo nos ayuda a situarnos espiritualmente ante Jesús, a quien pedimos auxilio y damos gracias. Pero la mentalidad arcaica entendía las cosas de otra manera. Los antiguos pensaban que era la misma talla o la escultura en piedra lo que tenía la fuerza de socorrer al hombre en sus necesidades. Desde la perspectiva religiosa, sólo Dios salva al ser humano, y las imágenes son una ayuda pedagógica para acercarnos confiadamente a la bondad de Dios que nos ampara.

** Los preceptos que regulan la relación del hombre con el prójimo: Dt 5,12-21*

Los preceptos referidos a la conducta del hombre con sus semejantes realzan la dignidad humana al insistir en el reposo sabático (Éx 20,8; Dt 5,12). Al prescribir el descanso, el precepto sabático enfatiza la dignidad de todos los estamentos sociales. No sólo defiende el interés de los propietarios y poderosos, representados por los términos “tú” y “tus hijos” (Éx 20,10; Dt 5,14), sino también el de los débiles: los siervos y extranjeros residentes (Éx 20,10), los emigrantes y esclavos (Dt 5,14), e incluso protege el interés de los animales ordenando su descanso (Éx 20,10; Dt 5,14).

El resto de los Mandamientos contempla el respeto debido a los padres (Éx 20,12; Dt 5,16) y a todos los miembros de la comunidad: “no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no codiciarás los bienes ajenos” (Éx 20,13-17; Dt 5,17-21).

A veces se dice que los Diez Mandamientos constituyen sólo una moral de preceptos mínimos para la convivencia social. Pero ojalá en nuestra sociedad se llegaran a respetar algún día preceptos como “no matarás” o “no robarás”, o tuvieran los inmigrantes que llegan en busca de trabajo el mismo descanso sabático que quienes les reciben, como prescribe el precepto del Deuteronomio (Dt 5,8-9). Los preceptos del Decálogo ético realzan en todo momento la dignidad de la persona, prohíben cualquier vejación e impulsan el desarrollo social por la senda de la justicia.

El Decálogo ético que figura en el libro del Éxodo y en el Deuteronomio reposa en la certeza de que Dios es el Señor de la historia que actuó en favor de su pueblo liberándolo de la esclavitud de Egipto (Éx 20,2; Dt 5,6). Pero el Decálogo contenido en el libro del Éxodo, además de referirse a la li-

beración de Egipto, evoca el acontecimiento de la creación (Éx 20,10), mientras el Deuteronomio remarca la liberación de la esclavitud (Dt 5,15). Ambas exposiciones del Decálogo, henchidas de la experiencia del Dios liberador, proponen a los israelitas la construcción de una sociedad basada en la experiencia liberadora y solidaria (Éx 20,8-17; Dt 5,12-21).

4. Síntesis y aplicación a la vida

La base religiosa de los Mandamientos reposa en la liberación regalada por Dios al universo entero manifestada en la creación (Gn 1,1-2,3; cf. Éx 20,10-11) y aplicada especialmente al pueblo hebreo en la liberación de la esclavitud de Egipto (Éx 12-15; cf. Dt 5,15).

El cumplimiento de los Mandamientos implica el encuentro personal con el Señor porque permite resaltar la dignidad de la persona humana. La dignidad humana aparece destacada en la obligación de respetar el sábado como día de descanso y de encuentro personal con el Dios liberador.

La dignidad humana aparece protegida en los Mandamientos que regulan las relaciones entre los miembros de la sociedad. Los preceptos rectores de las buenas relaciones sociales, “honra a tu padre y a tu madre [...], no codiciarás”, son leyes apodícticas, es decir, no permiten ninguna condición en la que deban incumplirse. No existe ninguna situación que permita dar falso testimonio o deshonar a los padres.

Pero los juristas bíblicos veían, por ejemplo, que a pesar del precepto “no matarás” se producían homicidios y muertes violentas entre los israelitas. De ahí nació la legislación casuística. Cuando un hombre mataba a otro debía discernirse si lo había hecho en defensa propia o con intención de robar. Por eso las penas impuestas por los jueces eran variables, dependiendo siempre de las condiciones que se dieran en el momento de cometer cualquier delito (Éx 21,1-23,9).

Los Diez Mandamientos no establecen una moral de mínimos. Constituyen la aplicación práctica del gran precepto divino: “Sed santos porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo” (Lv 19,2).

“Yo soy el Señor, tu Dios, que te saqué de Egipto”

Ambientación

Las leyes nacen de la necesidad que tiene toda sociedad de organizarse para favorecer su cohesión y desarrollo. El AT, que realiza una visión creyente de los acontecimientos, piensa que sus leyes no son fruto sólo de una necesidad social, sino sobre todo de la intervención de Dios en la historia del pueblo. De esta mentalidad brota un código ético muy importante: los Diez Mandamientos.

Nos preparamos para escuchar la Palabra de Dios y acogerla en nuestra vida. Lo hacemos con un momento de silencio, un canto apropiado o una invocación al Espíritu Santo.

Antes de comenzar, buscamos **Dt 5,1-22**.

Miramos nuestra vida

Seguramente, todos hemos oído hablar –o hemos leído– alguna vez de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, aprobada y proclamada por la ONU en 1948. Esta Declaración defiende que el mundo sólo podrá vivir en libertad, justicia y paz si se reconocen la dignidad de todo ser humano y la igualdad en todos los derechos fundamentales que le aseguren una vida digna: derecho a la educación, al trabajo, a la libertad de expresión, a la igualdad entre varones y mujeres...

– Intentad recordar algún otro artículo de la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

– ¿Se cumplen en todas las naciones sus artículos? ¿A qué conducen las violaciones de los derechos humanos?

Escuchamos la Palabra de Dios

El pueblo de Israel también tuvo su propia declaración de deberes y derechos. Son los Diez Mandamientos, que constituyen el compromiso entre Yavé y su pueblo. La liberación que ha obrado Dios pide una respuesta del pueblo. Eso es el Decálogo: diez orientaciones para que Israel organice su vida según el proyecto liberador del Señor sin recaer de nuevo en la esclavitud. Vamos a leerlos en la versión que nos ofrece el libro del Deuteronomio.

- Antes de escuchar la Palabra, dejamos unos momentos de silencio para preparar nuestro interior.

- Un miembro del grupo proclama Dt 5,1-22.

- Guardamos unos momentos de silencio. Cada uno lee de nuevo el pasaje, consulta las notas de la Biblia y recuerda el contenido de la reunión anterior.

- Respondemos juntos a estas preguntas para entender mejor el texto:

- *¿Qué importancia tiene la introducción del Decálogo que leemos en los vv.1-6?*

- *¿Qué Mandamientos se refieren a las relaciones del pueblo con Dios? Resumid brevemente su sentido.*

- *¿Qué Mandamientos se refieren a las relaciones humanas? ¿Cuáles son los valores básicos de la vida que defienden?*

- *Podéis leer Mt 5,17-48 y sacar algunas conclusiones sobre la manera en la que Jesús actualiza el sentido del Decálogo.*

Volvemos sobre nuestra vida

Los Diez Mandamientos son la ley fundamental del pueblo de Israel, pero tienen un valor universal porque, de algún modo, son como un primer esbozo de los derechos y deberes del ser humano en cuanto ha sido liberado por Dios. Vamos a ver si la Palabra de Dios que hemos escuchado ilumina la experiencia de vida de la que hablábamos al comienzo de la reunión.

- *¿Qué relación encuentras entre el Decálogo y la Declaración Universal de los Derechos Humanos?*

- *A la luz de los Diez Mandamientos, ¿cuál te parece a ti que es la relación entre la fe en Dios y la defensa de los derechos humanos?*

- *¿Cuáles son las "antiguas esclavitudes" en las que podemos recaer si no somos fieles al espíritu del Decálogo?*

Oramos

Los Mandamientos no han sido pensados para recortar las libertades de las personas, sino, al contrario, para hacer posible que cada hombre y cada mujer no recaiga en la antigua esclavitud. Pero somos conscientes de que contar sólo con nuestras fuerzas para cumplirlos es una ardua tarea. Por eso pedimos al Señor que nos ayude: que nos haga experimentar su liberación, que nos dé fuerza y coraje... Para expresar nuestra acción de gracias, nuestra petición de perdón o nuestra alabanza, procuramos inspirarnos en las mismas palabras de la Escritura.

- Leemos el texto: Dt 5,1-22.

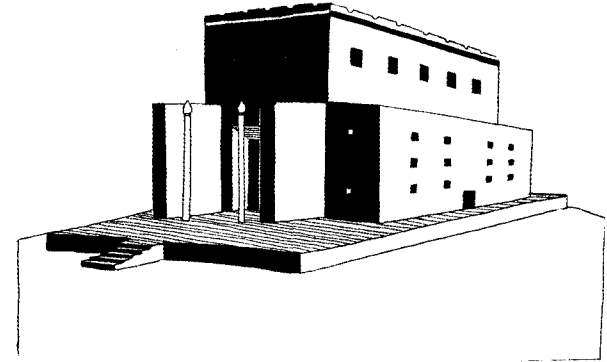
- Durante unos momentos, oramos en silencio.

- Expresamos nuestra oración en voz alta.

- Podemos acabar leyendo juntos una parte del salmo 119 (118),1-8: "Dichosos los que proceden sin tacha y siguen la ley del Señor...".

DAVID Y SALOMÓN

La dinastía y el templo



El relato de la creación describe el proyecto divino para que el ser humano edifique la sociedad a imagen y semejanza de Dios. La historia de Adán y Eva revela cómo el pecado hizo añicos el proyecto de Dios en favor de la humanidad. Sin embargo, el Señor no abandona al ser humano a los caprichos del pecado; Dios continúa actuando en favor del hombre. A través de Abrahán, el Señor renueva su confianza en la humanidad y, por medio de Moisés, libera a su pueblo de la esclavitud de Egipto. Ciertamente, cualquier recodo de la vida ofrece la ocasión para encontrarnos con Dios. Pero existen dos situaciones privilegiadas en las cuales podemos encontrar con el Señor cara a cara: cuando cumplimos sus Mandamientos y cuando somos fieles a la Alianza trabada por Dios con nosotros.

En el capítulo anterior insistimos en los Mandamientos. Ahora nos referiremos a la fidelidad a la Alianza manifestada, metafóricamente, en la pervivencia de la dinastía de David y en el templo de Jerusalén edificado por Salomón.

1. Los libros de Samuel y los libros de los Reyes en el conjunto de los Libros Históricos

Como decíamos en la introducción general, los Libros Históricos están organizados en cuatro grupos: la historia deuteronomista, que comprende los libros de Josué, Jueces, 1 y 2 Samuel y 1 y 2 Reyes; la historia cronista, que cuenta con 1 y 2 Crónicas, Esdras y Nehemías; la historia macabea, que figura en 1 y 2 Macabeos, y finalmente, las historias ejemplares: Tobías, Judit, Ester y Rut. Los libros de Samuel y Reyes forman parte, por tanto, de la historia deuteronomista.

La historia deuteronomista comienza narrando el liderazgo de Josué sobre las tribus tras la muerte de Moisés (Jos 1,1-9) y concluye explicando cómo Evil Merodac, rey de Babilonia, devuelve la dignidad a Jeconías, el rey judío deportado (2 Re 25,27-30).

La historia narrada es extensa. Además, al principio, algunas partes importantes del libro del Deuteronomio formaban parte de la historia a modo de capítulo introductorio. Por eso se denomina historia deuteronomista, por su conexión con el Deuteronomio, libro que actualmente incluimos en el Pentateuco.

La historia deuteronomista no es la lectura neutra de acontecimientos pasados, sino la contemplación de la realidad desde la perspectiva creyente. Sus autores quisieron percibir las huellas de Dios en la historia de Israel. Nuestros hermanos judíos denominan a la historia deuteronomista "libros proféticos anteriores", pues perciben con claridad cómo las narraciones descubren la actuación divina en el seno de la historia.

¿Cuándo, cómo y por qué se escribió la historia deuteronomista?

Para responder a esta pregunta debemos esbozar un momento crucial de la historia hebrea. Nabucodonosor, rey de Babilonia, atacó el reino de Judá y su capital, Jerusalén, en tres ocasiones (597 a.C., 587 a.C., 582 a.C.; cf. Jr 52,28-30). Tras cada ataque, el rey o su general Nabuzardan (Jr 52,30) deportaron a un contingente de habitantes de Judá a la capital de su imperio, Babilonia. En el año 538 a.C., Ciro el

Grande conquistó Babilonia y permitió a los judíos que lo desearan regresar a su patria (Esd 1,1-11).

El tiempo que media entre el año 597 a.C. y el 538 a.C. se denomina período del exilio babilónico. Durante el exilio se establecieron dos comunidades hebreas. La primera comprendía a los hebreos que no habían sido deportados y continuaban viviendo en Judá y su capital, Jerusalén; la segunda comunidad abarcaba a los deportados en Babilonia. La comunidad deportada aprendió muchas cosas en Babilonia que plasmó después en la Biblia.

La comunidad residente en Jerusalén no se quedó con los brazos cruzados. Empezó una reflexión profunda para descubrir el porqué de la destrucción del reino y la razón de la deportación del rey y de buena parte de la población. Esa reflexión, puesta por escrito, constituye la historia deuteronomista. Por tanto, el núcleo de la historia deuteronomista se escribió en Jerusalén durante el período del exilio.

¿Por qué se caracterizaba la reflexión de los autores deuteronomistas? Veámoslo.

El Señor había prometido a Abrahán una descendencia numerosa y la posesión de la tierra (cf. Gn 12,1-9). Los judíos de la época de Salomón percibían el cumplimiento de la promesa divina bajo tres aspectos. Por una parte, constituían una nación independiente con un territorio propio; por otra, veían en la pervivencia de la dinastía de David el cuidado del Señor por su pueblo. Finalmente, discernían en la belleza del templo de Jerusalén la presencia de Dios en medio de los hombres.

Sin embargo, los ataques de Nabucodonosor acabaron con estos tres aspectos. El país dejó de ser independiente para convertirse en una región marginal del imperio babilónico. El rey de Jerusalén fue deportado, con lo que llegó a su fin la dinastía de David. Y, según cuenta la Biblia, el templo, baluarte de la presencia divina en medio de su pueblo, fue destruido.

Los autores de la historia deuteronomista se formularon esta pregunta: ¿por qué nos ha sucedido este desastre? Y llegaron a una conclusión: la desgracia ha sobrevenido por nuestra falta de fidelidad a los preceptos divinos.

Los autores recorrieron las etapas de la historia y captaron cómo y por qué habían roto la Alianza con Dios inaugurada con la llamada a Abrahán y consumada con el don de los Mandamientos. Pero no se limitaron a escribir una historia que relatara sólo el pecado del pueblo para regodearse en la amargura; sobre todo establecieron medidas para no volver a caer en los mismos errores. La medida adoptada para rehacer el país tras la devastación provocada por Nabucodonosor fue cumplir los Mandamientos como manifestación de fidelidad a la Alianza que había establecido el Señor con su pueblo.

2. Lectura del texto: 2 Sm 7,1-17

¹ Cuando David se estableció en su palacio y el Señor le dio paz con todos sus enemigos, ² dijo al profeta Natán: “Yo vivo en una casa de cedro, mientras que el arca del Señor está en una tienda”.

³ Natán le dijo: “Haz lo que te propones, porque el Señor está contigo”.

⁴ Pero aquella misma noche el Señor dijo esta palabra a Natán: ⁵ “Ve a decir de nuevo a mi siervo David: Esto dice el Señor:

“¿Eres tú quien me va a construir una casa para que viva en ella? ⁶ Yo no he habitado en una casa desde el día en que saqué de Egipto a los israelitas hasta hoy. He estado peregrinando de un sitio a otro en una tienda que me servía de santuario. ⁷ Durante todo el tiempo que he caminado con ellos, ¿pedí yo acaso a uno solo de los jueces de Israel, a quienes mandé pastorear a mi pueblo, Israel, que me edificaran una casa de cedro?

⁸ Por tanto, di a mi siervo David: Así dice el Señor todopoderoso:

Yo te tomé de la majada, de detrás de las ovejas, para que fueras caudillo de mi pueblo, Israel. ⁹ He estado contigo en todas tus empresas, he exterminado delante de ti a todos tus enemigos, y yo haré que tu nombre sea como el de los grandes de la tierra. ¹⁰ Asignaré un lugar a mi pueblo, Israel, y en él lo plantaré, para que lo habite y no vuelva a ser perturbado, ni los malvados lo opriman como antes, ¹¹ como en el

tiempo en que yo establecí jueces sobre mi pueblo, Israel; te daré paz con todos tus enemigos.

Además, el Señor te anuncia que te dará una dinastía. ¹² Cuando hayas llegado al final de tu vida y descansas con tus antepasados, mantendré después de ti el linaje salido de tus entrañas y consolidaré tu reino. ¹³ Él edificará una casa en mi honor y yo mantendré para siempre su trono real. ¹⁴ Seré para él un padre y él será para mí un hijo. Si hace el mal, yo le castigaré con varas y con golpes, como hacen los hombres. ¹⁵ Pero no le retiraré mi favor, como se lo retiré a Saúl, a quien rechacé de mi presencia. ¹⁶ Tu dinastía y tu reino subsistirán para siempre ante mí, y tu trono se afianzará para siempre”.

¹⁷ Natán comunicó a David estas palabras y esta visión.

3. Elementos del texto

a). La pujanza del rey David

La Sagrada Escritura relata que la tierra prometida fue conquistada por Josué, quien la repartió entre las tribus. El territorio perteneciente a todas las tribus dio lugar a la constitución de dos Estados distintos: Judá e Israel. Judá, situado al sur de la región, era pobre debido a la escasez de agua para la producción de cultivos abundantes, a causa de la extensión de sus desiertos y debido a la presencia del mar Muerto, cuyas aguas salobres impiden el desarrollo de la vida.

En contraposición, Israel, ubicado en el norte, disponía de mayor riqueza, pues poseía el cauce del río Jordán para irrigar los campos de cultivo y estaba surcado por rutas comerciales que facilitaban el comercio. Cada uno de los dos reinos tenía su propia capital. Con el paso del tiempo, la capital del reino de Judá fue Jerusalén, mientras que la capital de Israel se levantó finalmente en Samaría.

En el sur de Judá se erguía la ciudad de Hebrón. David, por mandato del Señor, se estableció en esta ciudad. Los habitantes de Judá reconocieron pronto las proezas militares y los valores personales de David y lo ungieron rey de Judá en Hebrón (2 Sm 2,1-7). Más tarde, los ancianos de las tribus de Israel acudieron a Hebrón, donde habitaba David. El rey

hizo un pacto en Hebrón ante el Señor y los ancianos lo ungieron rey de Israel (2 Sm 5,1-5). De este modo, David se convirtió en rey de dos Estados a la vez: Judá e Israel.

David no sólo fue elegido rey, sino que fue ungido rey (2 Sm 2,4; 5,3). La unción era un rito religioso complejo, pero, básicamente, consistía en derramar sobre la cabeza del rey aceite consagrado (1 Sm 10,1). La elección de David como rey le confirió el poderío civil y militar sobre Judá e Israel, pero la unción le concedió la autoridad religiosa.

El rey, gracias a la unción, se convertía en el representante de Dios en medio de su pueblo y se comprometía a regir ambos países con los criterios del Señor. La opción de reinar el país según los criterios de Dios implicaba la disposición de preocuparse por la dignidad del culto. Pero, sobre todo, suponía gobernar el Estado según los criterios de Dios, poniendo especial cuidado en la atención de los pobres, las viudas y los huérfanos.

David era rey de Judá e Israel, pero la ciudad de Hebrón estaba situada demasiado al sur del reino de Judá para convertirse en la capital común de ambos Estados. Entonces el rey decidió conquistar una pequeña localidad, Jerusalén, situada prácticamente en el punto medio entre ambos países. La ciudad de Jerusalén estaba habitada por los jebuseos. Los jebuseos constituían una tribu pequeña entre los cananeos, es decir, formaban parte de los habitantes de Canaán antes de que su territorio fuera conquistado por los israelitas liberados de Egipto. David y sus huestes conquistaron la ciudad de Jerusalén y tomaron la fortaleza de Sión (2 Sm 5,6-7).

Una vez tomada la ciudad, David, haciendo uso de su enorme habilidad política, la convirtió en la capital común de sus dos Estados. La posición de la ciudad facilitaba las relaciones entre Judá e Israel y permitía al rey controlar con soltura el devenir de ambos reinos. El rey se instaló en la fortaleza de la ciudad, la llamó "Ciudad de David" y la circundó con una muralla. En Jerusalén, David instituyó su corte. David no dudó en aceptar la ayuda brindada por Jirán, rey de Tiro, quien le proveyó de madera de cedro y le envió carpinteros y canteros para erigir el palacio (2 Sm 5,11). Tiro era la capital del país de los fenicios, un país muy rico gracias a los intercambios comerciales que mantenía en la zona Mediterránea.

La relación con los fenicios, la edificación de un palacio amurallado y adornado con cedro y el señorío sobre dos Estados manifiestan la pujanza de David. Pero el poderío de David no se debía únicamente a sus cualidades humanas, sino a que "el Señor, Dios todopoderoso, estaba con él" (2 Sm 5,10). Y el mismo Dios que estaba con él "le concedió la paz con todos sus enemigos" (2 Sm 7,1).

David es grande porque el Señor está con él y le concede la paz y la victoria. Ese aspecto de la vida de David recuerda la existencia del patriarca José en Egipto. El Génesis relata cómo a José las cosas le iban bien porque "el Señor estaba con él" (Gn 39,2.3), como a David.

La grandeza de la vida estriba en la certeza de creer que Dios está con nosotros. Lo único que hace que nuestra vida sea grande e importante es que sea grande e importante a los ojos de Dios. Y ante Dios sólo es grande e importante aquello que se hace con amor y por amor.

b) El proyecto de David para honrar al Señor

David vivía en una casa de cedro (2 Sm 7,2). La madera de cedro es lujosa, David la importó del extranjero, concretamente de Tiro (2 Sm 5,11). El Arca del Señor, el lugar donde reposaba la presencia de Dios, estaba en una tienda (2 Sm 7,2). Normalmente, las tiendas se confeccionaban con pieles de animales desollados en el propio país y carecían del lujo de un palacio de cedro.

Mientras el rey vive en un palacio, Dios debe conformarse con habitar en una tienda. Dios ha engrandecido a David, pero el monarca ha dejado la honra divina para lo último. ¡Cuántas veces colocamos a Dios en el último lugar o tenemos tiempo para todo menos para Dios, que nos cuida y protege!

David, quizá sintiendo algún escrúpulo, expone el problema al profeta Natán. Antes de seguir con la exposición debemos precisar cuál era la función de un profeta en los tiempos más antiguos de la historia hebrea. Los reyes disponían de un grupo de consejeros que recibían el nombre de "profetas de la corte", y los santuarios contaban con otro grupo de asesores denominados "profetas culturales". Los profetas de la corte tendían a decir al rey lo que el monarca

deseaba oír, en vez de anunciarle lo que el pueblo necesitaba realmente. Mientras, los profetas cultuales actuaban de manera idéntica con los dirigentes de los santuarios.

El profeta Natán es un profeta de la corte y por eso dice al rey lo que éste desea escuchar: "Haz lo que te propones, porque el Señor está contigo" (2 Sm 7,3). La pretensión de David es muy concreta: edificar un templo donde depositar solemnemente el arca del Señor (cf. 2 Sm 7,2).

Conviene detenerse para explicar la naturaleza del "Arca del Señor" y el papel jugado por David en relación con el Arca.

Según narra la Biblia, el "Arca del Señor" o "Arca de la Alianza", fue utilizada como objeto de culto por los israelitas liberados de Egipto cuando atravesaban el desierto camino de la tierra prometida (Jos 3,3.6). El Arca jugó también un papel importante en los momentos cruciales de la conquista de la tierra prometida. Es significativo el uso del Arca realizado por Josué para facilitar a los israelitas el paso del Jordán (Jos 3,1-13), y destaca la utilización del Arca en la conquista de la ciudad de Jericó (Jos 6,4-5).

De acuerdo con la descripción tardía ofrecida por el libro del Éxodo (Éx 25,10-22; 37,1-9), el Arca era una caja de madera de acacia (1,25 x 0,75 x 0,75 m) revestida de oro por dentro y por fuera. Los cuatro ángulos inferiores llevaban cuatro anillas de oro, a través de las cuales pasaban los varales para su transporte. Sobre el Arca había una cubierta de oro, llamada también propiciatorio (Heb 9,5). En cada uno de los extremos de esta cubierta (1,25 x 0,75 m) se alzaba la figura de un querubín. Dentro del arca estaban "las tablas del testimonio" (Éx 25,16), es decir, los Diez Mandamientos. El Arca era el signo visible de la presencia de Dios invisible en medio de los israelitas liberados (1 Sm 4,6-7; Nm 10,35; Sal 132 (131),8), y las tablas de la ley que contenía recordaban al pueblo los preceptos divinos (Dt 10,1-5; 1 Re 8,9).

Tras la conquista de la tierra prometida, el Arca del Señor quedó depositada en el santuario de Siló al cuidado del sacerdote Elí. Pero los filisteos derrotaron a los israelitas en el campo de batalla, robaron el Arca y la llevaron a Asdot; luego la trasladaron a Gat y, después, a Ecrón. La Biblia narra el castigo divino contra los filisteos por el robo del arca.

Cansados de la ira divina, los filisteos devolvieron el Arca a los israelitas añadiendo una suculenta ofrenda en oro. El Arca llegó a la localidad de Bet-Semes y, desde allí, los israelitas la trasladaron a Quiriat Yearín, depositándola en la casa de Abinadab, y encargaron al sacerdote Eleazar que velara por ella (1 Sm 4,1-7,1).

Al cabo de mucho tiempo, David reunió a lo más selecto de Israel y fue a buscar el Arca del Señor. La sacaron de casa de Abinadab y la llevaron hacia la ciudad de Jerusalén. Pero David no quiso que el Arca fuera depositada en su palacio, sino que la llevó a casa de Obededón, el de Gat. El Arca estuvo tres meses en casa de Obededón, y el Señor durante aquel tiempo bendijo abundantemente a su familia (2 Sm 6,1-10).

Cuando David supo que la presencia del Arca otorgaba beneficios a quien la poseía, se puso inmediatamente en camino para llevar el arca al lugar donde él vivía, a la "Ciudad de David", a Jerusalén. El rey la hizo trasladar con gran solemnidad, y él mismo danzó ante el Arca con gran alborozo. Finalmente, David colocó el Arca en medio de la tienda que él mismo había hecho levantar y ofreció holocaustos y sacrificios al Señor (2 Sm 6,11-23).

No cabe duda de que David deseó glorificar al Señor llevando el Arca a Jerusalén. Pero además de eso consiguió el importante objetivo político de la centralización del culto. En Jerusalén no sólo residía el rey que gobernaba sobre Israel y Judá; en Jerusalén también estaban la corte y la posesión más sagrada de los israelitas: el Arca de la Alianza. La presencia del rey, el palacio real, y el Arca de la Alianza concentraron todo el poder en manos de David y colmaron de esplendor a la ciudad santa.

c) La respuesta precipitada de Natán

David desea edificar un templo donde albergar el Arca. Natán, como hábil profeta de la corte, se dirige al rey sin titubear: "Haz lo que te propones, porque el Señor está contigo" (2 Sm 7,3). La frase de Natán describe la naturaleza de un profeta de la corte. David no había preguntado nada a Natán; el rey se había limitado a constatar una situación: "Yo vivo en una casa de cedro, mientras el arca del Señor está en una tienda" (2 Sm 7,2). Pero Natán, creyendo "adivi-

nar” el deseo del rey, se adelanta a responderle en los términos que el monarca deseaba oír: “Haz lo que te propones”. Añadiendo además otra frase laudatoria para el monarca: “porque el Señor está contigo”.

Sin embargo, durante la noche, el Señor conmina a Natán a variar la respuesta dirigida al rey. El Señor ordena a Natán que obligue al rey a desistir de su intención de erigirle un templo, una casa de cedro (2 Sm 7,5-17). ¿Por qué el Señor ordena a su profeta que cambie su mensaje? ¿Cuál ha sido el error de Natán?

Natán se ha precipitado en su respuesta. Ha comunicado al rey lo que el monarca deseaba oír. Pero no ha podido revelarle la voluntad divina porque no había escuchado la voz del Señor. Natán no ha consultado a Dios para responder al rey, cuando, precisamente, la obligación del profeta estriba en manifestar la voluntad divina y no sus propios impulsos. Para escuchar la voluntad de Dios es necesario saber estar en silencio con uno mismo y atento al latido del mundo. Sólo cuando guardamos silencio interior podemos escuchar la voz de Dios que compromete nuestra vida en la transformación de la sociedad.

Durante la noche, el Señor cambia el corazón del profeta. Natán dejará de ser un profeta de la corte para convertirse en profeta del Señor. ¿Cuál es la diferencia? El profeta de la corte comunica al rey lo que éste desea escuchar, mientras que el profeta del Señor transmite al monarca y al pueblo la voluntad de Dios. Un profeta del Señor no se dedica a “adivinar” el futuro ni lisonjea al rey. El profeta del Señor se caracteriza porque, a través de lo que piensa, dice y hace, manifiesta ante todos la voluntad de Dios.

El Señor se dirige a Natán durante la noche. Los antiguos percibían en el sueño nocturno una ocasión privilegiada para la revelación de Dios. Dice el Salterio: “Es inútil que [...] os fatiguéis para ganar el pan: ¡Dios se lo da a sus amigos mientras duermen!” (Sal 127,2). El salmo no se refiere a la naturaleza material del pan; e salmo utiliza un lenguaje metafórico para confirmar la ayuda de Dios a sus amigos incluso mientras duermen.

Muchos pasajes muestran cómo a través del sueño Dios se comunica personalmente con el hombre. Una prueba cla-

ra la constituye el sueño de Jacob en Betel, donde el patriarca descubre que el Señor está con él (Gn 28,10-22), o el sueño de Salomón en el que el rey solicita del Señor el don de la sabiduría (1 Re 3,5-15).

También Natán, durante la noche, establece un diálogo personal con el Señor. La relación personal con Dios no deja al hombre indiferente, sino que le cambia de raíz. Natán, tras hablar con Dios, dejará de ser un experto profeta de la corte para convertirse en profeta del Señor. En adelante, no comunicará al rey lo que el monarca desea oír, sino que le anunciará sin miedo la voluntad divina.

Natán advierte a David que el Señor no desea la edificación de una casa de cedro, un templo (cf. 2 Sm 7,5-7). Y más adelante, en una situación delicada, Natán, como profeta de Dios, tiene el coraje de echar en cara a David su peor crimen. El rey había cometido adulterio con Betsabé y después hizo asesinar, con la peor traición, al marido de Betsabé, Urias el hitita (2 Sm 12,1-12). El profeta se ha convertido en amigo personal de Dios y por eso no contemporiza con la situación de la corte, sino que confronta el comportamiento del rey con los designios divinos. Un profeta no se acomoda a las circunstancias; las ilumina y transforma con la luz del Señor.

d) La revelación del Señor al profeta Natán

Durante la noche, el Señor ha revelado a Natán un doble mensaje. Por una parte, Dios ha manifestado, a través del profeta, que el rey desista de erigirle un templo (2 Sm 7,5-7); por otra, el Señor a través de Natán asegura la pervivencia de la dinastía de David (2 Sm 7,8-16). Analicemos cada aspecto.

** El Señor no desea morar en una casa de cedro erigida por David*

Natán respondió a David con apremio, pero el Señor con pedagogía provocó la reflexión del profeta. Durante la noche, Dios recuerda a Natán las ocasiones en las que acompañó a los israelitas. El Señor rememora el acontecimiento más importante: el liberó a su pueblo de la esclavitud de Egipto (2 Sm 7,6). Después manifiesta cómo peregrinó con los israelitas por todas partes (2 Sm 7,6). La locución “por todas partes” refiere los lugares donde el Señor realizó gran-

des prodigios en favor de su pueblo: ofreció a los israelitas el maná y las codornices (Éx 16), convirtió en potable el agua amarga de Masá y Meribá (Éx 17,1-7), pero, sobre todo, trabajó con su pueblo la Alianza del Sinaí (Éx 19-20). Finalmente, Dios manifiesta que cuando acompañaba a su pueblo habitaba en una tienda a modo de santuario (2 Sm 7,6).

El Señor, durante la ruta del desierto, nunca moró en un templo, ni exigió la construcción de ninguna casa de cedro, sino que habitó en una tienda (2 Sm 7,6-7).

¿A qué tienda se refiere el texto bíblico?

La tienda es el hogar de las familias nómadas. Los antiguos nómadas plantaban una tienda próxima al campamento en la que realizaban los actos culturales. Israel, como pueblo nómada en camino hacia el país de Canaán, también disponía de una tienda semejante. La tienda-santuario acompañaba a los israelitas y albergaba el Arca de la Alianza, que contenía las tablas de la ley (Éx 25,26).

Los israelitas consideraban la tienda como el lugar donde acontecía el encuentro personal entre el hombre y Dios (Éx 33,7). En la tienda, Moisés recibía revelaciones especiales de Dios (Éx 25,22; 33,7-11), y, también junto a la tienda, el Señor censuró a Aarón y María por su actitud hostil contra Moisés (Nm 12,5).

La tienda del encuentro, denominada posteriormente Tabernáculo, tenía una estructura compleja (Éx 26). Pero básicamente se dividía en dos sectores. La primera zona se denominaba “el lugar Santo”. Disponía de un altar para ofrecer incienso, una mesa donde se presentaban los panes como oblación al Señor, y un candelabro con las lámparas encendidas permanentemente. La segunda zona, que era la más importante, se denominaba “el lugar Santísimo” o “el Santo de los Santos”. Contenía el Arca de la Alianza. El conjunto de la tienda estaba cercado mediante una empalizada revestida de ricos cortinajes.

Durante la marcha por el desierto, los israelitas plantaban la tienda del encuentro donde se asentaban. Pero cuando penetraron en la tierra prometida se convirtieron en sedentarios, y la tienda del encuentro perdió su importancia en favor de los santuarios locales. Finalmente, los pequeños

santuarios fueron absorbidos por el templo de Jerusalén, cuya estructura básica evocaba la configuración de la tienda del encuentro (cf. 1 Re 6).

A lo largo de la travesía del desierto, el Señor moró en una tienda tal como hacían los israelitas nómadas. El Dios liberador se identificó con el pueblo liberado hasta en la forma de vivir. La tienda no permanecía fija en un lugar, sino que se trasladaba según se desplazaba el campamento. La capacidad de desplazamiento otorgaba a la morada de Dios la libertad de movimiento. En cambio, según pensaban los antiguos, la construcción del templo obligaba a la divinidad a permanecer en un lugar fijo, sin poder desplazarse.

La intención de David al pretender erigir una casa de cedro donde albergar el Arca no radicaba sólo en el deseo de honrar a la divinidad. El rey dirigía la situación económica y política del país desde la ciudad santa y deseaba controlar también la coyuntura religiosa. Por eso pensó construir un templo en Jerusalén para alojar el Arca y adquirir el control sobre la cuestión religiosa.

El rey intentó, metafóricamente, encerrar al Dios liberador en una jaula de cedro para utilizarlo en beneficio de sus intereses políticos. El Señor es el Dios liberador y no se deja encerrar en una casa de cedro para salvaguardar los intereses políticos de ningún rey. Por eso el Señor conmina a Natán que prohíba a David erigirle un templo.

** El Señor revela a Natán la promesa referida a David*

David es un personaje central en el AT. Cuando el Señor lo eligió para llevar adelante el proyecto divino, no tuvo en cuenta los criterios que los israelitas habrían considerado idóneos en un gobernante. El Señor no se fija en las apariencias, sino en la intimidad del corazón humano. El pensamiento antiguo consideraba el corazón como el centro de la persona. En el corazón radicaban la capacidad de pensar y la ternura del amor, pero, sobre todo, era el ámbito donde acontecían las relaciones personales entre Dios y el hombre.

La Biblia narra cómo el Señor envió al profeta Samuel a casa de Jesé para ungir como rey a uno de sus hijos. Samuel llegó a Belén y vio a Eliab, hijo de Jesé. Entonces se dijo: “Seguramente éste es el ungido del Señor” (1 Sm 16,6).

Samuel juzgó a Eliab ateniéndose a criterios externos: observó su gran estatura (1 Sm 16,7). La gran estatura le pareció a Samuel la mejor cualidad de un rey para proteger el país por medio de las armas, y pensó en ungir a Eliab. Pero el Señor dijo al profeta: "No te fijes en su aspecto ni en su gran estatura, que yo lo he descartado. La mirada de Dios no es como la del hombre: el hombre ve las apariencias, pero el Señor ve el corazón" (1 Sm 16,7).

Cuando Samuel conoció a todos los hijos de Jesé, el Señor ordenó al profeta la unción de David como rey. David no destacaba por su gran estatura, pues "era el más pequeño y guardaba el rebaño" (1 Sm 16,11-12). Samuel tomó el cuerno del aceite y ungió al muchacho en presencia de sus hermanos. El aceite consagrado se guardaba en el interior de un cuerno vaciado de toro, y la unción consistía en derramar el aceite sobre la cabeza del ungido. La unción tenía un profundo sentido religioso; por eso, cuando Samuel ungió a David, "el espíritu del Señor entró en David a partir de aquel día" (1 Sm 16,13).

Como mostraban las historias patriarcales (Gn 12-50), el Señor elige de nuevo al más pequeño. Isaac engendró a Esaú y Jacob. La elección debía recaer en el primogénito, Esaú, pero el Señor se inclinó por el más pequeño, Jacob. La elección de David y la de Jacob resaltan la opción preferencial de Dios en favor de los más pequeños. Desde el momento de la unción, Dios acompañó a David en todas sus empresas. Así lo comunica el Señor a Natán (2 Sm 7,9) y lo refiere la Biblia en numerosos pasajes (Sal 18; Eclo 47,1-11). Sin embargo, la promesa capital del Señor a su ungido consiste en concederle una dinastía (2 Sm 7,12).

Para comprender la importancia de la promesa dinástica debemos retroceder un poco en la narración de la historia sagrada. El pueblo liberado de Egipto conquistó la tierra prometida bajo el liderazgo de Josué. A la muerte de Josué surgió otra generación que ofendió al Señor dejándose llevar por la idolatría (Jue 2,11). El país se fragmentó en diversas regiones gobernadas por jueces.

Los jueces dirimían litigios entre los israelitas. Pero, principalmente, asumían la jefatura de una comarca para defenderla ante los enemigos. Cuando un juez moría, no le sucedía ningún hijo suyo en el gobierno; surgía otro juez

procedente de otra familia. Así, tras la muerte del juez Tolá de la tribu de Isacar, aparece Yaír de la región de Galaad (Jue 10,1-5): dos jueces muy diversos en cuanto al lugar de procedencia. La Biblia percibe el tiempo de los jueces como una época de desgobierno y la fustiga con dureza: "En aquel tiempo no había rey en Israel, y cada uno hacía lo que le parecía" (Jue 21,25).

Ante el peligro extranjero y las convulsiones interiores, los israelitas exigieron a Samuel la unción de un rey capaz de cohesionar las tribus frente a sus adversarios. Samuel ungió a Saúl y le dijo: "En verdad, el Señor te unge como jefe de su heredad" (1 Sm 10,1). Saúl, como rey legítimo, tenía derecho a ser sucedido por un hijo suyo cuando muriera. Pero Saúl desobedeció los mandatos divinos (1 Sm 15,1-25) y Samuel le condenó en nombre de Dios: "El Señor te arranca hoy el reinado sobre Israel y se lo entrega a otro mejor que tú" (1 Sm 15,28).

Cuando muere Saúl en combate contra los filisteos en el monte Gelboé, no le sucede ningún hijo como rey. El Señor había elegido a otro mejor, y ese "otro mejor" (cf. 1 Sm 15,28) era David (1 Sm 16,1-13). Saúl, hijo de Quis, pertenecía a la tribu de Benjamín (1 Sm 9,1-2), mientras que David era hijo de Jesé, natural de Belén, localidad situada en el territorio de Judá. Por tanto, con la muerte de Saúl fenece su dinastía y comienza la de David.

El pecado de Saúl truncó la Alianza entre Dios y el rey. Sin embargo, la Alianza trabada por Dios con David y sus descendientes es incondicional. Así dice el Señor: "Tu dinastía y tu reino subsistirán para siempre ante mí, y tu trono se afirmará para siempre" (2 Sm 7,16).

Saúl pecó, y por eso el Señor apartó a sus descendientes del trono (1 Sm 15,28). Pero dice Dios a David: "Si tu descendencia hace el mal yo la castigaré [...], pero no le retiraré mi favor como se lo retiré a Saúl" (2 Sm 7,14-15). El Señor no tolerará las arbitrariedades cometidas por los descendientes de David, sino que las censurará con dureza. Pero aunque los descendientes de David se aparten de Dios, el Señor mantendrá su posición en favor de la dinastía davidica.

El Señor no será simplemente el protector de David; Dios mantendrá para siempre la dinastía de David. El mundo

oriental constituía una realidad convulsa, especialmente en la región de Mesopotamia. Cuando moría un rey estallaban revueltas y conspiraciones que ponían fin a una dinastía. En la región de Mesopotamia se dio una continua sucesión de imperios: sumerios, acadios, asirios, babilonios, persas. Los imperios se sucedían debido a las invasiones y conquistas de unos países sobre otros, pero también a causa de los continuos cambios de dinastía producidos en el seno de un imperio cuando moría el rey. De ahí que la palabra divina dirigida a David, "Tu dinastía y tu reino subsistirán para siempre", sea tan importante y novedosa en el mundo antiguo.

El Señor no se limita a fundamentar la dinastía davídica desde un cariz político. El amor de Dios por la casa de David es especialmente intenso, pues el Señor se revela como un padre para los descendientes del rey, a quienes considerará hijos suyos (2 Sm 7,14). Dios no puede ofrecer una Alianza más leal y amorosa que la regalada a David. Aunque los monarcas y el pueblo pequen, el Señor luchará en favor de su pueblo. El Señor será el padre de Israel y los israelitas sus hijos. ¿Sabemos corresponder a la lealtad que Dios mantiene con nosotros?

e) La construcción del templo

El Señor ratifica la pervivencia de la dinastía y anuncia la construcción del templo por iniciativa de un hijo del David (cf. 2 Sm 7,12). Dice el Señor a David: "Cuando hayas llegado al final de tu vida [...] él edificará una casa en mi honor" (2 Sm 7,12-13). Tras el pronombre "él" (2 Sm 7,13) se esconde la figura del rey Salomón, que edificó el templo de Jerusalén, según narra la Biblia (1 Re 5,15-9,9).

Salomón, para levantar el templo, solicitó la ayuda de Jirán, rey de Tiro, con esta misiva: "He resuelto construir el templo en honor del Señor, mi Dios, cumpliendo lo que el Señor dijo a mi padre David: 'Tu hijo, a quien yo pondré como sucesor en tu trono, será quien edifique un templo en mi honor'. Así pues, ordena cortar cedros del Líbano para la construcción del templo" (1 Re 5,19-20).

Salomón preparó madera y piedra para construir el templo. En el año 480 de la salida de Israel de Egipto, comenzó Salomón a levantar el templo del Señor (1 Re 6,1-2). El rey tardó siete años en edificar el templo (1 Re 6,38).

A semejanza de la tienda del encuentro o Tabernáculo que acompañaba a los israelitas en la marcha por el desierto, el templo disponía del "Lugar Santo" y del "Lugar Santísimo" o "Santo de los Santos". Pero a diferencia del Tabernáculo, el templo erigido en Jerusalén estaba construido con piedra y madera de cedro, que le conferían una esplendorosa esbeltez (1 Re 6-7,13-51).

Acabado el edificio principal del templo, el Señor dijo a Salomón: "Por haber edificado este templo te prometo que, si caminas según mis leyes, pones en práctica mis Mandamientos y guardas todos mis preceptos, cumpliré contigo la promesa que hice a tu padre, David. Habitaré en medio de los hijos de Israel y no abandonaré a mi pueblo Israel" (1 Re 6,12-13).

La promesa de Dios a David era incondicional: "Tu dinastía y tu reino subsistirán para siempre ante mí, y tu trono se afirmará para siempre" (2 Sm 7,16). Sin embargo, la promesa dirigida a Salomón incluye condiciones importantes. El Señor cumplirá la promesa de mantener la dinastía davídica si el rey se comporta según la ley de Dios, pone en práctica los Mandamientos y guarda los preceptos divinos (cf. 1 Re 6,12-13). ¿Serán capaces Salomón y sus sucesores de conducirse según los preceptos de Dios?

La promesa a David muestra la generosidad de Dios con el rey, mientras que la promesa realizada a Salomón insiste en la exigencia divina en el cumplimiento de los Mandamientos. Ambas promesas destacan la doble imagen de Dios ofrecida por el Antiguo Testamento. El Señor es inmensamente generoso en aquello que regala: su amor, su bendición, su ayuda, etc. Pero es también exigente en el cumplimiento de sus Mandamientos: honra a tu padre y a tu madre, no robarás, no matarás, no mentarás, etc.

A lo largo de la Biblia aparece una locución difícil de entender: el "temor de Dios". El temor de Dios no consiste en sentir pánico ante la divinidad, como si la misión del Señor fuera machacarnos continuamente; el temor de Dios consiste en tomar a Dios en serio. Saber que es generoso en el amor que regala y exigente en el compromiso que exige.

Culminada la construcción, Salomón introdujo solemnemente en el templo el Arca de la Alianza. Salomón hizo tras-

ladar el Arca desde la "Ciudad de David" hasta el templo (1 Re 8,1-13). La distancia entre la "Ciudad de David" y el templo es mínima. La "Ciudad de David" estaba asentada sobre la colina donde residía el rey y donde estaba la tienda del encuentro, en cuyo interior reposaba el Arca de la Alianza. El templo de Jerusalén estaba erigido sobre una explanada situada inmediatamente al norte de la colina sobre la que se asentaba la "Ciudad de David". Por tanto, la distancia entre la "Ciudad de David" y la explanada del templo era reducida.

Los sacerdotes tomaron el Arca y la depositaron en el Lugar Santísimo, protegida bajo las alas extendidas de dos querubines de oro. En el interior del Arca yacían las dos losas de piedra depositadas en ella por Moisés en el Horeb (Sinai) cuando el Señor hizo la Alianza con los israelitas a su salida de Egipto (1 Re 9-12).

Depositada el Arca en el Lugar Santísimo, Salomón se dirige al Señor mediante una larga plegaria. El rey recuerda la promesa realizada a David consistente en mantener para siempre su dinastía. Pero añade también las condiciones que Dios ha puesto a su promesa. Dios guardará su lealtad mientras el rey permanezca fiel a los mandatos del Señor.

Dice Salomón: "Y ahora, Señor, Dios de Israel, mantén también a mi padre, David, tu siervo, la promesa que le hiciste: No te faltará nunca en mi presencia un descendiente que se siente en el trono de Israel, a condición de que tus hijos se comporten rectamente en tu presencia como lo has hecho tú" (1 Re 8,25). El pronombre "tú" se refiere a David, quien observó los mandatos del Señor. Pero la pregunta formulada anteriormente sigue vigente: ¿será capaz Salomón de cumplir los Mandamientos divinos?

Seguidamente Salomón explica en su plegaria la función del templo. El templo es el lugar privilegiado del encuentro personal con el Señor, pues allí se invocará el nombre de Dios (1 Re 8,29). Invocar el nombre del Señor significa depositar la confianza en Dios en todo momento.

La intención de Salomón no estriba en encerrar al Señor en una jaula de oro, sino en habilitar un espacio donde todo israelita pueda acogerse al cobijo del Dios liberador. El Señor que mora en el cielo, escuchará la plegaria de los israelitas de una manera privilegiada en el templo. También

en el templo juzgará a sus siervos, les concederá el perdón y guardará su vida. El templo es el lugar desde donde Dios escuchará la oración y concederá el perdón a su pueblo y a cualquier extranjero (1 Re 8,31-53). Notemos cómo el Señor no protege sólo al rey y a su heredad, sino a todos los pueblos, pues desde el templo escucha la plegaria de todo ser humano (1 Re 8,41-43).

Cuando Salomón concluyó su plegaria, el Señor se le apareció y le dijo: "He consagrado este templo que has construido para morada eterna de mi nombre [...]. Si caminas en mi presencia con pureza y rectitud de corazón como tu padre David, cumpliendo todo lo que te he mandado y observando mis leyes y Mandamientos, consolidaré para siempre tu trono real sobre Israel, como prometí a tu padre David [...], pero si vosotros y vuestros hijos me abandonáis, y en lugar de cumplir mis leyes y los Mandamientos que os he dado, dais culto a otros dioses y los adoráis, borraré a Israel de la tierra que les he dado, rechazaré este templo que he consagrado a mi nombre e Israel será la burla y la irrisión de todos los pueblos" (1 Re 9,1-8).

4. Síntesis y aplicación a la vida

Conviene comenzar aclarando una cuestión histórica importante. A menudo pensamos que David fue rey de un solo país: Israel. Pero desde la perspectiva histórica las cosas siguieron un rumbo distinto.

Tras conquistar Josué la tierra prometida, la repartió entre las tribus. Con el paso del tiempo, las tribus conformaron dos Estados: Judá al sur e Israel al norte. David fue unido rey de Judá en Hebrón y, más tarde, rey de Israel también en Hebrón. De este modo, David gobernaba a la vez dos países independientes entre sí: Judá e Israel. A la muerte de Salomón, su hijo Roboán fue incapaz de gobernar ambos Estados. Estalló la guerra y el reino de Israel eligió un rey propio llamado Jeroboán I. Los dos reinos unidos bajo la corona de un mismo monarca fueron gobernados cada uno por un rey distinto. Roboán reinó en Judá, mientras que Jeroboán lo hizo en Israel.

A lo largo de estas páginas hemos constatado la promesa incondicional de Dios a David y, también, las condiciones puestas por el Señor a Salomón. La permanencia de la dinastía de David y la magnificencia del templo de Jerusalén serán la metáfora de la presencia de Dios en medio de su pueblo. Pero la presencia del Señor implicará la asunción de responsabilidades por parte del pueblo. Los israelitas deberán cumplir los preceptos sintetizados en las tablas de la ley que entregó el Señor a Moisés en el Sinaí, y que están guardadas en el Arca de la Alianza depositada en el templo.

La pregunta dirigida a los descendientes de David y al pueblo continúa en pie: ¿cumplirán el rey y su pueblo, los israelitas, los preceptos de Dios y conservarán de este modo la presencia divina entre ellos? No nos limitemos a formular la pregunta a los personajes del AT; preguntémonos a nosotros mismos: ¿Guardamos la Alianza con Dios cumpliendo sus preceptos o no?

GUÍA DE LECTURA: 2 Sm 7,1-17

“Tu casa y tu reino subsistirán para siempre ante mí”

Ambientación

Desde la creación del mundo, Dios deseó un proyecto de vida para la humanidad. Lo renovó con Abrahán, con Moisés, con David, y se nos reveló en toda su plenitud con Jesucristo. Nuestra misión es colaborar en ese proyecto hasta lograr una sociedad en la que todo ser humano pueda vivir con la dignidad que corresponde a los hijos de Dios.

Nos preparamos para escuchar la Palabra de Dios y acogerla en nuestra vida como palabra que se dirige a nosotros aquí y ahora. Lo hacemos con un momento de silencio, un canto apropiado o una invocación al Espíritu Santo.

Antes de comenzar, buscamos **2 Sm 7,1-17**.

Miramos nuestra vida

En algunos países, el poder político se mantiene unido al religioso. Es decir, la persona que ostenta el poder es, a la vez, quien dirige las cuestiones de Estado y, a veces, también el supremo líder espiritual del pueblo. Como diríamos en lenguaje actual, el Estado es confesional y, al menos en teoría, toda decisión política debe ser acorde con unas determinadas creencias religiosas.

- *¿Conocéis algún país donde ocurra esto?*

- *¿Qué peligros o ventajas veis en ello?*

Escuchamos la Palabra de Dios

En la época del rey David, el poder político, económico y religioso estaba en manos de la misma persona. El monarca no sólo era elegido, sino además ungido con aceite consagrado para expresar la cercanía de Dios hacia tal personaje.

Situándonos en este contexto, vamos a leer uno de los pasajes que más han influido en la reflexión teológica del Antiguo y del Nuevo Testamento. El rey David se encuentra en el apogeo de su vida y, por medio de un oráculo dirigido al profeta Natán, recibe de Dios una promesa sorprendente. Leamos con atención y respeto, fijándonos en todos los detalles.

- Antes de escuchar la Palabra, dejamos unos momentos de silencio.
- Un miembro del grupo proclama 2 Sm 7,1-17.
- Guardamos unos momentos de silencio. Cada uno lee de nuevo el pasaje, consulta las notas de la Biblia y recuerda el contenido de la reunión anterior.
- Respondemos juntos a estas preguntas para entender mejor el texto:
 - *¿Cuál era el proyecto de David respecto a Dios? ¿Qué motivos tenía para llevarlo a cabo?*
 - *¿Por qué rechaza Dios la propuesta de David?*
 - *¿Cuál es el proyecto de Dios respecto a David? ¿Qué le promete? ¿Cuáles son sus motivos?*
 - *¿Qué imagen de Dios se pone de manifiesto en este oráculo?*

Volvemos sobre nuestra vida

Los cristianos confesamos que la promesa de Dios a David alcanza su plenitud en Jesús. Pero se cumple de una manera paradójica, porque Jesús no fue rey y afirmó que su poder no era de este mundo; es más, rompió con las expectativas mesiánicas triunfalistas que tuvieron sus seguidores y se manifestó como un mesías-siervo. Todo esto nos lleva a preguntarnos:

- *¿Podemos entender hoy, como cristianos, las relaciones entre un determinado régimen político y Dios como se entienden en el texto que acabamos de leer? ¿Por qué?*

- *Según tu opinión, ¿debe existir alguna relación entre vida de fe y compromiso político? ¿De qué manera?*

- *¿A qué te compromete a ti, cristiano del siglo XXI, este pasaje?*

Oramos

Expresamos en forma de oración lo que hemos leído y meditado juntos. Para expresar nuestra acción de gracias, nuestra petición de perdón o nuestra alabanza, procuramos inspirarnos directamente en las mismas palabras de la Escritura.

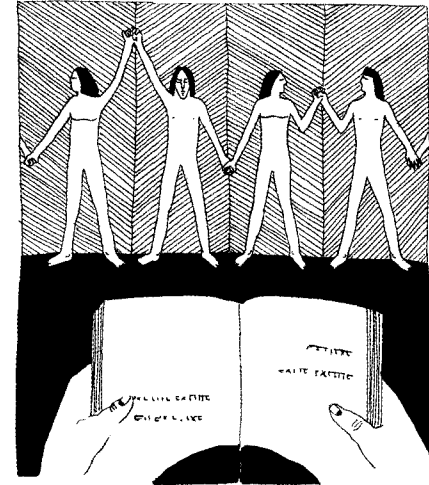
- Leemos de nuevo el texto: 2 Sm 7,1-17.
- Durante unos momentos, oramos en silencio.
- Compartimos nuestra oración personal expresándonos en voz alta.
 - Podemos acabar recitando el salmo 99 (98): "El Señor es rey". Es un himno que canta la realeza de Dios e invita a todos los pueblos a glorificarle.

IV

**¿QUÉ ACTITUDES DEBEMOS TENER
PARA PERCIBIR LA LLAMADA
DEL DIOS LIBERADOR?**

ESDRAS Y NEHEMÍAS

La plegaria humilde y comprometida



El encuentro personal con Dios acontece cuando cumplimos sus Mandamientos y permanecemos fieles a su Alianza. David se mantuvo fiel a la Alianza divina y el Señor estuvo con él. Cuando los israelitas cumplieron los Mandamientos, experimentaron la presencia del Señor en medio del pueblo. Los proyectos divinos en favor del hombre son muy buenos, pero a menudo la respuesta humana resulta mediocre. Los proyectos de Dios exigen la respuesta del hombre, pero precisan, sobre todo, la fuerza del Señor para llevarlos a término. La fuerza de Dios alcanza nuestra vida de muchas maneras, tantas como el Espíritu quiere y desea. Pero el AT presenta dos situaciones especiales para recibir la fuerza divina: la oración humilde y comprometida, y la capacidad de escuchar el consejo de los sabios.

El comentario a la plegaria de Esdras (Esd 9,5-15; Neh 8,1-12) permitirá discernir las notas de la oración humilde y comprometida, mientras que los consejos de Tobit a su hijo Tobias mostrarán la profundidad de la enseñanza sapiencial (Tob 4,1-20).

1. Importancia de los libros de Esdras y Nehemías entre los Libros Históricos

El rey Ciro el Grande conquistó Babilonia en el año 538 a.C. dando inicio al Imperio persa. Ciro publicó un edicto concediendo a los judíos deportados por Nabucodonosor la libertad de volver a su patria (2 Cr 36,22-23; Esd 1,1-4). Sin embargo, un contingente notable de judíos decidió permanecer en Babilonia, donde formaron una colonia importante. Otros grupos judíos decidieron volver a Jerusalén. Se concentraron en caravanas y, dirigidos por líderes carismáticos como Sesbasar, Josué y Zorobabel, regresaron a Jerusalén.

Los judíos volvían a su patria con enorme entusiasmo. Pero, según narra la Biblia, al llegar a la ciudad santa cayeron en el desánimo. El templo de Jerusalén erigido por Salomón (1 Re 6-8), y remozado por Josías (2 Re 22,4-7), estaba en ruinas. Las tierras de cultivo situadas cerca de Jerusalén habían sido repartidas tras la toma de la ciudad por Nabucodonosor (2 Re 25,12). Por eso, quienes volvieron del exilio carecían de tierras y echaban en falta la magnificencia del templo de Jerusalén como signo de la presencia divina en medio de su pueblo.

Los judíos no se amilanaron ante las dificultades. Reconstruyeron el altar de los holocaustos para ofrecer sacrificios al Señor y comenzaron la reconstrucción del templo (Esd 3,1-13). Pero, ante la oposición de los enemigos de Judá, sólo pudieron levantar los cimientos del futuro templo (Esd 4,1-5). Gracias al tesón constructivo de Zorobabel y Josué, y a la predicación de Ageo y Zacarías, consiguieron erigir de nuevo el templo (Esd 5,1-5), y lo dedicaron solemnemente al Señor (Esd 6,14-18). Era el año 515 a.C.

La comunidad judía, lentamente, fue asentándose en su tierra, pero los problemas continuaron. Los judíos padecieron la penuria y la injusticia social (Neh 5,1-3). Cuando intentaron proteger Jerusalén mediante una muralla, sufrieron la oposición de los árabes, los amonitas, los habitantes de Asdod y las amenazas de Sambalat, gobernador de Samaria (Neh 4,1-5). Ante tantas dificultades, los emperadores persas enviaron a Jerusalén dos judíos eminentes para dirigir al pueblo hebreo: Esdras y Nehemías. Las sucesivas misiones

de Esdras y Nehemías tuvieron lugar entre los años 445-398 a.C. Apaciguaron el país y fortalecieron la comunidad judía.

La comunidad judía fue engrandeciéndose con el paso del tiempo. Durante el reinado de Artajerjes III de Persia (359-338 a.C.), Judea se constituyó en un Estado gobernado por el sumo sacerdote del templo y administrado por los sacerdotes, pero sometido a la autoridad persa. Judea abarcaba, aproximadamente, las dimensiones geográficas del antiguo reino de Judá. Disponía de un notable grado de autonomía y seguía formando parte del Imperio persa.

Persia se degradaba paulatinamente: las intrigas internas resquebrajaron la solidez del imperio. Mientras tanto, Alejandro Magno (336-323 a.C.), natural de Macedonia, en Grecia, y educado por Aristóteles, inició la conquista del Próximo Oriente. Venció a los persas en la batalla de Arbela (331 a.C.) y puso fin a su imperio. Alejandro inició otra etapa histórica denominada período helenístico.

Los historiadores fechan el inicio del período helenístico en el año 333 a.C., aunque, respecto de Judea, divergen al determinar su final. La mayoría se inclina por situar el ocaso del período helenístico en el momento de la conquista romana de Jerusalén, llevada a término por el general Pompeyo en el año 63 a.C.

Hacia finales del período persa o comienzos del helenístico, los judíos disponían de cierta autonomía interna y decidieron redactar una síntesis de su historia. La narración abarcaba desde la creación de Adán hasta la restauración realizada por Esdras y Nehemías. La composición se denomina Historia Cronista y comprende varios libros: I-II Crónicas, Esdras y Nehemías. El nombre, Historia Cronista, proviene de san Jerónimo (siglo IV d.C.), quien denominó a estos libros *Crónica de toda la historia divina*.

Los autores de la Historia Cronista utilizaron otros libros para componer su narración. El Pentateuco, la Historia Deuteronomista y numerosos textos provenientes de archivos palaciegos: el edicto de repatriación (Esd 1,2-4; 6,3-5); la lista de los repatriados (Esd 2; Neh 7); correspondencia diplomática (Esd 4,6-6,18), etc. Y dos obras extrabíblicas, es decir, dos volúmenes que no fueron incluidos entre los libros del AT: *Las memorias de Nehemías*, redactado hacia el año

410 a.C., y *Las memorias de Esdras*, que vio la luz sobre el año 360 a.C.

Los autores de la Historia Cronista no se limitaron a resumir libros anteriores. Realizaron una composición coherente con una doble finalidad: por una parte, desearon presentar al pueblo hebreo una visión positiva de su historia, destacando la intervención de Dios en los avatares de la vida de Israel, y, por otra, intentaron mostrar ante los pueblos extranjeros, persas y griegos, la historia judía de manera atractiva, clara y pedagógica.

La Historia Cronista presenta diferencias con el Penta-teuco y la Historia Deuteronomista. Sintetiza la historia desde Adán hasta la muerte de Saúl en listas genealógicas (1 Cr 1-9). Trata con detenimiento la etapa monárquica, pero sólo alude ampliamente a los reyes de Judá. Se detiene en comentar la tarea de Esdras y Nehemías, pero pasa por alto los años del exilio babilónico. David aparece como la figura central de la historia israelita. Enfatiza la unidad del pueblo y destaca la centralidad de Jerusalén y, sobre todo, del templo.

Los autores cronistas leyeron la historia desde la perspectiva creyente y mostraron al pueblo el buen gobierno de los sacerdotes. No le falta a la Historia Cronista la proyección mesiánica de los acontecimientos, es decir, la anhelante espera de la llegada del Mesías.

2. Lectura del texto: Esd 9,5-15; Neh 8,1-12

Leeremos íntegramente Esd 9,5-15 y nos limitaremos a la lectura de algunos versos de Neh 8,1-12. Ambos textos tienen como personaje principal a Esdras y contemplan su plegaria desde dos perspectivas: la humildad y el compromiso.

⁵ *A la hora del sacrificio vespertino salí de mi postración y, con el vestido y el manto rasgados, caí de rodillas y extendí mis manos hacia el Señor, mi Dios, suplicando:*

⁶ *Dios mío, estoy confundido y avergonzado. No me atrevo a levantar mi rostro hacia ti, Dios mío, porque nuestras iniquidades han sobrepasado nuestra cabeza y nuestros delitos llegan hasta el cielo.*

⁷ *Desde los tiempos de nuestros antepasados hasta hoy hemos sido culpables. Por nuestros crímenes hemos sido entregados nosotros, nuestros reyes y nuestros sacerdotes a reyes extranjeros, a la espada, a la esclavitud, al saqueo y al oprobio, como sucede hoy.*

⁸ *Mas he aquí que de pronto el Señor, nuestro Dios, nos ha mostrado su misericordia dejándonos un resto y dándonos un refugio estable en su lugar santo. Así, nuestro Dios ha iluminado nuestros ojos y ha aliviado nuestra esclavitud.* ⁹ *Porque éramos esclavos, pero nuestro Dios no nos ha desamparado en medio de la esclavitud, sino que ha hecho que nos granjeáramos el favor de los reyes de Persia y nos ha dado un respiro para reconstruir el templo de nuestro Dios y para poner en pie sus ruinas, proporcionándonos un refugio seguro en Judá y Jerusalén.* ¹⁰ *Pero ahora, Dios nuestro, ¿qué podemos decir después de todo esto? Porque hemos desobedecido los Mandamientos* ¹¹ *que nos impusiste por medio de tus siervos los profetas. Ellos nos decían: “La tierra en la que vais a entrar es una tierra inmunda por las abominaciones de sus gentes, que la han contaminado de un extremo a otro con su impureza.* ¹² *Por tanto, no caséis a vuestras hijas con sus hijos, ni a vuestros hijos con sus hijas; no hagáis Alianza con ellos ni busquéis su favor. De esta manera, vosotros seréis fuertes y podréis gozar de los bienes de este país y transmitirlos en herencia perpetua a vuestros hijos”.* ¹³ *Y después de cuanto nos ha sucedido por nuestras maldades y grandes culpas –y eso que tú, oh Dios nuestro, nos has imputado menos culpa de la contraída y nos has dejado este resto que somos–,* ¹⁴ *¿volveremos a desobedecer tus Mandamientos casándonos con estas gentes abominables? ¿No te irritarías contra nosotros hasta aniquilarnos, sin excluir a este pequeño resto?* ¹⁵ *¡Oh Señor, Dios de Israel!, tú eres justo, como lo demuestra el resto que hoy sigue con vida.*

¹ *Todo el pueblo se congregó como un solo hombre en la plaza de la Puerta de las Aguas y pidió a Esdras, el escriba, que trajera el libro de la ley de Moisés que el Señor había entregado a Israel [...].* ⁵ *Esdras abrió el libro a la vista de todo el pueblo, pues estaba más alto que todos, y, al abrirlo, todo el pueblo se puso en pie.* ⁶ *Esdras bendijo al Señor, el gran Dios, y todo el pueblo, alzando las manos, respondió: Amén, amén [...].* ⁸ *Leían el libro de la ley de Dios clara y distintamente,*

explicando el sentido para que pudieran entender lo que se leía [...]. ¹² *Y todo el pueblo se fue a comer y a beber. Repartieron porciones y celebraron una gran fiesta, pues habían comprendido las palabras que les habían enseñado.*

3. Elementos del texto

Hemos elegido dos momentos para recoger las características de la plegaria de Esdras. El primer fragmento describe la plegaria humilde donde Esdras reconoce ante el Señor la idolatría de Israel (Esd 9,5-15). El segundo episodio relata cómo Esdras proclama la ley de Dios y cómo compromete al pueblo a comportarse de manera acorde con los Mandamientos (Neh 8,1-12). La humildad y el compromiso que conlleva la plegaria aparecen unidos. Pero, adoptando una perspectiva pedagógica, insistiremos en la humildad al tratar la primera parte de la oración de Esdras (Esd 9,5-15) y nos centraremos en el compromiso al tratar la segunda parte (Neh 8,1-12).

a) La humildad: fundamento de la oración auténtica

** El escenario de la plegaria de Esdras*

Los jefes comunican a Esdras la caída del pueblo en el pecado de la idolatría: “El pueblo de Israel, los sacerdotes y los levitas no se han separado de la población del país –cananeos, hititas, pereceos, jebuseos, amonitas, moabitas, egipcios, amorreos– y han caído en sus abominaciones” (Esd 9,1). La locución “han caído en sus abominaciones” es otra forma de expresar cómo los israelitas han caído en la idolatría. Han abandonado al Señor que les liberó de la esclavitud de Egipto, para entregar su vida a otros dioses. El texto resalta la testarudez de los israelitas enumerando ocho pueblos ante cuyos dioses se han inclinado. Y destaca, además, cómo sacerdotes y levitas, dirigentes del pueblo, también se han precipitado en la idolatría. Esdras se siente desolado ante la impiedad del pueblo vuelto del exilio (Esd 9,3-4).

Esdras no se derrumba ante la infidelidad de los israelitas. Hace algo mejor: acude al consuelo de la plegaria. La oración es el momento privilegiado en el que contemplamos la realidad desde la perspectiva de Dios. Y, al contemplar la

vida con los ojos del Señor, nuestra alma entrevé la luz de la esperanza.

El primer paso de la plegaria es el silencio interior. Esdras, antes de comenzar su oración, se sienta desolado, pero no habla (Esd 9,4). El silencio no equivale al vacío; el silencio permite percibir con claridad la situación personal y social que nos envuelve. Esdras comienza su oración en silencio para percibir la realidad tal como es y para detectar su propio penar ante los desmanes de su pueblo. Ese realismo ante la vida se llama humildad.

A menudo tenemos un concepto erróneo de la humildad. Creemos que consiste en tenernos en poco y a veces en nada, pero eso no es cierto. La persona humilde percibe la realidad tal como es y se conoce a sí misma tal como es. Ser humilde consiste en ser realista ante la vida. La humildad implica captar nuestras potencialidades para desarrollarlas, y aprender a atemperar nuestras carencias. Un camino válido para adquirir humildad es el silencio interior y la escucha constante de nuestro prójimo, pues sólo así captamos la situación real de nuestra vida.

Esdras no dice nada, pero escucha las palabras de los jefes del pueblo (Esd 9,1-4). Después, mediante gestos externos, manifiesta el dolor producido por la perfidia de los israelitas. Se rapa los cabellos y la barba (Esd 9,3) y rasga el vestido y el manto (Esd 9,5). Ambos signos testimonian externamente el dolor de Esdras. El silencio interior no acaba en la desesperanza; el silencio es la puerta por la que Dios penetra en nuestro corazón. Desde la humildad nacida del silencio y de la escucha de los jefes del pueblo, Esdras invoca al Señor.

** La invocación de Esdras*

Esdras cae de rodillas, extiende las manos y suplica al Señor. El gesto de arrodillarse manifiesta externamente la adoración de Dios. Extender las manos en forma de súplica muestra la confianza firme en el Señor. Esdras no se dirige a la divinidad nombrándola simplemente Dios, o el Señor, ni siquiera llamándola nuestro Dios o nuestro Señor; utiliza una expresión profunda: “Mi Dios [...], Dios mío” (Esd 9,5.6). Ambas expresiones reflejan la amistad personal entre Esdras y el Señor. Esdras vive un momento difícil y, desde la humil-

dad, se agarra al único que nunca falla: Dios. El Señor está siempre a nuestro lado, pero la experiencia de la amistad personal con Dios es el fruto maduro de la plegaria.

Ante Dios, el amigo, Esdras presenta la situación del pueblo. Muestra con realismo y con humildad la magnitud del pecado del pueblo: "Nuestras iniquidades llegan hasta el cielo. Desde los tiempos de nuestros antepasados hasta hoy hemos sido culpables" (Esd 9,7). Reconoce con el mismo grado de humildad las consecuencias del pecado: "Por nuestros crímenes hemos sido entregados [...] al oprobio" (Esd 9,7).

Esdras, al referirse a la maldad del pueblo, no dice "sus iniquidades" o "sus crímenes", sino "nuestras iniquidades" y "nuestros crímenes". Esdras no ha cometido ninguna falta, pero, sintiéndose solidario con el pueblo, utiliza la voz "nosotros". Esdras siente en su carne el sufrimiento de su pueblo. La humildad no se aprende sólo en el silencio y en la escucha de la palabra del hermano; se aprende acogiendo como nuestra la desgracia del prójimo y enjugando sus lágrimas.

Esdras no culpa a Dios de la desgracia de Israel, sino que asume la responsabilidad del pueblo: "Por nuestros crímenes hemos sido entregados" (Esd 9,7). Recorre la historia de Israel para destacar el pecado del pueblo. El pecado de Israel comienza al inicio de la historia, con los mismos antepasados del pueblo, y prosigue con el mal gobierno de los reyes y el mal ejemplo de los sacerdotes. Pero Esdras no se detiene a enumerar los desmanes pasados; se fija también en la situación presente: "Por nuestros crímenes hemos sido entregados [...] como sucede hoy" (Esd 9,7).

El tiempo de Esdras era un tiempo duro. Gran parte de los israelitas asentados en su patria abandonaron al Dios liberador para entregarse a los ídolos cananeos, hititas, etc. (Esd 9,1). Para muchos de los israelitas vueltos del exilio era difícil sobrevivir en Judea. La presión de la opinión pública (cf. Esd 4,1) y las denuncias ante la autoridad (Esd 4,6-16; 5,6-17), llevaban a muchos a abandonar su fe para adherirse a la idolatría, contemporizando, de ese modo, con los cananeos del país. ¡Con cuánta rapidez el creyente acomodado hoy a los ídolos del mundo abandona al Dios liberador!

* La plegaria de Esdras atisba la esperanza

La plegaria nunca deja al ser humano en la desazón del vacío. La oración ilumina el alma. Muchas veces pensamos que la plegaria consiste sólo en pedir cosas al Señor. El núcleo de la plegaria consiste en darnos cuenta de todo lo que Dios hace por nosotros. Por eso Esdras, en su oración, enumera las maravillas realizadas por Dios en favor de su pueblo.

Esdras destaca cómo el Señor ha mostrado al pueblo su misericordia (Esd 9,8). La palabra castellana "misericordia" procede de la adición de dos términos latinos: *miser*, que significa "pobre", y *corda*, que significa "corazón". La persona misericordiosa es aquella que se entrega a sí misma para calmar la pobreza del corazón de su hermano. Dios se ha entregado a sí mismo para paliar el abatimiento de su pueblo. La oración de Esdras destaca cómo Dios ha obrado misericordiosamente con su pueblo: "dejándonos un resto y dándonos un refugio estable" (Esd 9,8).

Los israelitas vueltos del destierro que permanecen junto a Esdras constituyen el "resto" de Israel. Es importante entender el significado de la palabra "resto", pues, a menudo, la confundimos con la voz "residuo". Para apreciar la diferencia pongamos un ejemplo. Imaginémosnos ante una gran cosecha de almendras y que, de improviso, un fuego se ceba contra ellas y las consume. Con esfuerzo conseguimos salvar un puñado de almendras de la quema. Ese puñado es un "resto", porque sembrando las almendras crecerán almendros y, a la larga, gozaremos de sus frutos. Ahora situémonos ante una caja de almendras de mazapán. Somos golosos y las devoramos casi todas. Quedan sólo unas cuentas en la caja. Esos pocos dulces constituyen un "residuo" de almendras de mazapán, porque ni sembrándolas ni amasándolas de nuevo crecerán almendros que puedan dar frutos.

Un residuo carece de futuro: se deshace con el tiempo, como las almendras de mazapán olvidadas en la bombonera. En cambio, en un resto permanece siempre la esperanza del renacimiento, pues del resto puede rebrotar la realidad que parecía extinguida.

La misericordia divina ha otorgado al resto un refugio estable. Dios les ha permitido "reconstruir el templo", el refugio seguro "en Judá y Jerusalén" (Esd 9,10). El refugio de

la comunidad de Esdras es el Señor, simbolizado en la presencia del templo. No puede haber mejor valedor. Por eso Esdras continúa enumerando los prodigios realizados por Dios. El Señor no ha desamparado a Israel; ha devuelto el ánimo al pueblo, les ha granjeado el favor de los reyes de Persia y les ha liberado de la esclavitud (Esd 9,9).

Cuando acudimos a la iglesia y nos encontramos con la comunidad, como los judíos en el templo, recibimos la fuerza de Dios para vivir la fe en medio del mundo y percibimos todas las cosas que el Señor obra en nuestra vida.

** Esdras explica los motivos religiosos de la desgracia del pueblo*

La esperanza del creyente no es una ilusión adolescente. Esdras, en silencio ante Dios, ha reconocido el pecado de los israelitas. Luego, en presencia del Señor, ha percibido las maravillas realizadas por Dios en favor de Israel. Pero la lectura esperanzada de la vida implica el coraje de preguntarse la razón de la caída humana. Si no sabemos por qué abandonamos al Señor, difícilmente podremos volver a su regazo. Esdras muestra cómo el rechazo de los Mandamientos provocó la caída del pueblo en la idolatría. Esdras se remite a las palabras de Moisés (Esd 9,11-12; cf. Dt 7,1-4), prototipo de los profetas.

Moisés advirtió a los israelitas liberados de la esclavitud de Egipto contra la idolatría imperante en Canaán. Dijo Moisés al pueblo: "Cuando el Señor, tu Dios, te haya introducido en la tierra donde vas a entrar para tomarla en posesión y haya exterminado delante de ti pueblos numerosos: hititas, guergueseos, amorreos, cananeos, pereceos, jeveos y jebuseos, siete pueblos más poderosos y fuertes que tú; cuando el Señor, tu Dios, te los haya entregado [...]. No harás alianzas ni tendrás miramientos con ellos. No contraerás parentesco con ellos: no darás tu hija a su hijo, ni casarás a tu hijo con su hija, porque ellos los apartarían de mí para que den culto a otros dioses" (Dt 7,1-4).

Las palabras dirigidas por Moisés al pueblo pueden sintetizarse en tres puntos.

1°. Moisés prohíbe al pueblo mezclarse con los habitantes de Canaán. La motivación ofrecida por Moisés no radica

en el racismo, sino en una cuestión religiosa. Los habitantes de Canaán adoraban a sus propios dioses. Según la mentalidad antigua, cuando un pueblo se mezclaba con otro también adoptaba sus divinidades. El Dios de Israel liberó a su pueblo de la esclavitud de Egipto. Si los liberados se mezclan con los cananeos, deberán adoptar sus dioses. De ese modo, el Dios liberador de Israel podría convertirse en una divinidad más entre las muchas adoradas por el pueblo. Moisés desea mantener en la memoria del pueblo que sólo el Señor libera, y las demás divinidades son ídolos inútiles, porque son incapaces de propiciar la liberación.

2°. Moisés ordena evitar las alianzas con los demás pueblos de Canaán. La argumentación de Moisés es también religiosa. La Alianza del pueblo liberado de la esclavitud de Egipto estriba en el pacto trabado con Dios en el monte Sinaí y reafirmado por Moisés en las estepas de Moab antes de penetrar en la tierra prometida (Éx 19-20; Dt 4,44-11,32). El núcleo del pacto consiste en la observancia por parte del pueblo de los Mandamientos del Decálogo (Éx 20,1-17; Dt 5,7-21).

Establecer alianzas con los pueblos de Canaán implicaba adoptar sus códigos de conducta y variar, con eso, algún Mandamiento. El precepto más importante que habría que cambiar sería el primero: "No tendrás otros dioses fuera de mí" (Éx 20,3; Dt 5,7). El Dios liberador dejaría de ser el Señor de Israel y compartiría su potestad con otras divinidades. Así, la naturaleza liberadora de Dios quedaría diluida en el mar de las incontables divinidades.

3°. Moisés deniega la posibilidad a los liberados de Egipto de contraer matrimonio con los cananeos. El precepto reposa en motivos religiosos y es la consecuencia de la prohibición de establecer alianzas con los cananeos. A tenor de la mentalidad antigua, cuando un rey establecía una alianza con otro, el pacto se ratificaba mediante el matrimonio del rey con una princesa del país aliado. Tenemos un ejemplo en la conducta de Salomón. El faraón conquistó la ciudad cananea de Guézer y la entregó como dote a su hija, esposa de Salomón (1 Re 9,16). Las buenas relaciones entre Salomón y el faraón se ratificaron mediante el matrimonio de Salomón con la princesa egipcia.

Esdras constata cómo el pueblo ha incumplido los preceptos promulgados por Moisés. Cuando los israelitas tomaron posesión de la tierra prometida, olvidaron la advertencia de Moisés (Esd 9,10-11). El mismo Salomón, rey de Judá e Israel, dio culto a Astarté, diosa de los sidonios, y a Moloc, el idolo de los amonitas; erigió un altar a Camós, idolo de Moab, y otro a Moloc, idolo de Amón (1 Re 11,4-7). Jero-boán I, rey de Israel, construyó dos becerros de oro, colocó el primero en la ciudad de Dan, ubicada al norte del país, y situó el segundo en Betel, junto a la frontera del sur.

La idolatría no se circunscribió a los reyes, sino que alcanzó también al pueblo. Moisés enumeró siete pueblos con quienes los liberados de Egipto no debían mezclarse (Dt 7,1-4). Pero los jefes del pueblo comunican a Esdras que los israelitas se han mezclado con ocho pueblos, uno más que los prohibidos por Moisés, y, por si fuera poco, los sacerdotes dirigentes del pueblo se han mezclado con la gente del país (Esd 9,1-2). En definitiva, la corrupción religiosa del tiempo de Esdras es más grave que la prevista por Moisés.

No nos fijemos sólo en la vida del pueblo hebreo; observemos también nuestra existencia. El Dios liberador ¿es el centro de nuestra vida o es una divinidad más? ¿Olvidamos al Dios liberador para trabar alianzas, para “casarnos” con los dioses de nuestra sociedad: el poder a cualquier precio, el poseer desenfrenado, la insinceridad? La advertencia de Moisés y Esdras también se refiere a nosotros durante el “hoy” de nuestra vida.

** La humildad abre la puerta a la actuación de Dios en nuestra vida*

Esdras no oculta al Señor el pecado del pueblo. Reconoce que los judíos se han mezclado con los cananeos y han trabado alianza con ellos, olvidando la gesta liberadora de Dios y el pacto del Señor con su pueblo (Esd 9,11-12). Esdras reconoce el mal comportamiento del pueblo, pero en ese reconocimiento palpita la humildad. La humildad radica en reconocer la verdad ante Dios, ante al prójimo y ante uno mismo. La humildad es la verdad.

La humildad permite al Señor entrar en nuestra alma. Esdras, desde la humildad, percibe la bondad de Dios y le

dice: “Nos has imputado menos culpa de la contraída y nos has dejado este resto que somos” (Esd 9,13).

Ateniéndonos a la advertencia de Dios a Salomón, el Señor debería haber aniquilado a su pueblo. Pues Dios dijo a Salomón: “Si caminas en mi presencia [...] cumpliendo todo lo que te he mandado y observando mis leyes y Mandamientos, consolidaré para siempre tu trono real sobre Israel, como prometí a tu padre, David [...]. Pero si vosotros y vuestros hijos me abandonáis, y en lugar de cumplir mis leyes y Mandamientos dais culto a otros dioses, borraré a Israel de la tierra que les he dado y rechazaré este templo” (1 Re 9,4-8).

La bondad de Dios es más fuerte que el pecado humano. El Señor no ha aniquilado a su pueblo, sino que, como repite Esdras tres veces, el Señor ha guardado un resto fiel (Esd 9,13.14.15). Este resto permanece vivo y posibilitará la regeneración del pueblo devastado por la idolatría. Esdras, agradecido, reconoce que el Señor ha sido justo al permitir la supervivencia de un resto (Esd 9,15). ¿Qué significa, en labios de Esdras, reconocer la justicia de Dios?

La noción de justicia aplicada a la relación entre Dios e Israel tiene una connotación especial en el seno de la Biblia. El Señor exigió a los israelitas la vivencia de los Mandamientos. El pueblo desobedeció precipitándose por el senda de la idolatría. La sentencia de Dios, percibida desde la óptica humana, debía consistir en aniquilar al pueblo, tal como advirtió a Salomón (1 Re 9,1-8).

Sin embargo, el Señor conserva un resto para regenerar a su pueblo. La justicia de Dios es distinta de la humana. El Señor es justo porque ofrece al pueblo traidor la posibilidad de reintegrarse en el proyecto divino. Cuando nos apartamos de Dios, el Señor nos ofrece su justicia. Valiéndose de las situaciones de la vida, siempre nos regala otra posibilidad de volver a su camino. Ésa es la justicia del Señor: la posibilidad que ofrece a quienes pecan de reinsertar su vida en el proyecto de Dios. Esa actitud tuvo el Señor con Esdras y esa misma actitud tiene con nosotros.

b) El compromiso liberador: finalidad de la oración auténtica

El resto del pueblo fiel comenzaba a ver los frutos de su lealtad al Señor. Habían restaurado el templo (Esd 6,14-18),

implorado el perdón del Dios (Esd 9,1-15) y culminado la reconstrucción de la muralla de Jerusalén (Neh 6,15-19). Pero faltaba lo más importante: la renovación de la Alianza y la adhesión definitiva a la ley de Dios (Neh 8.1-12).

Esdras, sacerdote y escriba (Neh 8,1.2.9), proclamará la ley y ratificará la Alianza de Dios con su pueblo. Mientras Nehemías, el gobernador (Neh 9,1), ordenará celebrar solemnemente la renovación de la Alianza y el acatamiento de la ley.

** La proclamación de la ley de Dios por parte de Esdras*

En el apartado anterior comentábamos un aspecto de la plegaria de Esdras. El sacerdote-escriba relataba al Señor el pecado del pueblo, imploraba el perdón y renovaba la confianza en Dios. Ese aspecto de la plegaria consiste en hablar con el Señor para contarle humildemente los avatares de nuestra vida. Otro semblante de la plegaria estriba en escuchar la revelación de Dios. La manifestación divina es amplia, pero la revelación privilegiada de Dios a su pueblo late en la Sagrada Escritura. Por eso, cuando leemos la Biblia oramos porque conocemos lo que Dios dice, y cuando hablamos con Dios acerca de nuestra vida oramos, pues contamos al Señor lo que nos sucede.

La comunidad hebrea se reúne solemnemente. El texto bíblico enfatiza la solemnidad remarcando dos datos. Por una parte, se congrega toda el pueblo: hombres, mujeres y cuantos tenían uso de razón (Neh 8,2); por otra, la asamblea se agrupa junto a la Puerta de las Aguas, un lugar importante de Jerusalén (Neh 8,1).

Ante la comunidad reunida, Esdras lee el libro de la ley de Moisés desde la mañana hasta el mediodía. El texto subraya la majestuosidad de la lectura. Esdras estaba de pie sobre un estrado de madera levantado al efecto. Abrió el libro a la vista de todo el pueblo. Situó a su derecha y a su izquierda dos grupos de judíos destacados, y la comunidad se puso en pie para escuchar la ley de Moisés (cf. Neh 8,1-5).

¿En qué consiste el libro de la ley de Moisés? Los estudiosos no se ponen de acuerdo en el contenido preciso. Unos reconocen en el libro de la ley de Moisés la totalidad del Pentateuco, y otros, sólo algunos códigos importantes.

Pero ambos grupos afirman la presencia del Decálogo en el conjunto del libro de la ley de Moisés proclamado por Esdras (cf. Éx 20,1-17; Dt 5,6-22). El pueblo escucha el libro de la ley de Moisés y, al escuchar la Palabra de Dios, ora porque oye la voluntad del Señor.

Concluida la lectura, Esdras bendice al Señor. Pero ¿puede el hombre bendecir al Señor? Sí, aunque conviene aclarar el significado del término "bendecir". La palabra "bendecir" proviene del latín y significa etimológicamente "decir bien de alguien", o sea, "hablar bien de alguien". Cuando Esdras bendice al Señor en presencia del pueblo, alaba al Señor relatando las maravillas realizadas por Dios en favor de Israel.

La comunidad ha escuchado la lectura del libro de la ley de Moisés y ha oído cómo Esdras bendecía al Señor. Entonces, de manera objetiva, el pueblo se adhiere al Señor y se compromete a cumplir su ley. La plegaria del pueblo ha dado lugar al compromiso de la comunidad. La finalidad de la plegaria estriba en llegar a ser amigos de Dios y en comprometerse en su proyecto liberador.

El compromiso del pueblo se manifiesta desde una doble perspectiva. En un primer momento la comunidad alza las manos (Neh 8,6). Alzando las manos hacia el Señor, el pueblo deposita su confianza en Dios. Las manos alzadas imploran la ayuda de Dios, como si el Señor depositara en nuestras manos su gracia para ayudarnos a llevar a cabo su proyecto salvador.

El segundo gesto del pueblo consiste en su respuesta tras escuchar la proclamación del libro de la ley de Moisés. La comunidad exclama: "Amén, amén" (Neh 8,6). El término "amén" no significa simplemente "así sea", como si indicara la expresión de un deseo. La raíz hebrea *amén* significa "mantenerse firme" o "sentirse seguro". En un contexto religioso puede traducirse poéticamente como "sentirse seguro en las manos de Dios". Veamos un ejemplo.

En el siglo VIII a.C., los habitantes de Jerusalén atravesaban una época crítica. Dudaban de la fidelidad de Dios y buscaban la ayuda inútil de los ídolos. Entonces el profeta Isaías dijo a los habitantes de Jerusalén: "Si no creéis, no subsistiréis" (Is 7,9). Las palabras castellanas "creéis" y "sub-

sistiréis” constituyen la traducción de la voz hebrea “amén” en su forma verbal. En definitiva, el profeta dice al pueblo: “Si no os mantenéis seguros en las manos de Dios, nada podrá daros seguridad”. El término “amén” explicita cómo el pueblo deposita su confianza en Dios y se compromete, a la vez, a cumplir la voluntad divina.

La asamblea de Jerusalén ha escuchado por boca de Esdras la proclamación del libro de la ley de Moisés. La comunidad, al responder “amén, amén”, manifiesta la decisión de fiarse plenamente de Dios y la obligación de cumplir la ley divina. El pueblo rubrica su compromiso postrándose rostro en tierra para adorar al Señor (Neh 8,6). Los gestos consistentes en adorar y postrarse implican el reconocimiento de la presencia divina. La comunidad reunida reconoce en el libro de la ley de Moisés la voz de Dios que le habla, y la asamblea se adhiere a Dios y se compromete con su proyecto.

** La aportación de Nehemías*

Un grupo de judíos distinguidos, junto con los levitas, continuaron leyendo el libro de la ley de Dios al pueblo y explicaban el sentido del texto (Neh 8,6-8). Mientras, Nehemías, Esdras y los levitas que instruían al pueblo dijeron a toda la asamblea: “Este día está consagrado al Señor, nuestro Dios: no estéis tristes ni lloréis” (Neh 8,9).

Tal vez el pueblo estaba triste y lloraba porque al escuchar la ley había descubierto la gran cantidad de preceptos que había incumplido. Sin embargo, Nehemías, el gobernador, no les recrimina nada; les dice: “Id a casa y comed manjares apetitosos, bebed licores dulces” (Neh 8,10). Cuando la voz de Dios cala en el alma, no es para recriminarnos el mal cometido, sino para desvelarnos el bien que aún podemos realizar. Como añade Nehemías, “el Señor se alegra al veros fuertes” (Neh 8,10). La alegría y la fortaleza radican en sentirnos seguros en las manos de Dios y en la decisión firme de cumplir sus mandatos. La vida cristiana se vive hacia adelante, pues el perdón divino elimina el lastre de nuestras faltas.

Nehemías agrega un mandato a los israelitas reconciliados con Dios: “Mandad su porción, de manjares apetitosos y licores dulces, a los que no han preparado nada” (Neh 8,10). Los israelitas cumplieron esta orden con largueza (Neh 8,12).

La capacidad de compartir nuestros bienes con el prójimo autentifica nuestra decisión de seguir al Señor. La fiesta representa el gozo de los redimidos.

4. Síntesis y aplicación a la vida

Esdras, ante el desánimo en el que se encuentra el pueblo, vuelto del exilio, recurre a la plegaria. De alguna manera, Esdras cumple de antemano el consejo de Santiago a su comunidad: “Si alguno de vosotros sufre, que ore” (Sant 5,13).

Es cierto que podemos rezar en cualquier ocasión, pues Dios se encuentra siempre a nuestro lado, pero el camino de la plegaria requiere un proceso. Lo primero de todo, consiste en dedicar unos minutos a pacificar nuestra alma, a recuperar la armonía que el ajeteo cotidiano nos roba. Después es necesario contemplar en silencio los avatares de nuestra vida, dejando resonar la voz de Dios en nuestra alma. Finalmente, es preciso saber escuchar lo que Dios nos dice desde la profundidad de la conciencia.

El primer escalón de la plegaria estriba en la humildad. Cuando estamos en silencio escuchamos la voz de Dios y percibimos todo aquello que Dios hace por nosotros. Y al darnos cuenta de la generosidad de Dios con nosotros, adquirimos la fuerza para comprometernos en el proyecto liberador de Dios en favor de la humanidad.

El texto que hemos leído refiere tres veces la consagración y la santidad del día en el que Esdras proclamó la ley de Dios ante la asamblea (Neh 8,9.10.11).

Los israelitas se consagraron al Señor en aquel día por varios motivos. Escucharon la Palabra de Dios en actitud orante. Profundizaron en ella mediante la enseñanza de los levitas. Se comprometieron a poner la ley de Dios en práctica. Aprendieron a compartir sus bienes. Celebraron una fiesta para aprender que Dios no nos culpabiliza por nuestro pecado, sino que nos hace fuertes para vivir según sus preceptos. Vivir consagrado es optar por que nuestra vida sea un destello de la santidad de Dios (cf. Lv 19,2). Israel había emprendido la ruta de la santidad. Y nosotros ¿la hemos emprendido?

“Acuérdate de mí, Dios mío, para mi bien”

Ambientación

La oración es el ámbito más íntimo y personal del encuentro con Dios. El descubrimiento del Misterio ha sobrecogido siempre al ser humano y lo ha abierto a la relación con Alguien que está por encima y más allá de nosotros. Las diferentes religiones han ido encontrando modos diversos de entablar un diálogo íntimo con él a través de los ritos y la plegaria. La Biblia contiene muchísimos ejemplos de cómo los creyentes se dirigen a Dios en las circunstancias más variadas de la vida. La oración de Esdras es uno de ellos.

Antes de comenzar, buscamos **Esd 9,5-15**.

Miramos nuestra vida

Todos tenemos experiencia de que rezar no es fácil. A menudo la oración se nos hace cuesta arriba, nos aburre y más de una vez terminamos dejándola. Otras veces probamos métodos para rezar mejor e incluso hemos ensayado técnicas orientales que nos relajan y ayudan a hacer silencio. Pero, a pesar todo ello, muchos cristianos sienten que la oración sigue siendo una asignatura pendiente en sus vidas.

- ¿En qué ocasiones de tu vida has sentido la necesidad de orar? ¿En cuáles te ha resultado más difícil hacerlo?

- ¿Qué es lo que más te ayuda y lo que te resulta más difícil en esos momentos?

Escuchamos la Palabra de Dios

La oración de Esdras nos muestra cómo hasta las circunstancias más desfavorables son un buen momento para el encuentro con el Señor. El peso del pecado del pueblo no le sume en la desesperanza, sino que le lleva a ponerse confiado en las manos de Dios. La oración ilumina su corazón y lo reconforta descubriéndole cómo el Señor, a pesar de todo, sigue manteniéndose fiel a su promesa.

- Nos preparamos con unos minutos de silencio para escuchar la Palabra de Dios.

- Un miembro del grupo lee en voz alta Esd 9,5-15.

- Después de releer el pasaje, consultar las notas de la Biblia y recordar lo que hemos aprendido en la sesión anterior, respondemos a estas preguntas:

- *¿Qué gestos realiza Esdras al comenzar su plegaria? ¿Qué significado tienen?*

- *¿Qué sentimientos embargan a Esdras en esos momentos?*

- *¿Qué circunstancias concretas de la vida del pueblo provocan la oración de Esdras? ¿Qué objetivo persigue con su plegaria?*

- *¿Qué experiencia de Dios se suscita a través de esta oración?*

Volvemos sobre nuestra vida

La experiencia de Esdras nos muestra que es necesario orar en todo momento. Su plegaria surge en circunstancias de desánimo, y en ella encuentra consuelo y esperanza: pide perdón y experimenta la misericordia de Dios. También nosotros, como Esdras y como Jesús, necesitamos buscar espacios de encuentro con el Señor en medio de las múltiples circunstancias de la vida. Así encontraremos fuerza para vivir nuestra fe en medio del mundo.

- *A la luz de este pasaje, ¿qué podríamos hacer para que la oración ocupase un lugar más importante en nuestra vida de creyentes?*

- *¿Qué nos falta para aprender a rezar en todas las circunstancias de la vida?*

Oramos

La Palabra de Dios nos encuentra donde muchas veces no sospechamos y nos impulsa a afianzar nuestra fe, como le ocurrió a Israel en tiempos de Esdras. Dios también nos llama a apoyarnos en él, a sentir que su bondad es más fuerte que nuestro pecado y a comprometernos en la lucha por un mundo mejor al estilo de Jesús de Nazaret.

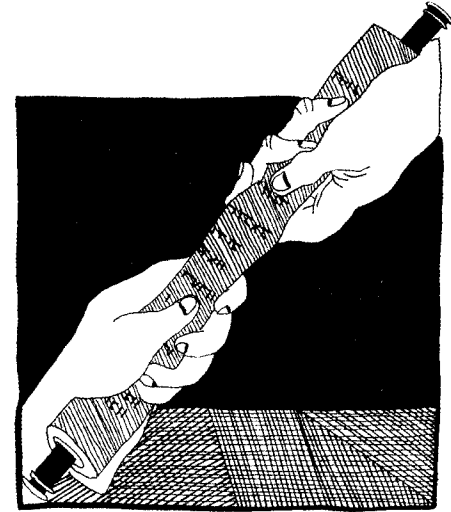
- Colocamos una vela y la Biblia en el centro de la sala. Un miembro del grupo lee en voz alta Esd 9,5-15.

- Oramos personalmente. Después, expresamos en voz alta nuestra plegaria, según el momento en el que nos encontramos. A cada comunicación, respondemos todos: "Amén, amén"..

- Terminamos cantando *Señor, enséñanos a orar.*

TOBÍAS Y SARA

La capacidad de escuchar el consejo de los sabios



La presencia del Dios liberador acontece en cada recodo de la vida. El cumplimiento de los Mandamientos y la fidelidad a la Alianza divina constituyen las situaciones privilegiadas para el encuentro personal con el Señor. Pero, para encontrarnos personalmente con el Dios liberador, debe nacer en nuestro corazón la capacidad de contemplar la vida desde la perspectiva de la fe.

Y para contemplar la existencia con la mirada de la fe necesitamos desarrollar dos actitudes. Por una parte, la plegaria humilde y comprometida y, por otra, la capacidad de escuchar el consejo de los sabios y el latido del mundo.

A lo largo del tema anterior, hablábamos de Esdras, sacerdote y escriba, quien nos enseñaba las características de la oración humilde y comprometida.

Acerquémonos ahora al libro de Tobías para descubrir la fuerza contenida en el consejo de los sabios.

1. El libro de Tobías en el conjunto de las Historias Ejemplares

El cuarto bloque de los Libros Históricos está constituido por las Historias Ejemplares: Tobías, Judit, Ester y Rut. La posición de las Historias Ejemplares en el conjunto de la Biblia varía con frecuencia. Tobías, Judit y Ester aparecen siempre juntos, pero unas veces figuran después de la Historia Deuteronomista y Cronista y, en otras ocasiones, tras los Libros Sapienciales. Encontramos el libro de Rut tras el libro de los Jueces, pero también entre los Libros Sapienciales o antes del libro de Tobías.

La posición de un libro en el conjunto de la Sagrada Escritura es importante. El libro de Tobías aparece tras la Historia Deuteronomista y Cronista, o entre los Libros Sapienciales. Eso es una indicación clara de que ha sido interpretado de dos maneras.

Durante largo tiempo fue entendido como un libro histórico en el sentido literal de la palabra. Hoy lo percibimos como un libro sapiencial enmarcado en una situación histórica imaginaria. Desde nuestra perspectiva entenderemos el libro de Tobías como un texto sapiencial, situado en un escenario histórico ficticio. El libro de Tobías no pretende comunicar al lector acontecimientos históricos, sino enseñarnos a escuchar el consejo de los sabios como actitud excepcional para encontrarnos con Dios en el curso de la vida.

El libro de Tobías fue escrito en lengua hebrea o aramea, obtuvo un gran éxito y fue traducido al griego. La versión griega alcanzó gran prestigio y eclipsó al original hebreo, hasta el punto de hacerlo desaparecer. Por eso el texto de Tobías nos ha llegado en lengua griega. La importancia del libro hace que la Iglesia católica y todas las Iglesias orientales lo consideren un libro inspirado y lo incluyan en la Sagrada Escritura. Nuestros hermanos judíos y protestantes lo consideran simplemente un libro piadoso y no lo incluyen en sus ediciones del Antiguo Testamento.

Las razones del pueblo judío para componer el libro de Tobías fueron importantes. Tras la liberación de la cautividad de Babilonia, Judea se convirtió en una provincia marginal del Imperio persa. Con el tiempo, Judea alcanzó cierto

nivel de autonomía. Fue gobernada por el sumo sacerdote del templo de Jerusalén y administrada por los sacerdotes. Más tarde, Alejandro Magno, rey de Macedonia, conquistó el Próximo Oriente (336-323 a.C.) e introdujo en Oriente la cultura griega. De la relación entre el pensamiento oriental y la mentalidad griega surgió una nueva cultura, llamada helenismo.

El helenismo permitió a muchos judíos vivir fuera de Judea. Los judíos residentes fuera de Judea constituían la diáspora judía. Con el tiempo, los lazos entre quienes vivían en Jerusalén y los judíos de la diáspora fueron debilitándose. Además, los judíos de la diáspora vivían en condiciones precarias y entre religiones extranjeras, cayendo en la tentación de abandonar su religión para adherirse a los cultos paganos practicados en los países a los que habían emigrado.

Ante esta dificultad, un judío piadoso escribió a finales del siglo III el libro de Tobías, para reforzar los vínculos de unidad entre los judíos de la diáspora y los habitantes de Judea. Por eso el autor insiste en los fundamentos de la cultura y la religión judías. Los personajes del libro son ejemplos de fidelidad a la ley de Dios. Estímulos para el amor y la solidaridad entre los judíos dispersos por el mundo. Modelos ejemplares en la defensa de la familia y los valores de la identidad judía. Testigos de que Dios acompaña a sus siervos durante el camino de la vida. En definitiva, el libro orienta el alma del creyente hacia Jerusalén y recuerda la presencia protectora del Dios liberador en favor de sus fieles.

El autor utiliza datos extraídos de la misma Escritura para componer el libro de Tobías. La ambientación del libro evoca las historias patriarcales (Gn 12-50). El marco histórico de Tob 1 recuerda la situación descrita en 2 Re 15. La referencia a la ley de Moisés rememora constantemente el Pentateuco. El libro cita expresamente a los profetas Amós (Tob 2,6; cf. Am 8,10) y Nahúm (Tob 14,4; cf. Nah 3,1-7) y alude a la profecía de Isaías en los himnos concernientes a la conversión de todos los pueblos (Tob 14,6; cf. Is 60-62). Las plegarias de Tobit y Sara apuntan a la oración sálmica (Tob 3,1-6; 11-15; cf. Sal 119,137; Sal 25,10; Sal 5,8). El influjo de los Libros Sapienciales aparece en las alusiones a Job (Tob 1,16-17; cf. Job 1-2) y en los consejos de Tobit a Tobías (Tob 4,3-19; cf. Eclo 3,30).

Además de a las referencias bíblicas, el autor apela a un libro importante de su época: *La sabiduría de Ajicar*. El autor del libro de Tobías introdujo a Ajicar (Tob 1,22; 12,8; 14,10) en la obra convirtiéndolo en judío y sobrino de Tobit (Tob 1,21). Al comparar el libro de Tobías con *La sabiduría de Ajicar*, percibimos cómo las vicisitudes de Tobit imitan a las de Ajicar (Tob 1,12-22; 14,10).

La referencia a una obra importante como *La sabiduría de Ajicar* pretendía internacionalizar el libro y aumentar el número de sus lectores. Aunque *La sabiduría de Ajicar* sea importante, el autor del libro de Tobías deja bien sentada la superioridad de la ley de Dios.

En síntesis, el libro inculca a los judíos de la diáspora tres conceptos. Por una parte, insiste en la necesidad de salvaguardar la estructura familiar como símbolo de la identidad judía. Por otra, muestra la presencia del Señor, liberador y providente, que cuida siempre de sus amigos. Finalmente, remarca la necesidad de poner en práctica la fe mediante la vivencia de la misericordia y la escucha del consejo de los sabios. El libro muestra un convencimiento claro: aunque el justo padezca pruebas y dificultades, siempre que se mantenga fiel obtendrá la bendición de Dios. Y la manera concreta y práctica de mantenerse fiel a la ley de Dios estriba en dejarse guiar por el consejo de los sabios.

El fragmento que leeremos constituye la exhortación de Tobit, prototipo de sabio, dirigida a su hijo Tobías antes de que emprenda un viaje hacia la región de Media, en compañía del ángel Rafael.

2. Lectura del texto: Tob 4,1-21

¹ *Aquel día se acordó Tobit del dinero que había dejado en depósito a Gabael en Ragués de Media* ² *y pensó: Puesto que he pedido la muerte, voy a llamar a mi hijo Tobías para decirle lo de ese dinero antes de morir.*

³ *Llamó, pues, a su hijo Tobías y, cuando se presentó, le dijo:*

Cuando muera, entiérrame dignamente. Honra a tu madre y no lo abandones mientras viva. Complácela y no la entristez-

cas nunca con tu conducta. ⁴ *Hijo mío, acuérdate que ella pasó muchos peligros por tu causa cuando tú estabas en su vientre. Cuando muera, entiérrala junto a mí, en la misma tumba.*

⁵ *Hijo mío, todos los días acuérdate del Señor, y no peques contra sus Mandamientos. Practica la justicia todos los días de tu vida y no vayas por malos caminos,* ⁶ *porque si practicas la lealtad tendrás éxito en tus empresas,* ⁷ *como todos los que practican la justicia.*

Haz limosna con tus bienes y no te desentiendas de ningún pobre, porque así Dios no se desentenderá de ti. ⁸ *Da limosna según tus posibilidades y los bienes que poseas. Si tienes poco, no temas dar limosna según ese poco,* ⁹ *porque es atesorar un buen tesoro para el día que lo necesites.* ¹⁰ *La limosna libra de la muerte y no deja entrar en las tinieblas.* ¹¹ *Los que dan limosna presentan una buena ofrenda ante el Altísimo.*

¹² *Hijo mío, no te dejes llevar por la pasión sexual. Cástate con una mujer de la estirpe de los padres. No te cases con una mujer extranjera o que no sea de la tribu de tu padre, porque somos hijos de profetas. Recuerda, hijo mío, que Noé, Abrahán, Isaac y Jacob, nuestros antepasados, se casaron con mujeres de su parentela y fueron bendecidos con sus hijos. Sus descendientes heredarán la tierra.*

¹³ *Hijo mío, ama a tus hermanos y no te creas más que los hijos e hijas de tu pueblo, desdenando casarte con una mujer de entre ellos, porque el orgullo es fuente de iniquidad y ruina, y la ociosidad origina penuria e indigencia. La ociosidad es la madre del hambre.*

¹⁴ *No retengas ni una noche el salario de cualquier persona que trabaje para ti, sino págale enseguida. Si tú sirves a Dios, él te lo pagará, hijo mío. Pon atención en todo lo que hagas y sé educado en todo tu comportamiento.* ¹⁵ *No hagas a nadie lo que a ti te desagrada. No bebas hasta emborracharte, ni hagas de la embriaguez tu compañera de camino.* ¹⁶ *Da tu pan al hambriento y tu ropa al desnudo. Si algo te sobra, dalo en limosna y no te entristezcas al darlo.* ¹⁷ *Haz tu ofrenda de pan sobre la tumba de los justos, pero no la des a los pecadores.*

¹⁸ *Busca el consejo de los prudentes y no desprecies ningún consejo útil.* ¹⁹ *Bendice en toda ocasión al Señor Dios; ruégale que sean rectos tus caminos y que tengan éxito todos tus senderos y proyectos. No toda la gente tiene buen consejo,*

sino que es el Señor mismo quien da todos los bienes y quien humilla a quien quiere hasta el abismo profundo. Recuerda, hijo mío, todos mis consejos y que no se te olviden nunca.

²⁰ En fin, hijo, ahora quiero hacerte saber que dejé en depósito trescientos cuarenta kilos de plata a Gabael, hijo de Gabrí, en Ragués de Media. ²¹ No te preocupes, hijo mío, porque nos hayamos empobrecido; si eres fiel a Dios y huyes de todo lo que sea pecado, haciendo el bien en presencia del Señor, tu Dios, tendrás la riqueza más grande.

3. Elementos del texto

a) La sabiduría de Tobit

La trama del libro comienza contando que Tobit, padre de Tobías, pertenecía a la tribu de Neftalí, situada en la Alta Galilea. En tiempos de Salmanasar, rey de Asiria, fue deportado con otros compatriotas a Nínive (Tob 1,1-3). ¿A que deportación se refiere el texto de Tobías?

Salomón gobernaba dos reinos a la vez. El país del sur se llamaba Judá, y su capital, Jerusalén; el Estado del norte era Israel y, con el paso del tiempo, su capital fue Samaria. A la muerte de Salomón, ambos reinos se escindieron y fueron gobernados cada uno por un monarca distinto. En Judá reinó Roboán, hijo de Salomón; mientras que Jeroboán I reinó en Israel. La historia del país de Israel fue compleja y caracterizada por continuas turbulencias. Durante el reinado de Pecaj (740-731 a.C.) “vino Teglatfalasar, rey de Asiria, y tomó [...] todo el territorio de Neftalí, deportando a sus habitantes a Asiria” (2 Re 15,29).

La deportación de parte de los habitantes del reino del norte, Israel, fue dura. El monarca asirio dispersó a los moradores de Israel en la inmensidad de su imperio. La mayoría terminó asimilándose a los asirios y perdió su identidad judía.

Notemos cómo el libro de Tobías refiere la deportación al rey asirio Salmanasar, mientras que el segundo libro de los Reyes la sitúa en tiempos de Teglatfalasar. El texto de Tobías no pretende ser una lectura literal de la historia. El libro, escrito a finales del siglo III a.C. evoca, mediante la

deportación de los habitantes de Neftalí realizada por Salmanasar o Teglatfalasar, la situación de los judíos diseminados en territorios de cultura griega, donde lentamente olvidaban su religión y su cultura. El libro anima a los judíos diseminados en la diáspora griega a permanecer fieles a la ley del Señor.

El mismo Tobit se presenta como modelo de lealtad a la fe judía cuando vivía en Israel y, después, durante su exilio en Nínive. Tobit recuerda con tristeza cómo la tribu de Neftalí se separó de la Casa de David y del templo de Jerusalén (Tob 1,4). ¿A qué división se refiere?

Como decíamos antes, el reino del norte, Israel, rompió con el reino del sur, Judá, regido por la dinastía de David, y eligió como rey a Jeroboán I, antiguo general de Salomón. El nuevo rey evitó que la gente de su pueblo peregrinara a Jerusalén. Jeroboán I erigió dos becerros de oro. Colocó uno en Betel, junto a la frontera con Judá, y otro en Dan, situado en la frontera norte de Israel. Ambos becerros de oro estarían depositados en un santuario. También levantó santuarios por todo el país y, lo más grave, nombró sacerdotes entre la gente del pueblo que no pertenecía a la tribu de Leví (1 Re 12,26-33), la tribu sacerdotal por excelencia. La decisión de Jeroboán I propició la ruptura política y religiosa entre los reinos de Judá e Israel.

A pesar de las adversidades, Tobit mantuvo su fidelidad a la ley del Señor. Tobit, casi siempre solo, iba a Jerusalén durante las fiestas “como manda a todo Israel una ley perpetua” (Tob 1,1; cf. Lv 23). Llevaba sus dones para ofrecerlos en el altar, entregándolos a los hijos de Aarón y a los levitas, servidores del templo. Gastaba los diezmos, es decir, cierta cantidad de dinero, en Jerusalén para ayudar a la ciudad y socorrer a las viudas, a los huérfanos y a quienes se habían convertido al judaísmo. En todo seguía la ley de Moisés transmitida por sus padres (Tob 1,5-9).

Su fidelidad al Señor era muy grande. Tobit, a ejemplo de Abrahán, que trabó el matrimonio de su hijo Isaac con una mujer de su misma stirpe (Gn 24), también se casó con Ana, descendiente de su misma familia (Tob 1,9). Una vez deportado a Nínive, percibe cómo sus compatriotas comen los alimentos de los paganos. Pero Tobit se guarda de comer-

los, como prescribe Lv 11, y sigue de ese modo el ejemplo de Daniel, Ananías, Misael y Azarías (Tob 1,1; cf. Dn 1,8-16).

Tobit tenía presente al Señor en todo momento y por eso halló el favor de Salmanasar, rey de Asiria, y se convirtió en el personaje que abastecía al rey (Tob 1,12). ¿No recuerda esta situación la vida del patriarca José? José, vendido por sus hermanos, llegó a Egipto donde alcanzó el puesto de primer ministro, porque “el Señor estaba con él” (Gn 39,3).

Muerto Salmanasar, el libro de Tobías refiere el reinado de Senaquerib (Tob 1,18). Senaquerib sitió Jerusalén en tiempos de Ezequías, rey de Judá (721-693 a.C.), pero no pudo conquistarla (2 Re 18,13-19,34). Tras el fracaso, Senaquerib levantó el asedio y regresó a Nínive, donde fue asesinado por sus hijos (2 Re 19,35-37).

El libro de Tobías presenta a Senaquerib como un monarca blasfemo y perseguidor de los judíos (Tob 1,18). Tobit, a pesar de la adversidad asiria, practica la misericordia enterrando a los judíos asesinados. Pero un habitante de Nínive le denuncia, y el Estado confisca todos sus bienes. Tobit siente miedo y huye de Nínive. Sin embargo, nadie consigue arrebatarse a Tobit su mayor riqueza, la familia: “Me quedaron Ana, mi mujer, y Tobías, mi hijo” (Tob 1,20).

El libro de Tobías resalta cómo el Señor nunca abandona a los justos. Senaquerib muere y le sucede Asaradón. El nuevo monarca coloca a Ajicar como jefe de la hacienda real. Ajicar, que era sobrino de Tobit, intercedió ante el rey y Tobit regresó a Nínive (Tob 1,22).

En ese momento el autor del libro de Tobías encuentra la oportunidad de introducir a Ajicar, personaje famoso de la literatura antigua. Ajicar es el personaje central del libro que lleva su nombre: *La sabiduría de Ajicar*. El texto de Tobías evoca la persecución sufrida por Ajicar y explica cómo el Señor hizo justicia a Ajicar y deshizo los planes perversos de Nadab, su perseguidor (Tob 14,10). En definitiva, establece un paralelismo entre Tobit y Ajicar. Tobit, perseguido por Senaquerib, puede volver a Nínive, y Ajicar, acosado por Nadab, triunfó sobre sus perseguidores.

Tobit continúa dando sepultura a los difuntos y por eso desean matarlo (Tob 2,8), pero él no se arredra y sigue

practicando la misericordia (Tob 2,2). Recordando al profeta Amós, expresa con llanto el dolor por su pueblo exiliado (Tob 2,6). La vida de Tobit refleja la existencia de los judíos de la diáspora que intentaban ser fieles a su fe. Practicaban la misericordia, esperaban en el Señor y padecían la persecución de propios y extraños.

La palabra “Tobit” significa “bondad” y, ciertamente, Tobit es modelo de hombre bueno. Cumple la ley del Señor, socorre a los pobres, valora la familia, no guarda rencor y entierra a los muertos. Pero las adversidades no dejan de golpearle. Primero le persiguió Senaquerib y, ahora, unos excrementos de pájaro le dejan ciego. El padecimiento del justo es humanamente incomprensible. Por eso su esposa le increpa: “¿Dónde están ahora tus limosnas? ¿Dónde están tus buenas obras? Está bien claro, pues ya ves lo que te ocurre” (Tob 2,15).

La mujer de Tobit echa en cara a su marido la inutilidad de las buenas obras. Las palabras de la esposa recuerdan los gritos de la mujer de Job contra su marido, fiel a la ley de Dios y misericordioso con sus hermanos. Dice a Job su esposa: “¿Todavía perseveras en tu rectitud? ¡Maldice a Dios y muérete!” (Job 2,9). Job responde a su mujer sin titubear: “Hablas como una mujer estúpida. Si se acepta de Dios el bien, ¿no habremos de aceptar también el mal?” (Job 2,10). La respuesta de Job es valiente, pero ante el sufrimiento desea la muerte: “¡Desaparezca el día en que nací y la noche que dije: ha sido concebido un hombre” (Job 3,1).

Como Job, Tobit también desea morir: “Prefiero la muerte a tener que ver tanta miseria en mi vida y a tener que escuchar tantos insultos” (Tob 3,6). En medio de la desgracia, Tobit acudió al consuelo de la plegaria: “Entre sollozos comencé a rezar; [...] Señor, acuérdate de mí, y mírame [...] aleja de mí, Señor, toda esta aflicción” (Tob 3,3,6).

La sabiduría no consiste en acumular títulos académicos. El sabio es aquel cuyo corazón late al ritmo del corazón de Dios. Tobit ha aprendido la sabiduría en la escuela de la vida siendo fiel en todo momento a la ley del Señor. La sabiduría bíblica nace de la lealtad al Señor.

b) El sentido religioso del viaje de Tobías

La Sagrada Escritura describe numerosos viajes. Sin duda, el más importante es el trayecto de los israelitas liberados de la esclavitud de Egipto hasta la tierra prometida. Los viajes narrados por la Biblia constituyen la ocasión en la que Dios educa a su pueblo y no son una mera descripción de rutas geográficas.

El viaje de Tobías será largo. Cuando Tobit actuaba como proveedor de Salmanasar, viajaba con frecuencia de Ninive a Media. La región de Media se halla al sur del mar Caspio, mientras que Ninive se levanta casi al inicio del curso del río Tigris. La distancia entre Ninive y Media es considerable.

El viaje también es importante. Tobit dejó en depósito unos sacos con trescientos cuarenta kilos de plata en casa de Gabael, en la ciudad de Ragués de Media (Tob 1,14). Gabael y Tobit redactaron un documento, lo firmaron y, como garantía, cada uno se quedó una mitad del documento mientras Gabael custodiaba el dinero (Tob 5,3). Ahora Tobías, portando la mitad del documento firmado por Tobit, debe dirigirse a casa de Gabael, en Ragués de Media, y recoger el dinero (Tob 4,20). La recuperación del dinero no será lo más importante del viaje; lo crucial será la manifestación del Señor a Tobías por mediación del ángel Rafael.

Tobías emprende el viaje guiado por el ángel Rafael. El ángel representa al Señor que guía a Tobías en su camino. Como el Señor guió al pueblo liberado a través del desierto mediante una columna de nube durante el día y una columna de fuego a lo largo de la noche (Éx 13,21), ahora mediante Rafael guía a Tobías hacia Media.

Durante la ruta del desierto, el Señor colmó de bienes al pueblo salvado de la esclavitud. Camino del desierto, el Señor protegió a su pueblo y trabó con los liberados la Alianza del Sinaí sintetizada en los Mandamientos (Éx 20,1-17) y concretada en numerosas leyes culturales y sociales. En el camino hacia Media, el Señor, por mediación de Rafael, llenará de bienes a Tobías.

El primer día de camino, Tobías y Rafael acampan junto al Tigris. Tobías pesca un gran pez y, aconsejado por Rafael, le extrae el corazón, el hígado y la hiel (Tob 5,8). Cuando lle-

garon a Ecbatana, localidad próxima a Media, Rafael sugirió a Tobías pasar la noche en casa de Ragüel, un pariente de Tobías que tenía una hija llamada Sara. Rafael, con pericia, comunica a Tobías su derecho a casarse con Sara (Tob 6,10). Sin embargo, Sara estaba presa de la maldición del demonio Asmodeo. Sara se había casado con siete maridos, pero durante la noche de bodas el diablo mataba al esposo. Sara se había desesperado y deseado la muerte (Tob 3,15), pero, como Tobit, también acudió al consuelo de la plegaria (Tob 3,11).

Llegados a Ecbatana, Tobías contrae matrimonio con Sara. Antes de la noche de bodas, Rafael da un consejo a Tobías para evitar que el demonio acabe con su vida, como hizo con los esposos anteriores.

Rafael rememora el corazón y el hígado que Tobías extrajo del pez y dice al nuevo esposo: "Cuando entres en la cámara nupcial, toma una parte del hígado y su corazón y lo pones en las brasas del incienso. El olor se esparcirá, lo olerá el demonio y huirá para no volver ante Sara nunca más" (Tob 6,17). Pues, según la medicina antigua y la creencia popular, "el corazón y el hígado de pez sirven para quemarlos ante un hombre o una mujer atormentados por un demonio o por un mal espíritu. Desaparecerá de la persona todo tormento y nunca volverá a él" (Tob 6,8).

Tobías aplicó el consejo del ángel disfrazado de caminante, y el demonio huyó. Una vez casados Tobías y Sara, Ragüel organizó una fiesta de catorce días (Tob 8,19). Las fiestas nupciales de la antigüedad duraban varios días, pero Ragüel alarga el jolgorio dos semanas debido a su enorme alegría.

Mientras se celebraban las fiestas, Tobías envió a Rafael hasta Ragüés de Media para recuperar el dinero depositado por Tobit. Rafael se acercó a casa de Gabael y recogió los trescientos cuarenta kilos de plata dejados en depósito por Tobit (cf. Tob 9,5-6). Después, regresó a Ecbatana.

Rafael, Tobías y su esposa, Sara, emprendieron el retorno hacia Ninive. Pero antes de llegar, Rafael y Tobías se adelantaron en el camino, dejando atrás a Sara. Rafael aconsejó nuevamente a Tobías: "Unta sus ojos [de Tobit] con la hiel del pez. La medicina contraerá y disolverá las manchas blancas de sus ojos y así tu padre recobrará la vista y verá la

luz" (Tob 11,8). Tobías obedece el consejo de Rafael: unta los ojos de su padre con la hiel del pez y Tobit recupera la vista (Tob 11,12-13). Más tarde, Tobías comunica a su padre la recuperación del dinero y el matrimonio contraído con Sara, una esposa de su misma estirpe (Tob 11,15).

Tobit, al oír la narración, comenzó a alabar a Dios y a proclamar ante los ninivitas que Dios había tenido misericordia con él. Tobit es el creyente fiel que sabe que todo viene de Dios.

c) Los consejos de Tobit a su hijo Tobías

Los consejos de Tobit advierten a su hijo contra la amenaza de los ídolos y, a la vez, le acercan a la bondad del Altísimo. Los ídolos contra los que previene Tobit son los típicos del AT: el afán de poder, el ansia de aparentar y la ambición de poseer. La dirección marcada por Tobit a su hijo estriba en la necesidad de cumplir los Mandamientos de Dios. Tobit no aconseja a Tobías desde la teoría, sino desde la experiencia. El padre transmitirá a su hijo el amor a Dios y al prójimo que él mismo ha vivido durante su existencia.

Tobit solicita a su hijo un entierro honroso para él y su esposa, pues también él enterraba con dignidad a sus hermanos judíos, sin hacer distinción de personas. Tobit practicaba la misericordia enterrando a los difuntos tanto en épocas pacíficas (Tob 1,16) como en tiempos de dificultad (Tob 1,3-4). Ofrecer sepultura digna a un difunto significa reconocer la dignidad humana de una persona.

El AT prohíbe la adoración de los difuntos, pues los ritos cananeos relacionaban la adoración de los muertos con la magia. Sin embargo, Tobit ofrece un consejo novedoso a su hijo: "Haz tu ofrenda de pan sobre la tumba de los justos" (Tob 4,17). Cuando Tobit aconseja a Tobías que ofrezca el pan sobre la tumba de los justos, no le recomienda la adoración de los muertos. El texto invita a Tobías a conservar en el recuerdo la memoria de los antepasados. El libro de Tobías fue escrito para animar a los judíos de la diáspora a cumplir la ley de Dios. Los judíos de la diáspora abandonaban con facilidad su religión y se decantaban por los ritos paganos. El recuerdo de los antepasados animaba a los judíos dispersos a mantenerse fieles a su religión y a su cultura.

Tobit quiere ser enterrado junto a su esposa, resaltando, de este modo, el amor por su mujer, como hizo antiguamente el patriarca Abrahán al recibir sepultura junto a Sara (Gn 25,10).

El padre recomienda al hijo la vivencia de la justicia, la lealtad y la caridad (Tob 4,5-6). También Tobit vivió estas virtudes intensamente. Practicaba las buenas obras todos los días; daba abundantes limosnas a sus hermanos; protegía a las viudas, a los pobres, a los huérfanos y a quienes se acercaban al judaísmo; puso su confianza en Gabael dejándole en depósito una gran cantidad de dinero; consideraba su familia como el mejor de sus tesoros e invitaba a los pobres a comer en su casa (cf. Tob 1; 2,2).

La importancia otorgada por Tobías a la limosna es inmensa. La limosna es la mejor ofrenda ante el Altísimo, libra de la muerte e impide caer en el reino de las tinieblas (Tob 4,10-11). La insistencia en la limosna por parte de Tobit pretende evitar a Tobías la caída en el amor al dinero, la peor de las idolatrías. Por eso el padre puntualiza la vivencia concreta del amor: "No retengas ni una noche el salario de cualquier persona que trabaje para ti [...], da tu pan al hambriento y tu ropa al desnudo" (Tob 4,14.16). El amor no es un sentimiento romántico; el amor compromete nuestra vida potenciando el crecimiento humano y creyente del prójimo.

Tobit no exige a su hijo la práctica imposible de la caridad, sino que le invita a compartir aquello que pueda: "Da limosna según tus posibilidades [...]. Si tienes poco, no temas dar limosna según ese poco" (Tob 4,8). Muchas veces aparece en nuestra vida un sutil freno a la práctica de la caridad. Desearíamos ayudar al otro con aquello que no tenemos, y entonces decimos: Me comprometeré cuando tenga más tiempo, o más dinero, etc. El amor exige el compromiso de nuestra vida con lo que tenemos: si tenemos mucho, mucho; si poco, poco, pero exige un compromiso concreto.

Tobit aconseja la autoestima. Dice a su hijo: "Somos hijos de profetas" (Tob 4,12). El profeta es el hombre coherente. Con lo que piensa, dice y hace, el profeta testimonia ante el prójimo su sinceridad religiosa. Pero para ser coherente con la fe es imprescindible la gracia de Dios; por eso dice Tobit a su hijo: "Bendice al Señor en toda ocasión" (Tob 4,18).

El mismo Tobit es ejemplo de confianza en Dios tanto en su plegaria (Tob 13) como en la vivencia de la misericordia (cf. Tob 1).

Tobit añade: “Es el Señor mismo quien da todos los bienes y quien humilla a quien quiere hasta el abismo profundo” (Tob 4,19). El padre recalca cómo la vida humana reposa en las buenas manos de Dios.

Sin embargo, la frase es dura: Dios regala bienes, pero también humilla hasta el abismo. El texto recuerda el libro de Job. El inicio del libro relata cómo el Señor colma de bienes a Job (Job 1,1-2), pero también muestra cómo Dios le permite caer en la profunda desgracia (Job 1,3-2,8). En la época de bienestar (Job 1,1-2), Job confiaba en el Señor, y en los momentos penosos también se fió de Dios, diciendo: “Si se acepta de Dios el bien, ¿no habremos de aceptar también el mal?” (Job 2,10).

La frase de Tobit manifiesta cómo el creyente, en los momentos de triunfo y en la desazón de las contrariedades, puede detectar la presencia de Dios. Tobit encontró al Señor cuando vivía cómodamente durante el reinado de Salmansar (Tob 1,11-13) y, también, encontró a Dios durante la persecución de Senaquerib (Tob 1,16-20). La experiencia de Tobit verifica la plegaria sálmica: “Es Dios quien juzga: a uno humilla y al otro exalta” (Sal 75,8). Es decir, para el hombre de fe la humillación es una ocasión de encuentro con Dios, y el triunfo es también motivo de encuentro en el Señor. Esa experiencia confirma la certeza de que la vida está sostenida en las manos de Dios.

Ahora bien, Tobías aconseja a su hijo la necesidad de compartir el triunfo y la humillación con sus hermanos y le conmina a bendecir siempre al Señor: “Busca el consejo de los prudentes y no desprecies ningún consejo útil. Bendice en toda ocasión al Señor Dios; ruégale que sean rectos tus caminos” (Tob 4,18-19). No es posible vivir la fe en soledad; la fe se vive en comunidad. También Job, en sus dificultades, dialogó con Elifaz de Teman, Beldad de Surja, Sobar de Nata, Elihú y con el mismo Dios. ¿Con quien compartimos nosotros la raíz de nuestra fe?

Tobit ofrece a su hijo consejos para crecer por dentro en humanidad. Le exhorta a honrar a su madre, a huir de la

soberbia y la ociosidad, a respetar al prójimo, a ser educado (Tob 4,14) y a evitar la embriaguez (Tob 4,3.13.14.15). Tobit sabe por su experiencia que la confianza en Dios despliega las potencialidades humanas, por eso aconseja a su hijo: “Acuérdate del Señor y no peques contra sus Mandamientos [...] si tú sirves a Dios, él te lo pagará” (Tob 4,5.14).

Tobit no pretende para su hijo un triunfo puramente social; los consejos de Tobit ofrecen a Tobías la paga de Dios. El salario de Dios consiste en la fuerza que derrama en nuestro corazón para que podamos vivir con intensidad el amor. Tobías escuchará los consejos de su padre y recibirá la paga del Señor: recibirá la fuerza de Dios para amar en plenitud. No en vano la palabra “Tobías” significa “el Señor es bueno”. Ciertamente, la vida de Tobías refleja la bondad de Dios. Mediante la ayuda de Dios, representado por el ángel Rafael, Tobías contraerá matrimonio con Sara, recuperará el dinero de su padre y le curará su ceguera.

d) Los consejos del ángel Rafael a Tobías

Rafael es uno de los siete ángeles que asisten al Señor y contemplan su gloria (Tob 14,15). El término “Rafael” significa “Dios cura”. El libro de Tobías muestra cómo Dios, por mediación de Rafael, ejerce la curación: cura la ceguera de Tobit y salva a Sara de la maldición del demonio Asmodeo.

¿Cómo podemos entender hoy la figura de los ángeles? La palabra “ángel” proviene del griego y significa “mensajero” y, en el ámbito religioso, “mensajero de Dios”. Los ángeles revelan a los hombres los designios divinos, pero participan también de la proximidad con Dios, como lo expresa Rafael (Tob 14,15).

Uniendo los dos matices de la palabra “ángel”, el cariz de mensajero y el aspecto de alguien próximo a la divinidad, podríamos afirmar que un ángel es un “don” de Dios a sus criaturas. No es sólo el portador de un mensaje, sino de una buena noticia capaz de liberar a quien la recibe. Un ángel es la metáfora de la presencia de Dios junto al ser humano. El ángel Rafael será la mediación a través de la que llegará la revelación de Dios a Tobit, Tobías y Sara.

Tobías salió a buscar quien le guiara hasta Ragués de Media. Nada más salir, encontró al ángel Rafael, de pie ante

él. Tobías no le reconoció como un ángel, pues Rafael se identificó como un israelita en busca de trabajo (Tob 5,4-5).

Sin embargo, cuando Tobías presenta a Rafael a su padre Tobit, el ángel comienza a manifestarse como portador de buenas noticias. Rafael responde al saludo de Tobit diciendo: "Que tengas felicidad en abundancia [...]. ¡Ánimo. Dios te curará pronto!" (Tob 5,10). Más adelante, añade dirigiéndose a Tobit: "No temas" (Tob 5,17). Rafael se identifica ante Tobit con el nombre de Azarías, un judío de buena y noble familia.

Tobit es un hombre de Dios, un hombre bueno; Rafael es la metáfora del Dios que cura. Entre quienes cumplen la voluntad de Dios existe sintonía, por eso nace la empatía entre Rafael y Tobit (Tob 5,14). La simpatía surgida entre ambos, quizá, permite intuir a Tobías la presencia en Rafael de alguien más significativo que un buen guía. Pues dice Tobit a Ana, su esposa, refiriéndose a Tobías: "Un ángel bueno lo acompaña y enderezará su camino para que vuelva sano" (Tob 5,22).

Rafael, sin revelar su identidad, guiará a Tobías durante toda la ruta. Los consejos del ángel son cruciales en la vida de Tobías y su familia. Rafael le ordena atrapar el gran pez y extraerle el hígado, el corazón y la hiel. Tobías obedece los consejos de Rafael, pero no lo hace ingenuamente. Tobías solicita a Rafael una explicación clara de la utilidad de las vísceras del pez (Tob 6,7-9). Esto enseña que la experiencia de Dios que creemos tener debemos confrontarla siempre con alguien.

El ángel aconseja a Tobías pasar la noche en casa de Ragüel antes de llegar a Media. Apelando a la ley de Moisés, Rafael recuerda a Tobías su derecho a casarse con Sara, hija de Ragüel (Tob 6,12-14). Tobías confía en Rafael, pero sin perder su propia personalidad ni su capacidad crítica. Expone a Rafael la dificultad que conlleva un matrimonio con Sara, pues sus siete maridos han muerto durante la noche de bodas por las insidias del demonio Asmodeo. La confianza en Dios no implica ingenuidad. Desarrolla la capacidad de pensar desde la perspectiva creyente para comprender los avatares de la vida desde la perspectiva de Dios.

Rafael ofrece la solución a Tobías para evitar su muerte durante la noche matrimonial: "Cuando entres en la cámara

nupcial, toma una parte del hígado del pez y lo pones en las brasas del incienso. El olor se esparcirá, lo olerá el demonio y huirá para no volver" (Tob 6,17). Tobías acepta el consejo de Rafael, recibe a Sara por esposa y pone en práctica el remedio propuesto por el ángel (Tob 7,12; 8,2). Ese matrimonio conlleva la felicidad de Tobías con Sara (Tob 6,19) y la relación profunda de Tobías con Ragüel y Edna, padres de Sara (Tob 11,12).

La amistad entre Tobías y Rafael crece, pues Tobías envía al ángel a recuperar el dinero de Tobit (Tob 9,1-6). Sin embargo, Tobías sigue atento las advertencias de Rafael. Cuando Rafael, junto con Tobías y Sara, regresan a Ninive siguiendo el consejo del ángel, Tobías cura la ceguera de su padre mediante la hiel del pez capturado en el viaje de ida (Tob 11,12).

Una vez en casa de Tobit, Rafael se revela como un ángel del Señor. Llama a Tobit y a su hijo Tobías y les insiste en la vivencia eficaz de la ley de Dios: "Benedicid al Señor [...], hacer el bien [...], es encomiable la oración sincera y la limosna hecha con rectitud [...]" (Tob 12,6-15). Pero, sobre todo, recalca dos puntos cruciales.

Por una parte, muestra cómo Dios escucha la plegaria y valora las obras buenas. El ángel recuerda cuando Tobit y Sara deseaban morir (Tob 2,6; 3,10) y dice a Tobit: "Cuando tú y Sara orabais, yo presentaba el memorial de vuestra oración delante de la gloria del Señor. Y lo mismo hacía cuando enterrabas a los muertos" (Tob 12,12). El Señor escucha nuestra plegaria y permanece a nuestro lado especialmente cuando nos sentimos más desamparados. Dios valora las obras de misericordia realizadas en favor del prójimo como el mejor acto de culto.

Por otra parte, el ángel anima a Tobit y a Tobías a proclamar ante los hombres las maravillas que Dios ha realizado en sus vidas: "Benedicid y reconoced ante todos los seres vivos todo el bien que Dios os ha hecho, para que todos bendigan y alaben su nombre [...]; hay que proclamar y reconocer como es debido las obras de Dios" (Tob 12,6).

El ángel propone al padre y al hijo la tarea evangelizadora. Evangelizar consiste en el coraje de contar a los demás las maravillas que Dios realiza en nosotros. Evangelizar no

consiste en dar a conocer datos teóricos acerca de Dios, sino en narrar la experiencia de la actuación de Dios en nuestra vida. Únicamente así podremos atraer hacia la senda de la fe a quienes viven alejados de Dios.

4. Síntesis y aplicación a la vida

La estructura del libro de Tobías es sencilla. La primera parte (Tob 1-4) presenta a los personajes de la obra. El misericordioso Tobit, padre de Tobías, padece la ceguera. Sara, la futura esposa de Tobías, sufre una maldición y no puede contraer un matrimonio eficaz. Tobías emprende un largo viaje acompañado por el ángel Rafael, quien aparece como un israelita en busca de trabajo y buen conocedor de las rutas orientales. El Señor destaca por su capacidad de escuchar y atender las súplicas del ser humano. La segunda parte (Tob 5-11) describe el viaje de Tobías acompañado por Rafael, y el tema central es la boda de Tobías y Sara. La tercera parte (Tob 11-14) describe el regreso de Tobías casado con Sara, la curación de Tobit y la manifestación de Rafael como ángel del Señor. Sería conveniente la lectura completa del libro de Tobías para hacernos una idea global de la historia.

Tobit es sabio porque su corazón late al ritmo del corazón de Dios. La sabiduría ha hecho de Tobit el hombre bueno que lo espera todo del Señor, y la bondad le ha convertido en el sabio que vive confiado en las buenas manos de Dios. Por eso puede aconsejar a su hijo. La sabiduría no sólo consiste en saber; consiste en saber vivir, y saber vivir implica saber amar. Tobit ama a Dios y a sus hermanos y por eso habla con su hijo inculcándole la vivencia transformadora del amor. Tobit enseña a Tobías el arte de amar según la ley de Dios porque él ha experimentado la bondad de la ley y la vivencia del amor.

Los ídolos clásicos del AT son tres: el afán absoluto de poder, el deseo desenfrenado de poseer y la insinceridad de querer aparentar lo que no somos. Sin embargo, en nuestro tiempo, sutilmente, se han colado en nuestra vida otros dos ídolos mortales: la falta de tiempo para Dios y el individualismo exacerbado.

El libro de Tobías ofrece una actitud para posibilitar que nos encontremos íntimamente con el Dios liberador: saber escuchar el consejo de los sabios; escuchar el consejo de los sabios implica tres cosas; encontrar tiempo para escuchar a Dios, el gran sabio; compartir la fe con los hermanos, la voz de Dios entre nosotros, y escuchar el latido del mundo, donde Dios nos exige poner en práctica su proyecto liberador.

“No desprecies ningún consejo útil”

Ambientación

El libro de Tobías nos muestra lo importante que es hacer acompañados el camino de la vida. La historia que narra nos descubre que la experiencia adquirida a lo largo de la existencia –eso que el Antiguo Testamento llama sabiduría– es una riqueza que puede compartirse con otros en forma de buenos consejos y que éstos son como una luz y una guía que orienta el itinerario personal.

Vamos a dejarnos aconsejar por Dios escuchando y reflexionando su Palabra.

Antes de comenzar, buscamos **Tob 4,1-20**.

Miramos nuestra vida

Día a día, son muchos los que nos ofrecen sus consejos. Lo hace la publicidad, lo hacen los políticos, lo hacen el vecino o el amigo. A veces, recibimos tal cantidad de sugerencias y recomendaciones que no es fácil decidir cuál de ellas nos conviene. Todo el mundo opina sobre casi todo, pero poca gente sabe aconsejar con lucidez y sabiduría.

– ¿Crees que solemos aceptar con gusto los consejos que recibimos? ¿Cómo distingues un consejo sabio de otro que no lo es?

– ¿Qué personas han influido positivamente en tu vida con sus consejos? ¿Podrías contar alguna experiencia?

Escuchamos la Palabra de Dios

Antes de emprender el viaje, Tobit regala a su hijo su don máspreciado: sus reglas de conducta, nacidas al calor de su fe. Sus consejos quieren ayudarle a ser un hombre bueno. No son recetas que aseguren un éxito fácil. Son una guía para hacer el camino de la vida desde los criterios de Dios.

- Un miembro del grupo lee en voz alta Tob 4,1-20.
- Reflexionamos en silencio sobre lo escuchado.
- Después de releer el pasaje, consultamos las notas de la Biblia, recordamos lo que hemos aprendido en la sesión anterior y respondemos a estas preguntas:

- *¿Para qué llama Tobit a su hijo?*
- *¿Cuáles son los consejos que recibe de él Tobías?*
- *¿Qué valores y que estilo de vida se transmiten en ellos?*

Volvemos sobre nuestra vida

Aunque a veces somos un tanto reacios a aceptar consejos de otros, debemos reconocer que es una suerte cruzarnos en la vida con personas como Tobit, capaces de dar consejos útiles y prudentes. La sabiduría contenida en sus palabras nos invita a revisar los valores que rigen nuestro caminar de cada día y la calidad de nuestro compromiso cristiano.

- *¿En qué medida crees que los consejos de Tobías conservan su actualidad para alguien que quiere vivir según el Evangelio de Jesús?*

- *¿Cuál de ellos te sientes más inclinado a secundar en este momento de tu vida? ¿Cuál te costaría más poner en práctica? ¿Por qué?*

Oramos

Como cristianos, queremos abrirnos a la voluntad de Dios, a su proyecto liberador. Para ello necesitamos enraizarnos en él, escuchar su Palabra para poder ser sabios en el amor y así entregarnos generosamente a los demás, haciendo de nuestra vida un don, sin dejarnos atrapar por palabras fáciles o consejos descaminados.

- Previamente, en medio del grupo ponemos un cartel con el texto: "Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes y se las has dado a conocer a los sencillos" (Mt 11,25).

- Leemos de nuevo Tob 4,1-20.

- Oramos personalmente. Después, expresamos en voz alta nuestra plegaria.

- Podemos terminar leyendo juntos el texto de Mt 11,25-30, como ejemplo de la sabiduría que Jesús nos invita a vivir.

- Antes de despedirnos, entonamos un canto.

V

**¿DÓNDE CONDUCE EL PROYECTO
LIBERADOR DE DIOS?**

JESÚS DE NAZARET Las Bienaventuranzas



Hemos recorrido un largo camino. El relato de la creación revela el proyecto de Dios en favor de la humanidad (Gn 1,1-2,4a). El hombre debe cuidar el universo para que sea imagen y semejanza del Creador. Pero la humanidad, representada por Adán y Eva, se deja seducir por la idolatría y hace añicos el proyecto divino (Gn 2,4b-3,21). Sin embargo, el Señor no se deja abatir por el pecado humano y continúa actuando en favor del hombre. Dios recomienza su proyecto. Llama a Abrahán desde Ur de los caldeos prometiéndole en herencia el país de Canaán y augurándole una gran descendencia (Gn 11,31-12,9). Más adelante, también llama a Moisés para liberar a los israelitas esclavos en Egipto y conducirlos a la tierra prometida (Éx 3,1-15).

El Señor traba con los israelitas liberados una Alianza en el monte Sinaí, recordada por Moisés ante al pueblo antes de penetrar en la tierra prometida. Las cláusulas del pacto se concentran en el Decálogo ético (Éx 20,1-17; Dt 5,6-22). Después, el Señor sellará la Alianza con su pueblo a través de David y Salomón. La dinastía de David subsistirá para siem-

pre, y el templo erigido por Salomón simbolizará la presencia de Dios en medio de su pueblo (2 Sm 7,1-17; 1 Re 5,15-9,19). Sin embargo, el Señor pone una condición a su Alianza; dice a Salomón: "Si vosotros y vuestros hijos me abandonáis y, en lugar de cumplir las leyes y Mandamientos que os he dado, dais culto a otros dioses y los adoráis, borraré a Israel de la tierra que les he dado y rechazaré este templo que he consagrado a mi nombre" (1 Re 9,6-7).

El pueblo hebreo desobedece los mandatos del Señor. El rey de Babilonia, Nabucodonosor, toma Jerusalén y deporta a la capital de su imperio un contingente importante de judíos (2 Re 23,31-25,26). El exilio en Babilonia fue duro, pero se convirtió en una buena ocasión para la purificación de Israel y propició el encuentro personal del pueblo con Dios.

Ciro, rey de medos y persas, conquistó Babilonia y permitió a los judíos deportados volver a su patria (2 Cr 36,22-23; Esd 1,1-4). Los judíos regresaron en varias oleadas, pero fue la tarea sucesiva de Esdras y Nehemías la que levantó el país (Esd 9,5-15; Neh 8,1-22).

Tras el dominio persa, los judíos padecieron la opresión de los monarcas helenistas. La cultura griega seducía a los judíos, que lentamente abandonaban su fe. Comenzó entonces la redacción de las historias ejemplares, donde aparecen judíos modélicos que animan al pueblo a profundizar en su experiencia creyente. Tobit y su hijo Tobías son el paradigma de quien deposita toda su confianza en las manos de Dios.

La confianza emanada del AT proviene de la certeza en la actuación de Dios en la historia y en el corazón de cada persona.

Desde la perspectiva cristiana, el AT desemboca en el NT. La actuación decisiva de Dios en la historia culmina con Jesús de Nazaret, a quien contempla el NT como la presencia de Dios hecho hombre entre nosotros (cf. Jn 1,1,14). Jesús sitúa en el núcleo de su mensaje el rostro de Dios Padre y nos invita a edificar el Reino de Dios. La construcción del Reino acontece mediante la vivencia de las Bienaventuranzas aprendidas en la comunidad cristiana; la vivencia de las Bienaventuranzas propicia el descubrimiento de Dios como Padre.

1. Las Bienaventuranzas en el evangelio de Mateo

El evangelio de Mateo presenta el mensaje de Jesús dividido en cinco grandes discursos: sermón de la montaña (Mt 5-7); discurso de misión (Mt 10); sermón de las parábolas (Mt 13); discurso eclesial (Mt 18); discurso del final de los tiempos (Mt 24-25).

El espacio que resta entre cada dos discursos narra alguna actividad de Jesús o de sus discípulos: milagros (Mt 8-9), fe e incredulidad (Mt 11-12), adhesiones a Jesús y hostilidades (Mt 14-17), y el camino hacia Jerusalén (Mt 19-23). De ese modo, queda clara la relación entre la teoría y la práctica. Jesús enseña con su palabra y después invita a ponerla en práctica con acciones concretas.

El primer discurso de Jesús es el sermón de la montaña (Mt 5-7). Este sermón presenta los temas básicos de la vida cristiana: el amor, la oración, la opción por los pobres, la confianza, el seguimiento de Jesús, etc.

El sermón de la montaña presenta dos fragmentos destacados: las Bienaventuranzas (Mt 5,1-11) y el Padrenuestro (Mt 6,9-13). El Padrenuestro presenta a Dios como el Padre que se adelanta a amarnos, mientras que las Bienaventuranzas explican en qué consiste el amor auténtico: el amor cristiano opta por los pobres y palpita junto al hermano sufre. El amor cristiano edifica el Reino de Dios.

Una antigua traducción de la Biblia presenta un detalle curioso. La página izquierda lleva impresas las Bienaventuranzas, mientras que la página derecha publica el Padrenuestro. De este modo, cuando la Biblia se cierra ambas páginas se besan. Los labios de las Bienaventuranzas besan el Padrenuestro, y el Padrenuestro besa las Bienaventuranzas. Cuando el texto de la Biblia está abierto, ambos textos se hallan ante los ojos del lector.

Esta presentación denota una simbología crucial. Cuando rezamos (Padrenuestro), pedimos a Dios saber amar de corazón (Bienaventuranzas), y cuando amamos cristianamente (Bienaventuranzas), conocemos a Dios como el Padre bueno (Padrenuestro). Al tener la Biblia abierta vemos, a la vez, el Padrenuestro y las Bienaventuranzas. Vivir como cristianos

implica ambas cosas la vez: tener a Dios por Padre y construir su Reino.

Comentaremos las Bienaventuranzas para discernir la forma de verter el amor entrañable del Padre en el corazón de los hombres de nuestro tiempo.

2. Lectura del texto: Mt 5,1-12

El texto original de las Bienaventuranzas está en lengua griega y su traducción precisa al castellano es difícil. Ofrecemos la traducción presentada por La Casa de la Biblia, pero incluimos pequeñas modificaciones que, sin alterar el contenido del texto, confieren a las Bienaventuranzas una expresión catequética. Las modificaciones que ofrecemos son coherentes con el texto griego original y también las recogen otras traducciones castellanas del NT.

¹ Al ver a la gente, Jesús subió al monte, se sentó y se le acercaron sus discípulos. ² Entonces comenzó a enseñarles con estas palabras:

³ Dichosos los pobres en el espíritu,
porque de ellos es el Reino de los Cielos.

⁴ Dichosos los humildes,
porque heredarán la tierra.

⁵ Dichosos los que lloran,
porque Dios los consolará.

⁶ Dichosos los que tienen hambre y sed de hacer la voluntad de Dios,
porque Dios los saciará.

⁷ Dichosos los misericordiosos,
porque Dios tendrá misericordia de ellos.

⁸ Dichosos los que tienen un corazón limpio,
porque ellos verán a Dios.

⁹ Dichosos los que construyen la paz,
porque serán llamados hijos de Dios.

¹⁰ Dichosos los perseguidos por causa de la justicia,
porque de ellos es el Reino de los Cielos.

¹¹ Dichosos seréis cuando os injurien y os persigan y digan contra vosotros toda clase de calumnias por causa mía.
¹² Alegraos y regocijaos, porque será grande vuestra recompensa en los Cielos, pues así persiguieron a los profetas anteriores a vosotros.

3. Elementos del texto

El domingo de Pascua brota la alegría del Reino de Dios. El Reino comienza con la vida nueva de Jesús resucitado. La tarea de la Iglesia consiste en anunciar a los hombres el Reino de Dios inaugurado por Cristo. ¿Cómo podemos dar testimonio del Reino en el seno de nuestra sociedad?

Las Bienaventuranzas dan la respuesta. Si deseamos acrecer en nosotros y en nuestro entorno el Reino de Dios, las Bienaventuranzas ofrecen un camino: optar por los pobres y estar junto a quienes padecen: "Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos" (Mt 5,3). Los cristianos estudiamos el Evangelio para seguir a Cristo mejor y, como consecuencia del discipulado, le conocemos mejor.

Las Bienaventuranzas proporcionan un método para llevar a término la opción por los pobres. Jesús, tal como relata el evangelio de Mateo, predica un sermón preciso, las Bienaventuranzas, para implicarnos en la liberación de la humanidad pobre y oprimida.

La homilía de Jesús se vale de un artificio literario. Utiliza dos veces una expresión idéntica: "porque de ellos es el Reino de los Cielos" (Mt 5,3.10). Esta repetición no es casual. Literariamente, el hecho de repetir dos veces una misma frase en un párrafo breve se denomina "inclusión" y, en el ámbito hebreo donde predicaba Jesús, "inclusión semítica".

Dentro de la inclusión, es decir, entre las dos veces que aparece la locución "porque de ellos es el Reino de los Cielos", aparecen siete bienaventuranzas referidas a los humildes, a quienes lloran, a los que tienen hambre y sed de justicia, a los misericordiosos, a los limpios de corazón, a quienes trabajan por la paz y a los perseguidos por luchar en favor de la justicia (Mt 5,4-10).

¿Cuál es el sentido literario de una inclusión? Es difícil explicarlo en pocas palabras, pero podemos afirmar que tiene la misma función literaria que un “paréntesis” en lengua castellana. Veamos un ejemplo. Alguien puede afirmar: “Mañana voy a Lisboa, que es la capital de Portugal”. El acontecimiento importante es que el individuo viaja a Lisboa. Existe, por tanto, una frase principal: “Mañana voy a Lisboa”, y una aclaración: “que es la capital de Portugal”. La frase fundamental es la primera; la segunda explica lo que es Lisboa.

Lo mismo sucede con las Bienaventuranzas. Jesús presenta un principio: Si quieres construir el Reino de Dios, has de optar por los pobres, “Dichosos los pobres en el espíritu” (Mt 5, 3). Nosotros podemos preguntar: ¿cómo se lleva a término la opción por los pobres? Jesús nos responde claramente: realizando los siete consejos que doy, y que están incluidos entre las dos veces que aparece la expresión “porque de ellos es el Reino de los Cielos”.

Los pilares de la vida cristiana son dos: confiar en la presencia de Dios Padre y edificar el Reino. La construcción del reino, la opción por los pobres, implica comenzar a subir una escalera de siete peldaños. Cada escalón representa una de las siete Bienaventuranzas contenidas en la inclusión. Veamos el contenido de cada una de ellas.

a) Dichosos los humildes: realismo ante la vida

La humildad aparece como la primera bienaventuranza en algunas traducciones de la Biblia, mientras que otras versiones la consideran la segunda. Consideraremos la humildad como la primera bienaventuranza.

El primer paso hacia la opción por los pobres es la humildad. A menudo tenemos una concepción errónea de la humildad. Pensamos que ser humildes consiste en recorrer la vida teniéndonos en nada y considerándonos menos valiosos que nadie. Es erróneo considerarnos “nada”, pues la verdad es que somos hijos de Dios.

La palabra “humildad” procede de la voz latina *humus*, *humilis*, que significa “tierra”. La persona humilde es la que tiene los pies en el suelo, la que se esfuerza por verse a sí misma, a los demás y al mundo como verdaderamente son, y no como le gustaría que fueran. Humilde es quien sabe

observarse a sí mismo para discernir en qué debe aceptarse y en qué debe cambiar de estilo de vida.

La persona humilde es realista en el conocimiento propio y de los demás y goza de la virtud de la autoestima personal. La humildad implica la verdadera sabiduría (Prov 11,2) y por eso la Escritura invita a buscarla (Sof 2,3; Eclo 3,17-29).

La mejor escuela donde aprender la humildad es en el compromiso a favor de los pobres. A lo largo del Evangelio, los pobres, los pecadores y los pequeños aceptan y reciben el mensaje del Reino. La viuda (Lc 18,1-8), modelo de mujer pobre y desvalida, recibe respuesta a su requerimiento. El publicano (Lc 18,9-14), ejemplo palpable de pecador, obtiene el perdón de Dios. Los niños (Lc 18,15-17), paradigma del débil e indefenso, son los preferidos del Reino. El corazón orgulloso es impermeable a la ternura de Dios. Así lo muestran el fariseo, ejemplo de persona pagada de sí misma (Lc 18,9-14), y el joven rico a quien el dinero impide optar en favor del Reino (Lc 18,18-30).

b) Dichosos los que lloran: solidaridad con el prójimo

¿Qué significa el término “llorar” en Mt 5,4? Respecto del prójimo, llorar significa considerar mía la lágrima de sufrimiento de mi hermano. Respecto de uno mismo, llorar indica el sufrimiento que, muchas veces, supone ser fiel a los principios del Evangelio.

El amor verdadero implica el esfuerzo para procurar el crecimiento del hermano. La entrega al prójimo y la decisión de ser consecuente con el Evangelio suelen reportar el sufrimiento de la cruz. Ese padecimiento no es inútil, sino que engendra en nuestro entorno el Reino de Dios.

San Pablo padeció mucho en su tesón por anunciar el Evangelio. Decía a los cristianos de Colosas: “Me alegro de padecer por vosotros, pues así voy completando en mi existencia mortal, y en favor del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, lo que aún falta al total de las tribulaciones cristianas” (Col 1,24). Amar cuesta, pero gratifica: nos implica en la construcción del Reino.

La traducción de la bienaventuranza al lenguaje actual podría ser: Dichosos quienes son solidarios. La solidaridad

consiste en sentir como propio el padecimiento del prójimo y juzgar como nuestra su propia alegría.

Jesús es el modelo de solidaridad con la humanidad (Jn 1,14; Rom 8,3; 2 Cor 5,21; Gal 3,13). Recordemos, especialmente, el fragmento en el que el Señor se aparece a sus discípulos mostrándoles las manos y el costado (Jn 20,19-29). Jesús dice a Tomás: "Acercas tu dedo y compruebas mis manos; acerca tu mano y métela en mi costado" (Jn 20,27). La solidaridad del Señor con el dolor humano no fue un compromiso teórico; pasó por el sufrimiento y el oprobio de la cruz (Flp 2,6-8). El costado traspasado y el orificio de sus manos testimonian la solidaridad de Jesús con el padecimiento humano.

*c) Dichosos quienes tienen hambre y sed de justicia:
Coherencia en la vida cristiana*

Tienen hambre y sed de justicia quienes son fieles a la voluntad de Dios. Las palabras "hambre" y "sed" denotan el lenguaje profético. El profeta no es un adivino. Profeta es aquel que se sabe forjado por la Palabra y, con lo que piensa, dice y hace, manifiesta la decisión de servir sólo al Dios liberador.

Los profetas "tienen hambre y sed" de vivir según la voluntad de Dios. Amós tiene hambre y sed de justicia. Oseas tiene hambre y sed de misericordia. El profeta es el hombre coherente con la fe que profesa. Podríamos traducir la bienaventuranza diciendo: Felices quienes son coherentes con su fe. Aquellos que con lo que piensan, dicen y hacen muestran al prójimo la intención de vivir de manera acorde con el Evangelio.

Los profetas vivieron la coherencia de la fe y padecieron el desprecio. La lágrimas de Jeremías en las "Confesiones" (Jr 11,18-23; 15,10-21; 17,14-18; 18,18-23; 20,7-18) describen la dificultad de vivir la coherencia de la fe en un mundo hostil, pero recuerdan que con la ayuda de Dios todo es posible.

La coherencia es difícil y su gran enemigo es el amor al dinero: "Nadie puede servir a dos amos [...]. No podéis servir a Dios y al dinero" (Mt 6,24). Sólo descartando de nuestra vida el afán de tener, el ansia de poder y la vanidad de la

aparición emprenderemos el camino, duro pero apasionante, de la vivencia evangélica.

*d) Dichosos los misericordiosos: misericordia,
expresión de la ternura de Dios*

La palabra "misericordia" procede del latín. Está formada por la unión de dos sustantivos: *miser*, que significa "pobre", y *corda*, que significa "corazón". Posee entrañas de misericordia quien da algo de sí mismo, o se da a sí mismo, para paliar la pobreza del corazón de su hermano.

Jesús es tajante al indicar lo que debemos hacer para salvar al pobre de su indigencia: "Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me alojasteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y fuisteis a verme" (Mt 25,35-36).

No debemos confundir la "misericordia" con la "lástima". La misericordia es una virtud cristiana, mientras que la lástima puede ser simplemente la manifestación externa de nuestra sensibilidad. La lástima indica que el padecimiento del prójimo nos afecta, nos remueve las entrañas, pero no provoca la decisión de ayudar de manera eficaz a quien padece. Cuando experimentamos la misericordia, se remueve nuestro interior ante el padecimiento ajeno, pero, además, adquirimos el compromiso de subsanar el sufrimiento del hermano.

La parábola del buen samaritano (Lc 10,25-37) es la catequesis de la misericordia. El sacerdote y el levita encuentran al hombre malherido, sienten lástima por él, pero no actúan para paliar su dolor. El samaritano también siente cómo sus entrañas se conmueven, pero, además, "se acercó, le vendó las heridas [...], lo montó en su cabalgadura, lo llevó al mesón y cuidó de él" (Lc 10,34).

El samaritano ejerce la misericordia utilizando los medios de los que dispone. Cosas sencillas: aceite y vino para curar las heridas, dos denarios al posadero para cuidar al herido (un denario equivale al sueldo de un día de trabajo). El samaritano socorre al herido con los medios que tiene y no con los que desearía tener. La misericordia no implica siempre acciones heroicas, pero exige poner a disposición del prójimo aquello con lo que podemos ampararle.

e) Dichosos los limpios de corazón: transparencia en las relaciones humanas

El pensamiento semita sitúa en el corazón el eje del ser humano, el lugar donde se asienta la relación con Dios y la morada de los sentimientos personales. El corazón representa el "yo profundo", el interior de la persona (1 Sm 16,7; 1 Pe 3,4).

La limpieza de corazón radica en ser íntegro y transparente en las relaciones con Dios y con los hermanos. Es limpio de corazón quien habla sin doblez y es veraz en su palabra. La verdad que late en nuestro corazón deben pronunciarla los labios para procurar la madurez humana del prójimo.

La desnudez es metáfora de la transparencia. Adán y Eva, en el paraíso, iban desnudos y no sentían vergüenza (Gn 2,25), podían comunicarse lo que sentían y pensaban. El pecado enturbió la transparencia de los primeros padres. La serpiente tentó a la mujer: "Ella tomó del fruto y comió; se lo dio también a su marido, que estaba junto a ella, y él también comió" (Gn 3,6). La serpiente no tienta a Adán y Eva con la banalidad del fruto que les ofrece, sino con el afán de poder. Les dice: "En el momento en que comáis se abrirán vuestros ojos y seréis como Dios" (Gn 3,5). Roto el precepto divino, Adán y Eva se dan cuenta de la desnudez y tejen hojas de higuera para vestirse. El pecado se había inmiscuido en sus vidas y ya no podían ser transparentes uno con el otro.

El afán de poder, el ansia de tener y el deseo de aparentar impiden la limpieza de corazón ante nosotros mismos, ante los hermanos y ante Dios. Lo que pensamos en el corazón deben pronunciarlo los labios. Seamos como niños, no en cuanto a la ingenuidad, sino en relación a la transparencia, porque "de quienes son como niños es el Reino de Dios" (Mc 10,14).

f) Dichosos los que trabajan por la paz: vivir de manera armónica y positiva

El término "paz", según la mentalidad israelita, no indica solamente la ausencia de guerra; "paz" designa el bienestar de la persona en su vida cotidiana, la armonía del hombre

con la naturaleza, la concordia familiar, la serenidad consigo mismo y la felicidad nacida de la amistad con Dios.

El hombre pacífico es sabio, fuerte e íntegro (Job 9,4; Sal 37,37). La paz personal nace de la solidez de una existencia vivida desde valores que humanizan. La paz social es fruto de la vivencia de la justicia y la solidaridad.

El hombre obtiene el don de la paz pidiéndoselo a Dios, buscando la ayuda de los hermanos y luchando activamente en favor de la justicia. La paz es el don del Dios de la paz: "Hermanos, estad alegres, buscad la perfección [...], vivid en paz; de este modo, el Dios del amor y de la paz estará con vosotros" (2 Cor 13,11). Pero la paz de Dios sólo fructifica cuando el hombre es fiel a la ley del Señor: "Si vivís según mis leyes y guardáis mis Mandamientos poniéndolos en práctica [...] habrá paz en la tierra" (Lv 26,3-6).

Los pacíficos viven como hijos de Dios. El hombre de paz se sabe en las buenas manos de Dios y entrega su vida para la edificación del Reino, mediante la honestidad de su vida, la humanidad con el prójimo y el combate en favor de la justicia.

g) Dichosos los perseguidos por el hecho de ser justos: luchar en favor de la liberación personal y social

La bienaventuranza anterior y ésta van estrechamente unidas. Buscar la paz implica el trabajo por la justicia. Jeremías insiste en la justicia como mediación para que Jerusalén recupere el bienestar: "Practicad el derecho y la justicia, arracad al oprimido del poder del opresor; no oprimáis al emigrante, al huérfano y la viuda (Jr 22,3).

La legislación israelita exige al juez (Dt 1,16) y al rey (Prov 16,13) la integridad en el ejercicio de su función. La justicia divina solicita, además de esto, nuestro compromiso militante puesto al servicio de la construcción de una sociedad trezada a imagen y semejanza de Dios. Oigamos, en ese sentido, el elogio que el pueblo dedica a Simón durante la época de los macabeos: "El pueblo comprobó la fidelidad de Simón y la gloria que procuró a su nación, y lo nombró su caudillo y sumo sacerdote por la honradez y la lealtad demostradas hacia su nación y por todos los esfuerzos que hizo para engrandecer a su pueblo" (1 Mac 14,35).

La justicia de Dios no se agota en devolver a cada uno lo que le corresponde; la justicia divina obliga a trabajar en favor de unas estructuras sociales justas y a preocuparse de modo preferencial por los pobres y los marginados. Dios no se contenta con el perdón de las deudas entre israelitas (Dt 15,2), sino que exige “hacer justicia al huérfano y a la viuda y amar al emigrante, suministrándole pan y vestido” (Dt 10,18).

La paz cristiana nace de la justicia. Implica la creación de ámbitos donde sea posible una vida digna. Espacios que conformen una sociedad donde cada persona pueda desarrollar sus capacidades humanas y cristianas.

La lucha por la justicia conlleva la cruz y el conflicto con los opresores. La opción por los pobres acarrea el enfrentamiento con quienes provocan la miseria. Pero sólo esa lucha posibilita la irrupción del Reino de Dios: “Jesús de Nazaret [...] pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el demonio. Le mataron colgándolo de un madero, pero Dios lo resucitó al tercer día” (Hch 10,37-43).

4. Síntesis y aplicación a la vida: la pedagogía del Evangelio

La fe no puede vivirse de forma aislada, sino en comunidad. La comunidad donde experimentamos la presencia de Cristo resucitado es la Iglesia. En el seno de la Iglesia vivimos la fe convocados por Cristo, presente entre nosotros.

El domingo de Pascua, las mujeres fueron al sepulcro a unguir el cuerpo de Jesús y un joven vestido de blanco les dijo: “Buscáis a Jesús de Nazaret, el crucificado. Ha resucitado; no está aquí” (Mc 16,6). La comunidad convocada en torno al Señor resucitado que, con la fuerza del Espíritu Santo, anuncia a Dios Padre y espera su Reino constituye la Iglesia.

La Iglesia que celebra la fe, anuncia la Palabra, catequiza a sus fieles y sirve al prójimo con radicalidad, se convierte en evangelizadora, pues su misma existencia comunica la presencia de Cristo resucitado. Sin embargo, el NT establece dos pautas para que la Iglesia no pierda su dimensión evangelizadora. La solidaridad con los pobres (Lc 10,25-37) y la

celebración de la eucaristía (Lc 24,13-35) mantienen expectante a la Iglesia ante el Reino de Dios que se acerca.

Cuando se vive el Evangelio y la pertenencia a la Iglesia con radicalidad, se percibe la exigencia de Jesús. El Reino de Dios se construye desde una opción clara y decidida en favor de los pobres: “Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos” (Mt 5,3).

Desde una perspectiva pedagógica, podríamos decir que la opción implica el esfuerzo de subir una escalera de siete escalones. Cada peldaño representa una de las Bienaventuranzas contenidas en la inclusión “porque de ellos es el Reino de los Cielos” (Mt 5,3.10). Utilizando un lenguaje actual, los siete peldaños son: humildad, solidaridad, coherencia, misericordia, transparencia, lucha por la paz y compromiso por la justicia.

No es casual que las Bienaventuranzas, situadas en el interior de la inclusión, sean siete. El evangelio de Mateo es rico en simbología. El número siete significa totalidad y plenitud. La opción por los pobres no puede reducirse a la decisión de un día, sino que debemos vivir y actuar en favor de los débiles durante toda la vida.

Desde la óptica cristiana, la opción por los pobres no nace del voluntarismo personal. En la primera bienaventuranza aparece una locución capital: “Dichosos los pobres en el espíritu” (Mt 5,3).

La significación de la palabra “espíritu” en este pasaje (Mt 5,3) es debatida por los comentaristas. Pero una cosa es cierta: los proyectos de Dios triunfan con la fuerza de Dios. El Señor no se limita a indicar un proyecto de vida, la opción por los pobres, para retirarse y abandonarnos en el camino. Dios se compromete con nosotros cuando optamos por los pobres y se encarna en nuestros brazos cuando luchamos contra la miseria. Ésa es la significación de “en el espíritu”: la certeza de que en el esfuerzo por la edificación del Reino no luchamos solos, sino que estamos en las buenas manos de Dios e impulsados por su Espíritu.

Las Bienaventuranzas ofrecen un elemento clave de discernimiento. Todos tenemos la intención de amar de la manera como Dios ama y todos tenemos el deseo de optar por

los pobres. Pero ¿cómo podemos saber si nuestra opción por los pobres es auténtica?

El Evangelio responde claramente a la pregunta: "Dichosos seréis cuando os injurien y os persigan, y digan contra vosotros toda clase de calumnias por causa mía. Alegraos y regocijaos, porque será grande vuestra recompensa en los cielos, pues así persiguieron a los profetas anteriores a vosotros" (Mt 5,11-12).

Nuestra opción por los pobres es acertada cuando nuestra forma de vivir suscita en quien nos rodea el interés por el Evangelio y provoca, a la vez, el conflicto con las estructuras y personas que engendran las situaciones de miseria. En la medida en que la opción por el amor nos cree conflictos con las estructuras injustas y quienes las sostienen, nuestra opción por los pobres es evangélica. Desde la perspectiva cristiana, el AT halla su plenitud en el NT: el templo de Jerusalén prefigura la Iglesia, y la antigua ley apunta hacia el Evangelio.

GUÍA DE LECTURA: Mt 5,1-12

"...porque suyo es el Reino de los Cielos"

Ambientación

Cuando los políticos entran en campaña electoral, lo primero que hacen es presentar el programa de su partido, en el que se reflejan los valores según los cuales pretenden edificar la convivencia social. Jesús no era político, pero también nos propone un programa de vida en las Bienaventuranzas. En ellas se transparentan los valores del Reino, que no son los de nuestra sociedad, sino que tratan de construir un mundo nuevo y diferente, donde todo se haga según lo que Dios quiere y los pobres sean los predilectos.

Antes de comenzar, buscamos **Mt 5,1-12**.

Miramos nuestra vida

Da la impresión de que en nuestra sociedad se va imponiendo un determinado tipo de persona. Si uno quiere triunfar en la vida –dicen–, ha de ser competitivo, agresivo, eficaz, con dotes de mando y capacidad organizativa, con buena presencia física y capaz de controlar sus emociones... Tipos duros y con agallas, que sepan enfrentarse a la cotidiana batalla que se desencadena en nuestras junglas de asfalto. Si no eres así, estás condenado a ser un perdedor.

– ¿Qué otras cualidades y actitudes valora nuestra sociedad en una persona? ¿Cuáles rechaza como inadecuadas para triunfar en ella?

– ¿Qué suele pensar la mayoría de la gente de aquellos que se rigen por valores diferentes, que parecen no adaptarse al modelo social en boga?

Escuchamos la Palabra de Dios

Jesús no se ajustó a la mentalidad de este mundo. Quizá por eso fue considerado un perdedor. Para él lo importante era construir el Reino. Y las Bienaventuranzas contienen las directrices que lo hacen posible.

- Antes de escuchar la Palabra, nos preparamos para acogerla. En silencio invocamos la presencia del Espíritu.

- Un miembro del grupo lee en voz alta Mt 5,1-12.

- Reflexionamos en silencio: leemos de nuevo el pasaje personalmente y consultamos las notas de nuestra Biblia para entenderlo mejor.

- Respondemos juntos a estas preguntas:

- *¿A qué tipo de personas declara Jesús felices en este texto?*

- *¿Qué "ofertas" tiene Jesús para ellas?*

- *¿Qué estilo de vida y de sociedad se desprende del pasaje que hemos leído?*

- *¿Qué tiene que ver todo esto con el Reino de Dios? ¿Y con la opción por los pobres? Justificad vuestra respuesta desde lo que se dice en el texto.*

Volvemos sobre nuestra vida

Las Bienaventuranzas nos presentan un modelo alternativo de persona. Por eso, para entenderlas no hay más remedio que cambiar de mentalidad. Si no hacemos nuestros los valores del Reino de Dios, lo que nos proponen puede parecernos poco realista e incluso absurdo, porque contradice profundamente los criterios por los que se rige nuestro mundo. Para nosotros, Jesús es la demostración viva de que es posible vivir según el programa de las Bienaventuranzas.

- *¿Cuál de las actitudes que se reflejan en las Bienaventuranzas te sientes más llamado a vivir en este momento de tu vida? ¿Por qué?*

- *¿Podrías contar alguna experiencia personal en la que te has sentido crecer como persona al tratar de vivir alguna de ellas?*

Oramos

Vivir las Bienaventuranzas no es cuestión de puños, sino de gracia. Pidámosle al Señor que transforme nuestra mentalidad a la medida de la suya, para poder pensar y actuar según la lógica del Reino.

- Leemos de nuevo Mt 5,1-12.

- Oramos personalmente a partir del pasaje proclamado.

- Oramos comunitariamente. Cada miembro del grupo se inspira en la bienaventuranza que le llame más la atención.

- Acabamos nuestra oración rezando juntos el Padre-nuestro, que es la mejor manera de expresar en forma de plegaria lo que dicen las Bienaventuranzas.

La bibliografía referente al Pentateuco y los Libros Históricos es muy abundante. Señalaremos sólo algunas obras para profundizar en el estudio. Pero, antes de enumerarlas, vale la pena recordar que nuestras Biblias contienen introducciones a cada libro, notas a pie de página, esquemas cronológicos de la historia de Israel y mapas donde situar los acontecimientos. Leamos las introducciones a los libros de la Sagrada Escritura y fijémonos en las notas.

- Castel, F., *Comienzos. Los once primeros capítulos del Génesis*, Verbo Divino, Estella 1987. Introducción a las historias de los orígenes (Gn 1-11). Aborda los primeros capítulos del Génesis desde las perspectivas judía y cristiana.

- Guijarro, S. - Salvador, M. (eds.), *Comentario al Antiguo Testamento, vol I-II*, Verbo Divino, Estella 1997. Comentario global al AT que incluye mapas y un panorama de la historia de Israel en el marco del mundo antiguo.

- Dupont, J., *El mensaje de las Bienaventuranzas*, Verbo Divino, Cuadernos Bíblicos 24, Estella 1988. Excelente síntesis del mensaje de las Bienaventuranzas. El texto concluye con una bibliografía pedagógica y espiritual.

- Garí Jaume, Ll., *Leer y entender el Antiguo Testamento*, Palma de Mallorca 1988. Introducción al AT clara y asequible, con especial atención al Pentateuco y a la historia de Israel.

- García López, F., *El Pentateuco*, Verbo Divino, Estella 2002. Manual introductorio al Pentateuco. Tras analizar las características del Pentateuco y la historia de su interpretación, aborda cada uno de los libros. El libro contiene una excelente bibliografía.

- González Echegaray, J., *El Creciente Fértil y la Biblia*, Verbo Divino, Estella 2001. Historia de Israel en el marco del Próximo Oriente Antiguo. La obra comienza con la exposición de la geografía bíblica. Seguidamente, aborda el panorama histórico desde el paleolítico hasta el año 73, con la toma de Masada por el ejército romano.

- Pikaza, X., *Para leer la historia del Pueblo de Dios*, Verbo Divino, Estella 1990. El tema de la obra lo constituye la historia de la salvación. Comienza tratando la historia de los orígenes y culmina con la resurrección de Jesús.

- Sánchez Caro, J. M. (ed.), *Historia, narrativa, apocalíptica*, Verbo Divino, Estella 2000. Introducción general a los libros históricos realizada por varios autores. El texto comenta la historia deuteronomista, la historia cronista, las historias ejemplares y la historia macabea.

- Sicre, J. L., *Introducción al Antiguo Testamento*, Verbo Divino, Estella 2000. Ofrece facilidades al lector para la comprensión precisa del AT, tratando de manera novelada y pedagógica la historia de la redacción del Pentateuco y de la historia deuteronomista (Josué, Jueces, 2 Samuel, 2 Reyes).

- Sicre, J. L., *Josué*, Verbo Divino, Estella 2002. Estudio erudito y profundo al libro de Josué. Presenta una amplia introducción, seguida de un comentario a cada episodio. La obra concluye con amplios índices temáticos y de autores.

- Vilchez, J., *Rut y Ester*, Verbo Divino, Estella 1998. El autor mantiene la traducción de la Nueva Biblia Española. El estudio de cada libro es erudito y especializado. Comienza con una amplia introducción, seguida de un comentario a cada versículo. Concluye con un índice temático y de autores.

Los libros presentados son introducciones excelentes al AT, pero en general son voluminosos. Existe una colección denominada "Cuadernos Bíblicos", publicada por la editorial Verbo Divino. Los cuadernos que la integran, de unas 70 páginas cada uno, ofrecen una visión panorámica de cada libro bíblico. Recomendamos especialmente la revista *Reseña Bíblica*, que edita cuatro números monográficos cada año sobre temas bíblicos.